TEXTOS FUNDACIONALES DE AMERICA V; PRIMERA PARTE, PRIMERA SECCIÓN: EL NUEVO OCCIDENTE VISTO POR EL CONQUISTADOR: HERNÁN CORTÉS

Por Stelio Cro

Introducción

La Primera Parte de este estudio—El Nuevo Occidente visto por el conquistador—se ocupa de la visión que los españoles tuvieron al conquistar México. En esta sección se incluyen principalmente amplias secciones de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, obra concebida y escrita en América, que junto con la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, obra que se analizará en otra sección de este estudio,[1] constituye la documentación más importante de la conciencia histórica que España adquirió de esa magna empresa. La importancia que han adquirido en los últimos años la *Historia General de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún y la *Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada, nos obliga a incluir, en otro estudio, el análisis de estas obras que constituyen el complemento de lo que podríamos considerar como parte integrante de los textos fundacionales de la historia de México.[2] Estas obras son de cronistas contemporáneos de los conquistadores. Se trata de cronistas indios y misioneros que fueron testimonios de la conquista y conocieron los indios conquistados, la primera y segunda generación de discípulos indios de los misioneros que pudieron contar sus recuerdos de la conquista en ná-

[1] Se publicará como "Textos Fundacionales de América VI; Primera Parte: Segunda Sección" en el próximo número de *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica.*

[2] Estas dos obras, la *Historia General* de Sahagún y la *Monarquía Indiana* de Torquemada, constituyen el material de estudio en el artículo sobre "Textos Fundacionales de América VII: Segunda Parte", que también se publicará en un próximo número de *Cuadernos para Investigación de la Literature Hispánica*.

huatl, la lengua de los aztecas, a sus maestros y guías espirituales. Las diferentes secciones de este estudio, que comprende los textos fundacionales numerados V, VI y VII, constan principalmente de cuatro obras, todas concebidas en el Nuevo Occidente, escritas por autores que conocieron de primera mano los protagonistas y las víctimas del drama de la conquista de México. De manera que la distribución del material del estudio de la conquista de México supone la contraposición de dos conciencias históricas que aún hoy se disputan la atención de los científicos, investigadores, sociólogos, historiadores, artistas y políticos interesados en su interpretación y divulgación, en otras palabras, la conciencia del conquistador y la del conquistado que proyectan dos interpretaciones históricas de gran relevancia social que coexisten aún hoy.

La conquista de un paraíso botánico

> "y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos, la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va a una muy gentil ribera de agua, y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas hierbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta" [Año 1522].[3]
>
> "Era entonces Cempoalla grandìsima Poblacion y de grandes Edificios, con buenos maderamientos y en cada Casa avia vna Huerta, con su Agua de piè, que parecía Todo junto un deleitoso Paraiso; porque no solo estaba mui verde y fresco, sino también cargado de fruta, porque la avia de Invierno y de Verano, y estaba este Pueblo asentado en vn llano, entre dos Rios, Tierra fértil, con buenos Terminos, mucha parte llana, con buenos Pastos, y caça de todo genero" (Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, Libro IV, Cap. XIX, Año 1613)[4].

Cuando Cortés desembarcó en la costa mexicana de lo que sería el Virreinato de la Nueva España, en busca de metales como el oro y la plata y las piedras preciosas, a los que los exploradores se habían referido durante más de veinte años, desde

---

[3] *Cartas de relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España. Carta tercera*; en *Historiadores primitives de Indias*, editor Don Enrique de Vedia. Madrid: BAE, 1946, p. 66. Referencias con la abreviación *Carta*, seguida del número en romano, en este caso *Carta III*.

[4] Véase *Monarquía indiana* [1613] Primera Parte de los veinte i vn libros rituales i Monarchia Indiana, con el origen y guerras, de las Indias Occidentales, de sus Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conversión y otras cosas marauillosas de la mesma tierra distribuidos en tres tomos. Compuesto por Juan de Torquemada, Ministro Prouincial de la Orden de Nuestro Serafico Padre San Francisco. En la Provincia del Santo Evangelio de Mexico en la Nueba España. Dico Ego Opera Mea Regi Saeculorum immortali et inuisibili. Con privilegio. En Madrid, en la Oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco. Año de 1723.

el descubrimiento de tierra firme por Colón a fines de julio, o primeros de agosto de 1498, no podía imaginar que la riqueza más original y de mayor consecuencia para España, para Europa y para el mundo, para siglos a venir, era la creación botánica que desde los primeros milenios del Holoceno los indios del valle de México, incluyendo la zona del oeste, habían logrado injertando plantas nativas de especies diferentes hasta obtener, entre otros productos artificiales de gran rendimiento en las cosechas, el maíz. Según estudios recientes, que en parte se basan en la determinación del carbono 14, los indios de Mesoamérica lograron la generación de una especie de maíz que era fácil de cultivar y cuya siembra y cultivo en pocos años se difundió por el continente americano, determinando, según su cosecha, que dependía de condiciones climáticas variables, el crecimiento de poblaciones y la constitución de ciudades independientes o de reinos e imperios como el azteca que, en el momento de la llegada de Cortés, había alcanzado su extensión máxima. La llegada de Cortés coincidió con el aniversario de la profecía sobre la vuelta de Quetzalcoatl, el dios representado como la serpiente emplumada que, según la religión azteca, había creado al hombre y le había enseñado las artes agrícolas. Moctezuma, el monarca del imperio azteca, o *tlatoani*,[5] era un creyente fervoroso e interpretó las informaciones sobre los invasores en un sentido fatalista. De allí su ambigüedad, entre sorpresa y temor, ante el invasor. Cuando murió, dejó una impresión contradictoria y hasta contraria a su vida anterior, de general y emperador victorioso que anteriormente, durante el reinado de Auitzotl, su tío, mandó sus ejércitos en las campañas que, en pocos años, casi doblaron la extensión del imperio azteca. El mito del retorno del dios Quetzalcoatl debió influir en su conducta ante Cortés. Se le puede juzgar de ingenuidad, pero no de traición. El fin de este monarca sella el triunfo de Cortés, como el más grande conquistador del nuevo occidente. Un nuevo mundo de productos agrícolas invadió el viejo, con consecuencias radicales para la dieta mundial. El oro y las piedras preciosas han seguido su curso, a menudo con secuelas de violencia y de sangre, alimentando la codicia humana, y ejerciendo su influjo sobre la imaginación de los aventureros que los persiguieron por décadas después del fin del emperador azteca, pero los productos agrícolas que su pueblo supo crear y que heredó como la herencia de miles de años de labor paciente y sabia de centenares de generaciones anteriores, sigue dominando hasta hoy la dieta diaria del mundo. Al acercarnos a la historia de la conquista de la Nueva España no podemos hacer a menos de notar la permanencia de esos jardines repletos de productos comestibles, de la riqueza que esa conquista ha dejado en herencia al mun-

[5] El *tlatoani* tenía, al mismo tiempo, autoridad militar y religiosa, de manera que se puede decir que la sociedad azteca, dentro de su diversificación en comunidades y tribus, era una teocracia.

do. Por ello, la selección del material que debe contar esa conquista no puede ignorar la dimensión humana que algunos de sus protagonistas nos han dejado, como la Malinche, como Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, como el mismo Cortés y Bernal Díaz del Castillo, como Moctezuma II, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Diego de Landa, Fray Juan de Torquemada, o, entre otros, Francisco Cervantes de Salazar. Se trata de una historia que tiene momentos épicos y en cuyo tejido cultural y social se debe percibir la ecuación botánica que determinó, a veces de manera catastrófica, el surgimiento y la desaparición de distintas civilizaciones, hasta la llegada de Cortés en la primavera de 1519. Una observación preliminar deberá encabezar el criterio selectivo de este ensayo, estrictamente cronológico. El presente estudio debe considerar la cronología de las obras estudiadas, como también la naturaleza del origen de las obras, para las cuales se ha elegido un criterio de residencia, o sea, de obras concebidas en América por historiadores que vivieron la conquista y la organización política, social, religiosa y económica de la Nueva España, teniendo en cuenta a los autores y las obras siguientes, a los que deben incluirse, como referencia, a Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera y Tordesillas, por las muchas citas a sus obras en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, sobre todo por lo que se refiere a Gómara, y por las referencias a sus obras en la *Monarquía indiana* de Fray Juan de Torquemada, sobre todo por lo que se refiere a la *Historia general* de Herrera, a pesar del hecho que, siendo las obras de Gómara y de Herrera de procedencia peninsular, las referencias se limitan a aquellos pasajes que han llamado la atención de los historiadores mencionados al punto de dedicarles sus opiniones, generalmente negativas. Finalmente, un lugar especial debe darse a la *Historia Antigua de México* del padre jesuita Francisco Javier Clavijero, por su carácter de obra escrita en su exilio italiano por un mexicano, nativo de Veracruz, ciudad fundada por Hernán Cortés en 1519, padre jesuita que fue expulsado con sus otros hermanos por el decreto del rey Carlos III en 1767. La selección incluida en este estudio no sigue el orden de publicación, por la necesidad de dar a los acontecimientos narrados la necesaria coherencia temática, o sea, la diferencia de la percepción entre conquistadores y conquistados. De las obras siguientes se han seleccionado los pasajes analizados en este estudio:

Hernán Cortés (1485-1547), Cartas de relación: conquista y colonización del nuevo occidente

— La Carta segunda se publicò en Sevilla, por Jacobo Cromberger, el 8 de noviembre de 1522; se publicó de nuevo en Zaragoza en 1524.
— La edición en latín de las Cartas de relación se publicó en Norimberga, en 1524.

— González de Barcia incluyó las Cartas primera, segunda y tercera en Historiadores Primitivos de las Indias occidentales, en 1749.
— Lorenzana, F. A., incluyó las mismas Cartas primera, segunda y tercera en su Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador, Hernán Cortés, en 1770.
— Se incluye la primera carta en Colección de documentos inéditos para la historia de España, edición de Martín Fernández de Navarrete, Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda, Madrid, Real Academia de la Historia, 1842, Tomo I, pp. 421-461.
— Las cinco Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos, editor Don Pascual de Gayangos, se publicaron en París, en 1869.
— La Carta quinta, en inglés—The Fifth Letter of Hernán Cortés to the Emperor Charles V—fue editada por Don Pascual de Gayangos, e incluida en la colección de la Hakluyt Society, en 1868.
— Don Enrique de Vedia, incluyó las Cartas de Relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España en su volumen sobre Historiadores Primitivos de Indias, Madrid: BAE, Tomo XXII, Vol. I, 1945, págs. 1-153.
— Hernán Cortés, Cartas de relación de la conquista de México, Madrid: Espasa – Calpe, Colección Austral, 1945.

Francisco López de Gómara (1510-después de 1547), Hispania Victrix. Primera y Segunda Parte de la Historia General de las Indias que incluye la Conquista de Méjico, (sic) dedicada a Martín Cortés, Marqués del Valle (Zaragoza, 1552); prohibida por el rey Felipe II en 1553, probablemente por considerarla demasiado apologética a favor de Hernán Cortés; se reimprimió en ese mismo año en Medina del Campo, pero los ejemplares fueron retirados por orden del rey Felipe II, como la reimpresión de 1554 de Zaragoza; en ese mismo año se reimprimió en Amberes.

Don Enrique de Vedia, incluyó Hispania Victrix de López de Gómara en Historiadores Primitivos de Indias, Madrid: BAE, Tomo XXII, Vol. I, 1945, págs. 155-455, que incluye la Conquista de Méjico, (sic) dedicada a Martín Cortés, Marqués del Valle, págs. 295-455.

Antonio de Herrera y Tordesilla (1549-1625), Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano (8 décadas), 7 volúmenes. Madrid: Imprenta Real, Juan Flamenco – Juan de la Cuesta, 1601-1615.

Fr. Juan de Torquemada (1562-1624), Monarquía indiana [1613] Primera Parte de

los veinte i vn libros rituales i Monarchia Indiana, con el origen y guerras, de las Indias Occidentales, de sus Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conversión y otras cosas marauillosas de la mesma tierra distribuidos en tres tomos. Compuesto por Juan de Torquemada, Ministro Prouincial de la Orden de Nuestro Serafico Padre San Francisco. En la Provincia del Santo Evangelio de Mexico en la Nueba España. Dico Ego Opera Mea Regi Saeculorum immortali et inuisibili. Con privilegio. En Madrid, en la Oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco. Año de 1723.

Bernal Díaz del Castillo (1492-1580/81), Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Sacada a Luz por el P. M. Fr. Alonso Remón, Predicador, y Cronista General del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redempción de Cautivos. A la Cathólica Magestad del Mayor Monarca Don Felipe Quarto, Rey de las Españas, y Nuevo Mundo, N. Señor. Con Privilegio. En Madrid: Imprenta del Reyno. Año de 1632.

_____. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Editor Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española, 2011.

Francisco Javier Clavijero (1731-1787), S.I., Storia Antica del Messico, [Historia Antigua de México] editor Giorgio Bisiani. Cesena, 1780, 4 volúmenes. Esta obra, ampliamente citada por Thomas Jefferson en su Notes on the State of Virginia (1785), se tradujo al inglés, The History of Mexico, traducida por Charles Cullen, Londres: G. C. J. y J. Robinson, 1787, 2 volúmenes; una segunda edición en inglés, con el mismo título, salió en Richmond, Virginia, en 1806, una tercera edición salió en Londres en 1807 y una cuarta edición en Filadelfia, Pennsylvania, en 1817. La traducción alemana—Geschichte von Mexico—salió en Leipzig en 1789-1790, en dos volúmenes. La primera traducción al español es de José Joaquín de Mora y se publicó en Londres en 1826, en dos volúmenes; esta edición se reimprimió varias veces: México, 1844; 1861-62; México (trad. del Obispo Francisco Pablo Vázquez), en 1853; en Jalapa (México), 1868; México, 1917; en 1945 se imprimió en México el manuscrito original en español de Clavijero, Historia Antigua de México, editor P. Mariano Cuevas, Editorial Porrúa, en 4 volúmenes; obra reimpresa en 1991, México, Porrúa.

Fr. Bernardino de Sahagún (1499-1500 – 1590), Historia general de la cosas de Nueva España, escrita por Fr. Bernardino de Sahagún, franciscano y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales, editor Don Carlos María de Bustamante. México: Biblioteca Mexicana, 1829.

_____. La mejor edición hasta ahora de la obra de Fr. Bernardino de Sahagún es la que han hecho, entre 1950 y 1981, Arthur Anderson y Charles Dibble de la Universidad de Utah en Salt Lake City, en 12 volúmenes, con la edición del mejor manuscrito de la obra de Sahagún, el así llamado Código de Florencia, que se halla en la Biblioteca Laurenziana, edificada por Miguel Angel para Lorenzo de Medici entre 1524, cuando se empezó a construir, y varias décadas después, durante la ausencia de Miguel Angel que dejo instrucciones a varios arquitectos florentinos que la terminaron antes de 1571, cuando se inauguró.

La llegada de Cortés coincidió con el momento en que el imperio azteca, bajo Moctezuma II, había logrado su mayor extensión, asimilando, o dominando con la violencia a Mayas, Olmecas, Zapotecas, Teotihuacanos, Toltecas, Tlaxcaltecas y Totonaques que habían llegado a su madurez en la región central de México cuando florecieron los Mayas en Guatemala y en el Yucatán. La datación del carbono 14 para restos humanos hallados en Tlapacoya después de 1950, al sureste de la ciudad de México, prueba que antes del año 21.000 a.C. había gente en la región cercana al lugar donde los aztecas fundarían su capital, Tenochtitlán, siguiendo una visión que les había convencido a salir de su lugar original en la isla Aztlán hasta que encontraran, en un lago, otra isla donde viesen un águila que sobre un agave devoraba una serpiente.

Entre esa fecha que se pierde en la noche de los tiempos y la llegada de Cortés, unos 22.500 años después, muchas culturas ocuparon el espacio geográfico que hoy comparten México, Guatemala, Honduras, San Salvador y Belize. Una de las culturas más antiguas fue la olmeca que erigió elevaciones de tierra que desde hacia el año 1.200 a. C. cubrió de piedras en forma de pirámides en la región de Veracruz, en las selvas lluviosas de San Lorenzo. La cultura olmeca probablemente floreció entre c. 1.500 – c. 400 a. C. A unos 250 km al sur de Veracruz, en la región de Oaxaca, floreció la cultura zapoteca, en San José Mogote, que duró unos 1.000 años, desde c. 1350 hasta c. 200 a. C. – AD 200 y tuvo su centro más importante en Monte Albán, en el valle de Oaxaca.

La cultura de Teotihuacán floreció en un lugar a 50 km al noreste del lago Texcoco, donde, más de mil años después, en 1323 los aztecas fundaron su capital, Tenochtitlán. A Teotihuacán sucedió el imperio tolteca, a unos 60 km al norte de la ciudad de México. Los toltecas invadieron a Teotihuacán por obra de su jefe Mixcóatl al que, después de muerto, divinizaron. Durante el reinado de su hijo Topiltzin que debió asimilar la cultura de Teotihuacán a través de la familia materna, los toltecas alcanzaron su máximo esplendor. Hacia el año 980 Topiltzin decidió transferir su capital a Tula. Allí recibió el nombre de Quetzalcoatl por haber adquirido capacidades sacerdotales al punto de poder interpretar el antiguo dios de los Teotihuacanos.

Durante los diecinueve años de su gobierno elevó Tula a un nivel tan alto de cultura y espiritualidad que él y su capital alcanzaron dimensiones legendarias. La balada de Quetzalcoatl cuenta las maravillas de Tula, un verdadero paraíso en la tierra, donde el algodón crecía en colores y la tierra producía frutos tan grandes que los cereales normales se utilizaban sólo para calentar los baños de vapor. La tradición mexicana refiere que los artesanos y los sabios toltecas tenían poderes extraordinarios. Sobre esta cultura se hallaba como su custodio celoso el rey sacerdote Quetzalcoatl, cuyo gobierno había hecho revivir la gloria de la teocracia teotihuacana.

Pero, hacia el final del reino de Quetzalcoatl en Tula se desencadenó una lucha mortal entre dos tradiciones religiosas. Una favorecía el culto de Tezcatlipoca, el dios tribal de los toltecas que se consideraba muy poderoso y de carácter imprevisible y que además exigía sacrificios humanos; la otra tradición defendía el culto de Quetzalcoatl, un dios benefactor, que había donado el maíz a los hombres y les había enseñado las artes y que se limitaba a exigir sacrificios de jade, serpientes y mariposas. Estos conflictos revelaban, tras la cuestión religiosa, una oposición entre una teocracia que se remontaba a antiguas tradiciones muy influidas por la cultura teotihuacana, por un lado, y, por el otro, una concepción más dinámica, menos condicionada por la casta sacerdotal y más adepta a la casta militar. La leyenda náhuatl cuenta cómo el hechicero Tezcatlipoca con ayuda de las artes de magia negra engañó a Quetzalcoatl hasta hacerle caer de su fama y obligarlo a salir de Tula para el exilio.

Aún admitiendo una interpretación histórica del mito de Quetzalcoatl, su persistencia en la historia del antiguo México llega hasta el día de la invasión española. Es notable que la leyenda incluya la promesa de la vuelta de Quetzalcoatl a su trono para restablecer su reinado sin sacrificios humanos y lo notable de la leyenda es que esta profecía del retorno establecía una fecha que coincidió con la llegada de Cortés. Esta coincidencia podría explicar la perplejidad de Moctezuma ante Cortés y su ambiguo comportamiento.[6] Cortés se enteró muy pronto de la leyenda y de la asociación hecha por Moctezuma entre Quetzalcoatl y el conquistador español. Éste, por un lado, le recordó al monarca azteca el dios pacifista, porque hablaba en contra de los sacrificios humanos y ponía cruces doquier pudiese, predicando la doctrina cristiana y observando la celebración de la misa doquier se dieran las circunstancias favorables, especialmente en lugares donde había derrotado a los indios. Por el otro, desde el principio, siempre manifestó su naturaleza humana, a pesar de la insistencia de los indios vencidos a considerarlo un ser sobrehumano, con sus españoles que, si bien

[6] Véase Benjamin Keen, *The Aztec Image in Western Thought*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1990, pp. 53-54. Referencias con la abreviación *Keen*, seguida de las páginas.

fueran un número reducido, derrotaron ejércitos de miles de valientes guerreros indios. Por mucho tiempo, hasta el acto final de la entrada de Cortés en Tenochtitlán, el mismo Moctezuma no podía explicarse la invencibilidad de los españoles, sino con una intervención sobrehumana. La realidad era más simple. Los españoles tenían ballestas letales y armas de fuego, incluyendo mosquetes y lombardas, que hacían estragos entre los indios armados de flechas, macanas y espadas de madera con filos de pedernal. Las espadas de acero de los españoles eran muy temibles, esgrimidas hábilmente por los soldados de Cortés, cuya valentía debe considerarse un factor decisivo. Los caballos con los jinetes les parecieron a los indios criaturas monstruosas, pues no podían concebir esos seres medio venados y medio hombres, como los centauros de la mitología griega. Los lebreles, que los españoles utilizaban para lacerar a los indios enemigos, fueron otros animales temibles y que los naturales no sabían si asimilarlos a leones y tigres. La noticia de la victoria española en Tabasco, lograda por unos cuatrocientos españoles contra miles de indios condicionó la percepción de Moctezuma y de sus consejeros que prefirieron interpretar ésa, y las victorias españolas que siguieron, en clave religiosa.

La cultura Maya floreció entre las junglas del sur y al este de Mesoamérica, en una región amplia que incluye la península de Yucatán, Guatemala, Belize, Honduras, El Salvador y el sureste de México. Su florecimiento en la costa del Pacífico guatemalteco se puede fechar alrededor del 800 a. C. y, a la llegada de Cortés en la isla de Cozumel, se hallaban en plena evolución, habiendo ya alcanzado un alto grado de civilización. Su mitología y tradiciones se han conservado en los *Libros de Chilam-Balam*, escritos en maya, de acuerdo a la escritura fonética que ellos ya conocían.

Como se puede ver, las culturas de México se presentan estratificadas, superponiéndose unas a otras, como muchos de sus templos, construidos uno dentro de otro, un tipo de estructura que los arqueólogos han asimilado a la cebolla. La conquista azteca culmina en 1502, cuando Moctezuma II, es proclamado tlatoani en Tenochtitlán. Su dominio se caracteriza por un centralismo violento, fundado en una religión sangrienta, alimentada por esclavos y prisioneros de guerra. Sus recaudadores de impuestos aplican las leyes de forma arbitraria, violando las mujeres y las hijas de muchas ciudades sujetas al monarca y cuyos ciudadanos no se han resignado a su condición de envilecimiento y esperan sacudir el yugo. Diecisiete años después de la proclamación de Moctezuma II a emperador, Cortés desembarca en Cozumel, donde los españoles liberaron a un cautivo español en Yucatán, Gerónimo de Aguilar,[7] uno de los sobrevivientes de la expedición de Diego de Nicuesa

[7] Véase Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, edición de Mariano Cuevas. México: Editorial Porrua, 1991, pp. 298-299. Referencias entre paréntesis con la abreviación *Clavijero*, seguida del número de páginas.

en 1511. De esta isla Cortés pasa a la costa de Yucatán, donde, después de la batalla de Cintla en Tabasco, conoce a una noble india, de nombre Tenepal, natural de Painalla, pueblo de la provincia de Coatzacualco.[8] Su padre, noble y feudatario dependiente del monarca azteca, murió cuando Tenepal era muy joven. Su madre, después de enviudar, se casó con otro noble. De este matrimonio nació un hijo. Para favorecer al hijo en la herencia, pretendieron que Tenepal había muerto y la vendieron a unos comerciantes de Xicalanco, poblado situado en Tabasco aprovechando la muerte de la hija de una esclava y en cuyo entierro desplegaron el mismo dolor como si hubiera sido su propia hija. Los xicalancas la vendieron a los tabascos, que la entregaron, con otras indias, a Cortés. Tenepal fue bautizada como Doña Marina y, junto con Jerónimo de Aguilar, fue intérprete porque entre los dos sabían maya y náhuatl, además del castellano, pues Doña Marina lo aprendió muy pronto y bien. Veremos más adelante el relato de Bernal Díaz del Castillo sobre estos dos personajes clave de la conquista de México. La narración de Bernal a veces se aleja del tema principal en apartes que, a pesar de ello, aportan riqueza de detalles al cuadro de conjunto. Esto es particularmente relevante en las referencias a Cortés, que Bernal indudablemente admira, pero del que a veces sigue en apartes, que parecen necesarios, debido a la multiplicidad de obligaciones que un buen jefe, como sin duda lo era Cortés, debe forzosamente desempeñar.

En la segunda sección de esta primera parte, se hará un estudio comparado de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, obras separadas en el tiempo por varias décadas, pues, mientras el conquistador de la Nueva España escribió sus cartas de relación a la par de sus conquistas y exploraciones, entre 1519 y 1526, Bernal escribió su *Historia verdadera* en 1568, o sea, más de cincuenta años después de su participación, en 1517, en la armada de Francisco Hernández de Córdoba. Como veremos, algunas discrepancias podrían atribuirse al paso del tiempo.

Las Cartas de Relación de Hernán Cortés y la identidad del nuevo occidente

A pesar de la tardía y fragmentaria publicación de los escritos de Cortés, por su valor documental e histórico, puede situarse al lado del diario de Colón, pues si éste fue el descubridor del nuevo occidente, Cortés ensanchó los horizontes y la dimensión mundial del mismo. Otro elemento importante que le relaciona al Almirante es su obra histórica, concebida y escrita en América. En un pasaje de la *Carta*

[8] Como veremos, esta versión que viene de Clavijero, *Historia Antigua de México*, ob. cit., pp. 299 y siguientes,. sufrió variaciones.

V, después de llegar al bergantín anclado sobre el río Polochic, donde acababa de reunirse con los sobrevivientes de las expediciones de Gil González de Ávila, Francisco de las Casas y Cristóbal de Olid, Cortés, al enterarse del nombre del pueblo de un indio apresado por los sobrevivientes, recuerda sus notas sobre ese pueblo: "porque entre los indios presos se halló uno que le entendía, y dijo ser natural de Teculutlán; y como yo oí el nombre del pueblo, parescióme que lo había oído decir otras veces; y desque llegué al pueblo miré ciertas memorias que yo tenía y hallé ser verdad que le había oído nombrar."[9] Con la conquista de México, nos encotramos con el otro, el indio, conquistado por Cortés, ese ser que nos ha dejado, gracias a la labor paciente y sabia de misioneros franciscanos como Sahagún y Torquemada, páginas conmovedoras de dolor y de sabiduría. Tanto Sahagún como Torquemada admiraron a Cortés, pues conocieron las hazañas del más grande conquistador español del Nuevo Occidente, pero debemos a ellos la vivencia del otro. Los escritos de Cortés nos dan la pauta de la contraposición dramática que esa conquista significó para un mundo que llegaba al ocaso para renacer de las cenizas de la conquista. En las cartas de relación de Cortés, junto con el relato de la conquista y colonización hay una componente fundamental: la difusión del evangelio, de la palabra y de los ideales de Cristo, que Cortés, junto con todos los conquistadores y misioneros mencionados y que pueden considerarse fundadores de la literatura hispanoamericana, creyeron ser el supremo conquistador del nuevo occidente, según lo que podríamos definir como la antropología cristiana del descubrimiento colombino y, luego, de la conquista.

Primera carta

Se da aquí una selección de esta carta, escrita por los soldados de Cortés al emperador Carlos V y a su madre, la reina Juana, el 10 de julio de 1519. En esta selección vemos la fundación de Veracruz, primera colonia española de la Nueva España, y nos enteramos del conflicto con Diego Velázquez, gobernador de Cuba. La carta pretendía también dar autenticidad legal a la anulación de las instrucciones que el gobernador Velázquez le había dado a Cortés, en favor de una elección espontánea del ejército que, eligió a Cortés como justicia mayor y capitán general, cargos que le autorizaban a fundar la ciudad de Veracruz. En el párrafo que antecede de la selección de esta primera carta se describe el encuentro entre Cortés y el caci-

[9] Véase Hernán Cortés, *Cartas de relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, en *Historiadores primitives de Indias*, editor Don Enrique de Vedia, Madrid, BAE, 1946, *Carta V*, 138. Referencias con la abreviación *Carta*, seguida del número de la carta y de la página.

que de la region de México donde surgirá Veracruz. En esta etapa de la conquista Cortés ya ha derrotado a un numeroso ejército de indios en la batalla de Cintla (moderna Centla), en la región de Tabasco, donde había explorado el río de Grijalva. De notar que en esta región se encuentran los restos de La Venta, uno de los principales centros de la antigua civilización Olmeca. Además, el conquistador ya tiene dos intérpretes, Gerónimo de Aguilar, que había sido cautivo de los mayas durante siete años y conocía el quiche, la lengua de los mayas, y Doña Marina, la Malinche, también cautiva de los indios de Tabasco y que conocía el quiché y su lengua nativa, el náhuatl, la lengua de los aztecas. Deseoso de establecer relaciones con los nativos, Cortés hizo progresos muy rápidos en el campo que podríamos definir de la diplomacia, con dos intérpretes capaces, como Aguilar y Marina. Se explica así, además de no pasar por alto el extraordinario talento de Cortés para adaptarse a las nuevas condiciones, la amistad lograda con el cacique de la region donde surgirá Veracruz, cacique con quien Cortés rescata, esto es, barata, joyas y otros objetos de oro por una camisa y una chaqueta y algunas cuentas de Castilla, es decir establece un tipo de actividad comercial de mucho lucro, cuyo resultado se documenta también en esta selección, junto con la primera descripción de la geografía, orografía, clima, fauna, flora y poblaciones nativas de la Nueva España, con sus costumbres y prácticas religiosas, que incluyen los sacrificios humanos y el canibalismo.

Apología de un alzamiento contra un mal gobernador y justificación de una conquista

Los que, como Bernal, acompañaron a Cortés en su armada, se dieron cuenta de la trama orquestada por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, con el apoyo desde España, de Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos y Arzobispo de Roano, que integraba el Consejo de Indias:

> Después de se haber despedido de nosotros el dicho cacique y vuelto a su casa en mucha conformidad, como en esta armada venimos personas nobles caballeros hijosdalgo celosos del servicio de nuestro Señor y de vuestras reales altezas, y deseosos de ensalzar su corona real, de acrecentar sus señoríos y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho capitán Fernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena y que, según la muestra de oro que aquel cacique había dado, era de creer que él y todos sus indios nos tenían muy buena voluntad; por tanto, que nos parecía que no convenía al servicio de vuestras majestades, y que en tal tierra se hiciese lo que Diego Velázquez había mandado hacer al dicho capitán Fernando Cortés, que era rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado, volverse

con todo ello a la isla Fernandina,[10] para gozar solamente dello el dicho Diego Velázquez y el dicho capitán, y lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de vuestras reales altezas se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen; porque siendo esta tierra poblada de españoles, demás de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen adelante. Y acordado esto, nos juntamos todos en concordes de un ánimo y voluntad, y hicimos un requerimiento al dicho capitán, en el cual dijimos que, pues él veía cuánto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de vuestras majestades convenía que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba a vuestras altezas se ha hecho relación, que le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venía a hacer, porque sería destruir la tierra en mucha manera y vuestras majestades serían en ello muy deservidos, y que ansí mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa que se había por nosotros de hacer y fundar alcaldes y regidores en nombre de vuestras reales altezas, con ciertas protestaciones en forma que contra él protestamos si ansí no lo hiciese. Y hecho este requerimiento al dicho capitán, dijo que daría su respuesta al día siguiente: y viendo, pues, el dicho capitán como convenía al servicio de vuestras majestades que a otra cosa alguna, y que, no mirando al interese que a él se le siguiera si prosiguiera en el rescate que traía presupuesto de rehacer los grandes gastos que de hacienda había hecho de aquella armada, juntamente con el dicho Velázquez, antes, posponiéndolo todo, le placía y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenía al servicio de vuestras reales altezas; y luego comenzó con grande diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la rica villa de la Veracruz, y nombrónos a los que la de antes suscribimos por alcaldes y regidores de la dicha villa, y en nombre de vuestras reales altezas recibió de nosotros el juramento y solenidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer, después de lo cual, otro día siguiente entramos en nuestro cabildo y ayuntamiento; y estando así juntos enviamos a llamar al dicho capitán Fernando Cortés y le pedimos en nombre de vuestras reales altezas que nos mostrase los poderes e instrucciones que el dicho Diego Velázquez le había dado para venir a estas partes; el cual envió luego por ellos y nos los mostró, y vistos y leídos por nosotros, bien examinados, según lo que pudimos mejor entender, hallamos a nuestro parecer que por los dichos poderes e instrucciones no tenía más poder el dicho capitán Fernando Cortés, y que por haber ya expirado no podía usar de justicia ni de capitán de allí adelante. Pareciéndonos, pues, muy excelentísimos príncipes, que para la pacificación y concordia dentre nosotros y para nos gobernar bien convenía poner una persona, para su real servicio que estuviese en nombre de vuestras majestades en la dicha villa, y en estas partes por justicia mayor y capitán y cabeza, a quien todos acatásemos hasta hacer relación dello a vuestras reales altezas para que en ello proveyesen lo que más servido fuesen, y visto que a ninguna persona se podría dar mejor el dicho cargo que al dicho Fer-

[10] Nombre con el que durante las primeras décadas después del descubrimiento de Colón se designa la isla de Cuba, después de su nombre de bautismo—Juana—que el Almirante le había dado en honor del príncipe heredero, muerto prematuramente.

nando Cortés, porque demás de ser persona tal cual para ello conviene tiene muy gran celo y deseo del servicio de vuestras majestades, y asimismo por la mucha experiencia que destas partes e islas tiene, de causa de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenía por venir, como vino, con esta armada de servicio de vuestras majestades, y por haber tenido en poco como hemos hecho relación, todo lo que podía ganar y interese que se le podía seguir si rescatara como tenía concertado, le proveímos, en nombre de vuestras reales altezas, de justicia y alcalde mayor, del cual recibimos el juramento en que en tal caso se requiere; y hecho como convenía al servicio de vuestra majestad, lo recibimos en su real nombre en nuestro ayuntamiento y cabildo por justicia mayor y capitán de vuestras reales armas, y ansí está y estará hasta tanto que vuestras majestades provean lo que más a su servicio convenga. Hemos querido hacer de todo esto relación a vuestras reales altezas por que sepan lo que acá se ha hecho y el estado y manera en que quedamos. Después de hecho lo susodicho, estando todos ajuntados en nuestro cabildo, acordamos de escribir a vuestras majestades y les enviar todo el oro y plata y joyas que en esta tierra habemos habido de más, y allende de la quinta parte que de sus rentas y disposiciones reales les pertenece, y que con todo ello, por ser lo primero, sin quedar cosa alguna en nuestro poder, sirviésemos a vuestras reales altezas, mostrando en esto la mucha voluntad que a su servicio tenemos, como hasta aquí lo habemos hecho con nuestras personas y haciendas; y acordado por nosotros esto, elegimos por nuestros procuradores a Alonso Fernández Portocarrero y a Francisco de Montejo, los cuales enviamos a vuestra majestad con todo ello, y para que de nuestra parte besen sus reales manos y en nuestro nombre y desta villa y concejo supliquen a vuestras reales altezas nos hagan merced de algunas cosas cumplideras al servicio de Dios y de vuestras majestades y al bien común de la villa, según más largamente llevan por las instrucciones que les dimos; a los cuales humildemente suplicamos a vuestras majestades con todo el acatamiento que debemos reciban y den sus reales manos para que de nuestra parte las besen, y todas las mercedes que en nombre de este concejo y nuestro pidieren y suplicaren las concedan; porque demás de hacer vuestra majestad servicio en ello a Nuestro Señor, esta villa y concejo recibiremos muy señalada merced, como de cada día esperamos que vuestras reales altezas nos han de hacer. En un capítulo desta carta dijimos de suso que enviamos a vuestras reales altezas relación, para que mejor fuesen vuestras majestades informados, de las cosas desta tierra y de la manera y riqueza della, y de la gente que la posee, y de la ley o seta, ritos y ceremonias en que viven; y esta tierra, muy poderosos señores, donde ahora en nombre de vuestras majestades estamos, tiene cincuenta leguas de costa de la una parte y de la otra deste pueblo; por la costa de la mar es toda llana, de muchos arenales, que en algunas partes duran dos leguas y más. La tierra adentro y fuera de los dichos arenales es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ellas, tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores, ansí de apacibles a la vista, como de fructíferas de cosas que en ellas siembran, y muy aparejadas y convenibles, y para andar por ellas y se apacentar toda manera de ganados. Hay en esta tierra todo género de caza y animales y aves conforme a los de nuestra Naturaleza, ansí, como ciervos, corsos, gamos, lobos, zorros, perdices, palomas, tórtolas de dos y de tres maneras, codornices, liebres, conejos;

por manera que en aves y animales no hay diferencias desta tierra a España, y hay leones y tigres a cinco leguas de la mar por unas partes, y por otras a menos. A más va una gran cordillera de sierras muy hermosas,[11] y algunas dellas son en gran manera muy altas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura a todas las otras, y della se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el día no es bien claro no se puede divisar ni ver lo alto della, y está tan blanco, que lo juzgamos por nieve, y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve; mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta región tan cálida, no lo afirmamos ser nieve; trabajaremos de saber y ver aquello y otras cosas de que tenemos noticia, para dellas hacer a vuestras reales altezas verdadera relación de las riquezas de oro y plata y piedras; y juzgamos lo que vuestras majestades podían mandar juzgar según la muestra que de todo ello a vuestras reales altezas enviamos. A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo; mas como ha tan poco tiempo que en ella estamos, no hems podido ver más de hasta cinco leguas de tierra adentro de la costa del mar, y hasta diez o doce leguas de largo de tierra por la costa de una y de otra parte que hemos andado desque saltamos en tierra, aunque desde la mar mucho más se parece y mucho más vimos viniendo navegando. La gente de esta tierra que habita desde la isla de Cozumel y punta de Yucatán hasta donde nosotros estamos es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionados, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos,[12] unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca, y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes, que parecen espejos, y otros se horadan los besos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan dellos unas grandes ruedas de piedra o de oro, tan pesadas, que les traen los besos caídos y parecen muy diformes, y los vestidos que traen es como de almaizales muy pintados, y los hombres traen tapadas sus vergüenzas, y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas a manera de alquizales moriscos, y las mujeres y de la gente común traen unas mantas muy pintadas desde la cintura hasta los pies y otras que les cubren las tetas, y todo lo demás traen descubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy delgadas camisas de algodón muy grandes, labradas y hechas a manera de roquetes; y los mantenimientos que tienen es maíz y algunos cuyes, como los de las otras islas y potu yuca así como la que comen en la isla de Cuba, y cómenla asada, porque no hacen pan della; y tienen sus pesquerías y cazas; crían muchas gallinas como las de Tierra Firme, que son tan grandes como pavos. Hay algunos pueblos grandes y bien concertados; las casas, en las partes que alcanzan piedras son de cal y canto, y los aposentos dellas, pequeños y bajos, muy amoriscados; y en las partes adonde no alcanzan piedra, hácenlas de adobe y encálanlos por encima, y las coberturas de encima son de paja. Hay casas de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos, porque nosotros habemos visto más de cinco patios dentro de unas solas casas, y sus aposentos muy aconcertados, cada principal servicio que ha de ser por sí, y tienen de-

[11] Se extiende a lo largo de la parte oriental de la meseta Mexicana, cuyo pico principal es el Pico de Orizaba, de 5.577 m. de altura.

[12] "gestos" aquí está por apariencia.

ntro sus pozos y albercas de agua, y aposentos para esclavos y gente de servicio, que tienen mucha; y cada uno destos principales tienen a la entrada de su casa, fuera della, un patio muy grande, y algunos dos y tres y cuatro muy altos, con sus gradas para subir a ellos, y son muy bien hechos, y con éstos tienen sus mezquitas y adoratorios y sus andenes, todo a la redonda muy ancho, y allí tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palos a los cuales honran y sirven en tanta manera y con tantas ceremonias, que en mucho papel no se podría hacer de todo ello a vuestras reales altezas entera y particular relación; y estas casas y mezquitas donde los tienen son las mayores y menores más bien obradas y que en los pueblos hay, y tiénenlas muy atumadas con plumajes y paños muy labrados y con toda manera de gentileza, y todos los días, antes que obra alguna comienzan, queman en las dichas mezquitas incienso y algunas veces sacrifican sus mismas personas, cortándose unos las lenguas, y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas, y toda la sangre que dellos corre la ofrecen a aquellos ídolos, echándola por todas las partes de aquellas mezquitas, y otras veces echándola hacia el cielo, y haciéndolo otras muchas maneras de ceremonias; por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio. Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta hoy visto[13] en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición, toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres de más[14] mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto habemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más terrible y más espantosa cosa de ver que jamás han visto. Hacen estos indios[15] tan frecuentemente y tan a menudo, que, según somos informados, y en parte habemos visto por experiencia en lo poco que ha que en esta tierra estamos, no hay año en que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas en cada mezquita, y esto se usa y tienen por costumbre desde la isla de Cozumel hasta esta tierra adonde estamos poblados; y tengan vuestras majestades por muy cierto que, según la cantidad de la tierra nos parece ser grande y las muchas mezquitas que tienen, no hay año en que, en lo que hasta ahora hemos descubierto y visto, no maten de esta manera tres o cuatro mil ánimas. Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y daño, y si cierto Dios Nuestro Señor será servido si por mano de vuestras reales altezas estas gentes fueran introducidas y instruidas en nuestra muy santa fe católica, y conmutada la devoción, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen, en la divina potencia de Dios; porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros. Es de creer que no sin causa Dios Nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de vuestras reales altezas, para que tan gran fruto y merecimiento de Dios alcanzasen vuestras majestades mandando informar y siendo por su mano traídas a la fe estas gentes bárbaras que, según lo que dellos hemos conocido, creemos que habiendo lenguas y personas que le hiciesen entender la verdad

[13] Sin duda *no se ha visto* (Vedia).

[14] Sobra *de más* (Vedia).

[15] Tal vez *Hacen esto estos indios* (Vedia).

de la fe y el error en que están, muchos dellos, y aun todos, se apartarían muy brevemente de aquella ironia que tienen y vendrían al verdadero conocimiento, porque viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto. Querer dar a vuestra majestad todas las particularidades desta tierra y gente della podría ser que en algo se errase la relación, porque muchas dellas no se han visto más de por informaciones de los naturales della, y por esto no nos entremetemos a dar más de aquello que por muy cierto y verdadero vuestras reales altezas podrán mandar tener dello. Podrán vuestras majestades, si fueran servidos, hacer por cosa verdadera relación a nuestro muy santo Padre para que en la conversión desta gente se ponga diligencia y buena orden, pues que de ello se espera sacar tan gran fruto y tanto bien, para que su santidad haiga por bien y permita que los malos y rebeldes, siendo primero amonestados, puedan ser punidos y castigados como enemigos de nuestra santa fe católica, y será ocasión de castigo y espanto a los que fueron rebeldes en venir en conocimiento de la verdad, y evitarán tan grandes males y daños como son los que en servicio del demonio hacen; porque aun allende de lo que arriba hemos hecho relación a vuestras majestades de los niños y hombres y mujeres que matan y ofrecen en sus sacrificios, hemos sabido y sido informados de cierto que todos son sodomitas y usan aquel abominable pecado. Con estos nuestros procuradores que a vuestras altezas enviamos, entre otras cosas que en nuestra instrucción llevan, es una que de nuestra parte supliquen a vuestras majestades que en ninguna manera den ni hagan merced en estas partes a Diego Velázquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, de adelantamiento ni gobernación perpetua ni de otra manera, ni de cargos de justicia, y si alguna se tuviere hecha, la manden revocar, porque no conviene al servicio de su corona real que el dicho Diego Velázquez ni otra persona alguna tenga señoría ni merced otra alguna perpetua ni de otra manera salvo, por cuanto fue la voluntad de vuestras majestades en esta tierra de vuestras reales altezas, por ser, como es, a lo que ahora alcanzamos y a lo que se espera, muy rica; y aun allende de convenir al servicio de vuestras majestades que el dicho Diego Velázquez sea proveído de oficio alguno, esperamos, si lo fuese, que los vasallos de vuestras reales altezas que en esta tierra hemos comenzado a poblar y vivimos seríamos muy maltratados por él, porque creemos que lo que ahora se ha hecho en servicio de vuestras majestades en les enviar este servicio de oro y plata y joyas que le enviamos, que en esta tierra hemos podido haber, no será su voluntad que ansí se hiciera, según ha aparecido claramente por cuatro criados suyos que acá pasaron, los cuales desque vieron la voluntad que teníamos de lo enviar todo, como lo enviamos, a vuestras reales altezas, publicaron y dijeron que fuera mejor enviarlo a Diego Velázquez y otras cosas que hablaron perturbando que no se llevase a vuestras majestades, por lo cual los mandamos prender, y quedan presos para se hacer dellos justicia, y después de hecha se hará relación a vuestras majestades de lo que en ello hiciéremos. Y porque lo que hemos visto que el dicho Diego Velázquez ha hecho, y por la experiencia que dello tenemos, tenemos temor que si con cargo a esta tierra viniese, nos trataría mal, como lo ha hecho en la isla Fernandina el tiempo que ha tenido cargo de la gobernación, no haciendo justicia a nadie mas de por su voluntad y contra quien a él se antojaba por enojo y pasión, y no por justicia ni razón, y desta manera ha destruido a muchos buenos, trayéndolos a mucha pobreza, no les queriendo dar indios, y tomándoselos a todos para sí, y tomando él todo oro que

han cogido, sin les dar parte dello, teniendo, como tiene, compañías desaforadas con todos los más muy a su propósito; y por el hecho como sea gobernador y repartidor, con pensamiento y miedo que los ha de destruir, no osan hacer más de lo que él quiere; y desto no tienen vuestras majestades noticia ni se les ha hecho jamás relación dello, porque los procuradores que a su corte han ido de la dicha isla son hechos por su mano y sus criados, y tiénenlos bien contentos dándoles indios a su voluntad, y los procuradores que van al de las villas para negociar lo que toca a las comunidades cúmpleles hacer lo que él quiere, porque les da indios a su contento, y cuando los tales procuradores vuelven a sus villas y les mandan cuenta de lo que ha hecho dicen y responden que no envíen personas pobres, porque por un cacique que Diego Velázquez les da hacen todo lo que él quiere, y porque los regidores y alcaldes que tienen indios no se los quite el dicho Diego Velázquez, no osan hablar ni reprender a los procuradores que han hecho lo que no debían complaciendo a Diego Velázquez; y para esto y para otras cosas tiene él muy buenas, por donde vuestras altezas pueden ver que todas las relaciones que la isla Fernandina por Diego Velázquez hizo y las mercedes que para él piden son por indios que da a los procuradores, no porque las comunidades son dello contentas ni tal cosa desean: antes querrían que los tales procuradores fuesen castigados; y siendo a todos los vecinos y moradores desta villa de la Veracruz notorio lo sucedido, se juntaron con el procurador deste concejo y nos pidieron y requirieron por su requerimiento, firmado de sus nombres, que en su nombre de todos suplicásemos a vuestras majestades que no proveyesen de los dichos cargos ni de alguno dellos al dicho Diego Velázquez, antes le mandasen tomar residencia y le quitasen el cargo que[16] la isla Fernandina tiene, pues que lo susodicho, tomándole residencia, se sabría que es verdad y muy notorio; por lo cual à vuestra majestad suplicamos manden dar un pesquisidor para que haga la pesquisa de todo esto de que hemos hecho relación a vuestras reales altezas, ansí para la isla de Cuba como para otras partes, porque le entendemos probar cosas por donde vuestras majestades vean si es justicia ni conciencia que él tenga cargos reales en estas partes ni en las otras donde al presente reside. Hemos ansimismo pedido el procurador y vecinos y moradores desta villa, en el dicho pedimento, que en su nombre supliquemos a vuestra majestad que provean y manden dar su cédola y provisión real para Fernando Cortés, capitán y justicia mayor de vuestras reales altezas, para que él nos tenga en justicia y gobernación hasta tanto que esta tierra esté conquistada y pacífica y por el tiempo que más a vuestra majestad le pareciere y fuere servido, por conocer ser tal persona que conviene para ello; el cual pedimento y requerimiento enviamos con estos nuestros procuradores a vuestra majestad, y humildemente suplicamos a vuestras reales altezas que, ansí en esto, como en todas las otras mercedes en nombre[17] deste concejo y villa les fueron[18] suplicadas por parte de los dichos procuradores, no las hagan y manden conceder, y que nos tengan por sus muy leales vasallos, como lo hemos sido y seremos siempre. Y el oro y plata y rodelas y ropa que a vuestras reales altezas enviamos con los procuradores, demás del quinto que a

[16] Debió decir *que en* (Vedia).
[17] Sin duda *que en nombre* (Vedia).
[18] Quizá *fueren* (Vedia).

> vuestra majestad pertenece, de que suplica[19] Fernando Cortés y este concejo les hacen servicio, va en esta memoria firmada de los dichos procuradores, como por ella vuestras reales altezas podrán ver. De la rica villa de la Veracruz, a 10 de julio de 1519 (*Carta I*, 8-11).

En este largo fragmento de la primera carta, se documentan varios aspectos fundamentales de la conquista de México. En primer lugar, la fundación de Veracruz, primera colonia española de la Nueva España, en un acto desafiante a las instrucciones del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que hubiese preferido que se hiciesen rescates para lograr el deseado oro. La ciudad crecerá y con el tiempo se transformará en el mayor puerto de la Nueva España. Pero esta carta establece que Cortés se rebela al gobernador, su suegro, y se pone en una posición difícil para la metrópolis, donde no se ve de buen ojo la violación de la obediencia a un superior. Es éste el primero de varias instancias, todas documentadas en sus relaciones enviadas por Cortés al emperador Carlos V, de que la magnitud de su conquista haga más tolerable su enemistad y rebeldía con el gobernador de Cuba y luego adelantado de la Nueva España. En la carta se anuncia el nombramiento por parte del ejército de Cortés a Capitán General y Justicia Mayor, otra maniobra para anular su dependencia del gobernador de Cuba. Otro punto importante, es el envío del tesoro al emperador que, con la carta y otros documentos, los apoderados, o procuradores de Cortés, los capitanes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, han de llevar a España. La carta nos da la primera descripción de la tierra explorada, desde Yucatán, que ya había sido descubierto por el capitán Francisco Hernández de Córdoba en 1517, el río de Grijalva, descubierto por el capitán Juan de Grijalva en 1518, hasta el puerto de Veracruz, por una extensión de cien leguas de costa, o sea, unos quinientos kilómetros, de tierra muy panorámica, con planicies fértiles y a lo lejos las sierras, algunos de cuyos picos son nevados todo el año. Se describe la flora y la fauna, riquísima en toda suerte de plantas y flores, como también de frutas y cereales, y abundante en los codiciados metales preciosos y piedras preciosas. De los indios se dice que son los más adelantados encontrados hasta ese momento, que viven en ciudades con edificios de cal y canto y tienen vestidos de hombres y de mujeres. Se detiene la carta en describir la función de los edificios más importantes: se describen como templos y adoratorios donde se encuentran efigies de los ídolos, de piedra o de madera, en cuyos altares se cumplen horribles sacrificios humanos de niños, niñas, hombres y mujeres. La carta describe estos templos como mezquitas, término que expresa bien la perspectiva de los sol-

[19] En vez de *suplica*, es probable que dijese el original *su capitán* (Vedia).

dados de Cortés, aún dependientes de la terminología de la reconquista.[20] La parte final de la carta enjuicia el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que es acusado de crueldad y tiranía contra los que no obedecen sus dictados. Se pide enfáticamente que se le haga un juicio de residencia para probar los cargos. La carta es un documento que revela la difícil situación de Cortés, rebelde al gobernador, y, de consecuencia, a la metrópolis que no toleraba insubordinación en el ejército. La situación de Cortés representa un profundo contraste entre su hazañosa conquista de México y la sorda resistencia de sus enemigos en el nuevo y viejo mundo. Muy al contrario de los deseos de los autores de la carta, a Velázquez le nombrarán adelantado de la Tierra Firme haciendo la posición del más grande conquistador de América difícil de reconciliar con sus indudables méritos.

Segunda Carta: *primeras noticias sobre el emperador Moctezuma*

La segunda Carta de relación, fechada en la villa Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520, comienza con una referencia a la primera carta, en que Cortés le recuerda al emperador Carlos V que en esa primera comunicación del 10 de julio de 1519, despachada por barco de la Nueva España el 16 de mismo mes, venía una relación de todo lo sucedido en la nueva tierra. Se trataba de la relación que, en nombre de Cortés, los soldados principales del conquistador habían redactado y dirigido a la reina Juana y al emperador Carlos V y que había sido confiada a los capitanes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, procuradores de la villa de Veracruz. Es probable que Cortés, que se había alzado contra el gobernador de Cuba, quisiese demostrar como su mando estaba sufragado por sus hombres y que su autoridad ya no dependía del gobernador, sino de su ejército. Se puede decir que Cortés inicia con su acción la larga tradición del golpe militar que ha caracterizado la historia de América latina. Entre las novedades importantes de esta segunda relación se comunicaba al emperador que, al poco tiempo de su desembarco en San Juan de Ulúa, Cortés había tenido "noticia de un gran señor que se llamaba Muctezuma (…) que estaba (…) hasta noventa o cien leguas de la costa y puerto donde yo desembarqué" (*Carta II*, 12). Sabida de la existencia del emperador azteca y de sus riquezas fabulosas, puesto en su papel de neo-cruzado y embebido de la épica de la Reconquista que había alimentado los libros de caballería, Cortés creyó poder emular a los paladines del ciclo carolingio. Su actitud heroica

[20] Véase el artículo de William Mejías-López, sobre la perspectiva—anacrónica en este caso, por parte del autor— de Cortés que resiente de la cultura española de fines del siglo XV, principios del XVI: "Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos," *Bulletin Hispanique*, 1993, Vol. 95, N. 2, pp. 623-646.

se apoyó en una situación especial que él concibió, más en su fantasía fervorosa que fundamentada en la realidad mucho más compleja de la corte de los Habsburgos, donde la percepción de la empresa de América no rivalizaba los intereses que la casa de Austria contemplaba en Europa. Pero Cortés no era hombre que se descorazonase ante detalles que él consideraba obstáculos a su misión de pacificar las nuevas tierras y traerlas a la obediencia de la corona y a la conversión cristiana. Y no es de excluir que en su formación salmantina y sus lecturas de los clásicos, el hecho que Carlos V, su emperador, fuera el heredero del imperio fundado por Carlomagno y que recordara hasta en el nombre a ese lejano antepasado, le inspirara para acometer empresas dignas de los paladines que, en la épica renacentista, como el poema *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, aparecido en 1516, también apelaban a Carlomagno por sus derechos y reconocimientos. Al mismo tiempo, comunica al emperador que, para la fecha de esta segunda carta del 16 de agosto de 1519, ya había pacificado una vasta región, la que habitaban los totonaques,[21] nación que, conquistada por Moctezuma, toleraba mal las violencias de los Culhas, los oficiales aztecas encargados de recaudar los impuestos y que se distinguían por sus violencias contra las mujeres de los vasallos del emperador azteca. Sin insistir demasiado en modelos literarios, se podría aludir, para comprender el afán de gloria de Cortés, a una contraposición entre Moctezuma y Carlos V, paralela a la que en el *Orlando Furioso* despliegan los personajes de Carlomagno y Agramante. Comienza así la aventura épica y ya no libresca, de este conquistador extraordinario en medio de una región inexplorada, rodeado de indios hostiles que luchan valientemente contra los invasores. Cortés escribe que su propósito es obligar a Moctezuma a declararse vasallo de su majestad, el emperador Carlos V. De los caciques de una de las ciudades de los totonaques—Cempoala[22]—se entera del estado de rebeldía latente y esta ciudad, cansada de los abusos de los aztecas, se alía con Cortés, después que éste ha logrado derrotar a los indios de Tabasco. Ya hemos mencionado la leyenda del dios Quetzalcoatl.[23] Los mexicanos, al ver las victorias de algunos centenares de españoles contra miles de indios, y la eficacia de sus armas y los navíos, creen que su mítico dios ha vuelto para hacer justicia de los malvados y de los tiranos, creencia que Cortés utiliza para obtener el apoyo de los enemigos de Moctezuma. El personaje que más encaja en la épica caballeresca es el emperador mexicano, que ya hemos visto embelesado por el mismo mito del que cree ser testigo. Personaje de gran complejidad, absorto en sus creencias y en las de

[21] Sigo la grafía de Sahagún.

[22] Sigo la grafía de Clavijero; Torquemada la escribe *Cempoalla* y Cortés *Cempoal*. Actualmente, el sito arqueológico en México se conoce como *Cempoala* o *Zempoala*.

[23] Sigo la grafía de Clavijero y de Sahagún. Torquemada lo escribe como *Quetzalcohuatl*.

sus antepasados, supersticioso al punto de creer poder impedirle el avance a Cortés con sus adivinos y hechiceros, Moctezuma, cuando Cortés llega a su palacio, no solamente lo recibe con honores, sino que se deja apresar sin oponer resistencia y llega a cooperar con el conquistador en la sujeción de su país. Su discurso al pueblo, desde su prisión, tiene por momentos el pathos de una tragedia griega y, poco después, es herido mortalmente de una pedrada en la cabeza, lanzada por sus súbditos que no aceptan el dominio español. La narración de la muerte de Moctezuma se incluye en esta segunda carta. No le han faltado contratiempos a Cortés. Uno es causado por la conspiración de cuatro miembros de su ejército que, enterados del plan de Cortés de adentrarse tierra adentro con unos trescientos cincuenta soldados, planean asaltar un bergantín, matar al maestre y navegar hasta Cuba para avisarle al gobernador Velázquez del plan de Cortés y del navío que él acaba de despachar con la relación y el tesoro para el emperador Carlos V. En preparación a su expedición para llegar a Tenochtitlán, Cortés deja en Veracruz una fuerza de ciento cincuenta hombres a las órdenes del capitán Juan de Escalante y, de acuerdo con este oficial y para prevenir que haya otros amotinamientos de gente que quiera volver a Cuba, da con los navíos que están anclados al través sobre la costa. En Cempoala, donde hacía preparativos y se proveía de bastimentos, se entera de una armada de cuatro navíos, al mando de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, que se han acercado al puerto de Veracruz, pero, al enterarse que ese puerto está en manos de Cortés, se alejan, sin buscar contactos con Cortés, después que uno de los soldados de Veracruz se había acercado a uno de los navíos de Garay pidiendo la identificación de los ocupantes e inquiriendo por sus planes. Después de esta demora causada por la inesperada visita, Cortés resume su avance por el territorio de los totonaques hasta llegar al territorio de la Confederación de México, formada por tres ciudades—Tenochtitlán, Tlacopán y Texcoco[24]—cuyo gobierno residía en Tenochtitlán, edificada en el centro del lago Texcoco, y cuyo jefe era Moctezuma. Las otras ciudades y pueblos recorridos por Cortés son, con la excepción de Tlaxcala,[25] vasallos de Moctezuma. Algunos, como los totonaques, se han rendido a Cortés en la esperanza de aliviar su condición de esclavos explotados por los aztecas, esperanza vana pues para ellos se tratará de pasar de una esclavitud a otra. Otros, como Cholula,[26] aparentan sujeción para consumar la traición aconsejada y financiada por Moctezuma, como veremos más adelante. Al llegar a Tlaxcala, como vencedor después de varios combates con esta ciudad orgullosa y guerrera, Cortés, maravillado de sus edificios y de su organización, la compara a Granada, pero con más

[24] Para los nombres de estas ciudades mexicanas sigo la grafía de Clavijero.
[25] Sigo la grafía de Clavijero; Torquemada escribe *Tlaxcalla*.
[26] Sigo la grafía de Clavijero y Torquemada; Cortés la escribe *Churultecal*.

habitantes que los de la ciudad de Andalucía: "Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil almas arriba vendiendo y comprando" (*Carta II*, 17). En Cholula, o Churultecal como la llama Cortés, los españoles deben derribar barreras puestas en las calles y evitar los hoyos cavados en muchas otras y mimetizados con ramas y paja, para esconder los palos puntiagudos plantados en ellos para herir los caballos. Estas trampas, además de las piedras almacenadas en las terrazas, se hallaban alrededor del aposento que los cholultecas habían preparado para los españoles. La batalla es una de las más sangrientas de la campaña. La ciudad, orgullosa con sus 400 templos y oratorios para los sacrificios humanos, debe rendirse ante la fuerza del ejército de Cortés que con las lombardas, las escopetas, las ballestas y las espadas de acero de los españoles, siembra la muerte y la destrucción. La batalla de Cholula se desarrolla bajo la mirada incrédula de los embajadores de Moctezuma, venidos a contemplar la deseada destrucción de los españoles. Al fin, después de sufrir más de tres mil muertos y miles de heridos y la destrucción de muchos de sus templos y oratorios, Cholula se rinde. En la carta al emperador Cortés la describe edificada en un llano a vista del volcán Popocatepetl y sito de la gran pirámide dedicada al dios Quetzalcoatl.[27] Después de la destrucción de Cholula, Moctezuma trata de apaciguar a Cortés enviándole otro presente suntuoso de oro, plumas y ropa, con la recomendación que no vaya a Tenochtitlán. Cortés sigue en su avance y, llegado a las afueras de Tenochtitlán, es recibido con todos los honores por los principales cortesanos de Moctezuma, que ha dado instrucciones para que le lleven a su palacio y traten a Cortés y a sus soldados con gran consideración y solicitud. Moctezuma le da una de sus hijas al conquistador, además de varias esclavas para los españoles y muchos presentes en oro, piedras preciosas y ropas de algodón. En la entrevista con Cortés, Moctezuma niega las acusaciones que circulan sobre él y, con gesto algo inesperado, se desnuda frente a Cortés para mostrarle que él es de carne y hueso. Después de unos días, Cortés pone en efecto su plan de adueñarse de Moctezuma para seguridad suya y de su ejército. Algunos días antes, mientras Cortés se preparaba para el viaje a Tenochtitlán en Cempoala, tras sugerencia, persuasión y donativos de Moctezuma, Qualpopoca, señor de Nautecal, villa al sur de Tenochtitlán, había hecho saber a Cortés que quería venir a Veracruz para declararse su vasallo oficialmente, pero que, temeroso, como azteca, de tener que viajar por territorios que, habiéndose aliado a Cortés, eran ahora hostiles a él, pedía una escolta de españoles para asegurar su incolumidad. Cortés había autorizado a Juan de Escalante, de destacar cuatro españoles que fueran al encuentro de Qualpopoca. Al aproxi-

[27] Con el tiempo, Cholula ha quedado incorporada a Puebla.

marse los españoles a Nautecal, que Cortés llamó desde entonces Almería, Qualpopoca dio orden de prenderlos, torturarlos y sacrificarlos. Cortés, que ya controlaba con sus hombres el palacio de Moctezuma, le manda a llamar para preguntarle sobre lo que Qualpopoca había hecho de los cuatro españoles, y dispone un cuarto especial para que Moctezuma sea estrictamente vigilado, es decir que Moctezuma es ahora en realidad su prisionero. Al ser preguntado sobre la muerte de los españoles, Moctezuma pretende no saber nada y se ofrece a llamar a Qualpopoca para que dé explicaciones a Cortés. Viene este cacique y denuncia a Moctezuma. Cortés primero le pone grillos al emperador azteca, pero luego, visto su estado de abatimiento y la aparente voluntad de Moctezuma de cooperar con los españoles, le quita los grillos, pero no la cárcel. Para poner a prueba la lealtad del depuesto emperador, Cortés le pide que le indique los lugares de las minas de oro y Moctezuma hace pintar un lienzo con un mapa de las minas de oro y da orden a unos guías para que acompañen a los españoles a las minas para que vean cómo extraen el oro. Cuando los españoles efectúan las exploraciones mineras, tienen ocasión de contemplar la belleza, fertilidad y variedad de la Nueva España y refieren sus impresiones a Cortés que a su vez las comunica al emperador Carlos V. Cortés le pide también que le indique los ríos navegables y los puertos donde pueden atracar barcos que vienen allende el océano. Moctezuma incluye esas referencias en otro mapa, siempre pintado en un lienzo. Recorriendo el vasto territorio, en busca de las minas y de los ríos navegables y en la exploración para hallar puertos convenientes, los españoles cumplen una visita bastante completa de ciudades, villas, con sus templos y mercados, todas descripciones que referidas a Cortés se hallan en esta segunda carta. Entre otras cosas se entera que la moneda de México es la semilla del cacao, con la que compran los productos del mercado. Algunos caciques admiten a los españoles, pero rehúsan la entrada en sus territorios a los Culhas que los acompañan, por ser los que, bajo el régimen azteca, abusan de las mujeres y esclavizan a los que no aceptan el vasallaje tiránico de Moctezuma. Un sobrino de Moctezuma, Cacamatzin, después de que Moctezuma cayera prisionero de Cortés, se ha apoderado del gobierno y rehúsa obedecer las órdenes de Moctezuma de colaborar con los españoles. Cortés organiza un engaño para prenderlo con la ayuda de los mismos oficiales leales a Moctezuma. Es el momento de máxima cooperación del monarca azteca, obligado a obedecer a Cortés, pues es su prisionero. Es en este estado y condición deplorable, para un monarca que había reinado 18 años con poder absoluto, que Moctezuma se dirige a sus súbditos con un discurso en que espera mantener una paz cada vez más escurridiza, pues los aztecas no ven de buen ojo su condición de colaborador forzado. Tenochtitlán es una ciudad extraordinaria, con jardines, estanques llenos de aves al cuidado de más de trescientos guardas y

jardines zoológicos con toda clase de felinos y animales exóticos, también al cuidado de otros trescientos guardas. Con los presentes que Moctezuma y otros caciques han entregado a Cortés, se ha logrado un verdadero tesoro y en esta carta hay una descripción detallada del mismo que se pierde casi totalmente durante la así llamada "noche triste," durante la retirada de los españoles de Tenochtitlán, perseguidos por el ejército de los patriotas mexicanos. La llegada de la armada de Narváez que llega a la costa mexicana con el título de capitán general y lugarteniente del gobernador Velázquez, nombrado adelantado y gobernador de la Nueva España, con un ejército de unos ochocientos hombres, lombardas, escopeteros y ballesteros y ochenta caballos, que ya comienza a soliviantar a los indios que se habían aliado a los de Cortés, pone fin a este período de paz. En vano Cortés había enviado al licenciado Ayllón como juez, para protestar ante Velázquez. Narváez le prendió, junto con su escribano y el alguacil que le acompañaban. Narváez establece su campamento en Cempoala y allí ocurre el enfrentamiento violento entre Cortés con sus setenta veteranos y Narváez que, sorprendido por la audacia de Cortés, queda prisionero. Sus fuerzas se unen a las de Cortés que vuelve sobre sus pasos. Durante su ausencia de Tenochtitlán, Cortés había nombrado a Pedro de Alvarado como su lugarteniente. En la ocasión de la celebración de la fiesta en honor del dios Huitzilopochtli, en junio de 1520, en que numerosas familias de los jefes aztecas se habían reunido en la plaza del templo dedicado a ese dios, Alvarado dio la orden de masacrar a todos los participantes, incluyendo las mujeres y los niños.[28] Los aztecas se levantaron en masa contra los españoles, a pesar de los esfuerzos de Moctezuma para calmar la muchedumbre sedienta de venganza. En una ocasión en que se prodigaba para calmarlos, fue golpeado en la cabeza por una piedra lanzada desde la muchedumbre de revoltosos y murió sin recobrar el conocimiento, el 29 de junio de 1520, a los cincuenta y cuatro años de edad. A su vuelta Cortés encontró una situación muy diferente de la que había dejado al salir para enfrentarse a Narváez. La ciudad era teatro de sangrientos combates. Cortés y sus hombres, incluyendo un contingente de tlaxcaltecas, debieron luchar para salvar sus vidas. Durante una noche en que Cortés decidió abandonar Tenochtitlán porque el sitio impuesto por los aztecas amenazaba hacer perecer de hambre a los españoles y sus aliados indios, murieron muchos españoles y aliados tlaxcaltecas y se perdió el tesoro. Es lo que las historias refieren como el episodio de la "noche triste." Los sobrevivientes, muchos gravemente heridos sin que hubiese nadie que no hubiese recibido heridas, incluyendo a Cortés que, además de otras, tenía una seria herida en la cabeza, lo-

[28] Véase Bernanrdino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1999, pp. 779, ss. Referencias con la abreviación *Sahagún*, seguida del número de páginas.

graron refugiarse en Tlaxcala, donde los tlaxcaltecas los cuidaron hasta que se repusieron. Ya repuesto, cerca de Cholula, en la villa de Tepeaca, hoy parte de la ciudad de Puebla, Cortés fundó la villa de Segura de la Frontera (*Carta II*, 37). Allí y en la vecina Guacachula Cortés planeó el ataque final para apoderarse de Tenochtitlán. En esta villa encarceló a muchos de los jefes culhas. Los aliados tlaxcaltecas llegaron a unos cien mil. Después de la victoria en Izzucan, dio el asalto final a Tenochtitlán que se rindió el 13 de agosto de 1521.

Selección de los textos de la Segunda Carta

La partida para Tenochtitlán se demora por la llegada de navíos frente a Veracruz

A punto para salir con el ejército para ir a ver a Moctezuma, Cortés recibe noticias de la llegada de unos navíos frente a Veracruz, por lo cual decide ir a investigar antes de continuar con su marcha hacia Tenochtitlán:

> Ocho o diez días después de haber dado con los navíos en la costa,[29] y siendo ya salido de Veracruz hasta la ciudad de Cempoal, que está a cuatro leguas della, para de allí seguir mi camino, me hicieron saber de la dicha villa cómo por la costa della andaban cuatro navíos, y que el capitán que yo allí dejaba había salido a ellos con una barca, y les habían dicho que eran de Francisco de Garay, teniente y gobernador en la isla de Jamaica, y que venían a descubrir. Y que dicho capitán les había dicho cómo yo en nombre de vuestra alteza tenía poblada esta tierra y hecho una villa allí a una legua de donde los dicho navíos andaban, y que allí podía ir con ellos y me farían saber de su venida, e si alguna necesidad trajesen, se podían reparar della, y que el dicho capitán los guiaría con la barca al puerto, el cual les señaló dónde era; y que ellos le habían respondido que ya habían visto el puerto porque pasaron por frente dél, y que así lo farían como él se lo decía. E que se había vuelto con la dicha barca, y los navíos no le habían seguido, ni venido al puerto, y que todavía andaban por la costa, y que no sabía qué era su propósito, pues no habían venido al puerto; e visto lo que el dicho capitán me fizo saber, a la hora me partí para la dicha villa, donde supe que los dichos navíos estaban surtos tres leguas la costa abajo y que ninguno no había saltado en tierra. E de allí me fui por la costa con alguna gente para saber lengua, y ya que casi llegaba a una legua dellos, encontré tres hombres de los dichos navíos, entre los cuales venía uno que decía ser escribano, y los dos traía, según me dijo, para que fuesen testigos de cierta notificación que dis que el capitán le había mandado que me hiciese de su parte un requerimiento que allí traía, en el cual se contempla que me hacía saber cómo él había descubierto aquella tierra y quería poblar en ella; por tanto, que me requería que partiese con él los términos, porque su asiento quería hacer cinco le-

[29] Aún se discute sobre esta decision de Cortés de barrenar los navíos para evitar que los españoles tuviesen alternativas a seguirle hasta conseguir la conquista de México, o morir en la empresa.

guas la costa abajo después de pasada Nautecal, que es una ciudad que es doce leguas de la dicha villa que agora se llama Almería. A los cuales yo dije que viniese su capitán y que se fuese con sus navíos al puerto de Veracruz que allí nos hablaríamos y sabría de qué manera venía. E si sus navíos y gente trajesen alguna necesidad, los socorrería con lo que yo pudiese. E que pues él decía venir en servicio de vuestra sacra majestad, que yo no deseaba otra cosa sino que se me ofreciese en que sirviese a vuestra alteza, y que en le ayudar creía que lo hacía. Y ellos me respondieron que en ninguna manera el capitán ni otra gente vernía a tierra ni adonde yo estuviese. E creyendo que debían haber hecho algún daño en la tierra, pues se recelaban de venir ante mí, ya que era noche, me puse muy secretamente junto a la costa de la mar, frontero de donde los dichos navíos estaban surtos, y allí estuve encubierto fasta otro día casi a mediodía, creyendo que el capitán o piloto saltarían en tierra, para saber dellos lo que habían hecho o por qué parte habían andado, y si algún daño en la tierra hubiesen hecho, enviárselos a vuestra sacra majestad, y jamás salieron ellos ni otra persona; e visto que no salían, fice quitar los vestidos a aquellos que venían a facerme el requerimiento y se los vistiesen otros españoles de los de mi compañía, los cuales fice ir a la playa que llamasen a los de los navíos; e visto por ellos, salió a tierra una barca con fasta diez o doce hombres con ballestas y escopetas, y los españoles que llamaban de la tierra se apartaron de la playa a unas matas que estaban cerca, como que se iban a la sombra dellas. E así saltaron cuatro, los dos ballesteros y los dos escopeteros; los cuales, como estaban cercados de la gente que yo tenía en la playa puesta, fueron tomados. Y el uno de ellos era maestre de la una nao, el cual puso fuego a una escopeta, y matara a aquel capitán que yo tenía en la Veracruz, sino que quiso Nuestro Señor que la mecha no dio fuego. E los que quedaron en la barca se hicieron a la mar, y antes de que llegasen a los navíos ya se iban a la vela, sin aguardar ni querer que dellos se supiese cosa alguna. E de los que conmigo quedaron me informé cómo habían llegado a un río que está treinta leguas de la costa abajo después de pasar Almería, y que allí había habido buen acogimiento de los naturales, y que por rescate les habían dado de comer, e que habían visto algún oro que traían los indios, aunque poco. E que habían rescatado fasta tres mil castellanos de oro. E que no habían saltado en tierra, mas de que habían visto ciertos pueblos en la ribera del río tan cerca, que de los navíos los podían bien ver. E que no había edificios de piedra, sino que todas las casas eran de paja, excepto que los suelos dellas tenían algo altos y hechos a mano. Lo cual todo después supe más por entero de aquel gran señor Muteczuma y de ciertas lenguas de aquella tierra que él tenía consigo; a los cuales, y a un indio que en los dichos navíos traían del dicho río, que también yo les tomé, envié con otros mensajeros del dicho Muteczuma para que hablasen al señor de aquel río, que se dice Panuco, para le atraer al servicio de vuestra sacra majestad (*Carta II*, 13-14).

Esta es la misma carta en que Cortés comunica al emperador la agresión de Pánfilo de Narváez y su armada imponente, agresión que Cortés repele derrotando el agresor y tomándolo prisionero. De hecho, en la misma sección de la carta donde le comunica su victoria contra Narváez, Cortés vuelve a mencionar a Francisco de Garay, en la segunda mención de este conquistador, refiriéndose al hecho que este

viejo conquistador había explorado un río que "ya yo le tenía seguro" (*Carta II*, 40), indicando otra intromisión que controla enviando a un capitán con 200 hombres, y esta acción militar es posible porque las fuerzas de Narváez se han unido a las de Cortés que ahora ha más que doblado sus efectivos. Siempre en esta carta encontramos la tercera mención de Garay, derrotado por los indios en el río Pánuco, derrota de la que se retira a Veracruz, para curarse de las heridas y descansar, tras sufrir esa derrota. Entre la primera mención de Garay y la tercera se verifica la guerra de Tenochtitlán, ocurrida precisamente durante la ausencia de Cortés, causada por la agresión de Narváez. Por una casualidad, la derrota de Garay ocurre al mismo tiempo y, en esta carta, en la que Cortés ha contado al emperador los pormenores de la lucha que ha provocado la muerte de más de la mitad del ejército español y de unos cien mil aliados tlaxcaltecas, Cortés le dice al emperador que los sobrevivientes de sus fuerzas diezmadas quieren volverse a Cuba donde tienen sus encomiendas. Pero Cortés se opone y les convence que si los aztecas se enterasen de esa rendición no perderían tiempo en atacarlos y exterminarlos. Por ello Cortés asegura el emperador de sus planes para reconquistar Tenochtitlán (*Carta II*, 56-57). Un aspecto importante en esta carta es la capacidad del autor de comparar las ciudades de la Nueva España con otras de Africa o de Italia, utilizando su conocimiento y a sabiendas que el emperador entendería la comparación entre una ciudad independiente como Tlaxcala y algunas ciudades italianas de la época, como Venecia, Génova o Pisa.

Descripción de Tlaxcala

> La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil almas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en parte. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y pueden haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía y es gente de toda razón y concierto; y tal, que lo mejor de África no se le iguala. En esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ellos cosa vacua; tiene en torno la provincia noventa leguas y más; la or-

den que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labrados y son vasallos de estos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros, e para sus guerras, que han de ordenar, júntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertan. Créese que deben de tener alguna manera de justicia, para castigar los malos, porque uno de los naturales desta provincia hurtó cierto oro a un español, y yo le dije a aquel Magiscazin,[30] que es mayor señor de todos, y ficieron su pesquisa, y siguiéronlo fasta una ciudad que está cerca de allí, que se dice Churultecal,[31] y de allí lo trajeron preso, y me lo entregaron con el oro, y me dijeron que yo le hiciese castigar; yo les agradecí la diligencia que en ello pusieron y les dije que, pues estaba en su tierra, que ellos lo castigasen como lo acostumbraban, y que yo no me quería entremeter en castigar a los suyos estando en su tierra, de lo cual me dieron gracias, y lo tomaron, y con pregón público que manifestaba su delito, le hicieron llevar por aquel gran mercado, y allí le pusieron al pie de uno como teatro que está en medio de dicho mercado, y encima del teatro subió el pregonero, y en altas voces tornó a decir el delito de aquél, e viéndolo todos le dieron con unas porras en la cabeza hasta que lo mataron. E muchos otros habemos visto en prisiones, que dicen que los tienen por furtos y cosas que han hecho. Hay en esta provincia, por visitación que yo en ella mandé hacer, quinientos mil vecinos, que con otra provincia pequeña que está junto con ésta, que se dice Guazincango, que viven a la manera déstos, sin señor natural; los cuales no menos están por vasallos de vuestra alteza que estos de Tascaltecal *(Carta II*, 18-19).

Descripción de Cholula

Esta ciudad de Churultecal está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, e tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí, y tiene sus términos conocidos; no obedecen a señor ninguno, excepto que se gobiernan como estotros de Tascaltecal. La gente de esta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal en alguna manera, porque los honrados ciudadanos della todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de Africa, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables. Todos éstos han sido y son, después de este trance pasado, muy ciertos vasallos de vuestra majestad y muy obedientes a lo que yo en su real nombre le he requerido y dicho; y creo lo serán de aquí adelante. Esta ciudad es muy fértil de labranza, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte della, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cutrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas.[32] Es la ciudad más a propósito de vi-

[30] Torquemada escribe *Maxixcatzin*.

[31] En Clavijero es Cholula.

[32] El uso de esta palabra para designar los templos mexicanos en que se practicaban sacrificios humanos, denota la perspective de Cortés, condicionada por la Reconquista. Cholula fue incorporada

vir españoles que yo he visto de los puertos acá. Porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganado, lo que no tienen nigunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo, en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razón (*Carta II*, 21).

El descubrimiento de las minas de oro

Después que yo conocí dél [Moctezuma] muy por entero tener mucho deseo al servicio de vuestra alteza, le rogué que, porque más enteramente yo pudiese hacer relación a vuestra majestad de las cosas de esta tierra, que me mostrase las minas de donde se sacaba el oro, el cual, con muy alegre voluntad, según mostró, dijo que le placía. E luego hizo venir ciertos servidores suyos, y de dos en dos repartió para cuatro provincias, donde dijo que se sacaba; e pidióme que le diese españoles que fuesen con ellos, para que lo viesen sacar; e asimismo yo le di a cada dos de los suyos otros dos españoles. Y los unos fueron a una provincia que se dice Cuzula, que es ochenta leguas de la gran ciudad de Temixtlán,[33] e los naturales de aquella provincia son vasallos del dicho Muteczuma;[34] e allí les mostraron tres ríos, y de otros me trajeron muestras de oro, y muy buena, aunque sacada con poco aparejo, porque no tenían otros instrumentos más de aquel con que los indios lo sacan, y en el camino pasaron tres provincias, según los españoles dijeron, de muy hermosa tierra y de muchas villas y ciudades, y otras poblaciones en mucha cantidad, y de tales y tan buenos edificios, que dicen que en España no podían ser mejores. En especial me dijeron que habían visto una casa de aposentamiento y fortaleza que es mayor y más fuerte y más bien edificada que el castillo de Burgos; y la gente de una de estas provincias, que se llama Tamazulapa, era más vestida que estotra que habemos visto y según a ellos les pareció, de mucha razón. Los otros fueron a otra provincia que se dice Malinaltebeque, que es otras setenta leguas de la dicha gran ciudad, que es más hacia la costa de la mar. E asimismo me trajeron muestra de oro de un río grande que por allí pasa. E los otros fueron a una tierra que está en este río arriba, que es de una gente diferente de la lengua de Culúa, a la cual llaman Tenis y el señor de aquella tierra se llama Coatelicamat, y por tener sus tierras en unas sierras muy altas y ásperas no es sujeto al dicho Mutecuzuma, y también porque la gente de aquella provincia es gente muy guerrera y pelean con lanzas de veinte y cinco y treinta palmos; y por no ser éstos vasallos del dicho Mutecuzuma, los mensajeros que con los españoles iban no osaron entrar en la tierra sin lo hacer saber primero al señor della y pedir para ello licencia, diciéndole que iban con aquellos españoles a ver las minas de oro que tenían en su tierra, y que le rogaban de mi parte y del dicho Mutecuzuma, su señor, que lo hobiesen por bien.

---

en 1531 a Puebla, ciudad fundada en ese año. Sus Iglesias, numerosas y en gran parte fundadas por Cortés, son muy bellas y son una parte importante de Puebla.

[33] En Clavijero, *Tenochtitlán*.

[34] En Clavijero, *Moctezuma*

El cual dicho Coatelicamat respondió que los españoles que él era muy contento que entrasen en su tierra y viesen las minas y todo lo demás que ellos quisiesen; pero que los de Culúa, que son los de Mutecuzuma, no habían de entrar en su tierra, porque eran sus enemigos. Algo estuvieron los españoles perplejos en si irían solos o no, porque los que con ellos iban les dijeron que no fuesen, que los matarían, e que por matar no consentían que los de Culúa entrasen con ellos, y al fin se determinaron de entrar solos, e fueron del dicho señor y de los de su tierra muy bien recibidos, y les mostraron siete u ocho ríos, de donde dijeron que ellos sacaban el oro; y en su presencia lo sacaron los indios, y ellos me trajeron muestra de todo; y con los dichos españoles me envió el dicho Coatelicamat ciertos mensajeros suyos, con los cuales me envió a ofrecer su persona y tierra, al servicio de vuestra sacra majestad, y me envió ciertas joyas de oro y ropa de la que ellos tienen. Los otros fueron a otra provincia que se dice Tuchitebeque, que es casi el mismo derecho hacia la mar, doce leguas de la provincia de Malinaltebeque, donde ya he dicho que se halló oro; e allí les mostraron otros ríos, de donde asimismo sacaron muestras de oro (*Carta II*, 28).

Residencia para el emperador Carlos V y moneda mexicana

E porque allí, según los españoles que allá fueron me informaron, hay mucho aparejo para hacer estancias y para sacar oro, rogué al dicho Mutecuzuma que en aquella provincia de Malinaltebeque, porque era para ello más aparejada, hiciese hacer unas estancias para vuestra majestad; y puso con ello tanta diligencia, que dende en dos meses que yo se lo dije estaban sembradas setenta hanegas de maíz y diez de frijoles, y dos mil pies de cacao, que es una fruta como lamendras, que ellos venden molida, y tienenla en tanto, que se trata por moneda en toda la tierra, y con ella se compran todas las cosas necesarias en los mercados y otras partes. E había hechas cuatro casas muy buenas, en que en la una, demás de los aposentamientos, hicieron un estanque de agua, y en él pusieron quinientos patos, que acá tienen en mucho, porque se aprovechan de la pluma dellos y los pelan cada año, y hacen sus ropas con ella; y pusieron hasta mil y quinientas gallinas, sin otros aderezos de granjería, que muchas veces juzgadas por españoles que la vieron la aprecian en veinte mil pesos de oro (*Carta II*, 28).

Descubrimiento de ríos navegables y puertos

Asimismo le rogué al dicho Muteczuma que me dijese si en la costa de la mar había algún río o ancón en que los navíos que viniesen pudiesen entrar y estar seguros. El cual me respondió que no lo sabía, pero que él me faría pintar toda la costa y ancones y ríos della, y que enviase yo españoles a los ver, y que él me daría quien los guiase y fuese con ellos, y así lo hizo. E otro día me trujeron figuradas en un paño toda la costa, y en ella parecía un río que salía a la mar, más abierto, según la figura, que los otros, el cual parecía estar entre las sierras que dicen Sanmin,[35] y son tanto en un ancón por donde los pilotos hasta entonces creían que se

[35] Pueden ser las que hoy se llaman de San Martín, obispado de Oaxaca (Vedia).

partía la tierra en una provincia que se dice Mazalmaco; y me dijo que viese yo a quien quería enviar, y que él proveería cómo se viese y supiese todo, y luego señaló diez hombres, y entre ellos algunos pilotos y personas que sabían de la mar. E con el recaudo que él dio se partieron y fueron por toda la costa, desde el puerto de Chalchimeca,[36] que dicen de San Juan, donde yo desembarqué, y anduvieron por ella sesenta y tantas leguas, que en ninguna parte hallaron río ni ancón donde pudiesen entrar navíos ningunos, puesto que en la dicha costa había muchos y muy grandes, y todos los sondaron con canoas, y así llegaron a la dicha provincia de Cuacalco, donde el dicho río está; y el señor de aquella provincia, que se dice Tuchintecla, los recibió muy bien y les dio canoas para mirar el río e hallaron en la entrada dél dos brazas y media largas en lo más bajo del bajar, y subieron por el dicho río arriba doce leguas, y lo más bajo que él hallaron fueron cinco o seis brazas. E según lo que dél vieron, se cree que sube más de treinta leguas de aquella hondura, y en la ribera dél hay muchas y muy grandes poblaciones, y toda la provincia es muy llana y muy fuerte, y abundosa de todas las cosas de la tierra y de mucha y casi innumerable gente. E los desta provincia no son vasallos y súbditos de Mutecuzuma, antes sus enemigos. Y asimismo el señor della, al tiempo que los españoles llegaron, les envió a decir que los de Culúa no entrasen en su tierra, porque eran sus enemigos. E cuando se volvieron los españoles a mí con esta relación, envió con ellos ciertos mensajeros, con los cuales nos envió ciertas joyas de oro, y cueros de tigres, y plumajes y piedras y ropa; y ellos me dijeron de su parte que había muchos días que Tuchintecla, su señor, tenía noticia de mí, porque los de Putunchan, que es el río de Grijalva, que son sus amigos, le habían hecho saber cómo yo había pasado por allí y hasta peleado con ellos porque no me dejaron entrar en su pueblo, y cómo después quedamos amigos y ellos por vasallos de vuestra majestad. E que él asimismo se ofrecía a su real servicio con toda su tierra, y me rogaba que le tuviese por amigo, con tal condición que los de Culúa no entrasen en su tierra, e que yo viese las cosas que en ella había de que se quisiese servir vuestra alteza, y que él daría dellas las que yo señalase en cada un año (*Carta II*, 28-29).

Diplomacia de Cortés para prender a Cacamatzin rey de Texcoco

En los capítulos pasados, muy poderoso señor, dije cómo al tiempo que yo iba a la gran ciudad de Temixtitán me había salido al camino un gran señor, que venía de parte de Muteczuma; e según lo que después dél supe, él era muy cercano deudo de Muteczuma, y tenía su señorío junto al del dicho Muteczuma, cuyo nombre era Haculuacan. E la cabeza dél es una muy gran ciudad que está junto a esta laguna salada, que hay desde ella, yendo en canoas por la dicha laguna hasta la dicha ciudad de Temixtitán, seis leguas, y por la tierra diez. E llámase esta ciudad Tezcuco[37] y será de hasta treinta mil vecinos. Tienen, señor, en ella muy maravillosas casas y mezquitas, y oratorios muy grandes y muy bien labrados. Hay muy

[36] Este nombre en náuhatl quiere decir "río de las aguas verdes" y es el río de Banderas, donde se halla la ciudad de Veracruz-Boca del Río.

[37] *Texcoco*, como escribe Clavijero, era con *Tenochtitlán* y *Tlacopán*, como escribe Clavijero, una de las tres ciudades que constituían la Confederación azteca.

grandes mercados; y demás desta ciudad tiene otras dos, la una a tres leguas désta de Tezcuco, que se llama Acuruman, y la otra a seis leguas, que se dice Otumpa. Terná cada una destas hasta tres mil o cuatro mil vecinos. Tiene la dicha provincia y señorío de Haculuacan otras aldeas y alquerías en mucha cantidad, y muy buenas tierras y sus labranzas. E confina este señorío por la una parte con la provincia de Tascaltecal, de que ya a vuestra majestad he dicho. Y este señor, que se dice Cacamazin,[38] después de la prisión de Muteczuma se rebeló, así contra el servicio de vuestra alteza, a quien se había ofrecido, como contra dicho Muteczuma. Y puesto que por muchas veces fue requerido que viniese a obedecer los reales mandatos de vuestra majestad, nunca quiso, aunque, demás de lo que yo le enviaba a requerir, el dicho Muteczuma se lo enviaba a mandar; antes respondía que si algo le querían, que fuesen a su tierra, y que allá verían para cuánto era y el servicio que era obligado a hacer. E según yo me informé, tenía gran copia de gente de guerra junta, y todos para ella bien a punto. Y como por amonestaciones ni requerimientos yo no lo pude atraer, hablé al dicho Muteczuma y le pedí su parecer de lo que debíamos facer para que aquél no quedase sin castigo de su rebelión. El cual me respondió que quererle tomar por guerra que se ofrecía mucho peligro porque él era gran señor y tenía muchas fuerzas y gente, y que no se podía tomar tan sin peligro que no muriese mucha gente. Pero que él tenía en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales que vivían con él y les daba su salario; que él fablaría con ellos para que atrajesen alguna de la gente del dicho Cacamazin a sí, y que traída, y estando seguros, que aquéllos favorecerían nuestro partido y se podría prender seguramente. E así fue que el dicho Muteczuma hizo sus conciertos de tal manera que aquellas personas atrajeron al dicho Cacamazin a que se juntase con ellos en la dicha ciudad de Tezcuco, para dar orden en las cosas que convenían a su estado, como personas principales, y que les dolía que él hiciese cosas por donde perdiese. E así se juntaron en una muy gentil casa de dicho Cacamazin, que está junto a la costa de la laguna. Y es de tal manera edificada, que por debajo de toda ella navegaban las canoas y salen a la dicha laguna; allí secretamente tenían aderezadas ciertas canoas con mucha gente apercibida para si el dicho Cacamazin quisiera resistir la prisión. Y estando en su consulta, lo tomaron todos aquellos principales antes que fuesen sentidos de la gente del dicho Cacamazin, y lo metieron en aquellas canoas, y salieron a la laguna, y pasaron a la gran ciudad, que como ya dije, está seis leguas de allí. E llegados lo pusieron en unas andas, como su estado requería o lo acostumbraban, y me lo trujeron; al cual yo hice echar unos grillos y poner a mucho recaudo. E tomado el parecer de Muteczuma, puse en nombre de vuestra alteza en aquel señorío a un hijo suyo que se decía Cucuzcacin. Al cual hice que todas las comunidades y señores de la dicha provincia y señorío le obedeciesen por señor, como al dicho Cacamazin; y él fue obediente en todo lo que yo de parte de vuestra majestad le mandaba (*Carta II*, 29-30).

Discurso de Moctezuma

Pasados algunos pocos días después de la prisión deste Cacamazin, el dicho Muteczuma hizo llamamiento y congregación de todos los señores de las ciudades

[38] *Cacamatzín* en Clavijero.

y tierras allí comarcanas; y juntos, me envió a decir que subiese adonde él estaba con ellos, e llegando yo, les habló en esta manera: "Hermanos y amigos míos: ya sabéis que de mucho tiempo acá vosotros y vuestros padres y abuelos habéis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y míos, y siempre dellos y de mí habéis sido muy bien tratados y honrados, e vosotros asimismo habéis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados a sus naturales señores, e también creo que de vuestros antecesores ternéis memoria cómo nosotros no somos naturales desta tierra, e que vinieron a ella de otra muy lejos, y los trajo un señor, que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende a mucho tiempo, y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casados con las mujeres desta tierra, y tenían mucha multiplicación de fijos; por manera que no quisieron volverse con él, ni menos lo quisieron recebir por señor de la tierra; y él se volvió y dejó dicho que tornaría o enviaría con tal poder que los pudiese costreñir y atraer a su servicio. Y bien sabéis que siempre lo hemos esperado, y según las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le envió acá, y según la parte de do él dice que viene, tengo por cierto, y así lo debéis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos, en especial que nos dice que allí tenía noticias de nosotros. E pues nuestros predecesores no hicieron lo que a su señor eran obligados, hagámoslo nosotros, y demos gracias a nuestros dioses por que en nuestros tiempos vino lo que tanto aquéllos esperaban. Y mucho os ruego, pues a todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengáis a este su capitán; y todos los tributos y servicios que fasta aquí a mi me hacíades, los haced y dad a él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare; y demás de facer lo que debéis y sois obligados, a mí me haréis con ello mucho placer." Lo cual todo lo dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar, e asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder. Y después de algo sosegadas sus lágrimas, respondieron que ellos lo tenían por su señor y habían prometido de hacer todo lo que les mandase; y que por esto y por la razón que para ello les daba, que eran muy contentos de lo hacer; e que desde entonces para siempre se daban ellos por vasallos de vuestra alteza, y desde allí todos juntos y cada uno por sí, prometían y prometieron, de hacer y cumplir todo aquello que con el real nombre de vuestra majestad les fuese mandado, como buenos y leales vasallos lo deben hacer, y de acudir con todos los tributos y servicios que antes a dicho Muteczuma hacían y eran obligados, con todo lo demás que les fuese mandado en nombre de vuestra alteza. Lo cual todo pasó ante un escribano público, y lo asentó por auto en forma, y yo le pedí así por testimonio en presencia de muchos españoles (*Carta II*, 30).

La búsqueda del tesoro de Moctezuma

Pasado este auto y ofrecimiento que estos señores hicieron al real servicio de vuestra majestad, hablé un día a dicho Muteczuma, y le dije que vuestra alteza tenía necesidad de oro, por ciertas obras que mandaba hacer, y que le rogaba que enviase algunas personas de los suyos, y que yo enviaría asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habían ofrecido, a les ro-

gar que de lo que ellos tenían sirviesen a vuestra majestad con alguna parte; porque, demás de la necesidad que vuestra alteza tenía, parecía que ellos comenzaban a servir, y vuestra alteza tendría más concepto de las voluntades que a vuestro servicio mostraban, y que él mismo me diese de lo que tenía, porque lo quería enviar, como el oro y como las otras cosas que había enviado a vuestra majestad con los pasajeros. E luego mandó que le diese los españoles que quería enviar, y de dos en dos y de cinco en cinco los repartió para muchas provincias y ciudades, de cuyos nombres, por se haber perdido las escrituras, no me acuerdo, porque son muchos y diversos, mas de que algunas dellas estaban a ochenta y cien leguas de la dicha ciudada de Temixtitán; e con ellos envió de los suyos, y les mandó que fuesen a los señores de aquellas provincias y ciudades y les dijese como yo mandaba que cada uno dellos diese cierta medida de oro, que les dio. E así se hizo, que todos aquellos señores a que él envió dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata, y otras cosas de las que ellos tenían, que fundido todo lo que era para fundir cupo a vuestra majestad del quinto treinta y dos mil cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata, y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor, que para vuestra sacra majestad yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y más suma; las cuales, demás de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad. Y no le parezca a vuestra alteza fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas criadas así en la tierra como en la mar, de que el dicho Muteczuma pudiese tener conocimiento, tenía contrahechas muy al natural, así de oro y plata como de pedrería y de plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían; de las cuales todas me dio para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le di figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares y otras muchas cosas de las nuestras que le hice contrafacer. Cupieron asimismo a vuestra alteza, del quinto de la plata que se hobo, ciento y tantos marcos, los cuales hice labrar a los naturales de platos grandes y pequeños y escudillas y tazas y cucharas, y lo labraron tan perfecto como se lo podíamos dar a entender.[39] Demás desto me dio el dicho Muteczuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni de tan diversas y naturales colores ni labores; en que había ropa de hombres y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas que hechos de seda no se podían comparar; e había otros paños, como de tapicería, que podían servir en salas y en iglesias; había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosas, y de otras muchas cosas, que, por ser tantas y tales, no las se significar a vuestra majestad (*Carta II*, 30-31).

[39] No conocían los aztecas el hierro, pero se podría afirmar que su cultura correspondería a la edad del bronce, acaso en su más alta expresión, documentada por la belleza, complejidad, buen gusto y refinamiento de su orfebrería.

Descripción de Tenochtitlán

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Temixtitán, y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos: no podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas como pudiere, diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender. Pero puede vuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hobiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a vuestra alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor decir muy claramente la verdad, sin interponer cosas que la disminuyan ni acrecienten. Antes que comience a relatar las cosas desta gran ciudad y las otras que en este otro capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de México, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he fecho relación están fundadas y donde está el principal señorío de Muteczuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della terná en torno fasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas[40] que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. E la una destas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio desta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual estrecho terná un tiro de ballestas, e por entre la una laguna y la otra, e las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar, toda la creciente corre el agua della a la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso río, y, por consiguiente, a las menguantes va la dulce a la salada.[41] Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas déstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual an-

[40] Chalco, de agua dulce y Texcoco, salada.

[41] Es ésta una de las más vividas y claras descripciones de la laguna donde se había fundado Tenochtitlán. En el estrecho que divide las dos lagunas, Chalco—la dulce—y Texcoco—la salada—, se hallan varias ciudades: Iztapalapa, Chimaluacán, Santa María y Culhuacán. La decision de construir embarcaciones para conquistar Tenochtitlán imita la del Gran Capitán que, durante la campaña de Italia, a primeros del siglo XVI, contra los franceses, para conquistar el Golfo de Tarento, transportó algunos navíos por tierra y los echó en el golfo del mismo nombre, evitando así las defensas francesas del puerto de Tarento y conquistando esa plaza fuerte.

dan en sus canoas, y todas las calles, de trecho a trecho, están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. E viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traición tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha priesa a facer cuatro bergantines, y los fice en muy breve tiempo, tales que podían echar trecientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de colchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernicales, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calles de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombre como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asientos y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas, hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas, que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas maguey, que es muy mejor que arrope, y destas plantan facen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos los colores, en sus madejicas, que parece propriamente alacaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más variadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y

de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencias, donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que se miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa. Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios della,[42] y en las principales della hay personas religiosas de su seta, que residen continuamente en ellas; para las cuales, demás de las casas donde tienen sus ídolos hay unos buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desque entran en la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete u ocho años fasta que los sacan para los casar, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della; porque es tan grande, que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaquizamíes y el maderamiento es todo de mazoneria y muy picado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen, son dedicadas cada una a su ídolo a que tiene devoción. Hay tres salas dentro desta gran mezquita, donde están los principales

[42] Tenochtitlán se dividía en cuatro barrios y en cada uno vivían en común los miembros de un *calpulli*, o grupo de familas, o clan, emparentadas. La sociedad azteca era basada en la tribu y obedecía a una estructura militar y jerarquizada y económicamente comunitaria. La tribu se constituía de veinte calpullis; cada uno de éstos tenía sus totem, sacerdotes, ritos, templos propios. El gobierno de la ciudad se decidía en el consejo tribal, o *tlatocín*, en el que cada calpulli estaba representado. Solo este gobierno decidía de la paz y de la guerra. Había dos jefes supremos: un jefe military, *tlacatecuhli* y un jefe civil, *cihua-cohuatl*, lugarteniente del primero y juez supremo, con poder ejecutivo. Mutecczuma era *tlacatecuhli* y *tlatoani*, o sea, jefe supremo, en lo military y religioso.

ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro destas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro déstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales destos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tienen, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo, y fice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Muteczuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener sus esperanzas en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, e que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había creado el cielo y la tierra y todas las cosas, e hizo a ellos y a nosotros, y que éste era sin principio e inmortal, y que a él habían de adorar y querer, y no a otra criatura ni cosa alguna; y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Muteczuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales desta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría mejor las cosas que debían tener y creer, que no ellos; que se las diese y hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Muteczuma y los principales de la ciudad estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban; porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe y manda que el que matare lo maten. E de ahí adelante se apartaron dello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vio matar y sacrificar alguna criatura. Los bultos y cuerpos de los ídolos en quienes estas gentes creen son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale dél amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes. E también después de hechas les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untan las caras con la sangre. A cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban sus dioses. Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro; y así, para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se haga bien, tienen sus ídolos, a quienes honran y sirven. Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad y residen

en ella cierto tiempo del año; e demás desto, hay en ellas muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entran vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, del que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes, a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad. Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de cómo la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben certum quid de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es proprio para la ciudad; porque hasta ahora no le he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor dellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas trabajadoras y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales. La gente desta ciudad es de más manera y primor en su vestido y sevicio que no la otra destas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Muteczuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas desta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína) no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas (*Carta II*, 31-34).

Llegada de la armada de Narváez

En las cuales dichas cosas [averiguando y pacificando varias provincias al servicio del emperador Carlos V] y en otras no menos útiles al real servicio de vuestra alteza gasté desde 8 de noviembre de 1519 hasta entrante el mes de mayo deste presente, que estando en toda quietud y sosiego en esta ciudad, teniendo repartidos muchos de los españoles por muchas y diversas partes, pacificando y poblando esta tierra con muchos deseos que viniesen navíos con la respuesta de la relación que a vuestra majestad había hecho desta tierra, para con ellos enviar la que agora envío, y todas las cosas de oro y joyas que en ella había habido para vuestra alteza, vinieron a mi ciertos naturales desta tierra, vasallos del dicho Muteczuma, de los que en la costa de la mar moran, y me dijeron cómo junto a las sierras de San Martín, que son en la dicha costa, antes del puerto o bahía de San Juan, habían llegado

diez y ocho navíos, y que no sabían quien eran; porque así como los vieron en la mar me lo vinieron a hacer saber; y tras destos dichos indios vino otro natural de la isla Fernandina, el cual me trajo una carta de un español que yo tenía puesto en la costa para que si navíos viesen les diese razón de mí y de aquella villa que allí estaba cerca de aquel puerto, por que no se perdiesen (…). Y pasados estos quince días, vinieron otros indios, asimismo vasallos del dicho Muteczuma, de los cuales supe que los dichos navíos estaban ya surtos en el dicho puerto de San Juan, y la gente desembarcada, y traían por copia que había ochenta caballos y ochocientos hombres y diez o doce tiros de fuego, lo cual lo traía todo figurado en un papel de la tierra para lo mostrar al dicho Muteczuma. E dijéronme cómo el español que yo tenía puesto en la costa y los otros mensajeros que yo había enviado estaban con la dicha gente, y que les habían dicho a estos indios que el capitán de aquella gente no los dejaba venir, que me lo dijesen. Y sabido esto, acordé de enviar un religioso, que yo truje en mi compañía con una carta mía y otra de alcaldes y regidores de la villa de la Veracruz, que estaban conmigo en la dicha ciudad; las cuales iban dirigidas al capitán y gente que a aquel puerto había llegado, haciéndose saber muy por extenso lo que en esta tierra me había sucedido, y cómo tenía muchas ciudades y villas y fortalezas ganadas y conquistadas, y pacíficas y sujetas al real servicio de vuestra majestad, y preso al señor principal de todas estas partes, y cómo estaba en aquella gran ciudad, y la cualidad della, y el oro y joyas que para vuestra alteza tenía, y cómo había enviado relación desta tierra a vuestra majestad. Y que les pedía por merced me ficiesen saber quién eran, y si eran vasallos naturales de los reinos y señoríos de vuestra alteza, me escribiesen si venían a esta tierra por su real mandado, o a poblar y estar en ella, o si pasaban adelante, o habían de volver atrás, o si traían alguna necesidad, que yo les haría proveer de todo lo que a mí posible fuera. E que si eran de fuera de los reinos de vuestra alteza, asimismo me hiciesen saber si traían alguna necesidad, porque también lo remediaría pudiendo. Donde no, que le requería de parte de vuestra majestad que luego se fuesen de sus tierras y no saltasen en ellas; con apercibimiento que así no lo ficiesen iría contra ellos con todo el poder que yo tuviese, así de españoles como de naturales de la tierra, y los prendería o mataría como extranjeros que se querían entremeter en los reinos de mi rey y señor. E partido el dicho religioso con el dicho despacho, dende en cinco días llegaron a la ciudad de Temixtitán veinte españoles de los que en la villa de la Veracruz tenía, los cuales me traían un clérigo y otros dos legos que habían tomado en la dicha villa; de los cuales supe cómo la armada y gente que en el dicho puerto estaba era de Diego Velázquez, que venía por su mandado, y que venía por capitán della un Pánfilo de Narváez, vecino de la isla Fernandina.[43] E que traían ochenta de caballo y muchos tiros de pólvora y ochocientos peones, entre los cuales dijeron que había ochenta escopeteros y ciento veinte ballesteros, y que venía y se nombraba por capitán general y teniente de gobernador de todas estas partes por el dicho Diego Velázquez, y que para ello traía provisiones de vuestra majestad, e que los mensajeros que yo había enviado y el hombre que en la costa tenía estaban con el dicho Pánfilo de Narváez y no los dejaban venir, el cual se había informado dellos de cómo yo tenía allí aquella villa doce leguas del dicho puerto, y de la gente que en ella estaba, y asimismo de la

[43] Es la isla de Cuba, de la que Diego Velázquez es gobernador.

gente que yo enviaba a Quacucalco, y cómo estaban en una provincia, treinta leguas del dicho puerto, que se dice Tuchitebeque, y de todas las cosas que yo en la tierra había hecho en servicio de vuestra alteza, y las ciudades y villas que yo tenía conquistadas y pacíficas, y de aquella gran ciudad de Temixtitán, y del oro y joyas que en la tierra se había habido; e se había informado dellos de todas las otras cosas que me habían sucedido; e que a ellos los había enviado el dicho Narváez a la dicha villa de la Veracruz, a que si pudiesen hablasen de su parte a los que en ella estaban y los atrajesen a su propósito y se levantasen contra mí; y con ellos me trajeron más de cien cartas que el dicho Narváez y los que con él estaban enviaban a los de la dicha villa, diciendo que diesen crédito a lo que aquel clérigo y los otros que iban con él de su parte les dijesen, y prometiéndoles que si así lo hiciesen, que por parte del dicho Diego Velázquez, y dél en su nombre, les serían hechas muchas mercedes; y los que lo contrario hiciesen, habrían de ser muy mal tratados; y otras muchas cosas que en las dichas cartas se contenían y el dicho clérigo y los que con él venían dijeron. Y casi junto con éstos vino un español de los que iban a Quacucalco, con cartas del capitán, que era un Juan Velázquez de León, el cual me facía saber cómo la gente que había llegado al puerto era Pánfilo de Narváez, que venía en nombre de Diego Velázquez, con la gente que traían, y me envió una carta que el dicho Narváez le había enviado con un indio, como a pariente del dicho Diego Velázquez y cuñado de dicho Narváez, en que por ella le decía cómo de aquellos mensajeros míos había sabido que estaba allí con mucha gente, y luego se fuese con ella a él, porque en ello haría lo que cumplía y lo que era obligado a sus deudos, y que bien creía que yo le tenía por fuerza, y otras cosas que el dicho Narváez le escribía; el cual dicho capitán, como más obligado al servicio de vuestra majestad, no sólo dejó de aceptar lo que el dicho Narváez por su letra le decía, mas aun luego se partió, después de me haber enviado la carta, para se venir a juntar con toda la gente que tenía conmigo. Y después de me haber informado de aquel clérigo y de los otros dos que con él venían, de muchas cosas, y de la intención de los del dicho Diego Velázquez y Narváez, y de cómo se habían movido con aquella armada y gente contra mí porque yo había enviado y cosas desta tierra a vuestra majestad y no al dicho Diego Velázquez, y cómo venían con dañada voluntad para me matar a mí y a muchos de los de mi compañía, que ya desde allá traían señalados. E supe asimismo cómo el licenciado Figueroa, juez de residencia en la isla Española, y los jueces y oficiales de vuestra alteza que en ella residen, sabido por ellos cómo el dicho Diego Velázquez hacía la dicha armada y la voluntad con que la hacía constándole el daño y deservicio que de su venida a vuestra majestad podía redundar, enviaron al licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, uno de los dichos jueces, con su poder, a requerir y mandar al dicho Diego Velázquez no enviase la dicha armada; el cual vino y halló al dicho Diego Velázquez con toda la gente armada en la punta de la dicha isla Fernandina, ya que quería pasar, y que allí le requirió a él y a todos los que en la dicha armada venían que no viniesen, porque dello vuestra alteza era muy deservido, y sobre ellos les impuso muchas penas, las cuales no obstante, ni todo por el dicho licenciado requerido ni mandado, todavía había enviado la dicha armada; e que el dicho licenciado Ayllón estaba en el dicho puerto, que había venido juntamente con ella, pensando de evitar el daño que de la venida de la dicha armada se seguía; porque a él y a todos era notorio el mal propósito y voluntad con que la dicha armada venía; envié al dicho clé-

rigo con una carta mía para el dicho Narváez, por la cual le decía cómo yo había sabido del dicho clérigo y de los que con él habían venido cómo él era capitán de la gente que aquella armada traía, y que holgaba que fuese él, porque tenía otro pensamiento, viendo que los mensajeros que yo había enviado no venían; pero que pues él sabía que yo estaba en esta tierra en servicio de vuestra alteza, me maravillaba no me escribiese o enviase mensajero haciéndome saber de su venida, pues sabía que yo había de holgar con ella, así por él ser mi amigo mucho tiempo había, como porque creía que él venía a servir a vuestra alteza, que era lo que yo más deseaba; y enviar, como había enviado, sobornadores y cartas de inducimiento a las personas que yo tenía en mi compañía, en servicio de vuestra majestad, para que se levantasen contra mí y se pasasen a él, como si fuéramos los unos infieles y los otros cristianos, o los unos vasallos de vuestra alteza y los otros sus deservidores; e que le pedía por merced que de allí adelante no tuviese aquellas formas, antes me hiciese saber la causa de su venida; y que me habían dicho que se intitulaba capitán general y teniente de gobernador por Diego Velázquez, y que por tal se había hecho pregonar y publicar en la tierra; e que había hecho alcaldes y regidores y ejecutado justicia, lo cual era en mucho deservicio de vuestra alteza y contra todas sus leyes; porque siendo esta tierra de vuestra majestad, y estando poblada de sus vasallos, y habiendo en ella justicia y cabildo, que no se debía intitular de los dichos oficios ni usar dellos sin ser primero a ellos recibido, puesto que para los ejercer trujese provisiones de vuestra majestad. Las cuales si traía, le pedía por merced y le requería las presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz, y que dél y de mí serían obedecidas como cartas y provisiones de nuestro rey y señor natural, y cumplidas en cuanto al real servicio de vuestra majestad conviniese; porque yo estaba en aquella ciudad, y en ella tenía preso aquel señor, y tenía mucha suma de oro y joyas, así de lo de vuestra alteza como de mi compañía y mío, lo cual yo no osaba dejar, con temor que salido yo de la dicha ciudad la gente se rebelase y perdiese tanta cantidad de oro y joyas y tal ciudad, mayormente que perdida aquélla, era perdida toda la tierra. E asimismo di al dicho clérigo una carta para el dicho licenciado Ayllón, al cual, según después yo supe, al tiempo que el dicho clérigo llegó había prendido el dicho Narváez y enviado preso con dos navíos (*Carta II*, 35-37).

Narváez solivianta a los indios de Cempoala y Cortés le sale al encuentro

El día que el dicho clérigo se partió me llegó un mensajero de los que estaban en la villa de la Veracruz, por el cual me hacían saber que toda la gente de los naturales de la tierra estaban levantados y hechos con el dicho Narváez, en especial los de la ciudad de Cempoal y su partido, y que ninguno dellos quería venir a servir a la dicha villa, así en la fortaleza como en las otras cosas en que solían servir, porque decían que Narváez les había dicho que yo era malo, y que me venía a prender a mí y a todos los de mi compañía y llevarnos presos y dejar la tierra, y que la gente que el dicho Narváez traía era mucha y la que yo tenía poca. E que él traía muchos caballos y muchos tiros, y que yo tenía pocos, y que querían ser a viva quien vence. E que también me facían saber que eran informados de los dichos indios que el dicho Narváez se venía a aposentar a la dicha ciudad de Cempoal, y que ya sabía cuán cerca estaba de aquella villa; y que creían, según eran informa-

dos del mal propósito que el dicho Narváez contra todos traía, que desde allí venía sobre ellos y teniendo de su parte los indios de la dicha ciudad; y por tanto me hacían saber que ellos dejaban la villa sola por no pelear con ellos; y por evitar escándalo se subían a la sierra a casa de un señor, vasallo de vuestra alteza y amigo nuestro, y que allí pensaban estar hasta que yo les enviase a decir lo que ficiesen. E como yo vi el gran daño que se comenzaba a revolver y cómo la tierra se levantaba a causa del dicho Narváez, parecióme que con ir yo donde él estaba se apaciguaría mucho, porque viéndome los indios presente no se osarían levantar. Y también porque pensaba dar orden con el dicho Narváez cómo tan gran mal como se comenzaba cesase. E así, me partí aquel mismo día, dejando la fortaleza muy bien bastecida de maíz y de agua y quinientos hombres dentro della y algunos tiros de pólvora. E con la otra gente que allí tenía, que serían hasta setenta hombres, seguí mi camino con algunas personas principales de los del dicho Muteczuma. Al cual yo, antes que me partiese, hice muchos razonamientos, diciéndole que mirase que él era vasallo de vuestra alteza y que agora había de recibir mercedes de vuestra majestad por los servicios que le había hecho, y que aquellos españoles le dejaba encomendados con todo aquel oro y joyas que él me había dado y mandado dar para vuestra alteza, porque yo iba a aquella gente que allí había venido, a saber qué gente era, porque hasta entonces no lo había sabido, y creía que debía ser alguna mala gente, y no vasallos de vuestra alteza. Y él me prometió de los hacer proveer de todo lo necesario, y guardar mucho todo lo que allí le dejaba puesto para vuestra majestad, y que aquellos suyos que iban conmigo me llevarían por camino que no saliese de su tierra, y me harían proveer en él de todo lo que hobiesen menester y que me rogaba, si aquella fuese gente mala, que se lo ficiese saber, porque luego proveería a mucha gente de guerra para que fuesen a pelear con ellos y echarlos fuera de la tierra. Lo cual todo yo le agradecí y certifiqué que por ello vuestra alteza le mandaría hacer muchas mercedes, y le di muchas joyas y ropas a él y a un hijo suyo, y a muchos señores que estaban con él a la sazón. Y en una ciudad que se dice Churutecal,[44] topé a Juan Velázquez, capitán que, como he dicho, enviaba Quacucalco, que con toda la gente se venía, y sacados algunos que venían mal dispuestos, que envié a la ciudad, con él y con los demás seguí mi camino, y quince leguas delante de Churutecal topé aquel padre religioso de mi compañía que yo había enviado al puerto a saber qué gente era la del armada que allí había venido. El cual me trujo una carta del dicho Narváez, en que me decía que él traía ciertas provisiones para tener esta tierra por Diego Velázquez; que luego fuese donde él estaba a las obedecer y cumplir, y que él tenía hecha una villa y alcalde y regidores. E del dicho religioso supe cómo habían prendido al dicho licenciado Ayllón y a su escribano y alguacil, y los habían enviado en dos navíos, y como allá le habían acometido con partidos, para que él atrajese algunos de los de mi compañía que se pasasen al dicho Narváez; y cómo habían hecho alarde delante dél y de ciertos indios que con él iban de toda la gente, así de pie como de caballo y soltar el artillería que estaba en los navíos y la que tenía en tierra, a fin de los atemorizar; porque le dijeron al dicho religioso: "Mirad cómo os podéis defender de nosotros, si no hacéis lo que quisiéramos." [Este religioso le informa a Cortés que Narváez está en contacto con Moctezuma al que ha prometido que lo

[44] Cholula en Clavijero.

único que quiere es prender a Cortés y a sus hombres y que después se irá y dejará su tierra libre de españoles. A quince leguas de Cempoala, donde Narváez ha establecido su base, los mensajeros de éste—dos clérigos y un Andrés de Duero, encomendero de Cuba y amigo de Velázquez—le proponen a Cortés un encuentro con Narváez pues éste, si Cortés se avendría a sus términos, o sea, reconocer su autoridad y la del gobernador, y ahora adelantado de Nueva España, Velázquez, que le daría a él y a sus hombres los navíos necesarios para que dejara el país en sus manos. Cortés sospecha una treta y les comunica sus términos para dirimir la cuestión] (*Carta II*, 38-39).

Cortés prende a Narváez y convence a sus hombres a unirse a él.

E luego les envié ciertos requerimientos y mandamientos, por el cual requería al dicho Narváez que si algunas provisiones de vuestra alteza traía, me las notificase, y que hasta tanto no se nombrase capitán ni justicia ni se entremetiese en cosa alguna de los dichos oficios, so cierta pena que para ello le impuse. E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento a todas las personas que con el dicho Narváez estaban, que no tuviesen ni obedeciesen al dicho Narváez por tal capitán ni justicia; antes dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese lo que debían hacer en servicio de vuestra alteza, con protestación que, lo contrario haciendo, procedería contra ellos como contra traidores y aleves y malos vasallos que se rebelaban contra su rey y quieren usurpar sus reinos y señoríos, y darlas y aposesionar dellas a quien no pertenecían, ni dellas ha acción, ni derecho compete. E que para la ejecución desto, no pareciendo ante mí ni haciendo lo contenido en el dicho mi mandamiento, iría contra ellos a los prender y cautivar, conforme a la justicia. E la respuesta que desto hube del dicho Narváez fue prender al escribano y a la persona que con mi poder les fueron a notificar el dicho mandamiento, y tomarles ciertos indios que llevaban, los cuales estuvieron detenidos hasta que llegó otro mensajero que yo envié a saber dellos, entre los cuales tornaron a hacer alarde de toda la gente y amenazar a ellos y a mí si la tierra no les entregásemos. E visto que por ninguna vía yo podía excusar tan gran daño y mal y que la gente de naturales de la tierra se alborotaban y levantaban a más andar, encomendándome a Dios, y pospuesto todo el temor del daño que se podía seguir, considerando que morir en servicio de mi rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar a mí y a los de mi compañía se nos seguía farta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez y a los que se llamaban alcaldes y regidores; al cual di ochenta hombres, y les mandé que fuesen con él a los prender, y yo con otros ciento y setenta, que por todos éramos doscientos y cincuenta hombres, sin tiro de pólvora ni caballo, sino a pie, seguí al dicho alguacil mayor, para le ayudar si el dicho Narváez y los otros quisiesen resistir su prisión. Y el día que el dicho alguacil mayor y yo con la gente llegamos a la ciudad de Cempoal, donde el dicho Narváez y gente estaba aposentada, supo de nuestra ida, salió al campo con ochenta de caballo y quinientos peones, sin los demás que dejó en su aposento, que era la mezquita mayor de aquella ciudad, asaz fuerte y llegó a una legua de donde yo estaba; y como lo que de mi ida sabía era por lengua de los indios y no me halló, creyó que le burlaban, y volvióse a su aposento, teniendo apercibida toda su gente,

y puso dos espías casi a una legua de la dicha ciudad. Y como yo deseaba evitar todo escándalo, parecióme que sería el menos yo ir de noche, sin ser sentido, si fuese posible, e ir derecho al aposento del dicho Narváez, que yo y todos los de mi compañía sabíamos muy bien, y prenderlo, porque preso él creí que no hubiera escándalo, porque los demás querían obedecer a la justicia; en especial que los demás dellos venían por fuerza que el dicho Diego Velázquez les hizo, y por temor que no les quitase los indios que en la isla Fernandina tenían. E así fue que el día de pascua de Espíritu Santo,[45] poco más de media noche, yo di en el dicho aposento, y antes topé las dichas espías que el dicho Narváez tenía puestas, y las que yo delante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban; y porque la espía que se había escapado, no llegase antes que yo y diese mandado de mi venida, me di la mayor prisa que pude, aunque no pude tanta que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narváez ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy a punto, y velaban cada cuatro docientos hombres; e llegamos tan sin ruido que cuando fuimos sentidos y ellos tocaron el arma entraba yo primero por el patio de su aposento, en el cual estaba toda la gente aposentada y junta, y tenían tomadas las tres o cuatro torres que en él había, y todos los demás aposentos fuertes. Y en la una de las dichas torres, donde el dicho Narváez estaba aposentado, tenía a la escalera della hasta diez y nueve tiros de fusilería. E dimos tanta priesa a subir la dicha torre que no tuvieron lugar de poner fuego más de un tiro, el cual quiso Dios que no salió ni hizo daño ninguno. E así, se subió la torre hasta donde el dicho Narváez tenía su cama, donde él y hasta cincuenta hombres que con él estaban pelearon con el dicho alguacil mayor y con los que con él subieron, puesto que muchas veces le requirieron que se diese a prisión por vuestra alteza, nunca quisieron, hasta que se les puso fuego, y con él se dieron. Y en tanto que el dicho alguacil mayor prendía al dicho Narváez, yo, con los que conmigo quedaron, defendía la subida de la torre a las demás gente que en su socorro venía, y fice tomar toda la artillería, y me fortalecí con ella; por manera que sin muertes de hombres, mas de dos que un tiro mató, en una hora eran presos todos lo que se habían de prender y tomadas las armas a todos los demás, y ellos prometido de ser obedientes a la justicia de vuestra majestad, diciendo que fasta allí habían sido engañados, porque les habían dicho que traían provisiones de vuestra alteza y que yo estaba alzado con la tierra y era traidor a vuestra majestad, e les habían hecho entender otras muchas cosas. E como todos conocieron la verdad y mala intención y dañada voluntad del dicho Diego Velázquez y del dicho Narváez, y cómo se habían movido con mal propósito, todos fueron muy alegres porque así Dios lo había hecho y proveído. Porque certifico a vuestra majestad que si Dios misteriosamente esto no proveyera y la victoria fuera del dicho Narváez, fuera el mayor daño que de mucho tiempo acá en españoles tantos por tantos se ha hecho. Porque él ejecutara el propósito que traía y lo que por Diego Velázquez le era mandado, que era ahorcarme a mí y a muchos de los de mi compañía, porque no hubiese quien del fecho diese razón. E según de los indios que yo me informé, tenían acordado que

[45] Se celebra bajo el nombre de Pentecostes, o sea cincuenta días después de la Pascua de Resurrección, de manera que, como la Pascua, su fecha puede variar. La recurrencia a la que se refiere Cortés debe haber sido en la segunda mitad de mayo de 1520.

si a mí el dicho Narváez prendiese, como él les había dicho, que no podría ser tan sin daño suyo y de su gente que muchos dellos y los de mi compañía no muriesen. E que entretanto ellos matarían a los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron. E después se juntarían y darían sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres y de los españoles no quedase memoria. E puede vuestra majestad ser muy cierto que si así lo ficieran y salieran con su propósito, de hoy en veinte años no se tornara a ganar ni a pacificar la tierra, que estaba ganada y pacífica (*Carta II*, 39-40).

Guerra de Tenochtitlán, o del patio sagrado del templo de Tezcalipoca, y muerte de Moctezuma

Dos días después de preso el dicho Narváez, porque en aquella ciudad no se podía sostener tanta gente junta, mayormente que ya estaba casi destruida, porque los que con el dicho Narváez en ella estaban la habían robado, y los vecinos della estaban ausentes y sus casas solas, despaché dos capitanes con docientos hombres, el uno para que fuese a hacer el pueblo en el puerto Cucicacalco, que, como a vuestra alteza he dicho, antes enviaba a hacer, y el otro a aquel río que los navíos de Francisco de Garay dijeron que habían visto, porque ya yo le tenía seguro. E asimismo envié otros docientos hombres a la villa de la Veracruz, donde fice que los navíos que el dicho Narváez traía viniesen. E con la gente demás me quedé en la dicha ciudad para proveer lo que al servicio de vuestra majestad convenía. E despaché un mensajero a la ciudad de Temixtitán, y con él hice saber a los españoles que allí había dejado lo que me había sucedido. El cual dicho mensajero volvió de ahí a doce días y me trujo cartas del alcalde que allí había quedado, en que me hacía saber cómo los indios les habían combatido la fortaleza por todas las partes della y puéstoles fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habían visto en mucho trabajo y peligro, y todavía los mataran, si el dicho Muteczuma no mandara cesar la guerra; y que aún los tenían cercados, puesto que no los combatían, sin dejar salir ninguno dellos dos pasos fuera de la fortaleza. Y que les habían tomado en el combate mucha parte del bastimento que yo les había dejado, y que les habían quemado los cuatro bergantines que yo allí tenía, y que estaban en muy extrema necesidad, y que por amor de Dios los socorriese a mucha prisa.[46] E vista

[46] Sobre las causas de la guerra en Tenochtitlán, que estalló en coincidencia con la ausencia de Cortés, salido al encuentro de la armada de Narváez, hemos heredado dos perspectivas: por un lado el silencio de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo; por el otro, la documentación elocuente de Sahagún, Torquemada y Clavijero. Los aztecas atacaron en masa el palacio donde los españoles tenían aprisionado a Moctezuma, después que Alvarado, lugarteniente de Cortés durante su ausencia, invadió el templo dedicado a Tezcalipoca, dios de la noche y de las cosas materials, como la lluvia y de las cosechas, donde se celebraba la fiesta de Huitzipolochtli, mientras la aristocracia, los sacerdotes, con sus familias, celebraban la fiesta del *Toxcatl*, palabra que en náhuatl significa sequía. La ceremonia, que incluía un sacrificio humano en que se sacrificaba a un joven elegido para representar al dios Tezcalipoca, incluía, después del sacrificio, danzas y meneos en que los bailadores, hombres y mujeres, se besaban. La fiesta se celebraba en mayo. Alvarado y sus soldados hicieron una carnicería, en la que perecieron muchos jefes y sacerdote aztecas, con sus esposas y niños. La reacción azteca ante esta masacre fue inmediata y espontánea y culminó en la retirada de los españoles que perdieron gran

la necesidad en que estos españoles estaban y que si no los socorría, demás de los matar los indios y perderse todo el oro y plata y joyas que en la tierra se había habido, así de vuestra alteza como de españoles y míos, se perdía la mejor y más noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo, y ella perdida se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y a quien todos obedecían. Y luego despaché mensajeros a los capitanes que había enviado con la gente, haciéndoles saber lo que me habían escrito de la gran ciudad, para que luego, dondequiera que los alcanzasen, volviesen, y por el camino más cercano se fuesen a la provincia de Tlascaltecal, donde yo con la gente estaba en compañía, y con toda la artillería que pude y con setenta de caballo me fui a juntar con ellos, y allí juntos, y hecho alarde, se hallaron los setenta de caballo y quinientos peones. E con ellos a la mayor priesa que pude me partí para la dicha ciudad, y en todo el camino nunca me salió a recibir ninguna persona del dicho Muteczuma, como antes lo solían facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada; de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habían quedado eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algún paso o parte donde ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí. E con este temor fui al mejor recaudo que pude, hasta que llegué a la ciudad de Tesnacan, que, como ya he hecho relación a vuestra majestad, está en la costa de aquella gran laguna. E allí pregunté a algunos de los naturales della por los españoles que con la gran ciudad habían quedado. Los cuales me dijeron que eran vivos, y yo les dije que me trujesen una canoa, porque quería enviar un español a lo saber; y que en tanto que él iba había de quedar conmigo un natural de aquella ciudad, que parecía algo principal, porque los señores y principales della de quien yo tenía noticia no parecía ninguno. Y él mandó traer la canoa, y envió ciertos indios con el español que yo enviaba, y se quedó conmigo. Y estándose embarcado este español para ir a la dicha ciudad de Temixtitán, vio venir por la mar[47] otra canoa, y esperó a que llegase al puerto, y en ella venía uno de los españoles que había quedado en la dicha ciudad, de quien supe que eran vivos todos, excepto cinco o seis que los indios habían muerto, y que los demás estaban todavía cercados y que no los dejaban salir de la fortaleza, ni los proveían de cosas que había menester, sino por mucha copia de rescate; aunque después de mi ida habían sabido, lo hacían algo mejor con ellos; y que el dicho Muteczuma decía que no esperaba sino que yo fuese para que luego tornasen a andar por la ciudad como antes solían. Y con el dicho español me envió el dicho Muteczuma un mensajero suyo, en que me decía que ya creía que debía saber lo que en aquella ciudad había acaecido, y que él tenía pensamiento que por ello yo venía enojado y traía voluntad de le hacer algún daño; que me rogaba perdiese el enojo, porque a él le había pesado tanto cuanto a mí, y que ninguna cosa se había hecho por su voluntad y consentimiento, y me envió a decir otras muchas cosas para me aplacar la ira que él creía que yo traía por lo acaecido; y que me fuese a la ciudad a aposentar, como antes estaba, porque no menos se haría en ella lo que yo mandase que antes se solía facer. Yo le envié a decir que no

parte de su ejército y de sus aliados tlaxcaltecas, incluyendo el tesoro en oro, plata y piedras preciosas que contribuyeron a la muerte de muchos españoles que se ahogaron en la laguna de Texcoco, en el vano intento de llevarse el rico botín.

[47] Se refiere a la laguna.

traía enojo ninguno dél, porque bien sabía su buena voluntad, y que así como él lo decía lo haría yo. E otro día siguiente, que fue víspera de San Juan Bautista,[48] me partí, y dormí en el camino, a tres leguas de la dicha gran ciudad; y día de San Juan [24 de junio de 1520], después de haber oído misa me partí y entré en ella casi a mediodía, y vi poca gente por la ciudad, y algunas puertas de las encrucijadas y traviesas de las calles quitadas, que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacían de temor de lo que habían hecho, y que entrando yo los aseguraría. E con esto me fui a la fortaleza, en la cual y en aquella mezquita mayor que estaba junto a ella se aposentó toda la gente que conmigo venía; e los que estaban en la fortaleza nos recibieron con tanta alegría como si nuevamente les diéramos las vidas, que ya ellos estimaban perdidas; y con mucho placer estuvimos aquel día y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico. E otro día después de misa enviaba un mensajero a la villa de la Veracruz, por les dar buenas nuevas de cómo los cristianos eran vivos y yo había entrado en la ciudad y estaba segura. El cual mensajero volvió dende a media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venían de guerra y que tenían todas las puentes alzadas; e junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes que ni las calles ni azoteas se parecían con gente; la cual venía con los mayores alaridos y grita más espantables que en el mundo se puede pensar; y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía, e las flechas y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas. E yo salí fuera a ellos por dos o tres partes, y pelearon con nosotros muy reciamente, aunque por una parte un capitán salió con docientos hombres, y antes que se pudiese recoger le mataron cuatro y hirieron a él y a muchos de los otros, e por la parte que yo andaba me hirieron a mí y a muchos de los españoles. E nosotros matamos pocos dellos, porque se nos acogía de la otra parte de las puentes, y desde las azoteas y terrados nos hacían daño con piedras, de las cuales ganamos algunas y quemamos. Pero eran tantas y tan fuertes, y de tanta gente pobladas y tan bastecidas de piedras y otros géneros de armas, que no bastábamos para ge las tomar todos, ni defender, que ellos no nos ofendiesen a su placer. En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte della, sin la poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran a escala vista sin los poder resistir. Así estuvimos peleando todo aquel día, hasta que fue la noche bien cerrada, e aun en ella no nos dejaron sin grita y rebato hasta el día. E aquella noche hice reparar los portillos de aquello quemado, y todo lo demás que me pareció que la fortaleza había flaco, e concerté las estancias y gente que en ellas había de estar y la que el otro día habíamos de salir a pelear fuera, e hice curar los heridos, que eran más de ochenta. E luego que fue de día ya la gente de los enemigos nos comenzaba a combatir muy más reciamente que el día pasado, porque estaba tanta cantidad dellos, que los artilleros no tenían necesidad de puntería, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que la artillería hacía mucho daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas, hacían tan poca mella, que

[48] La fiesta de este santo se celebra el 24 de junio, de manera que es el 23 de junio de 1520.

ni se parecía que lo sentían, porque por donde llevaba el tiro diez o doce hombres se cerraba luego de gente, que no parecía que hacía daño ninguno. Y dejado en la fortaleza el recaudo que convenía y se podía dejar, yo torné a salir y les gané algunas de las puentes, y quemé algunas casas, y matamos muchos en ellas que las defendían; y eran tantos que aunque más daño se hiciera hacíamos muy poquita mella. E a nosotros convenía pelear todo el día, y ellos peleaban por horas, que se remudaban, y aún les sobraba gente. También hirieron aquel día otros cincuenta o sesenta españoles, aunque no murió ninguno, y peleamos hasta que fue noche, que de cansados nos retrajimos a la fortaleza. E viendo el gran daño que los enemigos nos hacían y cómo nos herían y mataban a su salvo, y que puesto que nosotros hacíamos daño en ellos, por ser tantos no se parecía, toda aquella noche y otro día gastamos en hacer tres ingenios de madera, y cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro, porque con las piedras que nos tiraban desde las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas, y los que iban dentro eran ballesteros y escopeteros, y los demás llevaban picos y azadones y varas de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenían hechas en las calles. Y en tanto que estos artificios se hacían no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como no salíamos fuera de la fortaleza, se querían ellos entrar dentro; a los cuales resistimos con harto trabajo. Y el dicho Muteczuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo, con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen a las azoteas de la fortaleza, y que él hablaría a los capitanes de aquella gente y les harían que cesase la guerra. E yo los hice sacar, y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí a tres días murió; y yo le fice saber así muerto a dos indios de los que estaban presos, e a cuestas lo llevaron a la gente, y no sé lo que dél se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día.[49] [Hay un parlamento entre Cortés y los jefes aztecas que le ofrecen que salgan de la tierra si quieren sobrevivir porque, de lo contrario, los matarán a todos. Cortés les advierte que la guerra terminará con muchas muertes y destrucción de la ciudad. Se resume el combate durante el cual los guerreros aztecas ocupan el gran templo que servía de alojamiento a los españoles y desde la altura de la misma pueden aumentar su ventaja estratégica, descargando sus piedras y flechas desde las terrazas del templo y los españoles, no sólo logran desalojarlos, sino que sufren muchas pérdidas en sus ataques. Cortés logra desalojarlos con mucho trabajo y pérdidas y reconoce el heroísmo de los asaltantes que prefieren morir antes de rendirse. Los aztecas han destruido todas las calzadas que comunican a Tenochtitlán con la tierra firme, menos una. Así los españoles están rodeados de la multitud de los aztecas que, dice Cortés, "que tenían hecha cuenta que, a morir veinte y cinco mil dellos y uno de los nuestros, nos acabaríamos nosotros primero, porque

[49] Moctezuma ya no era *tlatoani*, pues el consejo tribal, o sea, el *tlacotan*, lo depuso al quedarse prisionero y eligió en su lugar a su hermano Cuitlahuac, que dirigió la guerra contra los españoles. Episodio algo misterioso, pues no se entiende cómo Cortés hubiese dejado expuesto Moctezuma al peligro de las piedras que llovían sobre la fortaleza. El argumento que algunos historiadores han adelantado de que los aztecas le mataron intencionalmente porque ya no tenía autoridad no me parece plausible. La responsabilidad de su muerte debe recaer en Cortés.

éramos pocos y ellos muchos". Los bastimentos y el agua escasean, la mayoría de los sobrevivientes están heridos y, después de consultar a los capitanes y soldados, Cortés, una noche que se calcula que fue el 30 de junio de 1520, decide abandonar la fortaleza y, de noche, tratar de salir con el tesoro de Moctezuma que habían amasado] (*Carta II*, 41-43).

La noche triste y la pérdida del tesoro de Moctezuma

E así [los aztecas] quedaron aquella noche con victoria y ganadas las dichas cuatro puentes, e yo dejé en las otras cuatro buen recaudo, y fui a la fortaleza, y hice hacer una puente de madera, que llevaban cuarenta hombres; y viendo el gran peligro en que estábamos y el mucho daño que cada día los indios nos hacían, y temiendo que también deshiciesen aquella calzada como las otras, y deshecha era forzado morir todos, y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, e porque todos o los más estaban heridos, y tan mal que no podían pelear, acordé de lo hacer aquella noche, e tomé todo el oro y joyas de vuestra majestad que se podían sacar, y púselo en una sala, y allí lo entregué en ciertos líos a los oficiales de vuestra alteza, que yo en su real nombre tenía señalados, y a los alcaldes y regidores, y a toda la gente que allí estaba, les rogué y requerí que me ayudasen a lo sacar y salvar, e di una yegua mía para ello, en la cual se cargó tanta parte cuanta yo podía llevar; y señalé ciertos españoles, así criados míos como de los otros, que viniesen con el dicho oro y yegua, y los demás los dichos oficiales y alcaldes regidores y yo los dimos y repartimos por los españoles para que lo sacasen. E desamparada la fortaleza, con mucha riqueza, así de vuestra alteza como de los españoles y mía, me salí lo más secreto que yo pude, sacando conmigo un hijo y dos hijas del dicho Muteczuma, y a Cacamacin, señor de Aculuacán, y al otro su hermano, que yo había puesto en su lugar, y otros señores de provincias y ciudades que allí tenía presos. E llegando a las puentes, que los indios tenían quitadas, a la primera dellas se echó la puente que yo traía hecha con poco trabajo, porque no hubo quien la resistiese, excepto ciertas velas que en ella estaban, las cuales apellidaban tan recio, que antes de llegar a la segunda estaba infinito número de gente de los contrarios sobre nosotros, combatiéndonos por todas partes, así desde el agua como de la tierra; e yo pasé presto con cinco de caballo y con cien peones, con los cuales pasé a nado todas las puentes, y las gané hasta la tierra firme. E dejando aquella gente en la delantera, torné a la rezaga, donde hallé que peleaban reciamente y que era sin comparación el daño que los nuestros recibían, así los españoles como los indios de Tascaltecal que con nosotros estaban; y así, a todos los mataron, y a muchos naturales, los españoles; e asimismo habían muerto muchos españoles y caballos, y perdido todo el oro y joyas y ropa y otras muchas cosas que sacábamos, y toda el artillería. Y recogidos los que estaban vivos, echélos delante, y yo, con tres o cuatro de caballo y hasta veinte peones, que osaron quedar conmigo, me fui en la rezaga, peleando con los indios hasta llegar a una ciudad que se dice Tacuba que está fuera de toda la calzada, de que Dios sabe cuánto trabajo y peligro recibí; porque todas las veces que volvía sobre los contrarios salía lleno de flechas y viras y apedreado; porque como era agua de la una parte y de la otra, herían a su salvo sin temor a los que salían a tierra; luego volvíamos sobre ellos, y saltaban al agua; así, que recibían muy poco daño, si no eran

algunos que con los muchos estropezaban unos con otros y caían, y aquellos morían. Y con este trabajo y fatiga llevé toda la gente hasta la dicha ciudad de Tacuba, sin me matar ni herir ningún español ni indio, sino fue uno de los de caballo que iba conmigo en la rezaga, y no menos peleaban, así en la delantera como por los lados, aunque la mayor fuerza era en las espaldas, por do venía la gente de la gran ciudad (*Carta II*, 44). [Los aztecas los persiguen durante más de una semana. Se defienden los españoles ayudados y guiados por sus aliados los tlaxcaltecas, en pos de la ciudad aliada, Tlaxcala. En estos combaten mueren los hijos de Moctezuma y todos los miembros de su corte que Cortés había llevado como rehenes. Por fin, el 8 de julio de 1520, los sobrevivientes de la guerra de Tenochtitlán llegan a Tlaxcala] (*Carta II*, 44-46).

Llegada a Tlaxcala, cuidado de los heridos.

El día siguiente, siendo ya claro, comenzamos a andar por un camino muy llano que iba derecho a dicha provincia de Tascaltecal, por el cual nos siguió muy poca gente de los contrarios, aunque había muy cerca dél muchas y grandes poblaciones, puesto que de algunos cerrillos y en la rezaga, aunque lejos, todavía nos gritaban. E así salimos este día, que fue domingo a 8 de julio [de 1520], de toda la tierra de Culúa, y llegamos a tierra de la dicha provincia de Tascaltecal, a un pueblo della que se dice Gualipán, de hasta tres o cuatro mil vecinos, donde de los naturales dél fuimos muy bien recibidos y reparados en algo de la gran hambre y cansancio que traíamos, aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros, y aunque no querían otro sino de oro, y éramos forzados dárselo por la mucha necesidad en que nos víamos. En este pueblo estuve tres días, donde me vinieron a ver y hablar Magiscacin[50] y Sicutengal[51] y todos los señores de la dicha provincia y algunos de la de Guasucingo, los cuales mostraron mucha pena por lo que nos había acaecido e trabajaron de me consolar diciéndome que muchas veces ellos me habían dicho que los de Culúa eran traidores y que me guardase dellos, y que no lo había querido creer.[52]

---

[50] Torquemada escribe "Maxixcatzin" en *Monarquía Indiana*.

[51] Torquemada escribe Xicotencatl en *Monarquía Indiana*

[52] En una nota a este pasaje, el editor de la edición Austral de Espasa Calpe (Madrid, 1970, pp. 98-99), pone la siguiente recopilación, comparando esta derrota a manos de los aztecas, con la primera llegada de Cortés:

"Porque se compare esta salida de México por el Noroeste, en la llamada Noche triste, con la entrada que Cortés hizo por el Sur, conviene recapitular ahora—tal como con los datos existentes ha sido posible reconstruir—la entrada triunfal de Cortés en Tenochtitlán.

El lunes 7 de noviembre salió Cortés de Iztapalapan o Iztapalapa con su ejército en orden de guerra: la caballería, en la descubierta; las capitanías de arcabuceros y ballesteros, a la vanguardia; el bagaje, en el centro, custodiado por los aliados tlaxcaltecas; después, los soldados de espada y rodela, con la artillería, y cubriendo la retaguardia, el resto de los indios. Llevaban los castellanos banderas desplegadas y marchaban tocando los atambores con gran sorna y aparato, para atemorizar a los mexicanos.

Caminó el ejército por la calzada de Iztapalapan, de dos leguas de longitud, a cuyos lados caminaban contemplándolos millares de indios en multitud de canoas que surcaban el lago. El es-

Pero que pues yo había escapado vivo, que me alegrase; que ellos me ayudarían hasta morir para satisfacerme del daño que aquéllos me habían hecho, porque, demás de les obligar a ello ser vasallos de vuestra alteza, se dolían de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habían muerto, y de otras muchas injurias que los tiempos pasados dellos habían recibido, y que tuviese por cierto que me serían muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte. E que pues yo venía herido y todos los demás de mi compañía muy trabajados, que nos fuésemos a la ciudad, que está cuatro leguas deste pueblo, e que allí descansaríamos y nos curarían y nos repararían de nuestros trabajos y cansancio. E yo se lo agradecí, y acepté su ruego, y les di algunas pocas cosas de joyas que se habían escapado, de que fueron muy contentos, y me fui con ellos a la dicha ciudad, donde asimismo hallamos buen recebimiento; y Magiscacin me trajo una cama de madera encasada, con alguna ropa de la que ellos tienen, en que durmiese, porque ninguna trajimos, y a todos hizo reparar de lo que él tuvo y pudo. [Se entera Cortés que durante su ausencia los aztecas habían asaltado en el camino a los criados de Cortés que de Tlaxcala iban para Veracruz con mucho oro y plata y papeles del conquistador. Preocupado por la suerte de Veracruz envía mensajeros para tener noticias de esa villa y aprende que todos están bien. Entre sus hombres, los muchos heridos fueron curados, pero algunos murieron y otros quedaron lisiados, como el mismo Cortés que perdió dos dedos de la mano izquierda. Sus hombres, viendo que muchos habían muerto y que los enemigos podrían atacar a Veracruz, sugirieron que debían retirarse a esta villa, con la ventaja de tener los navíos que le habían tomado a Narváez y que se podrían defender hasta tanto no llegasen refuerzos. Pero Cortés tiene otro plan] (*Carta II*, 46-47).

---

pectáculo era de una magnificencia sin igual. La calzada de Iztapalapan se comunica con la de Coyoacán, el lugar donde se levantaba el Oihuateocall, o templo de la diosa Toci (madre de la Tierra). En ese templo se vieron Cortés y Muteczuma. Éste, al acercarse los castellanos, salió con los reyes y grandes señores que con él se hallaban en México, llevado por cuatro nobles en lujosas andas cubiertas de ricas mantas, con mucho aparato de flores y otros presents y riquezas con que obsequiar a los castellanos. Llegados a Tocititlán (o lugar del templo de Toci) esperaron a Cortés, y al presentarse éste bajó Muteczuma de las andas y se adelantó a su encuentro, cubriéndolo los cuatro señores con un paño riquísimo a maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas chalchihuitl, que pendían unas de otras como bordaduras, según refiere Bernal Díaz. Cortés se apeó de su caballo e intentó abrazar a Muteczuma, pero se lo impidieron los señores porque lo tenían por divinidad que nadie había de tocar, y a quien ni siquiera osaban mirar el rostro.

Entró Cortés en la ciudad apoyado en el brazo de uno de los hermanos de Muteczuma, y éste también apoyado en otro, pero poco más adelante. Delante de ellos iban bailes, danzas y otros regocijos. Salieron a su encuentro los sacerdotes con sahumeríos, bocinas y caracoles, todos embijados y con sus trajes de ceremonia, y también guerreros águilas y tigres—con armaduras de pieles de dichos animales—con sus macanas y escudos.

Continuó la comitiva hasta el palacio de Axayacatl, en donde se alojó el ejército de Cortés y Muteczuma tomó para su habitación la Antigua casa que quedaba enfrente, de su antepasado del mismo nombre. En el estrado del gran salon del palacio tuvo lugar la [entrevista entre Cortés y Muteczuma].

Plan para dar el asalto final a Tenochtitlán

E yo, viendo que mostrar a los naturales poco ánimo, en especial a nuestros amigos, era causa de más aína dejarnos y ser contra nosotros, acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que del todo pereciésemos y se perdiese tanta y tan noble tierra como para vuestra majestad estaba pacífica y en punto a se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacía en continuar la guerra, por cuya causa se había de seguir la pacificación de la tierra, como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hacia la mar; antes pospuesto todo trabajo y peligros que se nos pudiesen ofrecer, les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que demás de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a vuestra majestad hacíamos muy gran traición. E que me determinaba de por todas las partes que pudiese volver sobre los enemigos y ofenderlos por cuantas vías a mí fuese posible. E habiendo estado en esta provincia veinte días, aunque ni yo estaba muy sano de mis heridas y los de mi compañía todavía bien flacos, salí della para otra que se dice Tepeaca,[53] que era de la liga y consorcio de los de Culúa, nuestros enemigos, de donde estaba informado que habían muerto diez o doce españoles que venían de la Veracruz a la gran ciudad, porque por allí es el camino. La cual provincia de Tepeaca confina y parte términos con la de Tascaltecal y Cururtecal, porque es muy gran provincia. Y entrando por tierra de la dicha provincia salió mucha gente de los naturales della a pelear con nosotros, y pelearon y nos defendieron la entrada cuanto a ellos fue posible, poniéndose en los aposentos fuertes y peligrosos. E por no dar cuenta de todas las particularidades que nos acaecieron en esta guerra, que sería prolijidad, no diré sino que, después de hechos los requerimientos que de parte de vuestra majestad se les hacían acerca de la paz, y no los quisieron cumplir, y les hicimos la guerra y pelearon muchas veces con nosotros. Y con la ayuda de Dios y de la real ventura de vuestra alteza, siempre los desbaratamos, y matamos muchos, sin que en toda la dicha guerra me matasen ni hiriesen ni un español. Y aunque, como he dicho, esta dicha provincia es muy grande, en obra de veinte días hobe pacíficas muchas villas y poblaciones a ella sujetas (…). En cierta parte desta provincia que es donde mataron aquellos diez españoles, porque los naturales de allí siempre estuvieron muy de guerra y muy rebeldes, y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dio el quinto a los oficiales de vuestra majestad; porque demás de haber muerto a los dichos españoles y rebelándose al servicio de vuestra alteza, comen carne humana, por cuya notoriedad no envío a vuestra majestad probanza dellos. Y también me movió a facer los dichos esclavos por poner algún espanto a los de Culúa, y porque también hay tanta gente, que si no ficiese grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarían jamás. En esta guerra nos anduvimos con la ayuda de los naturales de la provincia de Tascaltecal y Chururtecal y Guasucingo, donde han bien confirmado la amistad con nosotros, y tenemos mucho concepto que servirán siempre como leales vasallos de vuestra alteza. [Da también noticia de la derrota de la armada de Francisco de Garay en el río Pánuco a manos de los indios de la región y que después de su

[53] Tepeyacac en Clavijero.

derrota este capitán se refugió en el puerto de Veracruz; también que Cortés decide fundar la villa Segura de la Frontera en la región de Tepeyacac y que la ciudad de Guacachula se ha declarado vasalla del emperador Carlos V y ruega a Cortés que la libere de los capitanes Culhas que tienen un ejército de treinta mil hombres en las cercanías y cometen muchas violencias y ofensas contra la ciudad. Les envía Cortés de vuelta a la ciudad con un capitán español, trece de caballo y doscientos soldados de a pie además de tres mil indios aliados. Llegan a Guacachula y pelean con algunos capitanes Culhas que alertan sus hombres que llegan a esta ciudad al mismo tiempo que llega Cortés desde Segura de la Frontera, que ha sido alertado del peligro. En la batalla los Culhas son derrotados, muchos mueren y los demás terminan esclavos, o en la cárcel en Guacachula. Después de esta victoria, cien mil indios aliados se unen a las fuerzas de Cortés que, después de un descanso de tres días en Guacachula, avanza en ayuda de Izzucan, ocupada por un ejército de Culhas de ciento veinte mil hombres. Cortés los ataca y los vence. Mientras reorganiza la región, pacificándola, recibe el ofrecimiento de vasallaje por parte de la villa de Guajocingo y de Coastoaca.[54] En Guacachula se entera que el que manda en Tenochtitlán es Cuitlahuatzin, señor de Itzapalapan y hermano de Moctezuma. El plan de Cortés es el de tomar la gran ciudad de la que tuvo que huir después de la derrota sufrida a fines de junio de 1520] (…). Yo envío a la isla Española cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente para nuestro socorro; e asimismo envío a comprar otros cuatro para que desde la dicha isla Española y ciudad de Santo Domingo traigan caballos y armas y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es más necesario; porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente y tener tan fuertes y grandes ciudades y fortalezas; y escribo al licenciado Rodrigo de Figueroa y a los oficiales de vuestra alteza que residen en la dicha isla que den para ello todo el favor y ayuda que ser pudiere, porque así conviene mucho al servicio de vuestra alteza y a la seguridad de nuestras personas, porque viniendo esta ayuda y socorro, pienso volver sobre aquella gran ciudad y a su tierra, e creo, como ya a vuestra majestad he dicho, que en muy breve tornará al estado que antes yo la tenía, e se restaurarán las pérdidas pasadas. Y en tanto, yo quedo haciendo doce bergantines para entrar en la laguna, y estáse labrando ya la tablazón y piezas dellos, porque así se han de llevar por tierra; e asimismo se hace clavazón para ellos, y está aparejada pez y estopa, y velas y remos, y las otras cosas para ello necesarias. E certifico a vuestra majestad que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas a mi posibles, posponiendo para ello todo el trabajo y peligro y costa que se me puede ofrecer. [En los párrafos finales Cortés le recuerda al emperador Carlos V que hay cada vez más ciudades y pueblos en la Nueva España que quieren ser vasallos de la corona de Castilla y León, para que los defienda de la violencia y prepotencia de los Culhas de Tenochtitlán. Y finalmente, para concluir la propuesta que esta tierra mexicana se llame Nueva España]. Esta carta segunda está fechada en Segura de la Frontera, el 30 de octubre de 1520. Hay una posdata en que se anuncia la toma de Tenochtitlán, el 15 de agosto de 1521 por los españoles y se da la fecha y lugar de publicación de la misma carta: Sevilla, por Jacobo Cromberger, 8 de noviembre de 1522. (*Carta II*, 48-52).

[54] Oaxaca en Torquemada.

Comentario a la Carta II: el nacimiento de una nueva unidad política, la Nueva España

En esta *Carta Segunda*, Cortés hace hincapié en las alianzas ya logradas con los naturales, los de Cempoala y los de Tlaxcala. Su formación y su habilidad y rapidez para asimilar lecturas o noticias le permite explicar al emperador Carlos V la peculiar organización política de las ciudades conquistadas, como Tlaxcala y Cholula, que el conquistador compara a ciudades italianas, bien sabiendo la familiaridad de Carlos V con las mismas. En la selección que hace de costumbres y ritos, elige un vocabulario que mira a hacer asociaciones, en la mente del ilustre lector, con la Reconquista peninsular. Así, llama *mezquitas* los templos de los mexicanos donde se cumplen sacrificios humanos y sus ritos antropofágicos. Igualmente intencional es la descripción de la ejecución sumaria del tlaxcalteca acusado de robar el oro del español, ejecución hecha por una masa de gente que se abalanza sobre él y lo mata a golpes de porras ante los ojos de las autoridades, lo que quiere subrayar, no sólo la temida anarquía italiana, aludida con la recordada comparación, sino la barbarie violenta de los naturales y la necesidad de la conquista española, único modo de establecer el gobierno de la ley y del orden en la Nueva España. El astuto conquistador no se olvida de mostrarle al emperador español la riqueza en metales preciosos y la existencia de ricas minas de oro en varias provincias del país mexicano. El mismo fin utilitario se observa en los lienzos donde Moctezuma hace dibujar los mapas de las minas auríferas y de los ríos navegables con sus puertos, un legado de nociones de gran valor económico y militar para los futuros gobernantes y oficiales españoles que deberán encargarse de la administración y defensa de la Nueva España. No descuida tampoco Cortés la importancia de demostrarle al emperador la combinación de sabia estrategia militar con la hábil diplomacia con las que el conquistador ha obtenido las grandes victorias en el campo de batalla y la adhesión de tantas ciudades y pueblos al vasallaje de su nuevo emperador allende el océano. Las victorias ganadas con un derrame limitado de sangre española siempre lucen en esta carta, como ya se vio en la anterior sobre su victoria en Tabasco. Un buen ejemplo de su habilidad maquiavélica es la descripción de la captura de Cacamatzín, sobrino de Moctezuma y jefe rebelde contra la invasión española. La captura se realiza gracias a los consejos del mismo Moctezuma que, tras aconsejar a Cortés que no era el caso de usar la fuerza, sino recurrir al engaño, ordena a sus ministros que ayuden a Cortés a poner en efecto el plan que evita derrame de sangre. El discurso de Moctezuma a sus ministros merece un comentario más detallado. Moctezuma cumple con su discurso una verdadera operación de aculturación, por la cual, en su descripción de Cortés, el emperador azteca evoca una teología que es al mismo tiempo una teleología. La razón expuesta por Moctezuma es que

los mismos aztecas son extranjeros, inmigrantes de un lejano país que han venido a lo que será México y que conservan la memoria de ese pasado que les permite aceptar los nuevos recién llegados que representan, en la persona del emperador, cuyo enviado es Cortés, la epifanía azteca. La conmoción de Moctezuma que enuncia su hermoso discurso entre sollozos, a los que se une la conmoción de los oyentes, da a su locución una dimensión dramática que aumenta su eficacia. Es el momento en que la Nueva España nace como país, como nueva entidad política, fundamentada en un mito ancestral. Es también la renuncia del emperador azteca que se resigna a su nueva situación de exilado en su patria. Es su manera para explicar que la presencia de los españoles y su conducta ante los conquistadores se justifiquen, a pesar de que su pueblo lo haya juzgado como individuo servicial y colaboracionista de una banda de ladrones y asesinos. Es uno de los nudos de la historia de México que seguirá planteando soluciones matizadas por el nacionalismo o patriotismo de los que se empeñan en rechazar, o reescribir la historia. Este discurso también representa el momento de mayor entendimiento entre Moctezuma y Cortés. Su solícita cooperación en entregar su tesoro a los españoles coincide con la imprevista llegada de la armada de Narváez, enviada por Diego Velázquez, ya gobernador de Cuba y nuevo gobernador de la Nueva España del que Narváez es el lugarteniente, cuya misión es prender a Cortés y a todos aquellos de sus compañeros que no obedezcan a sus órdenes. De varias cartas y mensajes que le llegan a Cortés y que éste comunica a Carlos V en esta carta, se entrevé una acción emprendida para satisfacer ambiciones personales y rivalidades que no tienen en cuenta los intereses de España, sino el propio egoísmo y codicia personal. A Cortés no le queda otra alternativa que el enfrentamiento en el que luce su proverbial audacia, coraje y rapidez de ejecución, sorprendiendo a Narváez medio dormido y apresándolo. Al enterarse que la mayoría de los soldados de Narváez son encomenderos a los que Velázquez ha amenazado quitarle los indios si no obedeciesen, Cortés los invita a unirse en la común misión de someter la Nueva España a la autoridad de Carlos V. A su vuelta a Tenochtitlán, después de derrotar a Narváez, Cortés encuentra otra ciudad. Después de la matanza ordenada por Pedro de Alvarado, episodio que Cortés trata de minimizar, ha estallado una revuelta popular y los españoles encerrados en el templo transformado en fortaleza están en peligro de morir de hambre. Ante esta situación desesperada, Cortés decide abandonar la ciudad. Durante la retirada, no solamente pierde más de la mitad de sus hombres, sino los dos tercios de sus aliados de Tlaxcala, además del tesoro de Moctezuma. Es el episodio de la así llamada “noche triste” que en realidad se refiere a varios días y noches que ven a los españoles perseguidos por una multitud de aztecas sedientos de sangre. La retirada terminó cuando los españoles lo-

graron llegar al territorio de Tlaxcala, donde fueron acogidos generosamente y curados por los fieles tlaxcaltecas. La última parte de esta larga carta comunica la voluntad de Cortés, después de unas tres semanas de convalecencia para curar sus heridas, de organizar un nuevo ejército e ir a conquistar Tenochtitlán. Reforzado el ejército con armas y pertrechos de la isla Española y con cien mil aliados de Tlaxcala, la campaña comienza con la liberación de varias ciudades y pueblos bajo el control de los aztecas, hasta la liberación de Tenochtitlán el 15 de agosto de 1521.

Selección de los textos de la Carta Tercera

La carta tercera se escribió después de la conquista de Tenochtitlán. Está fechada en Cuyoacán, 15 de mayo de 1522. En ella, Cortés se concentra en dos temas: dar un relato completo de la reconquista de Tenochtitlán y subrayar su obra de pacificador. El conquistador sabe que será cuestión de tiempo y que los pobladores de muchas ciudades de la Nueva España, cansados de la tiranía azteca, de las violencias de los culhas, o culúas, contra los moradores que solamente aspiran a vivir en paz, cuidando de sus familias y de sus cultivos, tarde o temprano adherirán a sus invitaciones repetidas a ser partícipes de la pacificación, para evitar males mayores. Su mensaje a los jefes aztecas es simple: *me habéis atacado a traición y yo estoy listo para castigaros, pero si os rendís, os perdonaré. Porque mi plan nunca fue el de destruiros, sino el de convertiros a la verdadera fe y a la obediencia de mi emperador*.[55] Los hechos importantes relatados en esta tercera relación al Emperador Carlos V, desde la organización de las fuerzas auxiliares de Tlaxcala hasta la construcción y transporte de los bergantines construidos en Texcoco, nos muestran al capitán Gonzalo de Sandoval como el lugarteniente de Cortés. Es posible que la matanza del Patio Sagrado del templo mayor de Tenochtitlán durante la fiesta del dios Huitzilopoctli[56] ordenada por Alvarado y que fue la causa de la guerra de Tenochtitlán y de la pérdida de muchos españoles y del tesoro acumulado en oro, plata y piedras preciosas,[57] fuera la razón principal de la relativa obscuridad del

[55] Ya he anticipado la documentación sobre la justificación de la reacción azteca a la matanza ordenada por Alvarado y la consiguiente muerte de Moctezuma en el capítulo correspondiente de la *Historia general* de Sahagún y en la *Monarquía Indiana* de Torquemada. Este aspecto se trata en la Segunda Parte de este estudio, el que es el *Texto Fundacional VII, e*n preparación.

[56] Sobre las fiestas al dios Huitzilopoctli véase la explicación en *Sahagún*, 156-157.

[57] Véase *Monarquía Indiana*, Libro IV, capítulo XVII, líneas 1-145, en que Torquemada describe el tesoro de Moctezuma y compara la ingenuidad del emperador mexicano con el texto de Isaías (*Isaías*, 39, 6-7) en que este profeta cita el episodio de la visita del rey de Babilonia que, habiendo visto el Tesoro del rey Ezequías de Israel, vuelve a quitárselo y destruir su reino y esclavizar a su

"Sol", como los indios llamaban a Alvarado, por su melena y barba rubias y por sus ojos azules. Cortés se cuida bien de no mencionar en ninguna de sus cinco cartas esta matanza, de la que nos hablan otras fuentes, sobre todo Sahagún y Torquemada. La carta resume lo anticipado en la segunda carta y explica la etapa siguiente, o sea la conquista del territorio alrededor de la laguna de Texcoco, en cuyo centro, como nueva Venecia, se yergue orgullosa y magnífica la ciudad de Tenochtitlán. Una parte decisiva en esta etapa es la que jugarán los aliados indios, enemigos tradicionales de los aztecas, como los tlaxcaltecas, o cansados de las prepotencias de los culhas mexicanos, como los de Texcoco y los de Tazapan, Masalcingo, Nautan, Cecatami y Xalazingo. También se preocupa Cortes de hacerle saber al emperador que, después de su llegada, además de Narváez, ha habido otras exploraciones de la costa de la Nueva España y que él está disponible a facilitar otros que quieran utilizar el puerto de Veracruz por razones de seguridad, además de completar la información sobre la armada de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica.

Preparativos y concentración de fuerzas

> … después que los indios de la ciudad de Temixtitán nos habían echado por fuerza della yo había venido sobre la provincia de Tepeaca, que era sujeta a ellos y estaba rebelada, y con los españoles que habían quedado y con los indios nuestros amigos le había hecho la guerra y reducido al servicio de vuestra majestad; y que como la traición pasada y el gran daño y muertes de españoles estaban tan recientes en nuestros corazones, mi determinada voluntad era revolver sobre los de aquella gran ciudad, que de todo había sido la causa; y que para ello comenzaba a hacer trece bergantines para por la laguna hacer con ellos todo el daño que pudiese, si los de la ciudad perseverasen en su mal propósito. Escribí a vuestra majestad que entretanto que los dichos bergantines se hacían y yo y los indios nuestros amigos nos aparejábamos para volver sobre los enemigos, enviaba a la dicha Española por socorro de gente y caballos y artillería y arma y que sobre ello escribía a los oficiales de vuestra majestad que allí residen, y les enviaba dineros para todo el gasto y expensas que para el dicho socorro fuese necesario, y certifiqué a vuestra majestad que hasta conseguir victoria contra los enemigos no pensaba tener descanso ni cesar de poner para ello toda la solicitud posible, posponiendo cuanto peligro, trabajo y costa se me pudiese ofrecer, y que con esta determinación estaba aderezando de me partir de la dicha provincia de Tepeaca. Asimismo hice saber a vuestra majestad cómo al puerto de la villa de la Veracruz había llegado una carabela de Francisco de Garay, teniente de gobernador de la isla de Jamaica, con mucha necesidad, la cual traía hasta treinta hombres, que habían dicho que otros dos navíos eran partidos para el río Pánuco, donde habían desbaratado a un capitán del

---

gente. Todas referencias a la obra de Torquemada se hacen utilizando la abreviación, *MI*, seguida por el libro, capítulo y líneas de la edición citada.

dicho Francisco de Garay, y que temían que si allá aportasen habían de recibir daño de los naturales del dicho río. E asimismo escribí a vuestra majestad que yo había proveido luego de enviar una carabela en busca de los dichos navíos, para les dar aviso de lo pasado, e después que aquello escribí plugo a Dios que el uno de los navíos llegó al dicho puerto de la Veracruz, en el cual venía un capitán con obra de ciento y veinte hombres, y allí se informó cómo los de Garay que antes habían venido habían sido desbaratados, y hablaron con el capitán que se halló en el desbarato, y se les certificó que si iba al dicho río de Pánuco no podía ser sin recibir mucho daño de los indios. Y estando así en el puerto con la determinación de se ir al dicho río, comenzó un tiempo y viento muy recio, y hizo la nao salir, quebradas las amarras, y fue a tomar puerto doce leguas la costa arriba de la dicha villa, a un puerto que se dice San Juan; e allí, después de haber desembarcado toda la gente y siete u ocho caballos y otras tantas yeguas que traían, dieron con el navío a la costa, porque hacía mucha agua; y como esto se me hizo saber, yo escribí luego al capitán dél haciéndole saber cómo a mí me había pesado mucho de lo que le había sucedido, y que yo había enviado a decir al teniente de la dicha villa de la Veracruz que a él y a la gente que consigo traía hiciese muy buen acogimiento y les diese todo lo que habían menester, y que viesen qué era lo que determinaban, y que si todos o algunos dellos se quisiesen volver en los navíos que allí estaban, que les diese licencia y los despachase a su placer. Y el dicho capitán y los que con él vinieron determinaron de se quedar y venir adonde yo estaba; y del otro navío no hemos sabido hasta agora; y como ha ya tanto tiempo, tenemos harta duda de su salvamento: plega a Dios lo haya llevado a buen puerto. Estando para me partir de aquella provincia de Tepeaca supe cómo dos provincias que se dicen Cecatami y Xalazingo, que son sujetas al señor de Temixtitán, estaban rebeladas, y que como de la villa de la Veracruz para acá es por allí el camino, habían muerto en ellas algunos españoles, y que los naturales estaban rebelados y de muy mal propósito. E por asegurar aquel camino y hacer en ellos algún castigo si no quisiesen venir de paz, despaché un capitán con veinte de caballo y docientos peones y con gente de nuestros amigos, al cual encargué mucho, y mandé de parte de vuestra majestad, que requiriese a los naturales de aquellas provincias que viniesen a la paz a se dar por vasallos de vuestra majestad, como antes lo habían hecho, y que tuviese con ellos toda la templanza que fuese posible; y que si no qusiesen recibirle de paz, que les hiciese la guerra; y que hecha, y hallanadas aquellas dos provincias, se volviese con toda la gente a la ciudad de Tascaltecal, adonde le estaría esperando. E así se partió entrante el mes de diciembre de 520, y siguió su camino para las dichas provincias, que están de allí veinte leguas. Acabado esto, muy poderoso señor, mediado el mes de diciembre del dicho año, me partí de la villa de Segura de la Frontera, que es en la provincia de Tepeaca, y dejé en ella a un capitán con sesenta hombres, porque los naturales de allí me lo rogaron mucho, y envié toda la gente de pie a la ciudad de Tascaltecal, adonde se hacían los bergantines, que está de Tepeaca nueve o diez leguas, y yo con veinte de caballo me fui aquel día a dormir a la ciudad de Cholula, porque los naturales de allí deseaban mi venida; porque a causa de la enfermedad de las viruelas,[58] que también comprehendió a los de estas tierras como a los de las islas, eran muertos muchos señores

[58] La viruela era desconocida en la Nueva España hasta la llegada de los españoles.

de allí, y querían que por mi mano y con su parecer y el mío se pusiesen otros en su lugar. E llegados allí, fuimos dellos muy bien recibidos; y después de haber dado conclusión a su voluntad en este negocio que he dicho y haberles dado a entender cómo mi camino era para ir a entrar de guerra por las provincias de Méjico (sic) y Temixtitán, les rogué que, pues eran vasallos de vuestra majestad, y de ellos, como tales, habían de conservar su amistad con nosotros, y nosotros con ellos, hasta la muerte, que les rogaba que para el tiempo que yo hubiese de hacer la guerra me ayudasen con gente, y que a los españoles que yo enviase a su tierra y fuesen y viniesen por ellas les hiciesen el tratamiento que como amigos eran obligados. E después de habérmelo prometido así y haber estado dos o tres días en su ciudad, me partí para la de Tascaltecal, que está a seis leguas; y llegando a ella, allí juntos todos los españoles y los de la ciudad, y hubieron mucho placer con mi venida. E otro día todos los señores desta ciudad y provincia me vinieron a hablar y me decir cómo Magiscacin, que era el principal señor de todos ellos, había fallecido de aquella enfermedad de las viruelas; y bien sabían que por ser tan mi amigo me pesaría mucho, pero que allí quedaba un hijo suyo de hasta doce o trece años, y que a aquél pertenecía el señorío del padre; que me rogaban que a él, como al heredero, se lo diese; y yo en nombre de vuestra majestad lo hice así, y todos ellos quedaron muy contentos. Cuando a esta ciudad llegué, hallé que los maestros y carpinteros de los bergantines se daban mucha priesa en hacer la ligazón y tablazón para ellos y que tenían hecha razonable obra; y luego proveí de enviar a la villa de la Veracruz por todo el fierro y clavazón que hobiere, y velas y jarcia y otras cosas necesarias para ellos; y proveí, porque no había pez, la hiciersen ciertos españoles en una sierra cerca de allí; por manera que todo el recaudo que fuese necesario para los dichos bergantines estuviese aparejado, para que después que, placiendo a Dios, yo estuviese en las provincias de Méjico (sic) y Temixtitán pudiese enviar para ellos desde allá, que serían diez o doce leguas hasta la dicha ciudad de Tascaltecal; y en quince días que yo en ella estuve no entendí en otra cosa salvo en dar priesa a los maestros y en aderezar armas para dar orden en nuestro camino. Dos días antes de Navidad [de 1520] llegó el capitán con la gente de pie y de caballo que habían ido a las provincias de Cecatami y Xalazingo, y supe cómo algunos naturales dellas habían peleado con ellos, y que al cabo, dellos por voluntad, dellos por fuerza, habían venido de paz, y trujéronme algunos señores de aquellas provincias, a los cuales, no embargante que eran muy dignos de culpa por su alzamiento y muertes de cristianos, porque me prometieron que de ahí adelante serían buenos y leales y vasallos de su majestad, yo, en su real nombre, los perdoné y los envié a su tierra; y así concluyó aquella jornada, en que vuestra majestad fue muy servido, así por la pacificación de los naturales de allí como por la seguridad de los españoles que habían de ir y venir por las dichas provincias a la villa de la Veracruz. El segundo día de la dicha pascua de Navidad hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecas, y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho o nueve de tiros de campo, con bien poca pólvora; y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de a sesenta españoles cada una; y a todos juntos en el dicho alarde les hablé, y les dije que ya sabían cómo ellos y yo, por servir a vuestra sacra majestad, habíamos poblado en esta tierra, y que ya sabían cómo todos los naturales della se habían dado por vasallos de vues-

> tra majestad y como tales habían perseverado algún tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros, y nosotros dellos; y cómo sin causa ninguna todos los naturales de Culúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitán y los de todas las otras provincias a ella sujetas, no solamente se habían rebelado contra vuestra majestad, mas aún nos habían muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habían echado fuera de toda su tierra; y que se acordasen de cuantos peligros y trabajos habíamos pasado, y viesen cuánto convenía al servicio de Dios y de vuestra católica majestad tornar a cobrar lo perdido, pues para ello teníamos de nuestra parte justas causas y razones: lo uno, por pelear en aumento de nuestra fe y contra gente bárbara; y lo otro, por seguridad de nuestras vidas; y lo otro, porque en nuestra ayuda teníamos muchos de los naturales nuestros amigos, que eran causas potísimas para animar nuestros corazones; por tanto, que les rogaba que se alegrasen y esforzasen, y que porque yo, en nombre de vuestra majestad, había hecho ciertas ordenanzas para la buena orden y cosas tocantes a la guerra, las cuales luego allí fice pregonar públicamente y que también les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque ello redundaría mucho servicio a Dios y a vuestra majestad. Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querían morir por nuestra fe, y por servicio de vuestra majestad, o tornar a recobrar lo perdido y vengar tan grande traición como nos habían hecho los de Temixtitán y sus aliados. Y yo, en nombre de vuestra majestad, se lo agradecí; y así, con mucho placer nos volvimos a nuestras posadas aquel día del alarde (*Carta III*, 52-54).[59]

Cortés fundamenta y justifica su campaña militar contra Tenochtitlán por lo que él llama la traición injustificada de los aztecas, sin la más mínima referencia a la matanza ordenada por Alvarado de centenares de jefes y de sus familias en el patio sagrado del gran templo de Huitzilopochtli. Es ésta, como veremos, la causa de la revuelta y de la pérdida de las vidas que Cortés lamenta en la carta al emperador. Además de tratar de justificar la que será la más sangrienta guerra en la historia de la América colonial, la carta tercera cuenta cómo Cortés planificó la reconquista de Tenochtitlán y de los pueblos lagunares que formaban el núcleo de la rebelión azteca y, dato muy importante, la contribución decisiva para el éxito de la campaña de los aliados indios en esa lucha en que, el mismo conquistador admite que "nosotros éramos obra de nuevecientos españoles y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres" (*Carta III*, 88). La guerra, combatida en las orillas de la laguna de Texcoco y en su medio, entre las calzadas y los puentes semiderruidos y la constante actividad de relleno de las calzadas para permitir la acción de los caballos, únicos capaces de perforar la caparazón humana de los mexicanos dispuestos a morir por su patria, es necesariamente una serie de combates aislados, escaramuzas sangrientas donde a veces los mexicanos se defienden detrás de los montones de los cuer-

[59] Cortés ni alude a la matanza perpetrada por Pedro de Alvarado durante la fiesta del dios Huitzilopochtli en el patio sagrado del gran templo dedicado al dios y que fue la causa de la rebelión de los aztecas contra los españoles. Véase más adelante la descripción en *Sahagún*, pp. 779, ss.

pos de sus conciudadanos, en via de putrefacción. Y en este cuadro desolador las mujeres y los niños hambrientos, ellos víctimas inocentes de la guerra, no tienen salvacións. Para hacer este cuadro aún más horripilante, consecuencia de la estrategia de Cortés de ir cercando y aislando los focos de la resistencia mexicana, desde la laguna con los 13 bergantines y miles de canoas aliadas y, desde las calzadas, con puentes improvisados y atrincherados para impedir la llegada de refuerzos y víveres y hasta de agua, pues la laguna de Texcoco era salada, los defensores de Tenochtitlán practicaban canibalismo, al punto de consumir niños asados. La selección de pasajes de esta carta tercera que, junto con la segunda y la cuarta, constituye la más larga de las cinco cartas escritas por Cortés, quiere dar una idea de la entidad de la tragedia que se desarrolló durante ocho meses, en la región alrededor de la laguna de Texcoco y en Technotlitán, desde la segunda semana de enero, con la batalla de Iztapalapa, hasta el 13 de agosto de 1521, día de la caída de Tenochtitlán y de la rendición de su último monarca, Cuauhtemotzin.

Los trece bergantines construidos en Tlaxcala

> Otro día siguiente, que fue día de San Juan Evangelista [27 de diciembre de 1520], hice llamar a todos los señores de la provincia de Tascaltecal;[60] y venidos, díjeles que ya sabían cómo yo me había de partir otro día para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que ya veían cómo la ciudad de Temixtitán no se podía ganar sin aquellos bergantines que allí se estaban faciendo; que les rogaba que a los maestros dellos y a los otros españoles que allí dejaba les diesen lo que hobiesen menester y les ficiesen el buen tratamiento que siempre nos habían fecho, y que estuviesen aparejados para cuando yo, desde la ciudad de Tesaico,[61] si Dios nos diese victoria, enviase por la ligazón y tablazón y otros aparejos de los dichos bergantines. Y ellos me prometieron que así lo farían, y que también querían ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para cuando fuesen con los bergantines ellos todos irían con toda cuanta gente tenían en su tierra, y que querían morir donde yo muriese, o vengarse de los de Culúa, sus capitales enemigos.[62] E otro día, que fueron 28 de diciembre [1520], día de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en orden, y fuimos a dormir a seis leguas de Tascaltecal, en una población que se dice Tezmoluca, que es de la provincia de Guajocingo, los naturales de la cual han siempre tenido y tienen con nosotros la misma amistad y alianza que los naturales de Tascaltecal; y allí reposamos aquella noche (…) E comenza-

[60] Como ya hemos tenido ocasión de explicar, hay diferencia en la fonética náhuatl y la rendición de nombres de lugares y personas en las crónicas españolas, como es el caso de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo. También en este caso, aún respetando los originales, en mi comentario sigo la transcripción fonética de Clavijero.

[61] Se trata de la ciudad de Texcoco que da nombre a la laguna salada donde se erguía Tenochtitlán.

[62] Los de Culúa son los aztecas.

mos a seguir nuestro camino por la ciudad de Tesaico, que es una de las mayores y más hermosas que hay en todas estas partes. E como la gente de pie venía algo cansada y se hacía tarde, dormimos en una población que se dice Coatepeque, que es sujeta a esta ciudad de Tesaico y está della tres leguas, y hallámosla despoblada. Y aquella noche tuvimos pensamiento que, como esta ciudad y su provincia, que se dice Aculuacan, es muy grande y de tanta gente que se puede bien creer que había en ella a la sazón más de ciento y cincuenta mil hombres, que quisieran dar sobre nosotros; e yo con diez de caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercibida. E otro día, lunes, al último de diciembre, seguimos nuestro camino por la orden acostumbrada, y a un cuarto de legua desta población de Coatepeque, yendo todos en harta perplejidad y razonando con nosotros si saldrían de guerra o de paz los de aquella ciudad, teniendo por más cierta la guerra, salieron al camino cuatro indios principales con una bandera de oro de una vara, que pesaba cuatro marcos de oro, e por ella daban a entender que venían de paz; la cual Dios sabe cuánto deseábamos y cuánto lo habíamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos. E como vi aquellos cuatro indios, al uno de los cuales yo conocía, hice que la gente se detuviese, y llegué a ellos. E después de nos haber saludado, dijéronme que ellos venían de parte del señor de aquella ciudad y provincia, el cual se decía Guanacacin, y que de su parte me rogaban que en su tierra no hiciese ni consintiese hacer daño alguno, porque de los daños pasados que yo había recibido los culpantes eran los de Temixtitán y no ellos, y que ellos querían ser vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, porque siempre guardarían y conservarían nuestra amistad; y que nos fuésemos a la ciudad, y que en sus obras conoceríamos lo que teníamos en ellos. Yo les respondía con las lenguas que fuesen bien venidos, que yo holgaba con toda paz y amistad suya, y que ya que ellos se excusaban de la guerra que me habían dado en la ciudad de Temixtitán, que bien sabían que a cinco o seis leguas de allí de la ciudad de Tesaico, en ciertas poblaciones a ella sujetas, me habían muerto la otra vez cinco de caballo y cuarenta y cinco peones y más de trescientos indios de Tascaltecal que venían cargados, y nos habían tomado mucha plata y oro y ropa y otras cosas; que por tanto, pues no se podían excusar desta culpa, que la pena fuese volvernos lo nuestro; e que desta manera, aunque todos eran dignos de muerte por haber muerto tantos cristianos, yo quería paz con ellos, pues me convidaban a ella; pero que de otra manera yo había de proceder contra ellos por todo rigor. Ellos me respondieron que todo lo que allí se había tomado lo habían llevado el señor y los principales de Temixtitán, pero que ellos buscarían todo lo que pudiesen, y me lo darían. E preguntáronme si aquel día iría a la ciudad o me aposentaría en una de dos poblaciones que son como arrabales de la dicha ciudad, las cuales se dicen Coatinchan y Guaxuta,[63] que están a una legua y media della, y siempre va todo poblado; lo cual ellos deseaban por lo que adelante sucedió. Y yo les dije que no me había de detener hasta llegar a la ciudad de Tesaico, y ellos dijeron que fuese en buen hora, y que se querían ir adelante a enderezar la posada para los españoles y para mí; y así, se fueron, y llegando a estas dos poblaciones, salieronnos a recibir algunos principales dellas y a darnos de comer; y a hora de medianoche llegamos al cuerpo de la ciudad, donde

[63] Coathlinchan y Huexothla.

> nos habíamos de aposentar, que era en una casa grande que había sido de su padre de Guanacacin, señor de la dicha ciudad. Y antes que nos aposentásemos, estando toda la gente junta, mandé a pregonar, so pena de muerte, que ninguna persona sin mi licencia saliese de la dicha casa y aposentos; la cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudiéramos aposentar bien a placer en ella. Y esto hice porque los naturales de la dicha ciudad se asegurasen y estuviesen en sus casas porque me parecía que no víamos la décima parte de la gente que solía haber en la dicha ciudad, ni tampoco víamos mujeres ni niños, que era señal de poco sosiego (*Carta III*, 54-56).

A fines de diciembre Cortés llega a Texcoco con un ejército de unos quinientos españoles y miles de auxiliares indios. Texcoco está a una seis leguas de Tenochtitlán y sus soldados, subidos a una azotea del aposento, han visto a los Texcocanos que se alejan en canoas y se retiran a Tenochtitlán, mientras otros prefieren refugiarse en la sierra. Todo hace prever un clima de violencia inminente. Después de unos días de descanso, Cortés, con un contingente de españoles y aliados indios sale de Texcoco para cerciorarse del estado de los caminos hacia Tenochtitlán. No olvidemos que Texcoco es un aliado tradicional de Tenochtitlán y que las sospechas de Cortés están bien fundadas.

La batalla de Iztapalapa

> Después de haber estado en esta ciudad de Tesaico siete u ocho días sin guerra ni reencuentro alguno, fortaleciendo nuestro aposento y dando orden en otras cosas necesarias para nuestra defensión y ofensa de los enemigos, y viendo que ellos no venían contra mí, salí de la dicha ciudad con docientos españoles, en los cuales había diez y ocho de caballo, y treinta ballesteros y diez escopeteros y con tres o cuatro mil indios nuestros amigos, y fui por la costa de la laguna hasta una ciudad que se dice Iztapalapa, que está por el agua dos leguas de la gran ciudad de Temixtitán y seis desta de Tesaico, la cual dicha ciudad será de hasta diez mil vecinos, y la mitad della, y aun las dos tercias partes, puestas en el agua; y el señor della, que era hermano de Muteczuma,[64] a quien los indios después de su muerte habían alzado por señor, había sido el principal que nos había hecho la guerra y echado fuera de la ciudad. E así por esto como porque había sabido que estaban de muy mal propósito los de esta ciudad de Iztapalapa, determiné de ir a ellos. E como fui sentido de la gente della bien dos leguas antes que llegase, luego parecieron en el campo algunos indios de guerra, y otros por la laguna en sus canoas; y así, fuimos todas aquellas dos leguas revueltos peleando, así con los de la tierra como con los que salían del agua, fasta que llegamos a la dicha ciudad. E antes, casi dos tercios de legua, abrían una calzada, como presa, que está entre el agua dulce y la salada, según que por la figura de la ciudad de Temixtitán, que yo envié

[64] A la deposición y muerte de Moctezuma, el tlatocan, o consejo tribal, eligió a su hermano Cuitlahuac como jefe de hombres. Cuitlahuac fue el que expulsó a Cortés de Tenochtitlán.

> a vuestra majestad, se podrá haber visto. E abierta la dicha calzada o presa, comenzó con mucho ímpetu a salir agua de la laguna salada y correr hacia la dulce, aunque están las lagunas desviadas la una de la otra más de media legua, y no mirando en aquel engaño con la codicia de la victoria que llevábamos, pasamos muy bien, y seguimos nuestro alcance fasta entrar dentro, revueltos con los enemigos, en la dicha ciudad. E como estaban ya sobre el aviso, todas las casas de la tierra firme estaban despobladas, y toda la gente y despojo dellas metidos en las casas de la laguna, y allí se recogieron los que iban huyendo, y pelearon con nosotros muy reciamente; pero quiso Nuestro Señor dar tanto esfuerzo a los suyos, que les entramos hasta los meter por el agua, a las veces a los pechos otras nadando, y les tomamos muchas casas de las que están en el agua, y murieron dellos más de seis mil ánimas entre hombres, mujeres y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendían otra cosa sino en matar a diestro y siniestro. E porque sobrevino la noche, recogí la gente y puse fuego a algunas de aquellas casas; y estándolas quemando, pareció que Nuestro Señor me inspiró y trujo a la memoria la calzada o presa que había visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era; y a más andar, con mi gente junta, me torné a salir de la ciudad, ya noche bien oscuro. Cuando llegué a aquella agua, que serían casi las nueve de la noche, había tanta y corría con tanto ímpetu, que la pasamos a volapié, y se ahogaron muchos indios de nuestros amigos, y se perdió todo el despojo que en la ciudad se había tomado; y certifico a vuestra majestad si aquella noche no pasáramos el agua o aguardáramos tres horas más, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna. E cuando amaneció, vimos cómo el agua de la una laguna estaba en el peso de la otra, y no corría más, y toda la laguna salada estaba llena de canoas con gente de guerra, creyendo que nos tomar allí. E aquel día me volví a Tesaico, peleando algunos ratos con los que salían de la mar, aunque poco daño les podíamos hacer, porque se acogían luego a las canoas; y llegando a la ciudad de Tesaico, hallé la gente que había dejado, muy segura y sin haber habido reencuentro alguno, y hobieron mucho placer con nuestra venida y victoria. E otro día que llegamos falleció un español que vino herido, e aun fue el primero que en campo los indios me han muerto hasta agora (*Carta III*, 57-58).

Puede considerarse la de Iztapalapa la primera batalla campal de la reconquista de Tenochtitlán, batalla peleada en un medio que la abertura de la calzada ha transformado de tierra firme en lagunar y donde se ahogan indios enemigos y aliados hasta alcanzar un total de más de seis mil personas, sin contar los ahogados en la retirada apresurada del ejército de Cortés ante el avance de las aguas, pues, como le comunica al emperador, "se ahogaron muchos indios de nuestros amigos." El plan de Cortés es asegurar el acceso a Tenochtitlán, tanto desde Texcoco, al norte de la laguna, como desde Chalco, al sur, pues necesita mantener abiertas las vías de comunicación con Tlaxcala, donde se están construyendo los bergantines, como con Veracruz, el puerto que comunica con el golfo de México y donde aún están atracados los navíos apresados de Narváez. Otro aspecto que le preocupa es que duran-

te el transporte por tierra de los bergantines, sus espaldas estén protegidas. La ciudad de Iztapalapa, al decir de Clavijero, era "una ciudad considerable situada casi en el cabo de una pequeña península que se formaba entre los dos lagos, el de agua salada al norte y el de agua dulce al sur" (*Clavijero*, 333).Utilizando su genio militar y su habilidad diplomática, Cortés logra, con una serie de alianzas de los pueblos que se hallan al este de la laguna de Texcoco, limitar el radio de acción de los aztecas que se han reforzado en Tenochtitlán y desde allí amenazan a los pueblos aliados de los españoles. De entre los príncipes que él había llevado en su retirada de Tenochtitlán y que sobrevivieron a la derrota de la guerra del patio sagrado de Texcalipoca,[65] hubo un heredero del reino de Texcoco, bautizado como Don Fernando Cortés Ixtlixóchitl, y del cual fue padrino el conquistador. Con la alianza de este joven rey, que también controlaba la región de Meztitlán y la provincia de Acolhuacán y la adhesión de los de Chalco, pueblo al sureste de la laguna de Texcoco, Cortés prepara su asalto final a Tenochtitlán, para lo cual necesita los bergantines, cuyos componentes se transportarán por tierra en lo que debe haber sido una de las más memorables hazañas de genio militar. Enterado que los trece bergantines ya están listos, Cortés envía al alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, con quince de caballo y doscientos peones para organizar el transporte de los trece bergantines.

Los bergantines, en piezas separadas para facilitar su transporte, son llevados de Tlaxcala a Texcoco

> El dicho alguacil mayor pasó adelante cinco o seis leguas a una población de Tlascaltecal, que es la más junta a los términos de Culúa, y allí halló a los españoles y gente que traían los bergantines. E otro día que llegó, partieron de allí con la tablazón y ligazón dellos, la cual traían con mucho concierto más de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra; que certifico a vuestra majestad que dende la avanguardia a la retroguarda había bien dos leguas de distancia. E cómo comenzaron su camino llevando en la delantera ocho de caballo y cien españoles, y en ella y en los lados por capitanes de más de diez mil hombres de guerra a Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los principales de Tlascaltecal; y en la rezaga venían otros ciento y tantos españoles con ocho de caballo, y por ella venía por capitán, con otros diez mil hombres de guerra muy bien aderezados Chichimecatecle, que es de los principales señores de aquella provincia, con otros capitanes que traía consigo; el cual, al tiempo que partieron della, llevaba la delantera con la ta-

[65] Ese episodio en que Cortés es derrotado por los mexicanos ha pasado a la historia con la metáfora de "La noche triste", que por cierto caracteriza el estado de ánimo del conquistador derrotado, pero no representa la verdad histórica. Por eso prefiero referirme a ello como la Guerra del patio sagrado de Tezcalipoca, lugar de la masacre ya recordada.

> blazón, y la rezaga traían los otros dos capitanes con la ligazón; y como entraron en tierra de Culúa, los maestros de los bergantines mandaron llevar en la delantera la ligazón dellos y que la tablazón se quedase atrás, porque era cosa de más embarazo si alguno les acaeciese; lo cual, si fuera, había de ser en la delantera. E Chichimecatecle, que traía la dicha tablazón, como siempre fasta allí con la gente de guerra había traído la delantera, tomólo por afrenta, y fue cosa recia acabar con él que se quedase en la retroguarda, porque él quería llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco quería que en la rezaga se quedasen en guarda ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo y quería él ganar aquella honra. E llevaban estos capitanes dos mil indios cargados con su vitualla. E así, con esta orden y concierto fueron su camino, en el cual se detuvieron tres días, y al cuarto entraron en esta ciudad con mucho placer y estruendo de atabales, y yo los salí a recebir. E después de llegados y agradecidos a aquellos señores las buenas obras que nos hacían, hícelos aposentar y proveer lo mejor que ser pudo; y ellos me dijeron que traían deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venían con deseos y voluntad de se vengar o morir con nosotros, y yo les di las gracias y les dije que reposasen y que presto les daría las manos llenas (*Carta III*, 61-62).

El orden y disciplina de los tlaxcaltecas en llevar los trece bergantines desde Tlaxcala hasta Texcoco, o sea, cubriendo dieciocho leguas, que es la distancia entre las dos ciudades, es notable. Es difícil pensar que lo hayan hecho en tres días, es decir que miles de hombres hayan podido llevar a mano una carga tan pesada y hayan podido cubrir seis leguas cada día, o sea más de treinta y tres kilómetros. De todas maneras la hazaña debe considerarse una de las más grandes proezas militares de todos los tiempos. El genio de Cortés le inspiró el modo cómo atacar y derrotar a los heroicos defensores de Tenochtitlán. Heroicos también fueron los aliados tlaxcaltecas en su tesón y determinación en ayudar a los españoles a derrotar a los aztecas.

Avance hacia Tenochtitlán

> E después que toda esta gente de guerra de Tlascaltecal hobo reposado en Tesaico tres o cuatro días, que cierto era para la manera de acá muy lucida gente, hice apercibir veinte y cinco de caballo, y trecientos peones, y cincuenta ballesteros y escopeteros, y seis tiros pequeños de campo, y sin decir a persona alguna dónde íbamos, salí desta ciudad a las nueve del día, y conmigo salieron los capitanes ya dichos, con más de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados, según la manera dellos. E a cuatro leguas desta ciudad, ya que era tarde, encontramos un escuadrón de gente de guerra de los enemigos, y los de caballo rompimos por ellos y desbaratámoslos. E los de Tlascaltecal, como son muy ligeros, siguiéronnos, y matamos muchos de los contrarios, e aquella noche dormimos en el campo muy sobre aviso. E otro día de mañana seguimos nuestro camino, y yo no había dicho aún adónde era mi intención de ir; lo cual hacía porque me rece-

laba de algunos de los de Tesaico que iban con nosotros, que no diesen aviso de lo que yo quería hacer a los de México y Temixtitán, porque aún no tenía ninguna seguridad dellos; y llegamos a una población que se dice Xaltoca, que está asentada en medio de la laguna, y alrededor hacían la dicha población muy fuerte, porque los de caballo no podían entrar a ella y los contrarios daban muchas gritas, tirándonos muchas varas y flechas; e los peones, aunque con trabajo, entráronlos dentro, y echáronlos fuera, y quemaron mucha parte del pueblo. E aquella noche nos fuimos a dormir una legua de allí; y en amaneciendo tomamos nuestro camino, y en él hallamos los enemigos, y de lejos comenzaron a gritar, como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oíllos, y nosotros comenzamos de seguillos; y siguiéndolos, llegamos a una grande y hermosa ciudad que se dice Guatición, y hallámosla despoblada, y aquella noche nos aposentamos en ella. Otro día siguiente pasamos adelante, y llegamos a otra ciudad que se dice Tenainca, en la cual no hallamos resistencia alguna, y sin nos detener pasamos a otra que se dice Acapuzalco, que todas éstas están alrededor de la laguna, y tampoco nos detuvimos en ella, porque deseaba mucho llegar a otra ciudad que estaba allí cerca, que se dice Tacuba,[66] que está muy cerca de Temixtitán; y ya que estábamos junto a ella, fallamos también alrededor muchas acequias de agua y los enemigos muy a punto; y como los vimos, nosotros y nuestros amigos arremetimos a ellos, y entrámosles la ciudad, y matando en ellos, los echamos fuera della; y como era ya tarde, aquella noche no hicimos más de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien a placer en ella; y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron a saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitán, pasando por esta ciudad, los naturales della, juntamente con los de Temixtitán, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles. En seis días que estuvimos en esta ciudad de Tacuba, ninguno hobo en que no tuviésemos muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacían muchos desafíos con los de Temixtitán, y peleaban los unos con los otros, y diciéndose muchas injurias, que sin duda era cosa para ver, y en todo este tiempo siempre morían muchos de los enemigos, sin peligrar ninguno de los nuestros, porque muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad, aunque como tenían tantas defensas nos resistían fuertemente. E muchas veces fingían que nos daban lugar para que entrásemos dentro, diciéndonos: "Entrad, entrad a holgaros", y otras veces nos decían: "¿Pensáis que hay agora otro Muteczuma, para que haga todo lo que quisiéredes?" (…) a cabo de los seis días acordé de me volver a Tesaico para dar priesa en ligar y acabar los bergantines, para por la tierra y por el agua ponerles cerco (*Carta III*, 62-63).

Estos pasajes muestran cómo el plan de Cortés llega a su fruición: primero asegurar la comunicación entre Texcoco y Tlaxcala, luego traer los bergantines y, mientras se terminan, hacer unas salidas para tantear las defensas alrededor de Te-

[66] Tacuba: Tlacupa en náhuatl, pero Clavijero la escribe también *Tacuba*, refiriéndose al reino de Tacuba (*Clavijero*, 62).

nochtitlán, sin revelar los itinerarios que tomar para llegar a los puntos estratégicos de las defensas de la gran ciudad sobre la laguna de Texcoco. Lo que sigue, y constituye una buena parte de la carta, es la narración épica de combates y escaramuzas donde brilla el valor desesperado de los mexicanos, dispuestos a morir para defender su patria y su honor. No obstante, la falta de víveres y de agua potable se hace sentir entre los patriotas, mientras, con las comunicaciones aseguradas, el ejército de Cortés se mantiene fuerte y preparado, pues puede recibir refuerzos y abastecimientos; y así varios pueblos sujetos a la autoridad de los aztecas se van rindiendo, para cuya eventualidad Cortés nunca dejó de prodigar su habilidad diplomática.

Rendición de pueblos a Cortés en la Pascua de 1521

> Como ya el camino para la villa de la Veracruz dende esta ciudad de Tesaico estaba seguro y podían ir y venir por él, los de la villa tenían cada día nuevas de nosotros, y nosotros dellos, lo cual antes cesaba. E con un mensajero enviáronme ciertas ballestas y escopetas y pólvora, con que hubimos grandísimo placer; y dende a dos días me enviaron otro mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habían llegado tres navíos, y que traían mucha gente y caballos, y que luego los despacharían para acá; y según la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro. Yo buscaba siempre, muy poderoso señor, todas las maneras y formas que podía para atraer a nuestra amistad a estos de Temixtitán: lo uno, porque no diesen causa a que fuesen destruidos; y lo otro, por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas, y principalmente porque dello sabía que redundaba servicio a vuestra majestad. E dondequiera que podía haber alguno de la ciudad, gelo tornaba a enviar, para les amonestar y requerir que se diesen de paz. Y el Miércoles Santo, que fueron 27 de marzo del año 521, hice traer ante mí a aquellos principales de Temixtitán que los de Calco[67] habían prendido, y díjeles si querían algunos dellos ir a la ciudad y hablar de mi parte a los señores della y rogalles que no curasen de tener más guerra conmigo, y que se diesen por vasallos de vuestra majestad, como antes lo habían, porque yo no los quería destruir, sino ser su amigo. E aunque se les hizo de mal, porque tenían temor que yéndoles con aquel mensaje los matarían, dos de aquellos prisioneros se determinaron de ir, y pidiéronme una carta, y aunque ellos no habían de entender lo que en ella iba, sabían que entre nosotros se acostumbraba, y que llevándola ellos los de la ciudad les darían crédito. Pero con las lenguas yo les di a entender lo que en la carta decía, que era lo que yo a ellos les había dicho. E así se partieron y yo mandé a cinco de caballo que saliesen con ellos fasta ponerlos en salvo. El Sábado Santo los de Calco y otros sus aliados y amigos me enviaron a decir que los de Méjico (sic) venían sobre ellos, y mostráronme en un paño blanco grande la figura de todos los pueblos que contra ellos venían, y los caminos que traían; que me rogaban que en todo caso les enviase socorro, e yo les dije que dende a cuatro o cinco días lo enviaría, y que si entretanto se veían en necesidad, que me lo hiciesen saber y que yo los

[67] Chalco, en el mapa de Clavijero.

socorrería; y el tercer día de Pascua de Resurrección volviéronme a decir que me rogaban que brevemente fuese el socorro, porque a más andar se acercaban los enemigos. Yo les dije que yo quería ir a les socorrer, y mandé a pregonar que para el viernes siguiente estuviesen apercibidos veinte y cinco de caballo y trecientos hombres de pie. El jueves antes vinieron a Tesaico ciertos mensajeros de las provincias de Tazapan y Masalcingo y Nautan, y de otras ciudades que están en su comarca, y dijéronme que se venían a dar por vasallos de vuestra majestad y a ser nuestros amigos, porque ellos nunca habían muerto ningún español ni se habían alzado contra el servicio de vuestra majestad, y trujeron cierta ropa de algodón; yo se lo agradecí, y les prometí que si fuesen buenos se les haría buen tratamiento; y así, se volvieron contentos. El viernes siguiente, que fueron 5 de abril del dicho año, de 521, salí de esta ciudad de Tesaico con los treinta de caballo y los trecientos peones que estaban apercibidos, y dejé en ella otros veinte de caballo y otros trecientos peones, y por capitán a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor. Y salieron conmigo más de veinte mil hombres de los de Tesaico, y en nuestra ordenanza fuimos a dormir a una población de Calco que se dice Talmanalco, donde fuimos bien recibidos y aposentados; y allí, porque está una buena fuerza, después que los de Calco fueron nuestros amigos, siempre tenían gente de guarnición, porque es frontera de los de Culúa; y otro día llegamos a Calco a las nueve del día, que no nos detuvimos más de hablar a los señores de allí y decirles mi intención, que era dar una vuelta en torno de las lagunas, porque creía que acabada esta jornada que importaba mucho, fallaría fechos los trece bergantines y aparejados para los echar al agua. Y como hobe hablado a los de Calco, partímonos aquel día a vísperas, y llegamos a una población suya, donde se juntaron con nosotros más de cuarenta mil hombres de guerra, nuestros amigos, y aquella noche dormimos allí. Y porque los naturales de la dicha población me dijeron que los de Culúa me estaban esperando en el campo, mandé que al cuarto del alba toda la gente estuviese en pie y apercibida; y otro día, en oyendo misa, comenzamos a caminar, y yo tomé la delantera con veinte de caballo, y en la rezaga quedaron diez, y así pasamos por entre unas sierras muy agras. E a las dos después de mediodía llegamos a un peñol muy alto y agro, y encima dél estaba mucha gente de mujeres y niños, y todas las laderas llenas de gente de guerra; y comenzaron luego a dar muy grandes alaridos, haciendo muchas ahumadas, tirándonos con hondas y sin ellas muchas piedras y flechas y varas; por manera que llegándonos cerca recibíamos mucho daño. Y aunque habíamos visto que en el campo no nos habían osado esperar, parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad pasar adelante sin hacerles algún mal sabor; y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer, comencé a dar una vista en torno del peñol, que había casi una legua; y cierto era tan fuerte, que parecía locura querernos poner en ganárselo e aunque les pudiera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podía detener. E así, estando en esta confusión, determiné de le subir el risco por tres partes, que yo había visto, y mandé a Cristóbal Corral, alférez de sesenta hombres de pie que yo traía siempre en mi compañía, que con su bandera acometiese y subiese por la parte mas agra, y que ciertos escopeteros y ballesteros le siguiesen (*Carta III*, 64-65).

Cortés siente que debe dar el ejemplo a los aliados tlaxcaltecas y texcocanos, que en número de veinte mil le acompañan en esta salida. Después de lograr la pacificación de algunos pueblos que habían sido controlados por los aztecas, el ejército llega a la Sierra Nevada y se enfrenta con algunas alturas presidiadas por los mexicanos y Cortés decide tomar un contrafuerte por dos razones: dar un ejemplo de valentía a los aliados y conquistar un punto estratégico para observar las maniobras y despliegues de las fuerzas mexicanas.

Más pueblos, a lo largo de la laguna dulce, se rinden a Cortés

> Y como llegamos al pie del peñol, los que estaban en los padrastros dél creyeron que yo quería acometer por el medio, y desamparándolos por socorrer a los suyos. Y como yo vi el desconcierto que habían hecho y que tomados aquellos dos padrastros se les podía hacer dellos mucho daño, sin hacer mucho bullicio mandé a un capitán que de presto subiese con su gente y tomase el un padrastro de aquellos más agro, que habían desamparado, y así fue hecho. Y yo con la otra gente comencé a subir el cerro arriba, allí donde estaba la más fuerza de la gente; y plugo a Dios que les gané una vuelta dél, y pusímonos en una altura que casi igualaba con lo alto de donde ellos peleaban, lo cual parecía que era cosa imposible podelles ganar, a lo menos sin infinito peligro. E ya un capitán había puesto su bandera en lo más alto del cerro, y de allí comenzó a soltar escopetas y ballestas en los enemigos. Y como vieron el daño que recibían, y considerando el porvenir, hicieron señal que se querían dar. Y pusieron las armas en el suelo. Y como mi motivo sea siempre dar a entender a esta gente que no les queremos hacer mal ni daño, por más culpados que sean, especialmente queriendo ellos ser vasallos de vuestra majestad, y es gente de tanta capacidad que todo lo entienden y conocen muy bien, mandé que no se les hiciese más daño; y llegados a me hablar, los recibí bien. Y como vieron cuán bien con ellos se había hecho, hiciéronlo saber a los del otro peñol; los cuales, aunque habían quedado con victoria, determinaron de se dar por vasallos de vuestra majestad, y viniéronme a pedir perdón por lo pasado. En esta población de cabe el peñol estuve dos días, y de allí envié a Tesaico los heridos, y yo me partí, y a las diez del día llegamos a Guastepeque, de que arriba he hecho mención, y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos, la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va a una muy gentil ribera de agua, y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas hierbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. E aquel día reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron. E otro día nos partimos, y a las ocho horas del día llegamos a una buena población que se dice Yautepeque, en la cual estaban esperándonos mucha gente de guerra de los enemigos. E como llegamos pareció que quisieron hacernos alguna señal de paz, o por el temor que tuvieron o por nos engañar. Pero luego en continente, sin más acuerdo, comenzaron a huir, desamparando su pueblo, y yo no curé de detenerme en él, y con los treinta caballos dimos tras ellos

bien dos leguas, hasta los encerrar en otro pueblo que se dice Gilutepeque, donde alanceamos y matamos muchos. Y en este pueblo hallamos la gente muy descuidada, porque llegamos primero que sus espías, y murieron algunos, y tomáronse muchas mujeres y muchachos, y todos los demás huyeron; y yo estuve dos días en este pueblo, creyendo que el señor dél se viniera a dar por vasallo de vuestra majestad; y como nunca vino, cuando partí hice poner fuego al pueblo; y antes que dél saliese vinieron ciertas personas del pueblo antes, que se dice Yautepeque, y rogáronme que los perdonase, y que ellos se querían dar por vasallos de vuestra majestad. Yo los recibí de buena voluntad, porque en ellos se había hecho ya buen castigo. Aquel día que partí, a las nueve del día llegué a vista de un pueblo muy fuerte, que se llama Coadnabaced, y dentro dél había mucha gente de guerra; y era tan fuerte el pueblo y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas había de diez estados de hondura, y no podía entrar ninguna gente de caballo, salvo por dos partes, y éstas entonces no las sabíamos, y aun para entrar por aquellas habíamos de rodear más de legua y media; también se podía entrar por puentes de madera; pero teníanlas alzadas, y estaban tan fuertes y tan a su salvo, que aunque fuéramos diez veces más no nos tuvieron en nada; y llegándonos hacia ellos tirábannos a su placer muchas varas y flechas y piedras; y estando así muy revueltos con nosotros, un indio de Tascaltecal pasó de tal manera que no le vieron, por un paso muy peligroso. E como los enemigos le vieron así de súbito, creyeron que los españoles les entraban de por allí, y así, ciegos y espantados, comienzan a ponerse en huída, el indio tras dellos; y tres o cuatro mancebos criados míos y otros dos de una capitanía, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron de la otra parte, y yo con los de caballo comencé a guiar hacia la sierra para buscar entrada al pueblo, y los indios nuestros enemigos no hacían sino tirarnos varas y flechas, porque entre ellos y nosotros no había má de una barranca como cava; y como estaban embebecidos en pelear con nosotros y éstos no habían visto los cinco españoles, llegan de improviso por las espaldas y comienzan a darles de cuchilladas; y como los tomaron de tan sobresalto y sin pensamiento que por las espaldas se les podía hacer ninguna ofensa, porque ellos no sabían que los suyos habían desamparado el paso por donde los españoles y el indio habían pasado, estaban espantados y no osaban pelear, y los españoles mataban en ellos; y desque cayeron en la burla comenzaron a huir. Y ya nuestra gente de pie estaba dentro en el pueblo y le comenzaban a quemar, y los enemigos todos a le desamparar; y así, huyendo se acogieron a la sierra, aunque murieron muchos dellos, y los de caballo siguieron y mataron muchos. E después que hallamos por dónde entrar al pueblo, que sería mediodía, aposentámonos en las casas de una huerta, porqur lo hallamos ya casi todo quemado. E ya bien tarde el señor y algunos otros principales, viendo que en cosa tan fuerte como pueblo no se habían podido defender, temiendo que allá en la sierra los habríamos de ir a matar, acordaron de se venir y a ofrecer por vasallos de vuestra majestad, y yo los recibí por tales, y prometiéronme de ahí en adelante ser siempre nuestros amigos. Estos indios y los otros que venían a se dar por vasallos de vuestra majestad, después de los haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa porque venían tan tarde a nuestra amistad era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no teníamos después de tanto enojo dellos. Aquella noche dormimos en aquel pueblo, y por la mañana

seguimos nuestro camino por una tierra de pinales, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto, que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed; e a siete leguas de aquel pueblo, en unas estancias, paramos aquella noche. Y en amaneciendo tomamos nuestro camino y llegamos a vista de una gran ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce,[68] e como los naturales della estaban avisados de nuestra venida, tenían hechas muchas albarradas y acequias y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Temixtitán tres o cuatro leguas, y estaba dentro de mucha y muy lucida gente y muy determinados de se defender o morir. E llegados, y recogida toda la gente y puesta en mucha orden y concierto, yo me apeé de mi caballo y seguí con ciertos peones hacia una albarrada que tenían hecha, y detrás estaba infinita gente de guerra; e como comenzaron a combatir el albarrada y los ballesteros y escopeteros les hacían daño, desamparándola, y los españoles se echaron al agua y pasaron adelante por donde hallaron tierra firme. Y en media hora que peleamos con ellos les ganamos la principal parte de la ciudad; e retraídos los contrarios por las calles de agua y en sus canoas, pelearon hasta la noche. E unos movían paces y otros por eso no dejaban de pelear; y moviéronla tantas veces sin ponerlo por obra, que caímos en la cuenta, porque ellos lo hacían para dos efectos: el uno, para alzar sus haciendas en tanto que nos detenían con la paz; el otro, por dilatar tiempo en tanto que les venía socorro de Méjico (sic) y Temixtitán. E este día nos mataron dos españoles porque se desmandaron de los otros a robar, y viéronse con tanta necesidad, que nunca pudieron ser socorridos. E en la tarde pensaron los enemigos cómo nos podrían atajar de manera que no pudiésemos salir de su ciudad con las vidas. E juntos mucha copia dellos, determinaron venir por la parte que nosotros habíamos entrado; y como los vimos venir tan súpito, espantámonos de ver su ardid y presteza y seis de caballo y yo, que estábamos más a punto que los otros, arremetimos por medio dellos. E ellos, de temor de los caballos, pusiérsonse en huida; y así salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto, porque, como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar a los de caballo con sus espadas y rodelas. E como andábamos revueltos con ellos y había muy gran prisa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y como algunos de los contrarios me vieron de a pie, revolvieron sobre mí, e yo con la lanza comencéme a defender dellos; y un indio de los de Tascaltecal, como me vio en necesidad, llegóse a me ayudar, y él y un mozo mío que luego llegó levantamos el caballo. E ya en esto llegaron los españoles, y los enemigos desampararon todo el campo; y yo con los otros de caballo que entonces habían llegado, como estábamos muy cansados, nos volvimos a la ciudad. E aunque era ya casi noche y razón de reposar, mandé que todas las puentes alzadas por do iba el agua se cegasen con piedra y adobes que había allí, porque los caballos pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en la ciudad; y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos malos quedaron muy bien aderezados y con mucho aviso y recaudo de velas pasamos aquella noche (*Carta III*, 65—67).

[68] Xochimilco, en el mapa de Clavijero, en la costa suroeste de Chalco, la laguna dulce de Texcoco.

Cortés lleva a cabo su plan de exploración y fortificación alrededor de la laguna. Desde Texcoco hasta Xochimilco ha consolidado una serie de pueblos que se han declarado vasallos del emperador Carlos V, algunos después de sangrientos encuentros, otros por su voluntad. Para completar la exploración y fortalecimiento de su posición, Cortés planea un cercamiento en que, los pueblos que no aceptan el vasallaje, deben ser destruidos. Es el destino que se depara para Xochimilco.

La destrucción de Xochimilco

> Otro día, como todos los naturales de la provincia de Méjico (sic) y Temixtitán sabían que ya estábamos en Suchimilco, acordaron de venir con gran poder por el agua y por tierra a nos cercar, porque creían que no podíamos ya escapar de sus manos, y yo me subí a una torre de sus ídolos para ver cómo venía la gente y por dónde nos podían acometer, para proveer en ello lo que nos conviniese. E ya que en todo había dado orden, llegamos por el agua a una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venían más de doce mil hombres de guerra, e por la tierra llega tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían. E los capitanes dellos que venían delante, traían sus espadas de las nuestras en las manos,[69] y apellidando sus provincias, decían: "Méjico (sic), Méjico (sic), Temixtitán, Temixtitán" y decíannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habían de matar con aquellas espadas, que nos habían tomado la otra vez en la ciudad de Temixtitán. E como yo había proveído adónde había de acudir cada capitán, y porque hacia la tierra firme había mucha copia de enemigos, salí a ella con veinte de caballo y con quinientos indios de Tascaltecal, y repartímonos en tres partes, y mandéles que desde que hobiesen rompido que se recogiesen al pie de un cerro que estaba media legua de allí, porque también había allí mucha gente de los enemigos. E como nos dividimos, cada escuadrón siguió a los enemigos por su cabo; y después de desbaratados y alanceados y muertos muchos, recogímonos al pie del cerro, e yo mandé a ciertos peones criados míos, que me habían servido, y eran bien sueltos, que por lo más agro del cerro trabajasen de lo subir. E que yo con los de caballo rodearía por detrás, que era más llano, y los tomaríamos en medio; y así fue: que como los enemigos vieron que los españoles les subían por el cerro, volvieron las espaldas, creyendo que huían a su salvo, y topan con nosotros, que seríamos quince de caballo, y comenzamos a dar en ellos, y los de Tascaltecal asimismo. Por manera que en poco espaco murieron más de quinientos de los enemigos y todos los otros se salvaron y huyéronse a las sierras. Y los otros seis de caballo acertaron a ir por un camino muy ancho y llano alanceando a los enemigos, y a media legua de Suchimilco dan sobre un escuadrón de gente muy lucida que venía en su socorro, y desbaratáronlos y alancearon algunos; y ya que nos hobimos juntado todos los de caballo, que serían las diez del día, volvimos a Suchimilco, y a la entrada hallé muchos españoles que deseaban mucho nuestra venida y saber lo

[69] Las espadas son parte del botín recobrado por los aztecas después de la retirada del ejército de Cortés.

> que nos había sucedido, y contáronme cómo se habían visto en mucho aprieto y habían trabajado todo lo posible por echar fuera los enemigos, de los cuales habían muerto mucha cantidad. E diéronme dos espadas de las nuestras que les habían tomado, y dijéronme cómo los ballesteros no tenían saetas ni almacén alguno. Y estando en esto, antes que nos apeásemos asomaron por una calzada muy ancha un gran escuadrón de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arremetimos a ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella; y así los desbaratamos; y recogida la gente volvimos a la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados. Y así estuvimos en esta ciudad tres días, que en ninguno dellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad (*Carta III*, 67-68).

Xochimilco se enfrenta heroicamente al ejército de Cortés y no acepta el vasallaje. Como consecuencia, Cortés ordena su destrucción, aun reconociendo "cosas bien notables de esta ciudad" (*Carta III*, 68). Debemos pensar que la destrucción de Xochimilco debió dolerle a Cortés, pues su plan era pacificar a la Nueva España y no destruirla, pero, enfrentándose con naciones belicosas y valientes, no tuvo más remedio. Persiguiendo su plan, Cortés sale de Xochimilco y sigue costeando la laguna por la orilla occidental, para cerciorarse de la naturaleza del lugar y cómo completar el cerco de Tenochtitlán.

Tlacopán y Chinantla, etapas del cerco

> E porque en siendo acabados los bergantines había de poner cerco a Temixtitán, quise primero ver la disposición desta ciudad y las entradas y salidas y por dónde los españoles podían ofender o ser ofendidos. E otro día que llegué tomé cinco de caballo y docientos peones, y fuime hasta la laguna, que estaba muy cerca, por una calzada que entra a la ciudad de Temixtitán, y vimos tanto número de canoas por el agua, y en ellas gente de guerra, que era infinito; y llegamos a una albarrada que tenían hecha en la calzada, y los peones comenzáronla a combatir; y aunque fue muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas. E dende allí vimos cómo iba la calzada derecha por el agua fasta dar en Temixtitán bien legua y media, y ella y la otra que va a dar a Iztapalapa llenas de gente sin cuento; y como yo hube considerado bien lo que convenía verse, porque aquí en esta ciudad había de estar una guarnición de gente de pie y de caballo, hice recoger los nuestros; y así nos volvimos quemando las casas y torres de sus ídolos. Y otro día nos partimos desta ciudad a la de Tacuba,[70] que está dos leguas, y llegamos a las nueve del día, alanceando por unas par-

[70] Tlacopán en el mapa de Clavijero. El reino de Tacuba (Tlacopán) era cabeza de la provincia de Mazahuacan en las montañas occidentales del valle de México: "Los Estados del régulo de Tlacopan

tes y por otras, porque los enemigos salían de la laguna por dar en los indios que nos traían el fardaje, y hallábanse burlados; y así, nos dejaron ir en paz. Y porque, como he dicho, mi intención principal había sido procurar de dar vuelta a todas las lagunas, por calar y saber mejor la tierra, y también por socorrer aquellos nuestros amigos, no curé de pararme en Tacuba. Y como los de Temixtitán, que está allí muy cerca, que casi se extiende la ciudad tanto que llega de la tierra firme de Tacuba, como vieron que pasábamos adelante, cobraron mucho esfuerzo, y con gran denuedo acometieron a dar en medio de nuestro fardaje; y como los de caballo veníamos bien repartidos y todo por allí era llano, aprovechábamos bien de los contrarios, sin recibir los nuestros ningún peligro; y como corríamos a unas partes y a otras, y como unos mancebos, criados míos, que seguían algunas veces, aquella vez dos dellos no lo hicieron, y halláronse en parte donde los enemigos los llevaron, donde creemos que les darían muy cruel muerte, como acostumbraban; de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres y le habían servido muy bien en esta guerra a vuestra majestad. Y salidos desta ciudad, comenzamos a seguir nuestro camino por entre otras poblaciones cerca de allí, y alcanzamos a la gente; y allí supe entonces cómo los indios habían llevado aquellos mancebos, y por vengar su muerte y porque los enemigos nos seguían con el mayor orgullo del mundo, yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada, y como los indios veían a los otros diez con toda la gente y fardaje ir adelante, no hacían sino seguirlos por un camino adelante, que era muy ancho y muy llano, no se temiendo de cosa ninguna. Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos con ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que había cerca habíamos matado dellos más de cien principales y muy lucidos, y no curaron de más nos seguir. Este día fuimos a dormir dos leguas adelante a la ciudad de Coatinchán, bien cansados y mojados, porque había llovido mucho aquella tarde, y hallámosla despoblada; y otro día comenzamos de caminar, alanceando de cuando en cuando a algunos indios que nos salían a gritar, y fuimos a dormir a una población que se dice Gilotepeque, y hallámosla despoblada. E otro día llegamos a las doce horas del día a una ciudad que se dice de Aculman, que es del señorío de la ciudad de Tesaico, adonde fuimos aquella noche a dormir, y fuimos de los españoles bien recibidos, y se holgaron de nuestra venida como de la salvación; porque después que yo me había partido dellos no habían sabido de mí fasta aquel día que llegamos, y habían tenido muchos rebatos en la ciudad. E los naturales della les decían cada día que los de México y Temixtitán habían de venir sobre ellos en tanto que yo por allá andaba; y así se concluyó, con la ayuda de Dios, esta jornada, y fue muy gran cosa, y en que vuestra majestad recibió mucho servicio por muchas causas, que adelante se dirán. Al tiempo que yo, muy poderoso e invictísimo señor, estaba en la ciudad de Temixtitán, luego a la primera vez que a ella vine, proveí, como en la otra relación hice saber a vuestra majestad, que en dos o tres provincias aparejadas para ello se hiciesen para vuestra majestad ciertas casas de granjerías, en que hobiesen labranzas y otras cosas, conforme a la calidad de aquellas

---

o Tacuba eran tan pequeños que no merecen el nombre de reino, pues desde la laguna de México al Oriente, hasta la frontera de Michoacán al Poniente, no había más que veinteocho leguas, ni más de dieciocho desde el valle de Toluca al Mediodía al país de los otomíes al Norte" (*Clavijero*, 560).

provincias. E a una dellas, que se dice Chinanta,[71] envié para ello dos españoles; y esta provincia no es sujeta a los naturales de Culúa, y en las otras que lo eran al tiempo que me daban guerra en la ciudad de Temixtitán mataron a los que estaban en aquellas granjerías, y tomaron lo que en ellas había, que era cosa muy gruesa, según la manera de la tierra, y destos españoles que estaban en Chinanta se pasó casi un año que no supe dellos; porque como todas aquellas provincias estaban rebeladas, ni ellos podían saber de nosotros ni nosotros dellos. Y estos naturales de la provincia de Chinanta, como eran vasallos de vuestra majestad y enemigos de los de Culúa, dijeron a aquellos cristianos que de ninguna manera saliesen de su tierra, porque nos habían dado los de Culúa mucha guerra, y creían que pocos o ninguno de nosotros había vivos. E así, se estuvieron estos dos españoles en aquella tierra, y al uno dellos, que era mancebo y hombre para guerra, hiciéronle su capitán, y en este tiempo salía con ellos a dar guerra a sus enemigos, y las más de las veces él y los de Chinanta eran vencedores; y como después plugo a Dios que nosotros volvimos a nos rehacer y haber alguna victoria contra los enemigos que nos habían desbaratado y echado de Temixtitán, éstos de Chinanta dijeron a aquellos cristianos que habían sabido que en la provincia de Tepeaca[72] había españoles, y que si querían saber la verdad, que ellos querían aventurar dos indios, aunque habían de pasar por mucha tierra de sus enemigos, pero que andarían de noche y fuera de camino hasta llegar a Tepeaca. E con aquellos dos indios, el uno de aquellos españoles, que era el más hombre de bien, escribió una carta, cuyo tenor es el siguiente: "Nobles señores: dos o tres cartas he escrito a vuestras mercedes y no sé si han aportado allá o no; y pues de aquéllas no he habido respuesta, también pongo en duda habella désta. Hágoos, señores, saber cómo todos los naturales desta tierra de Culúa andan levantados y de guerra, e muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores a Nuestro Señor, hemos sido vencedores. Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa cada día tenemos guerra; los que están en servicio de sus altezas y por sus vasallos son siete villas de los de Tenez, y yo y Nicolás siempre estamos en Chinanta, que es la cabecera. Mucho quisiera saber adónde está el capitán para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribiéredes de dónde él está y enviáredes veinte o treinta españoles, írmela con dos principales de aquí, que tienen deseo de ver y fablar al capitán; y sería bien que viniesen, porque, como es tiempo agora de coger el cacao, estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las nobles personas de vuestras mercedes, como desean.—De Chinanta a no sé cuántos del mes de abril de 1521 años.—A servicio de vuestras mercedes.---Hernando de Barrientos." E como los dos indios llegaron con esta carta a la dicha provincia de Tepeaca, el capitán que yo allí había dejado con ciertos españoles enviómela luego a Tesaico; y recibida, todos recibimos mucho placer; porque aunque siempre habíamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teníamos pensamiento que si se confederaban con los de Culúa que habrían muerto aquellos dos españoles, a los cuales yo luego escribí dándoles cuenta de lo pasado y que tuviesen esperanza; que aunque estaban cercados de toda parte de los enemigos presto, placiendo a Dios, se verían libres y podrían salir y entrar seguros (*Carta III*, 68-69).

---

[71] Chinantla en Clavijero que dice que sus habitants se llamaban chinantecas (*Clavijero*, 63).

[72] Tapeyacac en Clavijero.

Cortés ha cumplido la exploración del perímetro de la laguna y se alegra que puede contar con los aliados de Chinantla que, con Texcoco y Tlaxcala, aseguran las comunicaciones con el frente que se abrirá en cuanto los bergantines estén listos y se puedan echar en la laguna. Como veremos a continuación, se realiza una obra imponente en que el genio militar de Cortés combina, como lo hiciera ya unos veinte años antes en Italia el Gran Capitán, fuerzas de tierra y fuerzas navales, combinación que llevará a la victoria final y consagra a Cortés como uno de los genios militares de todos los tiempos. Se inserta en esta carta otra, de un tal Hernando de Barrientos, que, con otro español ha quedado aislado del ejército de Cortés y sigue luchando a la cabeza de los indios aliados, los chinantecas, enemigos de los aztecas. Es otra indicación de la historia reciente de las conquistas aztecas en Méxixo, pues varias ciudades aún no han aceptado el dominio azteca y esperan sacudirlo aliándose a Cortés.

El lanzamiento de los bergantines en la laguna de Texcoco

> Después de haber dado vuelta a las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco de Temixtitán por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesaico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando priesa en que se acabasen los bergantines y una zanja que se hacía para los llevar por ella fasta la laguna, la cual zanja se comenzó a facer luego que la ligazón y tablazón de los bergantines se trujeron en una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna. E desde donde los bergantines se ligaron y la zanja se comenzó a hacer hay bien media legua hasta la laguna, y en esta obra anduvieron cincuenta días más de ocho mil personas cada día, de los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesaico, porque la zanja tenía más de dos estados de hondura y otros tantos de anchura e iba toda chapada y estacada; por manera que el agua que por ella iba la pusieron en el peso de la laguna; de forma que las fustas se podían llevar sin peligro y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fue obra grandísima y mucho para ver. E acabados los bergantines y puestos en esta zanja, a 28 de abril de dicho año [1521] fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espada y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora. Acabado de hacer el dicho alarde, yo encargué y encomendé mucho a todos los españoles que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que yo había hecho para las cosas de la guerra, en todo cuanto les fuese posible, y que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veían que Nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos, porque bien sabían que cuando habíamos entrado en Tesaico no habíamos traido más de cuarenta de caballo, y que Dios nos había socorrido mejor que lo habíamos pensado, y habían venido navíos con los caballos y gente y armas que habían visto; y que esto, y principalmente ver que peleábamos a favor y aumento de nuestra fe y por reducir al servicio de vuestra majestad tantas tierras y provincias como se le habían rebelado, les había de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer o morir. E todos res-

pondieron, y mostraron tener para ello muy buena voluntad y deseo; y aquel día del alarde pasamos con mucho placer y deseo de nos ver ya sobre el cerco y dar conclusión a esta guerra, de que dependía toda la paz o desasosiego destas partes. Otro dia siguiente fice mensajeros a las provincias de Tascaltecal, Guajucingo y Chururtecal a les facer saber como los bergantines eran acabados y que yo y toda la gente estábamos apercibidos y de camino para ir a cercar la gran ciudad de Temixtitán; por tanto, que les rogaba, pues que ya por mí estaban avisados y tenían su gente apercibida, que con toda la más y bien armada que pudiesen se partiesen y viniesen allí a Tesaico, donde yo les esperaría diez días; y que en ninguna manera excediesen desto, porque sería gran desvío para lo que estaba concertado. Y como llegaron los mensajeros y los naturales de aquellas provincias estaban apercibidos y con mucho deseo de se ver con los de Culúa, los de Guajucingo y Chururtecal se vinieron a Calco,[73] porque yo se lo había así mandado, porque junto por allí había de entrar a poner el cerco. Y los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente, muy lucida y bien armada, llegaron a Tesaico cinco o seis días antes de Pascua de Espíritu Santo, que fue el tiempo que yo les asigné, e como aquel día supe que venían cerca, salilos a recibir con mucho placer; y ellos venían tan alegres y bien ordenados que no podía ser mejor. Y según la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra, los cuales fueron por nosotros muy bien recibidos y aposentados. El segundo día de Pascua mandé salir a toda la gente de pie y de caballo a la plaza desta ciudad de Tesaico, para la ordenar y dar a los capitanes la que habían de llevar para tres guarniciones de gente que se habían de poner en tres ciudades que están en torno de Temixtitán; y de la una guarnición hice capitán a Pedro de Albarado, y dile treinta de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela, y más de veinte y cinco mil hombres de guerra de los de Tascaltecal, y éstos habían de asentar su real en la ciudad de Tacuba.[74] De la otra guarnición fice capitán a Cristóbal de Olid, al cual di treinta y tres de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y sesenta peones de espada y rodela, y más de veinte mil hombres de guerra de nuestros amigos, y éstos habían de sentar su real en la ciudad de Cuyoacán. De la otra tercera guarnición fice capitán a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, y dile veinte y cuatro de caballo, y cuatro escopeteros y trece ballesteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela; los cincuenta dellos, mancebos escogidos, que yo traía en mi compañía, y toda la gente de Guajocingo y Chururtecal y Calco, que había más de treinta mil hombres; y éstos habían de ir por la ciudad de Iztapalapa y destruirla, y pasar adelante por una calzada de la laguna, con favor y espalda de los bergantines, y juntarse con la guarnición de Cuyoacán, para que después que yo entrase con los bergantines por la laguna el dicho alguacil mayor asentase su real donde le pareciese que convenía.[75] Para los trece

[73] Chalco en el mapa de Clavijero.

[74] Tlacopán en el mapa de Clavijero.

[75] Por esta disposición de fuerzas, parece que, una vez que Gonzalo de Sandoval haya ocupado Iztapalapa y juntado su hueste a la de Cristóbal de Olid en Cuyoacán, sera él el jefe que mande y decida dónde aposentarse, junto a la hueste de Cristóbal de Olid. En el capítulo que se titula "Cerco de Tenochtitlán," adquiere preminencia Gonzalo de Sandoval. Es algo que pudo influir en la actitud de Olid y su traición en Honduras, aconsejado por Diego Velázquez cuando Olid pasó por la isla de Cuba.

> bergantines con que yo había de entrar por la laguna dejé trecientos hombres, todos los más gente de la mar y bien diestra; de manera que en cada bergantín iban veinte y cinco españoles, y cada fusta llevaba su capitán y veedor y seis ballesteros y escopeteros (*Carta III*, 69-70).

Terminados los bergantines y varados en la zanja, en la espera de su llegada a la laguna, Cortés reúne sus fuerzas y prepara el cerco de Tenochtitlán. Distribuye sus fuerzas de españoles y aliados, en tres divisiones, comandadas por Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval respectivamente, acuarteladas en Tlacopán y en Cuyoacán. En su marcha quitan el agua dulce a la ciudad cercada, mientras los de Cristóbal de Olid quitan obstáculos en la calzada que comunica con Tenochtitlán y ocupan la ciudad de Iztapalapa, ya teatro de una sangrienta batalla entre los aztecas y el ejército de Cortés, durante la exploración de la laguna. La ocupación de esta ciudad fue necesaria porque, por su posición entre las dos lagunas, la salada al norte de la ciudad y la dulce al sur de la misma, podía ser una base desde donde los aztecas podrían sorprender el ejército de Cortés.

Cortés y su armada de trece bergantines contra quinientas canoas

> Como hube despachado al alguacil mayor [Gonzalo de Sandoval] luego me metí en los bergantines, y nos hicimos a la vela y al remo; y al tiempo que el alguacil mayor combatía y quemaba la ciudad de Iztapalapa llegamos a vista de un cerro grande y fuerte que está cerca de la dicha ciudad, y todo en el agua, y estaba muy fuerte, y había mucha gente en él, así de los pueblos de alrededor de la laguna como de Temixtitán, porque ya ellos sabían que el primer reencuentro había de ser con los de Iztapalapa, y estaban allí para defensa suya y para nos ofender, si pudiesen. E como vieron llegar a la flota, comenzaron a apellidar y hacer grandes ahumadas por que las ciudades de la laguna lo supiesen y estuviesen apercibidas. E aunque mi motivo era ir a combatir la parte de la ciudad de Iztapalapa que está en el agua, revolvimos sobre aquel cerro o peñol, y salté en él con ciento y cincuenta hombres, aunque era muy agro y alto; con mucha dificultad le comenzamos a subir, y por fuerza les ganamos las albarradas que en lo alto tenían hechas para su defensa. E entrámoslos de tal manera, que ninguno dellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate, me hirieron veinte y cinco españoles, pero fue muy hermosa la victoria. Como los de Iztapalapa habían hecho ahumada desde unas torres de ídolos que estaban en un cerro muy alto junto a su ciudad, los de Temixtitán y de las otras ciudades que están en el agua conocieron que yo estaba ya por la laguna con los bergantines, y de improviso juntóse tan grande flota de canoas para nos venir a acometer y a tentar qué cosa eran los bergantines, y a lo que podíamos juzgar pasaban de quinientas canoas. E como yo vi que traían su derrota derecha a nosotros, yo y la gente que habíamos saltado en aquel cerro grande nos embarcamos a mucha priesa, y mandé a los capitanes de los bergantines que en ninguna manera se moviesen, porque los de las canoas se determinasen a nos acometer y creyesen que nosotros, de temor no osábamos salir a ellos; y así, co-

> menzaron con mucho ímpetu de encaminar su flota hacia nosotros, pero a obra de dos tiros de ballesta reparáronse y estuvieron quedos; y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro con ellos hobiésemos fuese de mucha victoria y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua, plugo a Nuestro Señor que, estándonos mirando los unos a los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos, y luego mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas y siguiesen tras ellos fasta los encerrar en las casas de la ciudad; e así, plugo a Nuestro Señor de nos dar mayor y mejor victoria que nosotros habíamos pedido y deseado (*Carta III*, 71-72).

Con Tenochtitlán cercada y sin agua potable, con el control de la laguna por obra de los trece bergantines, Cortés aprieta el cerco. En los meses siguientes, entre esta batalla naval, ocurrida después de la fiesta de Corpus Cristi [30 de mayo de 1521], y la rendición de Tenochtitlán [13 de agosto de 1521], hay numerosas batallas y escaramuzas, pero el final es ineludible, logrado por una preparación de una campaña militar con empleo de fuerzas navales que fueron decisivas en el bloqueo y un elemento esencial del cerco de Tenochtitlán. Se destaca en la carta el deseo de paz, que debe lograrse con la total obediencia y sometimiento al emperador Carlos V, lo cual chocaba con la historia azteca de conquista y expansión.

Cerco de Tenochtitlán

> Otro día siguiente, el alguacil mayor [Gonzalo de Sandoval], con la gente que tenía en Iztapalapa, así españoles como nuestros amigos, se partió para Cuyoacán, y dende allí hasta la tierra firme viene una calzada que dura obra de legua y media. Y como el alguacil mayor comenzó a caminar, a obra de un cuarto de legua llegó a una ciudad pequeña, que también está en el agua, y por muchas partes della se puede andar a caballo, y los naturales de allí comenzaron a pelear con él, y él los desbarató y mató muchos y les destruyó y quemó toda la ciudad. Y porque yo había sabido que los indios habían rompido mucho de la calzada y la gente no podía pasar bien, enviéle dos bergantines para que los ayudasen a pasar, de los cuales hicieron puente por donde los peones pasaron. E desque hubieron pasado, se fueron a aposentar a Cuyoacán, y el alguacil mayor, con diez de caballo, tomó el camino de la calzada donde teníamos nuestro real, y cuando llegó hallónos peleando; y él y los que venían con él se apearon y comenzaron a pelear con los de la calzada, con quien nosotros andábamos revueltos. E como el dicho alguacil mayor comenzó a pelear, los contrarios le atravesaron un pie con una vara; y aunque a él y a otros algunos nos hirieron aquel día, con los tiros gruesos y con las ballestas y escopetas hicimos mucho daño en ellos; en tal manera, que ni los de las canoas ni los de la calzada no osaban llegarse tanto a nosotros y mostraban más temor y menos orgullo que solían. E desta manera estuvimos seis días, en que cada día teníamos combate con ellos; e los bergantines iban quemando alrededor de la ciudad todas las casas que podían, y descubrieron canal por donde podían entrar alrededor

y por los arrabales de la ciudad y llegar a lo grueso della, que fue cosa muy provechosa y hizo cesar la venida de las canoas, que ya no osaba asomar ninguna con un cuarto de legua a nuestro real. Otro día Pedro de Albarado, que estaba por capitán de la gente que estaba en guarnición en Tacuba, me hizo saber cómo por la otra parte de la ciudad, por una calzada que va a unas poblaciones de tierra firme, y por otra pequeña que está junto a ella, los de Temixtitán entraban y salían cuando querían, y que creía que, viéndose en aprieto, se habían de salir todos por allí, aunque yo deseaba más su salida que no ellos, porque muy mejor nos pudiéramos aprovechar dellos en la tierra firme que no en la fortaleza grande que tenían en el agua; pero porque estuviesen del todo cercados y no se pudiesen aprovechar en cosa alguna de la tierra firme, aunque el alguacil mayor estaba herido, le mandé que fuese a sentar su real a un pueblo pequeño a do iba a salir la una de aquellas dos calzadas; el cual se partió con veinte y tres de caballo y cien peones y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y me dejó otros cincuenta peones de los que yo traía en mi compañía, y en llegando, que fue otro día, asentó su real adonde yo le mandé. E dende allí adelante la ciudad de Temixtitán quedó cercada por todas las partes que por calzadas podían salir a la tierra firme. Yo tenía, muy poderoso señor, en el real de la calzada docientos peones españoles, en que había veinte y cinco ballesteros y escopeteros, estos sin la gente de los bergantines, que eran más de docientos y cincuenta. E como teníamos algo encerrados a los enemigos y teníamos mucha gente de guerra de nuestros amigos, determiné entrar por la calzada a la ciudad todo lo más que pudiese, y que los bergantines, al fin de la una parte y de la otra, se estuviesen para hacernos espaldas. E mandé a algunos de caballo y peones de los que estaban en Cuyoacán se viniesen al real para que entrasen con nosotros, y que diez de caballo se quedasen a la entrada de la calzada haciendo espaldas a nosotros, y algunos que quedaban en Cuyoacán, porque los naturales de las ciudades de Suchimilco, y Culuacán, y Iztapalapa, y Chilobusco, y Mexicalcingo, y Cuitaguacad, y Mizquique, que están en el agua estaban rebelados y eran a favor de los de la ciudad; y queriendo éstos tomarnos las espaldas; estábamos seguros con los diez o doce de caballo que yo mandaba andar por la calzada, y otros tantos que siempre estaban en Cuyoacán, y más de diez mil indios nuestros amigos. Asimismo mandé al alguacil mayor y a Pedro de Albarado que por sus estancias acometiesen aquel día a los de la ciudad, porque yo quería por mi parte ganalles todo lo que más pudiese. Así, salí por la mañana del real, y seguimos a pie por la calzada adelante y luego hallamos los enemigos en defensa de una quebradura que tenían hecha en ella, tan ancha como una lanza, y otro tanto de hondura; y en ella tenían hecha una albarrada y peleamos con ellos, y ellos con nosotros, y muy valientemente. E al fin se la ganamos y seguimos por la calzada adelante hasta llegar a la entrada de la ciudad donde estaba una torre de sus ídolos, y al pie della una puente muy grande alzada, por ella atravesaba una calle de agua muy ancha, con otra muy fuerte albarrada. E como llegamos, comenzaron a pelear con nosotros. Pero como los bergantines estaban de la una parte y de la otra ganámosela sin peligro, lo cual fuera imposible sin ayuda dellos. E como comenzaron a desamparar el albarrada, los de los bergantines saltaron en tierra y nosotros pasamos el agua y también los de Tascaltecal y Guaxocingo y Calco, y Tesaico, que eran más de ochenta mil hombres. Y entretanto que cegábamos con piedra y adobes aquella puente, los españoles ganaron otra albarrada que estaba en la calle, que es la prin-

cipal y más ancha de toda la ciudad; e como aquélla no tenía agua, fue muy fácil de ganar, y siguieron el alcance tras los enemigos por la calle adelante hasta llegar a otra puente que tenían alzada, salvo una viga ancha por donde pasaban. Y puestos por ella y por el agua en salvo, quitáronla de presto. E de la otra parte de la puente tenían hecha otra grande albarrada de barro y adobes. E como llegamos a ella y no pudimos pasar sin echarnos al agua, y esto era muy peligroso, los enemigos peleaban muy valientemente. Y de la una parte y de la otra de la calle había infinitos dellos peleando con mucho corazón desde las azoteas; e como se llegaron copia de ballesteros y escopeteros y tirábamos con dos tiros por la calle adelante, hacíamosles mucho daño. E como lo conocimos, ciertos españoles se lanzaron al agua, y pasaron de la otra parte, y duró en ganarse más de dos horas. E como los enemigos los vieron pasar, desampararon el albarrada y las azoteas, y pónense en huída por la calle adelante, y así pasó toda la gente. Y yo hice comenzar a cegar aquella puente y deshacer el albarrada; y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente que está junto a la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenían quitada ni tenían hecha albarrada en ella, porque ellos no pensaron que aquel día se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos que fuera la mitad. E a la entrada de la plaza asestóse un tiro, y con él recibían mucho daño los enemigos, que eran tantos que no cabían en ella. E los españoles, como vieron que allí no había agua, de donde se suele recibir peligro determinaron de les entrar la plaza. E como los de la ciudad vieron su determinación puesta en obra y vieron mucha multitud de nuestros amigos, y aunque dellos sin nostros no tenían ningún temor, vuelven las espaldas, y nuestros amigos dan en pos de ellos hasta los encerrar en el circuito de sus ídolos, el cual es cercado de cal y canto; e como en la otra relación se habrá visto, tiene tan gran circuito como una villa de cuatrocientos vecinos; y éste fue luego desamparado dellos, y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron y estuvieron en él y en las torres un buen rato. E como los de la ciudad vieron que no había gente de caballo, volvieron sobre los españoles, y por la fuerza los echaron de las torres y de todo el patio y circuito, en que se vieron en muy grande aprieto y peligro; y como iban más que retrayéndose, hicieron rostro debajo de los portales del patio. E como los enemigos los aquejaban tan reciamente, los desampararon y se retrujeron a la plaza, y de allí los echaron por fuerza hasta los meter por la calle adelante; en tal manera, que el tiro que allí estaba lo desampararon. E los españoles, como no podían sufrir la fuerza de los enemigos, se retrajeron con mucho peligro; el cual de hecho recibieran, sino que plugo a Dios que en aquel punto llegaron tres de caballo, y entran por la plaza adelante; y como los enemigos los vieron, creyeron que eran más, y comienzan a huir, y mataron algunos dellos y ganáronles el patio y el circuito que arriba dije. Y en la torre más principal y alta dél, que tiene ciento y tantas gradas hasta llegar a lo alto, hiciéronse fuertes allí diez o doce indios principales de los de la ciudad, y cuatro o cinco españoles subiéronsela por fuerza; y aunque ellos se defendían bien, ge la ganaron y los mataron a todos. E después vinieron otros cinco o seis de caballo, y ellos y los otros echaron una celada, en que mataron más de treinta de los enemigos. E como ya era tarde, yo mandé recoger la gente y que se retrujesen, y al retraer cargaba tanta multitud de los enemigos, que si no fuera por los de caballo, fuera imposible no recibir mucho daño los españoles. Pero como

todos aquellos malos pasos de la calle y calzada, donde se esperaba el peligro, al tiempo de retraer yo les tenía muy bien adobados y aderezados, los de caballo revolvían sobre ellos, que siempre alanceaban o mataban algunos, e como la calle era muy larga, hubo lugar de hacerse esto cuatro o cinco veces. E aunque los enemigos vían que recibían daño, venían los perros, tan rabiosos, que en ninguna manera los podíamos detener ni que nos dejasen de seguir. E todo el día se gastara en esto, sino que ya ellos tenían tomadas muchas azoteas que salen a la calle, y los de caballo recibían a esta causa mucho peligro; y así, nos fuimos por la calzada adelante a nuestro real, sin peligrar ningún español, aunque hubo algunos heridos; e dejamos puesto fuego a las más y mejores casas de aquella calle porque cuando otra vez entrásemos, desde las azoteas no nos hiciesen daño. Este mismo día el alguacil mayor [Gonzalo de Sandoval] y Pedro de Albarado pelearon cada uno por su estancia muy reciamente con los de la ciudad, e a tiempo del combate estaríamos los unos de los otros a legua y media y a una legua; porque se extiende tanto la población de la ciudad, que aun disminuye la distancia que hay, y nuestros amigos que estaban con ellos, que eran infinitos, pelearon muy bien y se retrujeron aquel día sin recibir ningún daño. En este comedido, don Hernando, señor de la ciudad de Tesaico y provincia de Aculuacán, de que arriba he hecho relación a vuestra majestad,[76] procuraba de atraer a todos los naturales de su ciudad y provincia, especialmente los principales, a nuestra amistad, porque aún no estaban tan confirmados en ella como después lo estuvieron, y cada día venían al dicho don Hernando muchos señores y hermanos suyos, con determinación de ser en nuestro favor y pelear con los de México y Temixtitlán; y como don Hernando era muchacho y tenía mucho amor a los españoles y conocía la merced que en nombre de vuestra majestad se le había hecho en darle tan gran señorío, habiendo otros que le precedían en el derecho dél, trabajaba cuanto le era posible cómo todos sus vasallos viniesen a pelear con los de la ciudad y ponerse en los peligros y trabajos que nosotros; e habló con sus hermanos, que eran seis o siete, todos mancebos bien dispuestos, y díjoles que les rogaba que con toda la gente de su señorío viniesen a me ayudar. E a uno dellos, que se llama Istrisuchil, que es de edad de veinte y tres o veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos, envióle por capitán, y llegó al real de la calzada con más de treinta mil hombres de guerra, muy bien aderezados a su manera, y a los otros dos reales irían otros veinte mil. E yo los recibí alegremente, agradeciéndoles su volunutad y obra (*Carta III*, 73-75).

El cerco se cierra cada vez más, pero los aztecas están dispuestos a morir y el medio líquido, aunque es controlado por los bergantines, se presta a movimientos de tropas y celadas, especialmente en las acequias del centro, donde los bergantines no pueden llegar. Cortés reconoce la ayuda de los aliados y hará un recuento de sus fuerzas, que constaban de novecientos españoles y ciento y cincuenta mil aliados

[76] Se trata de Don Fernando Cortés Ixtlixóchitl, cuyo padrino de bautismo fue el mismo Hernán Cortés, que le llevó en la retirada de la guerra del patio sagrado de Texcalipoca, cuando los aztecas derrotaron y echaron a los españoles de Tenochtitlán; véase el comentario al capítulo *La batalla de Iztapalapa*.

indios. A continuación se describen algunos episodios de la batalla final por Tenochtitlán, en que los españoles, a pesar de sufrir algunas derrotas, lograron imponer su superioridad de armamentos, su disciplina y su experiencia en utilizar operaciones combinadas de tierra y medio líquido. Cortés organiza cuadrillas de miles de indios aliados para crear terraplenes y rellenar grandes secciones de la laguna para permitir a los caballos de romper el frente de los enemigos.

Durante la batalla campal por Tenochtitlán se rellenan grandes secciones de la laguna

> Otro día por la mañana, después de haber oído misa, e informados los capitanes de lo que habían de facer, yo salí de nuestro real con quince o veinte de caballo y trecientos españoles, y con todos nuestros amigos, que era infnita gente, y yendo por la calzada adelante, a tres tiros de ballesta del real, estaban ya los enemigos esperándonos con muchos alaridos; y como en los tres días antes no se les había dado combate, habían desfecho cuanto habíamos cegado del agua y teníanlo muy más fuerte y peligroso de ganar que de antes; y los bergantines llegaron por la una parte y por la otra de la calzada; y como con ellos se podían llegar muy bien cerca de los enemigos, con los tiros y escopetas y ballestas hacíanles mucho daño. Y conociéndolo saltan a tierra y ganan el albarrada y puente, y comenzamos a pasar de la otra parte y dar en pos de los enemigos, los cuales luego se fortalecían en las otras puentes y albarradas que tenían hechas; las cuales, aunque con más trabajo y peligro que la otra vez, les ganamos, y los echamos de toda la calle y de la plaza de los aposentamientos grandes de la ciudad. E de allí mandé que no pasasen los españoles, porque yo, con la gente de nuestros amigos, andaba cegando con piedra y adobes toda el agua, que era tanto de hacer que, aunque para ello ayudaban más de diez mil indios, cuando se acabó de aderezar era ya hora de vísperas; y en todo este tiempo siempre los españoles y nuestros amigos andaban peleando y escaramuzando con los de la ciudad y alanceábamos por las calles do no había agua los que alcanzábamos; de manera que los teníamos retraídos y no osaban llegar a lo firme. Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí dellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado;[77] y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenía más sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma tenía para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas. E por que lo sintiesen más, este día fice poner fuego a estas casas grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podían aposentar en ellas; y otras que estaban junto a ellas, que aunque algo menores eran muy más frescas y gentiles, y tenía en ellas Muteczuma todos los linajes de aves que en estas partes había; y aunque a mí me pesó mucho dello, por-

[77] Cortés se refiere al Tesoro de Moctezuma que los españoles trataron de llevarse en su retirada de Tenochtitlán y que en gran parte se hundió en la laguna donde se ahogaron los que lo llevaban.

que a ellos les pesaba mucho más, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar y también los otros sus aliados de las ciudades de la laguna, porque éstos ni otros nunca pensaron que nuestra fuerza bastara a les entrar tanto en la ciudad; y esto les puso harto desmayo. Puesto fuego a estas casas, porque ya era tarde recogí la gente para nos volver a nuestro real; y como los de la ciudad veían que nos retraíamos cargaban infinitos dellos, y venían con mucho ímpetu dándonos en la retroguarda. E como toda la calle estaba buena para correr, los de caballo volvíamos sobre ellos y alanceábamos de cada vuelta muchos dellos, y por eso no dejaban de nos venir darnos grita a las espaldas. Este día sintieron y mostraron mucho desmayo, especialmente viendo entrar por su ciudad quemándola y destruyéndola y peleando con ellos los de Tesaico y Calco, Suchimilco y los otumíes y nombrándose cada uno de dónde era; y por otra parte, los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro día, como de hecho lo hacían.[78] E así nos venimos a nuestro real a descansar, porque aquel día habíamos trabajado mucho, y los siete bergantines que yo tenía entraron aquel día por las calles de agua de la ciudad y quemaron mucha parte della. Los capitanes de los otros reales y los seis bergantines pelearon muy bien aquel día, y de lo que les acaeció me pudiera muy bien alargar, y por evitar prolijidad lo dejo, mas de que con victoria se retrujeron a sus reales sin recibir peligro alguno. Otro día siguiente, luego por la mañana, después de haber oído misa, torné a la ciudad por la misma orden con toda la gente, porque los contrarios no tuviesen lugar de descegar las puentes y hacer las albarradas; y por bien que madrugamos, de las tres partes y calles de agua que atraviesan la calle que va del real fasta las casas grandes de la plaza las dos dellas estaban como los días antes, que fueron muy recias de ganar; y tanto, que duró el combate desde las ocho horas fasta la una después de mediodía, en que se gastaron casi todas las saetas y almacén y pelotas que los ballesteros y escopeteros llevaban. Y crea vuestra majestad que era sin comparación el peligro en que nos víamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para ganallas era forzado echarse a nado los españoles y pasar de la otra parte, y esto no podían ni osaban hacer muchos porque a cuchilladas y a botes de lanza resistían los enemigos que no saliesen de la otra parte, Pero como ya por los lados no tenían azoteas de donde nos hiciesen daño y de esta otra parte los asaetábamos, porque estábamos los unos de los otros un tiro de herradura, y los españoles tomaban de cada día mucho más ánimo y determinaban de pasar, y también porque vían que mi determinación era aquella, y que cayendo o levantando no se había de hacer otra cosa. Parecerá a vuestra majestad que pues tanto peligro recibíamos en el ganar de estas puentes y albarradas, que éramos negligentes, ya que las ganábamos, no las sostener, por no tornar cada día de nuevo a nos ver en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande; y cierto así parecerá a los ausentes; pero sabrá vuestra majestad que en ninguna manera se podía facer, porque para ponerse así en efecto se requerían dos cosas: o que el real pasáramos allí a la plaza y circuito de las torres de los ídolos, o que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiera gran peligro y no había posibilidad para ello; porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos

[78] Los mexicanos practicaban el canibalismo ritual, tanto unos como otros.

dieran mil rebatos y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incomportable y podían darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el día, que no se podía sufrir poner gente en guarda dellos, y a esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada día que entrábamos en la ciudad. Aquel día, como se tardó mucho en ganar aquellas puentes y en las tornar a cegar y no hubo lugar e hacer más, salvo que por otra calle principal que va a dar la ciudad de Tacuba se ganaron otras dos puentes y se cegaron, y se quemaron muchas y buenas casas de aquella calle, y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde recibíamos siempre poco menos peligro que en el ganar de las puentes; porque en viéndonos retraer, era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecía sino que había habido toda la victoria del mundo y que nosotros íbamos huyendo; e para este retraer era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo cegado al igual suelo de las calles, de manera que los de caballo pudiesen libremente correr a una parte y a otra; y así, en el retraer, como ellos venían tan golosos tras nosotros, algunas veces fingíamos ir huyendo, y revolvíamos los de caballo sobre ellos, y siempre tomábamos doce o trece de aquellos más esforzados; y con esto y con algunas celadas que siempre les echábamos, continuo llevaban lo peor, y cierto verlo era cosa de admiración; porque por más notorio que les era el mal y daño que al retraer de nosotros recibían, no dejaban de nos seguir hasta nos ver salidos de la ciudad. E con esto nos volvimos a nuestro real, y los capitanes de los otros reales me hicieron saber cómo aquel día les había sucedido muy bien y habían muerto mucha gente por la mar y por la tierra; y el capitán Pedro de Albarado, que estaba en Tacuba, me escribió que había ganado dos o tres puentes; porque, como era en la calzada que sale del mercado de Temixtitán a Tacuba, y los tres bergantines que yo le había dado podían llegar por la una parte a zabordar en la misma calzada, no había tenido tanto peligro como los días pasados; y por aquella parte de Pedro de Albarado había más puentes y más quebradas en la calzada, aunque había menos azoteas que por las otras partes. En todo este tiempo los naturales de Iztapalapa y Oichilobuzco y Melicalcingo y Culuacán y Misquique y Cuitaguaca que, como he hecho relación, están en la laguna dulce, nunca habían querido venir de paz, ni tampoco en todo este tiempo habíamos recibido ningún daño dellos; y como los de Calco eran muy leales vasallos de vuestra majestad y veían que nosotros teníamos bien que hacer con los de la gran ciudad, juntáronse con otras poblaciones que están alrededor de las lagunas y hacían todo el daño que podían a aquellos del agua; y ellos, viendo de cómo cada día habíamos victoria contra los de Temixtitán, y por el daño que recibían y podían recibir de nuestros amigos, acordaron de venir, y llegaron a nuestro real, y rogáronme que les perdonase lo pasado y que mandase a los de Calco y a los otros sus vecinos que no les hiciesen más daño. Y yo les dije que me placía y que no tenía enojo dellos, salvo de los de la ciudad; y que para que creyese que su amistad era verdadera, que les rogaba que, porque mi determinación era de no levantar el real hasta tomar por paz o por guerra a los de la ciudad, y ellos tenían muchas canoas, para me ayudar, que hiciesen apercibir todas las que pudiesen con toda la más gente de guerra que en sus poblaciones había, para que por el agua viniesen en nuestra ayuda de allí adelante. Y también les rogaba que, porque los españoles tenían pocas y ruines chozas y era tiempo de muchas aguas, que hiciesen en el real todas las más casas que pudiesen, y que trujesen canoas para traer adobes y madera de las casas

> de la ciudad que estaban más cercanas al real. Y ellos dijeron que las canoas y gente de guerra estaban apercibidos para cada día; y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habría más de tres o cuatro tiros de ballesta. Y vea vuestra majestad que tan ancha puede ser la calzada que va por lo más hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas y quedaba en medio hecha calle, que muy a placer a pie y a caballo íbamos y veníamos por ella; y había a la continua en el real, con españoles y indios que la servían, más de dos mil personas, porque toda la otra gente de guerra de nuestros amigos se aposentaban en Cuyoacán, que está legua y media del real, y también éstos de estas poblaciones nos proveían de algunos mantenimientos, de que teníamos harta necesidad, especialmente de pescado y de cerezas, que hay tantas que pueden bastecer, en cinco o seis meses de año que duran, a doblada gente de la que en esta tierra hay (*Carta III*, 75-77).

La estrategia de emplear fuerzas de tierra y navales da los resultados esperados. Los españoles avanzan y conquistan grandes secciones de Tenochtitlán, pero los defensores están dispuestos a morir. A medida que los españoles avanzan, más ciudades y pueblos sobre la costa de la laguna se declaran sus aliados, contribuyendo con hombes y pertrechos, sobre todo canoas, con las que transportan materiales para construir los cuarteles de los españoles y sus aliados a lo largo de la calzada que unía el mercado a Tacuba, donde se encontraba el real de Alvarado. Pero el avance sufre contratiempos, por la dificultad del terreno, ya de por sí irregular por la destrucción de puentes y calzadas y los terraplenes inmprovisados e inseguros por las lluvias abundantes. Se acerca el momento del esfuerzo final para la conquista de Tenochtitlán.

Avance en Tenochtitlán: la derrota sufrida por Cortés en el mercado

> Otro día siguiente volví a entrar en la ciudad por la orden que el día pasado, y dionos Dios tanta victoria, que por las partes donde yo entraba con la gente no parecía ninguna resistencia; y los enemigos se retraían tan reciamente, que parecía que les teníamos ganado las tree cuartas partes de la ciudad, y también por el real de Pedro de Albarado les daban mucha priesa, y sin duda el día pasado y aqueste yo tenía por cierto que vinieran de paz, de la cual yo siempre, con victoria y sin ella, hacía todas las muestras que podía. Y nunca por eso en ellos hallábamos alguna señal de paz; y aquel día nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir a los de la ciudad. En estos días pasados Pedro de Albarado había ganado muchas puentes, y por las sustentar y guardar ponía velas de pie y de caballo de noche en ellas, y la otra gente íbase al real, que estaba tres cuartos de legua de allí. E porque este trabajo era incomportable, acordó de pasar el real al cabo de la calzada que va a dar al mercado de Temixtitán, que es una plaza harto mayor que la de Salamanca, y toda cercada de portales a la redonda; e para llegar a ella no le faltaba de ganar sino

otras dos o tres puentes, que eran muy anchas y peligrosas de ganar; y así, estuvo algunos días que siempre peleaba y veía victoria. E aquel día que digo en el capítulo antes deste, como vía que los enemigos mostraban flaqueza y que por donde yo estaba les daba muy continuos y recios combates, cebóse tanto en el sabor de la victoria y de las muchas puentes y albarradas que les había ganado, que determinó de los pasar y ganar una puente en que había más de sesenta pasos desfechos de la calzada, todo de agua, de hondura de estado y medio y dos; e como acometieron aquel mismo día y los bergantines ayudaron mucho, pasaron el agua y ganaron la puente, y siguen tras los enemigos, que iban puestos en huida. E Pedro de Albarado daba mucha priesa en que se cegase aquel paso porque pasasen los de caballo, y también porque cada día, por escrito y por palabra, le amonestaba que no ganase un palmo de tierra sin que quedase muy seguro para entrar y salir los de caballo, porque éstos facían la guerra. E como los de la ciudad vieron que no había más de cuarenta o cincuenta españoles de la otra parte, y algunos amigos nuestros, y que los de caballo no podían pasar, revuelven sobre ellos tan de súpito, que los hicieron volver las espaldas y echar al agua; y tomaron vivos tres o cuatro españoles, que luego fueron a sacrificar, y mataron algunos amigos nuestros. Y al fin Pedro de Albarado se retrujo a su real; y como aquel día yo llegué al nuestro y supe lo que había acaecido, fue la cosa del mundo que más me pesó, porque era ocasión de dar esfuerzo a los enemigos y creer que en ninguna manera les osaríamos entrar. La causa por que Pedro de Albarado quiso tomar aquel mal paso fue, como digo, ver que había ganado mucha parte de la fuerza de los indios y que ellos mostraban alguna flaqueza, e principalmente porque la gente de su real le importunaba que ganase el mercado, porque aquél ganado, era toda la ciudad casi tomada, y toda su fuerza y esperanza de los indios tenían allí;[79] y como los del dicho real de Albarado veían que yo continuaba mucho los combates de la ciudad, creían que yo había de ganar primero que ellos el dicho mercado; y como estaban más cerca dél que nosotros, tenían por caso de honra no le ganar primero. E por esto el dicho Pedro de Albarado, era muy importunado, y lo mismo me acaecía a mí en nuestro real; porque todos los españoles me ahincaban muy recio que por una de tres calles que iban a dar al dicho mercado entrásemos, porque no teníamos resistencia, y ganado aquél terníamos menos trabajo; yo disimulaba por todas las vías que podía por no lo hacer, aunque les encubría la causa; y esto era por los inconvenientes y peligros que se me representaban; porque para entrar en el mercado había infinitas azoteas y puentes y calzadas rompidas, y en tal manera, que en cada casa por don-

[79] En este trance Pedro de Alvarado sufre una derrota por su imprudencia. Deja que los aztecas tomen prisioneros a unos españoles a los que someterán al suplicio de arrancarles el corazón estando vivos. Cortés trata de justificar de nuevo a su lugartenieinte. La primera vez fue cuando calla la verdadera causa de la rebelión azteca y la consiguiente matanza llevada a cabo por Alvarado y sus tropas contra la aristocracia mexicana que celebraba en el templo de Huitzipolotli la fiesta de este dios. Más aún, a los dos días de esa derrota, Alvarado repite el mismo error al atravesar puentes y acequias sin rellenarlas de tierra para permitir el paso de los caballos. Esta segunda vez las pérdidas en vidas de españoles y aliados son mucho más graves. El mismo Cortés, que se había arrimado para observar la batalla, queda por un rato rodeado por los enemigos y sólo la intervención de un capitán y de un joven soldado que pierde la vida le salvan: "E con este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco o cuarenta españoles y más de mil indios nuestros amigos" (*Carta III*, 81).

de habíamos de ir estaba hecha como isla en medio del agua. Como aquella tarde que llegué al real supe del desbarato de Pedro de Albarado, otro día de mañana acordé de ir a su real para le reprender lo pasado, y para ver lo que había ganado y en que parte había pasado el real, y para le avisar lo que fuese más necesario para su seguridad y ofensa de sus enemigos. E como yo llegué a su real, sin duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad y de los malos pasos y puentes que les había ganado; y visto, no le imputé tanta culpa como antes parecía tener, y platicando cerca de lo que había de hacer, yo me volví a nuestro real aquel día. Pasado esto, yo fice algunas entradas en la ciudad por las partes que solía; y combatían los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la ciudad por otras cuatro, y siempre habíamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada día venía gente sin número en nuestro favor. E yo dilataba de me meter más adentro en la ciudad; lo uno, por si revocarían el propósito y dureza que los contrarios tenían, y lo otro, porque nuestra entrada no podía ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y muy determinados de morir. Y como los españoles veían tanta dilación en esto y que había más de veinte días que nunca dejaban de pelear, importunábanme en gran manera, como arriba he dicho, que entrásemos y tomásemos el mercado, porque ganado, a los enemigos les quedaba poco lugar por donde se defender, y que si no se quisieran dar, que de hambre y sed se morirían, porque no tenían qué beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el tesorero de vuestra majestad me dijo que todo el real afirmaba aquello y que lo debía hacer; y a él y a otras personas de bien que allí estaban les respondí que su propósito y deseo era muy bueno y yo lo deseaba más que nadie; pero que yo lo dejaba de hacer por lo que con importunación me hacía decir, que era que aunque él y otras personas lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecía mucho peligro, habría otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haría en este caso lo que yo pudiese, concertándose primero con la gente de los otros reales. Otro día me junté con algunas personas principales de nuestro real, y acordamos de hacer saber al alguacil mayor [Gonzalo de Sandoval] y a Pedro de Albarado como otro día siguiente habíamos de entrar en la ciudad y trabajar de llegar al mercado, y escribíles lo que ellos habían de hacer, por la otra parte de Tacuba; y demás de lo escribir, para que mejor fuesen informados, enviéles dos criados míos para que les avisasen de todo el negocio; y la orden que debían de tener que el alguacil mayor se viniese con diez de caballo y cien peones y quince ballesteros y escopeteros al real de Pedro de Albarado, y que en el suyo quedasen otros diez de caballo, y que dejasen concertado con ellos que otro día, que había de ser el combate, se pusiesen en celada tras unas casas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como que levantasen el real, porque los de la ciudad saliesen tras dellos y la celada les diese en las espaldas. Y que el dicho alguacil mayor, con los tres bergantines que tenían y con los otros tres de Pedro de Albarado, ganasen aquel paso malo donde desbarataron a Pedro de Albarado, y diese mucha priesa en lo cegar, y que pasasen adelante, y que en ninguna manera se alejasen ni ganasen un paso sin lo dejar primero ciego y aderezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho, porque yo había de hacer lo mismo; que mirasen que, aunque esto les enviaba a decir, no era para los obligar a ganar un paso solo de que les pudiese venir algún desbarato o desmán; y esto les avisaba porque conocía de sus personas que habían de

poner el rostro donde yo le dijese, aunque supiesen de perder las vidas. Despachados aquellos dos criados míos con este recaudo, fueron al real, y hallaron en él a los dichos alguacil mayor y a Pedro de Albarado, a los cuales significaron todo el caso según que acá en nuestro real lo teníamos concertado. E porque ellos habían de combatir por una parte y yo por muchas, enviéles a decir que me enviasen setenta u ochenta hombres de pie para que otro día entrasen conmigo; los cuales con aquellos criados míos vinieron aquella noche a dormir a nuestro real, como yo les había enviado a mandar. Dada la orden ya dicha, otro día, después de haber oído misa, salieron de nuestro real los siete bergantines con más de tres mil canoas de nuestros amigos; y yo con veinte y cinco de caballo y con la gente que tenía y los setenta hombres del real de Tacuba seguimos nuestro camino, y entramos en la ciudad, a la cual llegados, yo repartí la gente desta manera: había tres calles dende lo que teníamos ganado, que iban a dar al mercado, al cual los indios llaman Tianguizco, y a todo aquel sitio donde está llámanle Tlatelulco; y la una destas tres calles era la principal, que iba a dicho mercado; y por ella dije al tesorero y contador de vuestra majestad que entrasen con setenta hombres y con más de quince o veinte mil amigos nuestros, y que en la retroguarda llevasen siete u ocho de caballo, y como fuesen ganando las puentes y albarradas las fuesen cegando; llevaban una docena de hombres con sus azadones y más nuestros amigos, que eran los que hacían al caso para el cegar de las puentes. Las otras dos calles van dende la calle de Tacuba a dar al mercado, y son más angostas, y de más calzadas y puentes y calles de agua. Y por la más ancha dellas mandé a dos capitanes que entrasen con ochenta hombres y más de diez mil indios nuestros amigos, y al principio de aquella calle de Tacuba dejé dos tiros gruesos con ocho de caballo en guarda dellos. E yo con otros ocho de caballo y con obra de cien peones, en que había más de veinte y cinco ballesteros y escopeteros, y con infinito número de nuestros amigos, seguí mi camino para entrar por la otra calle angosta todo lo más que pudiese. E a la boca della hice detener a los de caballo y mandéles que en ninguna manera pasasen de allí ni viniesen tras mí si no se enviase a mandar primero; y yo me apeé, y llegamos a una albarrada que tenían del cabo de una puente, y con un tiro pequeño de campo y con los ballesteros y escopeteros se la ganamos, y pasamos adelante por una calzada que tenían rota por dos o tres partes. E demás destos tres combates que dábamos a los de la ciudad, era tanta la gente de nuestros amigos que por las azoteas y por otras partes les entraban, que no parecía que había cosa que nos pudiese ofender. E como les ganamos aquellas dos puentes y albarradas y la calzada los españoles, nuestros amigos siguieron por la calle adelante sin se les amparar cosa ninguna, y yo me quedé con obra de veinte españoles en una isleta que allí se hacía, porque veía que ciertos amigos nuestros andaban envueltos con los enemigos, y algunas veces los retraían hasta echarlos al agua, y con nuestro favor revolvían sobre ellos. E demás desto, guardábamos que por ciertas traviesas de calles los de la ciudad no saliesen a tomar las espaldas a los españoles que habían seguido la calle adelante; los cuales en esta sazón me enviaron a decir que habían ganado mucho y que no estaban muy lejos de la plaza del mercado; que en todo desto querían pasar adelante, porque ya oían el combate que el alguacil mayor y Pedro de Albarado daban por su estancia. E yo les envié a decir que en ninguna manera diesen paso adelante sin que primero las puentes quedasen muy bien ciegas: de manera que si tuviesen necesidad de se retraer el agua no les ficiese estor-

bo ni embarazo alguno, pues sabían que en todo aquello estaba el peligro; y ellos me tornaron a decir todo lo que habían ganado estaba bien reparado; que fuese allá y lo vería si era así. E yo con recelo que no se desmandasen y dejasen ruin recaudo en el cegar de las puentes, fui allá, y hallé que habían pasado una quebrada de la calle que era de diez o doce pasos de ancho, y el agua que por ella pasaba era de hondura de más de dos estados, y al tiempo que la pasaron habían echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban pocos a pocos y con tiento, no se había hundido la madera y cañas; y ellos con el placer de la victoria iban tan embebecidos que pensaban que quedaba muy fijo. E al punto que yo llegué a aquella puente de agua cuitada vi que los españoles y muchos de nuestros amigos venían puestos en muy gran huida, y los enemigos como perros dando en ellos; y como yo vi tan gran desmán, comencé a dar voces *tener*, *tener*; y ya que yo estaba junto al agua, halléla toda llena de españoles y indios, y de manera que no parecía que en ella hobiesen echado una paja; e los enemigos cargaron tanto, que matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos; y ya por la calle del agua venían canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles. E como el negocio fue tan de súpito y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando; y en lo más aprovechábamos yo y los otros que allí estaban conmigo era en dar las manos a algunos tristes españoles que se ahogaban, para que saliesen afuera; y los unos salían heridos, los otros medio ahogados, y otros sin armas, y enviábalos que fuesen adelante; y ya en esto cargaba tanta gente de los enemigos, que a mí y a otros doce o quince que conmigo estaban nos tenían por todas partes cercados. E como yo estaba muy metido en socorrer a los que se ahogaban, no miraba ni me acordaba del daño que podía recibir; y ya me venían a asir ciertos indios de los enemigos, y me llevaran, si no fuera por un capitán de cincuenta hombres, que yo traía siempre conmigo, y por un mancebo de su compañía, el cual, después de Dios, me dio la vida; e por dármela como valiente hombre, perdió allí la suya. En este comedio, los españoles que salían desbaratados íbanse por aquella calzada delante, y como era pequeña y angosta e igual a el agua, que los perros la habían hecho así de industria, e iban por ella también desbaratados muchos de los nuestros amigos, iba el camino tan embarazado y tardaban tanto en andar, que los enemigos tenían lugar de llegar por el agua de la una parte y de la otra y tomar y matar cuantos querían. Y aquel capitán que estaba conmigo, que se dice Antonio de Quiñones, díjome: "Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar"; y no podía acabar conmigo que me fuese de allí. Y como esto vio, asióme de los brazos para que diésemos la vuelta, y aunque yo holgara más con la muerte que con la vida, por importunación de aquel capitán y de otros compañeros que allí estaban nos comenzamos a retraer peleando con nuestras espadas y rodelas con los enemigos, que venían hiriendo en nosotros. Y en esto llega un criado mío a caballo, y hizo algún poquito de lugar; pero luego dende una azotea baja le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta; y estando en este tan gran conflicto, esperando que la gente pasase por aquella calzadilla a ponerse en salvo, y nosotros deteniendo los enemigos, llegó un mozo mío con un caballo para que cabalgase, porque era tanto el lodo que había en la calzadilla de los que entraban y salían por el agua que no había persona que se pudiese tener, mayormente con los empellones que los unos a otros se daban para salvarse. E yo cabalgué, pero no para pelear, porque allí era imposible pode-

> llo hacer a caballo; porque si pudiera ser, antes de la calzadilla, en una isleta se habían hallado los ocho de caballo que yo había dejado, y no habían podido hacer menos que se volver por ella; y aun la vuelta era tan peligrosa, que dos yeguas en que iban dos criados míos cayeron de aquella calzadilla en el agua, y la una mataron los indios y la otra salvaron unos peones; y otro mancebo criado mío, que se decía Cristóbal de Guzmán, cabalgó en un caballo que allí en la isleta le dieron para me lo llevar, en que me pudiese salvar, y a él y al caballo antes que a mí llegase mataron los enemigos; la muerte del cual puso a todo el real en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían. E ya con todos nuestros trabajos, plugo a Dios que los que quedamos salimos a la calle de Tacuba, que era muy ancha y recogida la gente, yo con nuevo caballo me quedé en la retroguarda; y los enemigos venían con tanta victoria y orgullo que no parecía sino que ninguno habían de dejar a vida; y retrayéndome lo mejor que pude, envié a decir al tesorero y al contador que se retrujesen a la plaza con mucho concierto; lo mismo envié a decir a los otros dos capitanes que habían entrado por la calle que iba al mercado; y los unos y los otros habían peleado valientemente y ganado muchas albarradas y puentes, que habían muy bien cegado, lo cual fue causa de no recibir daño al retraer. E antes que el tesorero y contador se retrujesen, ya los de la ciudad, por encima de una albarrada donde peleaban, les habían echado dos o tres cabezas de cristianos, anque no supieron por entonces si eran de los del real de Pedro de Albarado o del nuestro (…). En este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco o cuarenta españoles y más de mil indios nuestros amigos, y hirieron más de veinte cristianos, y yo salí herido en una pierna; perdióse el tiro pequeño de campo que habíamos llevado, y muchas ballestas y escopetas y armas. Los de la ciudad, luego que hubieron la victoria, por hacer desmayar al alguacil mayor y Pedro de Albarado, todos los españoles vivos y muertos que tomaron los llevaron al Tlatelulco, que es el mercado, y en unas torres altas que allí están, desnudos los sacrificaron y abrieron por los pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer a los ídolos: lo cual los españoles del real de Pedro de Albarado pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos; y aunque por ello hubieron gran tristeza y desmayo, se retrajeron a su real, habiendo peleado aquel día muy bien y ganado casi hasta el dicho mercado; el cual aquel día se acabara de ganar si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan gran desmán (*Carta III*, 78-81).

Después de muchas dudas, por el peligro que Cortés había previsto, el general decide atacar el mercado, como quiere su tropa. No obstante la preparación cuidadosa del combate y la recomendación de Cortés a sus hombres de no pasar ninguna calzada o puente, sin antes cegarlos, es decir echar un terraplén que permita el paso de los caballos, o la retirada ante una contraofensiva de los enemigos, su avanguardia se adelanta confiada, dejando tras sí un canal de unos doce o quince pasos y profundo dos estados, sin preparar el terraplén que les permita retirarse. Así se verifica lo que Cortés temía. Una contraofensiva enemiga, lanzada de improviso y con numerosas huestes, hace retroceder a españoles y aliados en confusión. Llegados a la calzada, se echan en el agua para salvar la vida y algunos se ahogan, mien-

tra otros, algunos heridos, son sorprendidos por canoas enemigas que de ambos lados de la calzada pueden tomar prisioneros a muchos españoles que están en el agua, o que se demoran por la multitud que se apiña sobre la estrecha calzada, transformándose en blancos para los flecheros. La derrota es una de las peores sufridas por Cortés en su campaña contra Tenochtitlán. A los españoles no les queda más que contemplar impotentes cómo los aztecas sacrifican a sus compañeros abriéndoles el pecho y arrancándoles el corazón para dedicarlo a sus ídolos.

Andrés de Tapia, Gonzalo de Sandoval y la ofensiva final

> Dende a dos días del desbarato, que ya se sabía por toda la comarca, los naturales de una población que se dice Cuarnaguacar, que eran sujetos a la ciudad y se habían dado por nuestros amigos, vinieron al real y dijéronme cómo los de la población de Malinalco, que eran sus vecinos, les hacían mucho daño y les destruían su tierra, y que agora se juntaban con los de la provincia de Cuisco, que es grande, y querían venir sobre ellos a los matar porque se habían dado por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos; y que decían que después dellos destruidos habían de venir sobre nosotros; y aunque lo pasado era de tan poco tiempo acaecido y teníamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro, porque ellos me lo pedían con mucha instancia determiné de se lo dar; y aunque tuve mucha contradicción y decían que me destruía en sacar gente del real, despaché con aquellos que pedían socorro ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia, capitán al cual encomendé mucho que ficiese lo que más convenía en servicio de vuestra majestad y nuestra seguridad, pues veía la necesidad en que estábamos y que en ir y volver no estuviese más de diez días, y él se partió, y llegado a una población pequeña que está entre Malinalco y Coadnoacad halló a los enemigos, que le estaban esperando; y él, con la gente de Coadnoacad y con la que llevaba, comenzó su batalla en el campo, y pelearon tan bien los nuestros, que desbarataron los enemigos, y en el alcance los siguieron hasta los meter en Malinalco, que está asentado en un cerro muy alto y donde los de caballo no podían subir; y viendo esto, destruyeron lo que estaba en el llano, y volviéronse a nuestro real con esta victoria, dentro de los diez días; en lo alto de esta población de Malinalco hay muchas fuentes de muy buena agua, y es muy fresca cosa (…). Desde a dos días que los españoles vinieron de hacer guerra a los de Malinalco, según que vuestra majestad habrá visto en los capítulos antes déste, llegaron a nuestro real diez indios de los otomíes, que eran esclavos de los de la ciudad y, como he dicho, habiéndose dado por vasallos de vuestra majestad, y cada día venían en nuestra ayuda a pelear, y dijeronme cómo los señores de la provincia de Matalcingo, que son sus vecinos, les facían guerra y les destruían su tierra y les habían quemado un pueblo y llevándoles alguna gente, y que venían destruyendo cuanto podían y con intención de venir a nuestros reales y dar sobre nosotros, porque los de la ciudad saliesen y nos acabasen; y a lo más desto dimos crédito, porque de pocos días a aquella parte cada vez que entrábamos a pelear nos amenazaban con los de esta provincia de Matalcingo; de la cual, aunque no teníamos mucha noticia, bien sabíamos que era grande y que estaba veinte y dos leguas de nuestros reales; y en la queja que estos

otomíes nos daban de aquellos sus vecinos daban a entender que les diésemos socorro, y aunque lo pedían en muy recio tiempo, confiando en el ayuda de Dios, y por quebrar algo las alas a los de la ciudad, que cada día nos amenazaban con éstos y mostraban tener esperanza de ser dellos socorridos, y este socorro de ninguna parte les podía venir si déstos no, determiné de enviar allá a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con diez y ocho de caballo y cien peones, en que había sólo un ballestero, el cual se partió con ellos y otra gente de los otomíes, nuestros amigos; y Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun el en que nosotros quedábamos; pero como nos convenía mostrar más esfuerzo y ánimo que nunca y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos; pero muchas y muchas veces decían los españoles que pluguiese a Dios que con las vidas los dejase y se viesen vencedores de los de la ciudad, aunque en ella ni en toda la tierra no hubiesen otro provecho ni interés; por do se conocería la aventura y necesidad extrema en que teníamos nuestras personas y vidas. El alguacil mayor fue aquel día a dormir a un pueblo de los otomíes que está frontero de Malinalco, y otro día, muy de mañana, se partió y llegó a unas estancias de los dichos otomíes, las cuales halló sin gente y mucha parte dellas quemadas; y llegando más a lo llano, junto a una ribera halló mucha gente de guerra de los enemigos, que habían acabado de quemar otro pueblo; y como le vieron, comenzaron a dar la vuelta, y por el camino que llevaban en pos dellos hallaban muchas cargas de maíz y de niños asados que traían para su provisión, las cuales habían dejado como habían sentido ir los españoles; y pasado un río que allí estaba más adelante en lo llano, los enemigos comenzaron a reparar, y el alguacil mayor con los de caballo rompió por ellos y desbaratólos, y puestos en huída, tiraron un camino derecho a su pueblo de Matalcingo, que estaba cerca de tres leguas de allí; y en todas duró el alcance de los de caballo hasta los encerrar en el pueblo, y allí esperaron a los españoles y a nuestros amigos, los cuales venían matando en los que los de caballo atajaban y dejaban atrás, y en este alcance murieron más de dos mil de los enemigos. Llegados los de pie donde estaban los de caballo y nuestros amigos, que pasaban de sesenta mil hombres, comenzaron a huir hacia el pueblo, adonde los enemigos hicieron rostro, en tanto que las mujeres y los niños y sus haciendas se ponían en salvo en una fuerza que estaba en un cerro muy alto que estaba allí junto. Pero como dieron de golpe en ellos, hiciéronlos también retraer a la fuerza que tenían en aquella altura, que era muy agra y fuerte, y quemaron y robaron el pueblo en muy breve espacio, y como era tarde, el alguacil mayor no quiso combatir la fuerza, y también porque estaban muy cansados, porque todo aquel día habían peleado; los enemigos, toda la más de la noche desprendieron de dar alaridos y hacer mucho estruendo de alaridos y bocinas. Otro día de mañana el alguacil mayor, con toda la gente comenzó a guiar para subirles a los enemigos aquella fuerza, aunque con temor de se ver en trabajo en la resistencia; y llegados, no vieron gente ninguna de los contrarios; e ciertos indios amigos nuestros descendieron de lo alto y dijeron que no había nadie y que al cuarto del alba se habían ido todos los enemigos (…). Desde a cuatro días que el alguacil mayor vino de la provincia de Matalcingo, los señores della y de Malinalco y de la provincia de Cuiscon, que es grande y mucha cosa, y estaban también rebelados, vinieron a nuestro real, y pidieron perdón de lo pasado, y ofreciéronse de servir muy bien; y así lo hicieron y han hecho hasta ahora. En tanto que el alguacil mayor fue a Matalcingo, los de la ciudad acordaron de

> salir de noche y dar en el real de Albarado; y al cuarto del albadan de golpe. E como las velas de caballo y de pie lo sintieron, apellidaron de llamar al arma; y los que allí estaban arremetieron a ellos; y como los enemigos sintieron los de caballo, echáronse al agua; y en tanto, llegan los nuestros y pelearon más de tres horas con ellos; y nosotros oímos en nuestro real un tiro de campo que tiraba; y como teníamos recelo no los desbaratasen, yo mandé armar la gente para entrar por la ciudad, para que aflojasen en el combate de Albarado; y como los indios hallaron tan recios a los españoles, acordaron de se volver a su ciudad; y nosotros aquel día fuimos a pelear a la ciudad. En esta sazón ya los que habíamos salido heridos del desbarato estábamos buenos; y a la Villa-rica, había aportado un navío de Juan Ponce de León, que habían desbaratado en la tierra o isla Florida;[80] y los de la villa enviáronme cierta pólvora y ballestas, de que teníamos muy extrema necesidad; y ya, gracias a Dios, por aquí a la redonda no teníamos tierra, que no fuese en nuestro favor; y yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo; y no nos aprovechaba decirles que no habíamos de levantar los reales, ni los bergantines habían de cesar de les dar guerra por el agua, ni que hubiéramos destruido a los de Matalcingo y Malinalco, y que no tenían en toda la tierra quien les pudiera se socorrer, ni tenían de dónde haber maíz, ni carne, ni fruta, ni agua ni otra cosa de mantenimiento. E cuanto más destas cosas les decíamos, menos muestra víamos en ellos de flaqueza; mas antes en el pelear y en todos sus ardides los hallábamos con más ánimo que nunca (*Carta III*, 81-83).

Ante la resistencia de los aztecas, Cortés, para ahorrar vidas de entre los españoles, prepara el asalto final que contempla más muertes y destrucción, sobre todo si se considera la enemistad entre los aztecas y los aliados indios que esperaban el momento para diezmar a los enemigos. Nada ni nadie se salva de la furia destuctora. Los españoles y sus aliados controlan tanto las calzadas, con sus fuerzas terrestres, como los canales con sus bergantines. Los asaltos se suceden con regularidad avasalladora hasta la rendición final.

El asalto final y la caída de Tenochtitlán

> Otro día de mañana tornamos a entrar en la ciudad, y como ya nuestros amigos veían la buena orden que llevábamos para la destrucción della, era tanta la multitud que de cada día venían, que no tenían cuento. E aquel día acabamos de ganar toda la calle de Tacuba y de adobar los malos pasos della, en tal manera que los del real de Pedro de Albarado se podían comunicar con nosotros por la ciudad, e por la calle principal, que iba al mercado, se ganaron otras dos puentes y se cegó bien el agua, y quemamos las casas del señor de la ciudad, que era mancebo de

[80] Debió ser uno de los barcos que quedaron después de la muerte de este explorador de las heridas recibidas en un encuentro con los indios, en 1521, unos años después de descubrir a Florida.

edad de diez y ocho años, que se decía Guatimucín,[81] que era el segundo señor después de la muerte de Muctezuma (…). Y Pedro de Albarado por la misma calle con cuatro de caballo, que fue sin comparación el placer que hobo la gente de su real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusión a la guerra. Y Pedro de Albarado dejaba recaudo de gente en las espaldas y lados, así para conservar lo ganado como para su defensa; y como luego se aderezó el paso, yo con algunos de caballo me fui a ver el mercado, y mandé a la gente de nuestro real que no pasasen delante de aquel paso. E después que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales della, los cuales por las azoteas estaban llenos de enemigos, e como la plaza era muy grande y veían por ella andar los de caballo, no osaban llegar; y yo subí en aquella torre grande que está junto al mercado y en ella también y en otras hallamos ofrecidas ante sus ídolos las cabezas de los cristianos que nos habían muerto, y de los indios de Tascaltecal, nuestros amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad. E yo miré dende aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete (…). Y fue tan recio el combate nuestro y de nuestros amigos que les ganamos todo aquel barrio; y fue tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas, con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran (…). Puestos los enemigos en el último extremo, como de lo dicho se puede colegir, para los quitar de su mal propósito, como era la determinación que tenían de morir, hablé con una persona bien principal entre ellos, que teníamos preso, al cual dos o tres días había prendido un tío de don Fernando, señor de Tesaico, peleando en la ciudad, y aunque estaba nuy herido, le dije si quería volver a la ciudad, y él me respondió que sí; y como otro día entramos en ella, enviéle con ciertos españoles, los cuales lo entregaron a los de la ciudad, y a este principal yo le había hablado largamente para que hablase con el señor y con otros principales sobre la paz; y él me prometió de hacer sobre ello todo lo que pudiese. Los de la ciudad lo recibieron con mucho acatamiento, como a persona principal; y como le llevaron delante de Guatimucín, su señor, y él le comenzó a hablar sobre la paz, diz que luego lo mandó matar y sacrificar; y la respuesta que estábamos esperando nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo que no querían sino morir, y comienzan a nos tirar varas, flechas y piedras y a pelear reciamente con nosotros; y tanto, que nos mataron un caballo con un dalle que uno tenía hecho de una espada de las nuestras, y al fin les costó caro, porque murieron muchos dellos; y así, nos volvimos a nuestros reales aquel día (…). Otro día bien de mañana aquellos principales vinieron a nuestro real y dijéronme que me fuese a la plaza del mercado de la ciudad, porque su señor me quería ir a hablar allí; y yo, creyendo que fuese así, cabalgué y tomamos nuestro camino, y estando esperando dende estaba concertado más de tres o cuatro horas, y nunca quiso venir ni parecer ante mí. E como yo vi la burla, y que era ya tarde, y que ni los otros mensajeros ni el señor venían, envié a llamar a los indios nuestros amigos, que habían quedado a la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos (…). E como llegaron, comenzamos a combatir unas albarradas y calles de agua que tenían, que ya no les quedaba otra mayor

[81] Cuauhtemotzin en *Clavijero*, p. 416.

fuerza, y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí del real había proveído que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergantines por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes, por manera que los tuviésemos cercados y que no los combatiese hasta que viese que nosotros combatíamos; por manera que, por estar así cercados y apretados, no tenían paso por donde andar sino por encima de los muertos y por las azoteas que les quedaban; y a esta causa ni tenían ni hallaban flechas ni varas ni piedras con que nos ofender y andaban con nosotros nuestros amigos a espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, e ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación tan recia se vio ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales destas partes. *Nuestros amigos hubieron ese día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres*,[82] y ningún recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible (…). E al alguacil mayor mandé que asimismo para otro día que estuviese apercibido para entrar con los bergantines por un lago de agua grande que se hacía entre unas casas donde estaban todas las canoas de la ciudad recogidas (…) y aviséles que mucho que mirasen por Guatimucín y trabajasen de le tomar a vida, porque en aquel punto cesaría la guerra (…)., y plugo a Dios que un capitán de un bergantín, que se dice Garci Holgín, llegó en pos de una canoa en la cual le pareció que iba gente de manera y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín e iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto y prendiéronle a él y a aquel Guatimucín (…) y así, preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dar conclusión martes, día de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años (*Carta III*, 85—89).

Cortés completa aquí la narración de la guerra y conquista de Tenochtitlán, o sea de la Nueva España. Lo notable de la crónica de esta guerra es que nos permite cerciorarnos de la contribución decisiva de los indios enemigos de los aztecas, en primer lugar los Tlaxcaltecas. Es difícil pensar que Cortés hubiese podido llevar a cabo la conquista de México sin los aliados indios. Notable es en esta carta el pasaje en que Cortés observa la crueldad de los indios aliados, principalmente de los tlaxcaltecas, que se entregan al exterminio de los odiados aztecas en Tenochtitlán: *Nuestros amigos hubieron ese día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres* (*Carta III*, 88).

[82] Cursivo mío, para subrayar este dato histórico.

Selección de los textos de la Carta Cuarta

Mientras la Carta III representa la épica conquista de Tenochtitlán, que Cortés logra elevar a un relato homérico, con Technotitlán nueva Troya y con Cortés nuevo Aquiles del Nuevo Occidente, la finalidad de la cuarta carta, y en forma similar de la quinta y última carta de Cortés al emperador, es doble: por un lado, ponerle al tanto de la pacificación y continua exploración de la Nueva España y, por el otro, denunciar la conspiración que desde España el obispo Fonseca ha organizado contra Cortés y en la que se hallan envueltos personajes importantes, como el almirante Diego Colón y los gobernadores de Cuba y de Jamaica, Diego Velázquez y Francisco de Garay. Otro personaje activo en los planes concebidos para debilitar el mando de Cortés en la Nueva España es el de Juan Bono, capitán de un navío que acaba de llegar a Veracruz, y que ya había participado en la armada de Narváez, que Cortés denuncia como otra acción planeada por Fonseca y Velázquez y documenta su protesta contra la conspiración organizada por Velázquez con la ayuda de Fonseca, obispo de Burgos al que se refiere repetidas veces en esta Carta IV; por otro lado, adquiere siempre mayor relieve el relato de la pacificación de regiones ya pacificadas y que han sido alborotadas por la presencia de soldados piratas que merodean en la Nueva España y provocan el alzamiento de indios ya pacificados; el mejor ejemplo sería la región del río Pánuco con la villa de Santiesteban del Puerto y, por el otro lado, se actualizan los informes sobre la exploración en busca del pasaje al mar del sur, el océano Pacífico, ampliando el conocimiento de la costa oriental de América del norte hasta Terranova y, hacia el hemisferio sur, el pasaje bautizado en honor del navegante portugués Magallanes, con el pasaje a las Filipinas, archipiélago al que alude Cortés, y de la costa occidental que llega hasta la región del Darién y que, no solamente prepara la conquista del Perú por Pizarro, sino abre la ruta al continente asiático y las especierías. En esta carta cuarta, fechada en Tenochtitlán, 15 de octubre de 1524, los lugares denotan la amplitud del teatro de operaciones: además de la región del Pánuco, se funda Espíritu Santo, al oeste del actual Coatzalcoalcos, Michoacán, al oeste de Tenochtitlán, Tabasco, provincia entre la actual Coatzalcoalcos, al oeste y Ciudad del Carmen, al este, sobre el Golfo de México, Zacatula y Colimán, al sur de la actual Guadalajara, hacia el Pacífico. Al presente Colimán es Colima. Ambas, las cartas cuarta y quinta, son obra de un conquistador vuelto diplomático que quiere persuadir el emperador a percibir el esfuerzo que, después de la conquista, Cortés realiza para la colonización del nuevo occidente.

La llegada de Cristóbal de Tapia y la oposición a Cortés en la Casa de Contratación de Sevilla

Ya al principio de la carta Cortés presenta un cuadro ambicioso de exploración y pacificación de la Nueva España. Entre sus planes es la exploración sistemática de la costa del mar del Sur, el Pacífico, para hallar la ruta de la Especiería. Por otra parte, Gonzalo de Sandoval es enviado a fortalecer los lazos de amistad con las provincias del norte que durante la guerra de Tenochtitlán se habían rebelado; la fundación, por el mismo Sandoval, de las villas de Medellín y de Espíritu Santo, que confirman la pacificación de amplias regiones al norte y al este de Tenochtitlán, como también al oeste, en Michoacán. Aquí no faltan las complicaciones, como la entrada de un capitán, al que Cortés había enviado a la región de Zacatula, la actual Zacatollán hacia la mar del sur, y que quiso entrar en Colimán, la actual Colima, sin autorización, provocando la reacción de los naturales que derrotaron su contingente de 40 de caballo y más de cien peones, encuentro en el que murieron tres españoles y una cantidad de indios aliados, acción que le valió un castigo ejemplar ordenado por Cortés:

La exploración del oeste: Michoacán, el Pacífico y el estrecho a la Especiería y las intrigas contra Cortés

> También, muy católico señor, en la relación que el dicho Juan de Ribera llevó hice saber a vuestra cesárea y católica majestad cómo una gran provincia que se dice Mechuacán, que el señor della se llama Casulci, se había ofrecido por sus mensajeros, el dicho señor y naturales della, por súbditos y vasallos de vuestra cesárea majestad, y que habían traido cierto presente, el cual envié con los procuradores que desta Nueva España, fueron a vuestra alteza; y porque la provincia y señorío de aquel señor Casulci, según tuve relación de ciertos españoles que yo allá envié, era grande y se habían visto muestras de haber en ella mucha riqueza, y por ser tan cercana a esta gran ciudad, después que me rehice de alguna más gente y caballos envié un capitán con setenta de caballo y docientos peones bien aderezados de sus armas y artillería, para que viesen toda la dicha provincia y secretos della; y si tal fuese, que poblasen en la ciudad principal, Huicicila; y idos, fueron bien recibidos del señor y naturales de la dicha provincia y aposentados en la dicha ciudad, y demás de proveerlos de lo que tenían necesidad para su mantenimiento les dieron hasta tres mil marcos de plata envuelta con cobre, que sería media plata, y hasta cinco mil pesos de oro, asimismo envuelto con plata, que no se le ha dado ley, y ropa de algodón y otras cosillas de las que ellos tienen; lo cual, sacado el quinto de vuestra majestad, se repartió por los españoles que a ella fueron; y como a ellos no les satisficiese mucho la tierra para poblar, mostraron para ello mala voluntad, y aun movieron algunas cosillas, por donde algunos fueron castigados, y por esto los mandé volver a los que volver se quisieron y a los demás mandé que fuesen con un capitán a la mar del Sur, adonde yo

> tenía y tengo poblada una villa que se dice Zacatula,[83] que hay desde la dicha ciudad de Huicicila cien leguas, y allí tengo en astillero cuatro navíos para descubrir por aquella mar todo lo que a mí fuere posible y Dios Nuestro Señor fuese servido. E yendo este dicho capitán y gente a la dicha ciudad de Zacatula, tuvieron noticia de una provincia que se dice Colimán,[84] que está apartada del camino que habían de llevar, sobre la mano derecha, que es al poniente, cincuenta leguas; y con la gente que llevaba y con mucha de los amigos de aquella provincia de Mechuacán, fue allá sin mi licencia, y entró algunas jornadas, donde hubo con los naturales algunos reencuentros, y aunque eran cuarenta de caballo y más de cien peones, ballesteros y rodeleros, los desbarataron y echaron fuera de la tierra, y les mataron tres españoles y mucha gente de los amigos, y se fueron a la dicha ciudad de Zacatula; e sabido por mí, mandé traer preso al capitán y le castigué su inobediencia (*Carta IV*, 97).

El mismo Cortés se halla ocupado en la pacificación del valle del río Pánuco, mientras Pedro de Alvarado está pacificando la provincia de Tututepeque, hacia la mar del sur; como parte de esta pacificación, Cortés ordena a Alvarado de fundar otra villa con el mismo nombre de Segura de la Frontera, que se había fundado en Tepeaca en 1520 (*Carta II*, 37), y poblarla con los vecinos de esta antigua villa. Aquí se dieron contrastes y revueltas entre los vecinos para nombrar las nuevas autoridades, contra las órdenes de Alvarado que había dejado un subordinado cuando fue a comunicar a Cortés las novedades de esa nueva villa. Durante la ausencia de Alvarado hubo movimientos de vecinos en la región de Guaxaca, por lo cual Cortés envió otro alcalde mayor, Diego de Ocampo, para cerciorarse de la situación (*Carta IV*, 97-98). Para pacificar la región del río Pánuco, Cortés envía un capitán con soldados y es en este momento, después de la partida de este capitán, cuando Cortés se entera de la llegada de un navío de la isla de Cuba con noticias sobre la conspiración contra Cortés en la que entraban el almirante don Diego Colón y los adelantados Diego Velázquez y Francisco de Garay (*Carta IV*, 100). Entre otras actividades, Cortés ordena a su piloto Domingo del Castillo que haga un mapa de toda la costa del mar del Sur, o sea del Pacífico, del Golfo de Tehuantepec, hasta la desembocadura del río Colorado en el de California. Se incluyen los puertos de Colimán, Escondido, Xalisco, Chimetla y otros en la costa californiana, por lo cual es muy posible que Cortés haya tenido noticia de los territorios de Sinaloa, Sonora, Pimería, Nuevo México y península de la California hasta el río Colorado, que el piloto denomina de Buena Guía. Los indios pescaban muchas perlas en el golfo de California. En este momento crítico en que está tratando de poner orden en la Nueva España y planear la organización de sus vastos y ricos territorios, Cor-

[83] Como hemos visto, es la ciudad de Zacatullán de Clavijero.
[84] Es la ciudad de Colima de Clavijero, sobre el Pacífico.

tés se entera de la llegada de Cristóbal de Tapia y de sus asistentes, enviados por la Casa de Contratación, en la que el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, juega un papel determinante, en parte condicionado por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, marido de la sobrina del obispo y enemigo jurado de Cortés:

> Luego como se recobró esta ciudad de Temixtitán y lo a ella sujeto, fueron reducidas a la imperial corona de vuestra cesárea majestad dos provincias que están a cuarenta leguas della al Norte, que confinan con la provincia de Pánuco, que se llaman Tututepeque y Mezclitán, de tierra asaz fuerte, bien usitada en el ejercicio de las armas, por los contrarios que de todas partes tienen; viendo lo que con esta gente se había hecho, y como a vuestra majestad ninguna cosa la estorbaba, me enviaron sus mensajeros y se ofrecieron por sus súbditos y vasallos; y yo los recibí en el real nombre de vuestra majestad, y por tales quedaron y estuvieron siempre, hasta después de la venida de Cristóbal de Tapia, que con los bullicios y desasosiegos que en estas otras gentes causó, ellos no sólo dejaron de prestar la obediencia que antes habían ofrecido, mas aun hicieron muchos daños en los comarcanos a su tierra, que eran vasallos de vuestra católica majestad, quemando muchos pueblos y matando mucha gente; y aunque en aquella coyuntura yo no tenía mucha sobra de gente, por la tener en tantas partes divididas, viendo que dejar de proveer en esto era gran daño, temiendo que aquellas gentes que confinaban con aquellas provincias no se juntasen con aquéllos por el temor al daño que recibían, y aun porque yo no estaba satisfecho de su voluntad, envié un capitán con treinta de caballo y cien peones, ballesteros y escopeteros y rodeleros y con mucha gente de los amigos, los cuales fueron y hobieron en ellos ciertos reencuentros, en que les mataron alguna gente de nuestros amigos y dos españoles; y plugo a Nuestro Señor que ellos de su voluntad volvieron de paz y me trujeron los señores, a los cuales yo perdoné por haberse ellos venido sin haberlos prendido. Después, estando yo en la provincia de Pánuco, los naturales destas partes echaron fama que yo me iba a Castilla, que causó harto alboroto; y una destas dos provincias, que se dice Tututepeque, se tornó a rebelar, y bajó de su tierra el señor con mucha gente, y quemó más de veinte pueblos de los de nuestros amigos, y mató y prendió mucha gente dellos; y por esto, viniéndome yo de camino de aquella provincia de Pánuco, los torné a conquistar; y aunque a la entrada mataron alguna gente de nuestros amigos que quedaba rezagada, y por las sierras reventaron diez o doce caballos, por el aspereza dellas, se conquistó toda la provincia, y fue preso el señor y un hermano suyo muchacho, y otro capitán general suyo que tenía la una frontera de la tierra; el cual dicho señor y su capitán fueron luego ahorcados, y todo los que se prendieron en la guerra hechos esclavos, que serian hasta docientas personas; los cuales se herraron y vendieron en almonedas, y pagado el quinto que dello perteneció a vuestra majestad, lo demás se repartió entre los que se hallaron en la guerra, aunque no hubo para pagar el tercio de los caballos que murieron; porque, por ser la tierra pobre, no se hubo otro despojo. La demás gente que en la dicha provincia quedó vino de paz y lo está, y por señor della aquel muchacho hermano del señor que murió; aunque al presente no sirve ni aprovecha de nada, por ser, como es, la tierra pobre, como dije, mas de tener seguridad della que no nos alborote los que sirven; y aun para más seguridad, he puesto en ella algunos naturales de los

desta tierra. A esta sazón, invictísimo César, llegó al puerto y villa del Espíritu Santo, de que en los capítulos antes deste he hecho mención, un bergantinejo harto pequeño, que venía de Cuba, y en él un Juan Bono de Quejo, con el armada que Pánfilo de Narváez trajo había venido a esta tierra por maestre de un navío de los que con la dicha armada vinieron; y según pareció por despachos que tenía, venía por mandado de don Juan de Fonseca, obispo de Burgos, creyendo que Cristóbal de Tapia, que él había rodeado que viniese por gobernador en esta tierra, estaba en ella; y para que si en su recibimiento hubiese contradicción, como él temía por la notoria razón que a temerlo le incitaba; y envióle por la isla de Cuba, para que lo comunicase con Diego Velázquez, como lo hizo, y él le dio el bergantín en que pasase. Tenía el dicho Juan Bono hasta cien cartas de un tenor, firmadas del dicho obispo, y aun creo que en blanco, para que diese a las personas que aquí estaban que al dicho Juan Bono le pareciese, diciéndoles que servirían mucho a vuestra cesárea majestad en que el dicho Tapia fuese recibido, y que por ello les prometía muy crecidas mercedes: y que supiesen que en mi compañía estaban contra la voluntad de vuestra excelencia, y otras muchas cosas harto incitadoras a bullicio y desasosiego; y a mí me escribió otra carta diciéndome lo mismo, y que si yo obedeciese al dicho Tapia, que él haría con vuestra majestad señaladas mercedes; donde no, que tuviese por cierto que me había de ser mortal enemigo. Y la venida deste Juan Bono y las cartas qe traía pusieron tanta alteración en la gente de mi compañía, que certifico a vuestra majestad que si yo no los asegurara diciendo la causa porque el obispo aquello les escribía, y que no temiesen sus amenazas, y que el mayor servicio que vuestra majestad recibiría y por donde más mercedes les mandarían hacer, era por no consentir que el obispo ni cosa suya se entrometiese en estas partes, porque era con intención de esconder la verdad dellas a vuestra majestad y pedir mercedes en ellas sin que vuestra majestad supiese lo que le daba, que hubiera harto que hacer en los apaciguar; en especial que fue informado, aunque lo disimuló por el tiempo, que algunos habían puesto en plática que, pues en pago de sus servicios se les ponían temores, que era bien, pues había comunidad en Castilla, que la hiciesen acá, hasta que vuestra majestad fuese informado de la verdad, pues el obispo tenía tanta mano en esta negociación, hacía que sus relaciones no viniesen a noticia de vuestra alteza y que tenía los oficios de la casa de contratación de Sevilla de su mano y que allí eran maltratados sus mensajeros y tomadas las relaciones y cartas y sus dineros, y se les defendía que no les viniese socorro de gente ni armas ni bastimentos; pero con hacerles yo saber lo que arriba digo, y que vuestra majestad de ninguna cosa era sabidor y que tuviesen por cierto que, sabido por vuestra alteza, serían gratificados sus servicios y hechos por ellos aquellas mercedes que los buenos y leales vasallos que a su rey y señor sirven como ellos han servido merecen, se aseguraron, y con la merced que vuestra excelsitud tuvo por bien de me mandar hacer con sus reales provisiones han estado y están tan contentos y sirven con tanta voluntad cual el fruto de sus servicios da testimonio; y por ellos merecen que vuestra majestad les mandase hacer mercedes, pues tan bien le han servido y sirven y tienen voluntad de servir: y yo por mi parte muy humildemente a vuestra majestad lo suplico; porque no menos merced yo recibiré la que a cualquiera dellos mandare hacer que si a mí se hiciese, pues yo sin ellos no pudiera haber servido a vuestra alteza como lo he hecho. En especial suplico a vuestra alteza muy humildemente les mande escribir teniéndoles en servi-

cio los trabajos que en su servicio han puesto, y ofreciéndoles por ello mercedes; porque, demás de pagar deuda que en esto vuestra majestad debe, es animarlos para que de aquí adelante con muy mejor voluntad lo hagan. Por una cédula que vuestra cesárea majestad, a pedimento de Juan de Ribera, mandó proveer en lo que tocaba al adelantado Francisco de Garay, parece que vuestra alteza fue informado cómo yo estaba para ir o enviar al río de Pánuco a lo pacificar, a causa que en aquel río se decía haber buen puerto, y porque en él habían muerto muchos españoles, así de los de un capitán que a él envió el dicho Francisco de Garay, como de otra nao que después con tiempo dio en aquella costa, que no dejaron alguno vivo, porque algunos de los naturales de aquellas partes habían venido a mí a disculparse de aquellas muertes, diciéndome que ellos lo habían hecho porque supieron que no eran de mi compañía y porque habían sido dellos maltratados, y que si yo quisiese allí enviar gente de mi compañía, que ellos los tendrían en mucho (…). Y por cumplir con éstos y por poblar aquella tierra, y también porque ya tenía alguna más gente, señalé un capitán con ciertos compañeros para que fuesen al dicho río; y estando para se partir supe de un navío que vino de la isla de Cuba, cómo el almirante don Diego Colón y los adelantados Diego Velázquez y Francisco de Garay quedaban juntos en la dicha isla y muy confederados para entrar por allí como mis enemigos y hacerme todo el daño que pudiesen; y porque su mala voluntad no hobiese efecto y por excusar que con su venida no se ofreciese semejante alboroto y desconsierto como el que se ofreció con la venida de Narváez, determiném, dejando en esta ciudad el mejor recaudo que yo pude, de ir yo por mi persona, porque si allí ellos o alguno dellos viniese se encontrasen conmigo antes que con otro, porque podría yo mejor excusar el daño; y así, me partí con ciento y veinte de caballo y con trecientos peones y alguna artillería y hasta cuarenta mil hombres de guerra de los naturales desta ciudad y sus comarcas; y llegado a la raya de su tierra, bien veinte y cinco leguas antes de llegar al puerto, en una gran población que se dice Aintuscotaclán, me salieron al camino mucha gente de guerra y peleamos con ellos; y así por tener yo tanta gente de los amigos como ellos venían como por ser el lugar llano y aparejado para los caballos, no duró mucho la batalla; aunque me hirieron algunos caballos y españoles y murieron algunos de nuestros amigos, fue suya la peor parte, porque fueron muertos muchos dellos y desbaratados. Allí en aquel pueblo me estuve dos o tres días, así por curar los heridos como porque vinieron allí a mí los que acá se nos habían venido a ofrecer por vasallos de vuestra alteza. Y desde allí me siguieron hasta llegar al puerto, y desde allí adelante sirviendo en todo lo que podían. Yo fui por mis jornadas hasta llegar al puerto, y en ninguna parte tuve reencuentros con ellos; antes los del camino por donde yo iba salieron a pedir perdón de su yerro y a ofrecerse al real servicio de vuestra alteza. Llegado al dicho puerto y río, me aposenté en un pueblo, cinco leguas de la mar, que se dice Chila, que estaba despoblado y quemado, porque allí fue donde desbarataron al capitán y gente de Francisco de Garay; y de allí envié mensajeros de la otra parte del río y por aquellas lagunas, que todas están pobladas de grandes pueblos de gente, a los decir que no temiesen que por lo pasado yo les haría ningún daño; que bien sabía que por el mal tratamiento que habían recibido de aquella gente se habían alzado contra ellos, y que no tenían culpa; y nunca quisieron venir, antes maltrataron los mensajeros, y aun mataron algunos dellos; y porque de la otra parte del río estaba el agua dulce de donde nos bastecíamos, poníanse allí y

salteaban a los que iban por ella. Estuve así más de quince días, creyendo que podría atraerlos por bien, que viendo que los que venido habían eran bien tratados, y ellos asimismo lo harían; mas tenían tanta confianza en la fortaleza de aquellas lagunas donde estaban, que nunca quisieron. E viendo que por bien ninguna cosa me aprovechaba, comencé a buscar remedio, y con unas canoas que al principio allí habíamos habido se tomaron más, y con ellas una noche comencé a pasar ciertos caballos de la otra parte del río, y gente; y cuando amaneció ya había copia de gente y caballos de la otra parte sin ser sentidos, y yo pasé dejando en mi real buen recaudo; y como nos sintieron de la otra parte, vino mucha copia de gente, y dieron tan reciamente sobre nosotros, que después que yo estoy en estas partes no he visto acometer en el campo tan denodadamente como aquellos nos acometieron, y matáronnos dos caballos y hirieron más de otros diez caballos tan malamente que no pudieron ir. En aquella jornada, y con ayuda de Nuestro Señor, ellos fueron desbaratados, y se siguió el alcance cerca de una legua, donde murieron muchos dellos; y con hasta treinta de caballo que me quedaron y con cien peones seguí todavía mi camino, y aquel día dormí en un pueblo tres leguas del real, que hallé despoblado, y en las mezquitas deste pueblo se hallaron muchas cosas de los españoles que mataron de los de Francisco de Garay. Otro día comencé a caminar por la costa de una laguna adelante, por buscar paso para pasar a la otra parte della, porque parecía gente y pueblos; y anduve todo el día sin se hallar cabo ni por donde pasar, y ya que era hora de vísperas vimos a vista un pueblo muy hermoso y tomamos el camino para allá, que todavía era por la costa de aquella laguna; y llegados cerca, era ya tarde y no parecía en él gente, y para más asegurar, mandé diez de caballo que entrasen en el pueblo por el camino derecho y yo con otros diez tomé la halda dél hacia la laguna, porque los otros diez traían la retaguardia y no eran llegados. Y en entrando por el pueblo pareció mucha cantidad de gente que estaban escondidos en celada dentro de las casas para tomarnos descuidados y pelearon tan reciamente, que nos mataron un caballo y hirieron casi todos los otros y muchos de los españoles; y tuvieron tanto tesón en pelear y duró gran rato, y fueron rompidos tres o cuatro veces, y tantas se tornaban a rehacer; y fechos una muela, hincaban las rodillas en el suelo y sin hablar y dar grita, como lo suelen hacer los otros, nos esperaban y ninguna vez entrábamos por ellos que no empleaban muchas flechas; y tantas, que si no fuéramos bien armados se aprovecharan harto de nosotros y aun creo no escaparon ninguno; y quiso Nuestro Señor que a un río que pasaba junto y entraba en aquella laguna que yo había seguido todo el día, algunos de los que más cercanos estaban a él se comenzaron a echar al agua, y tras aquéllos comenzaron a huir los otros al mismo río, y así se desbarataron, aunque no huyeron más de hasta pasar el río; y ellos de la una parte y nosotros de la otra nos estuvimos hasta que cerró la noche, porque, por ser muy hondo el río, no podíamos pasar a ellos, y aun también no nos pesó cuando ellos lo pasaron, y así nos volvimos al pueblo, que estaría un tiro de honda del río, y allí, con la mejor guarda que pudimos, estuvimos aquella noche, y comimos el caballo que nos mataron, porque no había otro bastimento (…). Ya que la tierra estaba pacífica, envié por todas las partes della personas que la visitasen y me trujesen relación de los pueblos y gente; y traída, busqué el mejor asiento que por allí me pareció, y fundé en él una villa, que puse nombre Santiesteban del Puerto; y a los que allí quisieron quedar por vecinos les deposité en

> nombre de vuestra majestad aquellos pueblos, con que se sostuviesen; y hechos alcaldes y regidores, y dejando allí un mi lugarteniente de capitán, quedaron en la dicha villa de los vecinos treinta de caballo y cien peones, y dejéles un barco y un chinchorro, que me habían traído de la villa de la Veracruz, para bastimento; y asimismo me envió de la dicha villa un criado mío que allí estaba un navío cargado de bastimentos de carne y pan, y vino y aceite, y vinagre y otras cosas, el cual se perdió con todo, y aun dejó en una isleta en la mar, que está cinco leguas de la tierra, tres hombres, por los cuales yo envié después en un barco, y los hallaron vivos, y manteníanse de muchos lobos marinos que hay en la isleta y de una fruta que decían que era como higos. Certifico a vuestra majestad que esta ida me costó a mí solo más de treinta mil pesos de oro, como podrá vuestra majestad mandar ver, si fuera servido, por la cuenta dellos; y a los que conmigo fueron, otros tantos de costas de caballos y bastimentos y armas y herraje, porque a la sazón lo pesaban a oro o dos veces a plata; mas por verse vuestra majestad servido en aquel camino tanto, todos lo tuvimos por bien, aunque más gasto se nos ofreciera; porque, demás de quedar aquellos indios debajo del imperial yugo de vuestra majestad, hizo mucho fruto nuestra ida, porque luego aportó allí un navío con mucha gente y bastimentos, y dieron allí en tierra, que no pudieron hacer otra cosa; y si la tierra no estuviera de paz, no escapara ninguno, como los del otro que antes habían muerto, y hallamos las caras propias de los españoles desollados en sus oratorios, digo los cueros dellos, curados en tal manera que muchos dellos se conocieron; aun cuando el adelantado Francisco de Garay llegó a la dicha tierra, como adelante a vuestra cesárea majestad haré relación, no quedara él ni niguno de los que con él venían, a vida, porque con tiempo fueron a dar treinta leguas abajo del dicho río de Pánuco, y perdieron algunos navíos, y salieron todos a tierra muy destrozados, si la gente no hallaran en paz, que los trajeron a cuestas y los sirvieron hasta ponerlos en el pueblo de los españoles; que sin otra guerra se murieran todos. Así que no fue poco bien estar aquella tierra de paz (*Carta IV*, 98-101).

En esta sección, Cortés comunica al emperador la pacificación de la región de Pánuco donde algunos jefes reconocidos, como el almirante don Diego Colón, el adelantado Diego Velázquez y el gobernador de Jamaica Francisco de Garay, apoyados por el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, planean una acción combinada a daño de Cortés, pero la expedición de Garay fracasa, desbaratada por los naturales rebelados por sus maltratos. Cortés, alertado de los planes de sus enemigos, planes que amenazan la Nueva España como había ocurrido con la intentona de Pánfilo de Narváez unos años antes, decide anticipar las maniobras de sus émulos y pacifica la región de Pánuco, con gran sacrificio en vidas y medios y dispendio personal, para fortalecer el dominio español en el nuevo mundo. De conquistador Cortés se ha vuelto pacificador; los indios acuden a él, pues saben que pueden confiar en su deseo auténtico de pacificar la Nueva España:

> En los capítulos antes déste, excelentísimo príncipe, dije cómo viniendo de camino, después de haber pacificado la provincia de Pánuco, se conquistó la provincia de Tututepeque, que estaba rebelada, y todo lo que en ella se hizo: porque tenía nueva que una provincia que está cerca de la mar del Sur, que se llama Impilcongo, que es de la cualidad desta de Tututepeque en fortaleza de sierras y aspereza de la tierra, y de gente no menos belicosa, los naturales della hacían mucho daño en los vasallos de vuestra cesárea majestad que confinan con su tierra, y dellos se me habían venido a quejar y pedir socorro, aunque la gente que conmigo venía no estaba muy descansada, porque hay de una mar a otra docientas leguas por aquel camino *(Carta IV*, 101).

Exploración de la costa del Mar del Sur y oposición de la Casa de Contratación de Sevilla

Esta *Carta IV* contiene un informe bastante detallado del plan de Cortés de lograr la pacificación de la costa occidental de la Nueva España, la que será la costa sobre el océano Pacífico. Cerca de la costa del Pacífico, la región de Impilcongo se había rebelado y amenazaba los pueblos vasallos del emperador, por lo cual Cortés envió a un capitán con 25 de caballo y setenta u ochenta peones y que también fuese a Zacatula para sacar más gente, donde logró juntar 50 de caballo y 150 peones y se adentró por sesenta leguas de la costa del Pacífico hacia el sur y fundó una villa con el mismo nombre de la provincia de Colimán (hoy Colima), a la que designó los vecinos que habían quedado de los españoles, es decir 25 de caballo y 120 peones, un claro indicio que los conquistadores se convertían en los primeros colonizadores (*Carta IV*, 101-102). En esta sección se refiere el mito de la isla de mujeres en los mismos términos en que ya se habían leído en el *Diario* de Colón y en el *De Orbe Novo* de Pedro Mártir, otra prueba de la contaminación de fuentes entre los cronistas primitivos de Indias (*Carta IV*, 102). Cortés menciona lugares como Uclacán y Guatemala, sobre la costa del Pacífico, que han enviado embajadores para declararse vasallos del emperador (*Carta IV*, 102). Francisco de Garay llega al río Pánuco, ya pacificado y poblado por Cortés, con 120 de caballo y 400 peones, enrolando a los naturales para marchar contra Cortés, instando a la rebelión. Cortés envía a Alvarado por estar herido de un brazo, pero le llega de Veracruz una carta del emperador en la que advierte a Garay a no entrometerse en ningún territorio conquistado por Cortés (*Carta IV*, 102-103). Con esta autorización, Cortés envió a Diego Docampo, alcalde mayor, para que informara Alvarado y comunicara a un capitán del adelantado Garay, de nombre Gonzalo Dovalle, que Cortés prestaría ayuda a los españoles en la obra de pacificación (*Carta* IV, 103-104). Pero los navíos de Garay estaban en la boca del puerto de Santiesteban, como corsarios y el teniente que Cortés había dejado en Veracruz, de nombre Pedro Vallejo, intimó a

los capitanes de dos navíos, un tal Castromocho y un Martín de San Juan que debían obededcer, lo cual ambos acataron, deseosos de paz y concordia. Invitado por estos dos capitanes, el teniente Vallejo se enteró que el general de la armada era Juan de Grijalva a quien comunicó las instrucciones de Cortés. Grijalva obedeció dejando libre la boca del puerto y fue a anclar más arriba en el río de Pánuco. El alcalde mayor Diego Docampo se allegó a Francisco de Garay y le mostró la cédula del emperador y Garay obedeció. Algunos de sus hombres quisieron huir, pero el alcalde mayor los tomó presos y aplicó las penas de encarcelamiento, expropriación de caballos y armas y azotes si era menester (*Carta IV*, 104-105). Otros soldados rebeldes de Garay merodean la región, violando las mujeres y robando. Los indios los persiguen y matan, pero la rebelión se extiende y atacan la villa de Santiesteban del Puerto sobre el río Pánuco. Las noticias que un sobreviviente trae a Cortés es que casi todos los pobladores de Santiesteban han sido exterminados. Garay, que tenía a un hijo y todos sus haberes en Santiesteban y que planeaba casar al hijo con una hija de Cortés, muere del dolor. Consecuencia de la interferencia de Garay y de Grijalva es la destrucción de Santiesteban y la muerte de muchos colonos españoles (*Carta IV*, 105-107). Cortés organiza la exploración de Honduras enviando a Cristóbal de Olid y de Guatemala enviando a Pedro de Alvarado (*Carta IV*, 108-109). Continúa la reconstrucción de Tenochtitlán, después de la devastación de la guerra. Se incrementa la agricultura de la Nueva España con la plantación de plantas y semillas traídas de España; el comercio y la artesanía florecen de nuevo en los mercados de la ciudad (*Carta IV*, 109-110). La oposición que el conquistador de la Nueva España percibe desde la Casa de Contratación, oposición que se traduce en limitación del comercio de materias primas para la reconstrucción de Tenochtitlán y la falta de la artillería para defenderla, como son lombardas, halla espacio en esta carta:

> Porque me pareció que ya tenía seguridad para cumplir lo que deseaba, que era poblar dentro en esta ciudad [Tenochtitlán], me pasé a ella con toda la gente de mi compañía, y se repartieron los solares por los vecinos, y a cada uno de los que fueron conquistadores, en nombre de vuestra real alteza, yo di un solar por lo que en ella había trabajado, demás del que se les ha de dar como a vecinos, que han de servir, según orden destas partes, y hanse dado tanta priesa en hacer las casas de los vecinos, que hay mucha cantidad dellas hechas, y otras que llevan ya buenos principios; y porque hay mucho aparejo de piedra, cal y madera, y de mucho ladrillo que los naturales hacen, que hacen todos tan buenas y grandes casas, que puede creer vuestra sacra majestad que de hoy en cinco años será la más noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios. Es la población donde los españoles poblamos distinta de los naturales, porque nos parte un brazo de agua, aunque en todas las calles que por ella atraviesan hay puentes de madera, por donde se contrata de la una parte a la otra. Hay dos grandes mercados

de los naturales de la tierra, el uno en la parte que ellos habitan y el otro entre los españoles; en éstos hay todas las cosas de bastimentos que en la tierra se pueden hallar, porque en toda ella lo vienen a vender; y en esto no hay falta de lo que antes solía en el tiempo de su prosperidad. Verdad es que joyas de oro, ni plata, ni plumajes, ni cosa rica, no hay nada como solía; aunque algunas piececillas de oro y plata salen, pero no como antes. Por las diferencias que Diego Velázquez ha querido tener conmigo, y por la mala voluntad que a su causa y por su intercesión don Juan de Fonseca, obispo de Burgos, me ha tenido, y por él y por su mandado los oficiales de la casa de la contratación de la ciudad de Sevilla, en especial Juan López de Recalde, contador della, de quien todo en el tiempo del obispo solía pender, no he sido proveído de artillería ni armas, como tenía necesidad, aunque yo muchas veces he enviado dineros para ello; y porque no hay cosa que más los ingenios de los hombres avive que la necesidad, y como yo ésta tuviese tan extrema y sin esperanza de remedio, pues aquéllos no daban lugar que vuestra sacra majestad la supiese, trabajé de buscar orden para que por ella no se perdiese lo que con tanto trabajo y peligro se había ganado, y de donde tanto deservicio a Dios Nuestro Señor y a vuestra cesárea majestad pudiera venir, y peligro a todos los que acá estábamos, y por algunas provincias de las destas partes me di mucha priesa a buscar cobre, e di para ello mucho rescate, para que más aína se hallase; y como me trajeron cantidad, puse por obra con un maestro que por dicha aquí se halló de hacer alguna artillería, y hice dos tiros de medias culebrinas, y salieron tan buenas que de su medida no pueden ser mejores; y porque aunque tenía cobre faltaba estaño, porque no se pueden hacer sin ello, y para aquellos tiros lo había habido con mucha dificultad, y me había costado mucho, de algunos que tenían platos y otras vasijas dello, y aun caro ni barato no lo hallaba, comencé a inquirir por todas partes si en alguna lo había, y quiso Nuestro Señor, que tiene cuidado, y siempre lo ha tenido, de proveer en la mayor priesa, que topé entre los naturales de una provincia que se dice Tachco,[85] ciertas piecezuelas dello, a manera de moneda muy delgada, y procediendo por mi pesquisa halle que en la dicha provincia, aun e otras, se trataba por moneda; y llegándolo más al cabo, supe que se sacaba en la dicha provincia de Tachco, que está veinte y seis leguas de esta ciudad, y luego supe las minas, y envié herramientas y españoles, y trajéronme muestra dello; y de allí adelante di orden como sacaron todo lo que fue menester, y se sacará lo que más hubiere necesidad, aunque con harto trabajo; y aun andando en busca destos metales se topó vena de fierro en mucha cantidad según me informaron los que dicen que lo conocen. Y topado este estaño, he hecho y hago cada día algunas piezas, y las que hasta ahora están hechas, son cinco piezas, las dos medias culebrinas y las dos poco menos en medidas, y un cañón serpentino y dos sacres, que yo traje cuando vine a estas partes, y otra media culebrina, que compré de los bienes del adelantado Juan Ponce de León. De los navíos que han venido, tendré por todas de metal, piezas chicas y grandes, de falconetes arriba, treinta y cinco piezas, y de hierro entre lombardas y pasavolantes y versos y otras maneras de tiros de hierro colado, hasta setenta piezas. Así que ya, loado Nuestro Señor, nos podemos defender; y para la munición no menos proveyó Dios, que hallamos tanto salitre y tan bueno, que podríamos proveer para otras necesidades, teniendo aparejo de calderas en que cocerlo, aunque se

[85] Es la moderna Taxco, conocida por sus minas de plata.

> gasta acá harto en las muchas entradas que se hacen; y para el azufre, y a vuestra majestad he hecho mención de una sierra que está en esta provincia, que sale mucho humo; y de allí, entrando un español setenta o ochenta brazas, atado, a la boca abajo, se ha sacado con que hasta ahora nos habemos sostenido; ya de aquí adelante no habrá necesidad de ponernos en este trabajo, porque es peligroso; y yo escribo siempre que nos provean de España, y vuestra majestad ha sido servido que no haya ya obispo que nos lo impida (*Carta IV*, 111).

Se reconstruye la villa de Santiesteban y se muda la de Medellín hacia la costa para permitir a los navíos de llegar dentro de su puerto (*Carta IV*, 112). Cortés organiza dos armadas, una para explorar la costa del Atlántico hasta los Bacallaos[86] y otra que costeando la península de la Florida y la costa de la América meridional, siguiera la ruta de Magallanes (1480-1521) a quien el emperador Carlos V había encargado el descubrimiento del pasaje al Pacífico, para llegar a las islas Filipinas, donde el navegante portugués al servicio de España encontró la muerte a manos de los nativos. Cortés cree que podría completar la hazaña de Magallanes y encontrar una ruta para las Especierías desde la Nueva España:

> En los capítulos pasados he dicho, muy poderoso señor, a vuestra excelencia las partes, adonde he enviado gente, así por la mar como por la tierra, de que creo, guiándolo Nuestro Señor, vuestra majestad ha de ser muy servido; y como tengo continuo cuidado y siempre me ocupo en pensar todas las maneras que se puedan tener para poner en ejecución y efectuar el deseo que yo al real servicio de vuestra majestad tengo, viendo que otra cosa no me quedaba para esto sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río de Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el adelantado Juan de Ponce de León, y de allí la costa de la dicha Florida, por la parte del Norte, hasta llegar a los Bacallaos, porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur, y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago, que descubrió Magallanes por mandado de vuestra alteza, parece que saldría muy cerca de allí, y siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho sería la navegación desde la Especería (sic) para esos reinos de vuestra majestad muy buena y muy breve; y tanto, que cada vez que alguna necesidad tuviesen se podrían reparar, sin ningún peligro, en cualquiera parte que quisiesen tomar puerto, como en tierra de vuestra alteza, y por representárseme el gran servicio que aquí a vuestra majestad resulta, aunque yo estoy harto gastado y empeñado, por lo mucho que debo y he gastado en

[86] La isla Bacalao, así se mencionó en el siglo quince y primeros del dieciséis, una isla mítica, después que en 1472 el navegante portugués Joao Vaz Corte-Real, por orden del Rey de Portugal, desde las islas Azores, descubrió la *Terra do Bacalhau*. La isla Bacalao apareció por primera vez en un mapa de 1508. La riqueza de la pesca del bacalao, en la que, junto con España y Portugal, se interesaron varias potencias europeas, se definió en la paz de Utrecht, en 1713, después de la Guerra de Sucesión Española. Según Rosa García-Orellán, la de Utrecht fue una paz "en buena medida de comerciantes que desean apropiarse de los recursos del Atlántico", sobre todo de la pesca del bacalao; véase Rosa García-Orellán, *El Bacalao en Terranova y su Reflexión de las ZEE*, Madrid, Historia 16, 2004, p. 5.

> todas las otras armadas que he hecho así por la tierra como por la mar, y en sostener los pertrechos y artillería que tengo en esta ciudad y envío a todas partes, y otros muchos gastos y costas que de cada día se ofrecen, porque todo se ha fecho y hace a mi costa, y todas las cosas de que nos hemos de proveer son tan caras y de tan excesivos precios, que aunque la tierra es rica no basta el interese que yo della puedo haber a las grandes costas y expensas que tengo; pero con todo, habiendo respecto a lo que en este capítulo digo, y posponiendo toda la necesidad que se me pueda ofrecer, aunque certifico a vuestra majestad que para ello tomo los dineros prestados, he determinado de enviar tres carabelas y dos bergantines en esta demanda, aunque pienso que me costará más de diez mil pesos de oro, y juntar este servicio con los demás que he fecho, porque le tengo por el mayor si, como digo, se halla el estrecho, y ya que no se halle, no es posible que no se descubran muy grandes y ricas tierras, donde vuestra cesárea majestad mucho se sirva y los reinos y señoríos de su real corona se ensanchen en mucha cantidad; y síguese desto más utilidad, ya que el dicho estrecho no se hallase, que terná vuestra alteza sabido que no lo hay, y darse ha orden como por otra parte vuestra cesárea majestad se sirva de aquellas tierras de la Especería (sic) y de todas las otras que con ella confinan; y ésta yo me ofresco a vuestra alteza que, siendo servido de me la mandar dar, ya que falte el estrecho, la daré con que vuestra majestad mucho se sirva y a menos costa. Plega Nuestro Señor que el armada consiga el fin para que se hace, que en descubrir aquel estrecho, porque en la real ventura de vuestra majestad ninguna cosa se puede encubrir, y a mí no me faltará diligencia y buen recaudo y voluntad para lo trabajar. Asimismo pienso enviar los navíos que tengo hechos en la mar del Sur, que, queriendo Nuestro Señor, navegarán en fin del mes de julio deste año 524 por la misma costa abajo, en demanda del dicho estrecho; porque si le hay, no se puede esconder a éstos por la mar del Sur y a los otros por la mar del Norte; porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho o juntar la tierra con la que descubrió Magallanes, y los otros, del Norte, como he dicho, hasta la juntar con los Bacallaos. Así, por una parte y por otra no se deje de saber el secreto. Certifico a vuestra majestad que, según tengo información de tierras la costa de la mar del Sur arriba, que enviando por ella estos navíos yo hubiera muy grandes intereses, y aun vuestra majestad se sirviera; mas como yo sea informado del deseo que vuestra majestad tiene de saber el secreto deste estrecho, y el gran servicio que en le descubrir su real corona recibiría, dejo atrás todos los otros provechos y intereses que por acá me estaban muy notorios, por seguir este otro camino: Nuestro Señor lo guíe como sea servido, y vuestra majestad cumpla su deseo, y yo asimismo cumpla mi deseo de servir (*Carta IV*, 112-113).

Cortés le recuerda al emperador la entidad de los gastos incurridos en estas grandes empresas, para que se le devuelva el dinero gastado y denuncia la responsabilidad de la Casa de Contratación de Sevilla, controlada por el obispo Fonseca, en no proteger la armada que Cortés había enviado desde Veracruz a España, con sus procuradores Antonio de Quiñones y Alonso de Avila, que también llevaban regalos para el emperador, entre otras cosas, "una culebrina de plata" para cuya fundición se habían empleado más de 24 quintales de plata. Con ello, le enviaba sesenta mil pesos de oro. También denuncia la conspiración del gobernador Diego

Velázquez con Cristóbal de Olid que en Honduras se ha alzado contra Cortés, por lo cual comunica su intención de prender a Velázquez y enviarlo preso a España, concluyendo esta carta con la necesidad que se envíen más religiosos desde España y la construcción de conventos (*Carta IV*, 113-117).

Selección de los textos de la Carta Quinta

La Carta quinta de Cortés al emperador, fechada en Tenochtitlán el 3 de septiembre de 1526, además de renovar sus quejas de la continua hostilidad del gobernador y adelantado Diego Velázquez, constituye una relación del programa de pacificación y exploración de un inmenso territorio que abraza dos océanos: el mar del norte, o Atlántico, sobre todo en relación al Golfo de México y al Mar Caribe y el mar del sur, o Pacífico, con sus rutas asiáticas. Los lugares mencionados cubren distancias enormes, desde la villa de Espíritu Santo en la provincia de Cazacoalco, a 110 leguas de Tenochtitlán, las provincias de Tabasco y Xicalango hasta las regiones de Guatemala y Honduras, tierras bañadas por ambos océanos que le plantean a Cortés el desafío de lograr su comunicación, y el anhelo de ensanchar y completar el pasaje que Magallanes había logrado hacia 1521, con el estrecho que lleva su nombre. En la región del Pacífico Cortés se ha enterado que hay españoles que están causando mucho daño. Quiere averiguar si son destacamentos de Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado o Francisco de Las Casas (*Carta V*, 118). Estos jefes han sido enviados para explorar la región del Pacífico, en vista a abrir la ruta asiática de la especiería. Al norte, el lugar al que se refiere Cortés es la Baja California, indicada como "la costa de la mar, de la otra parte de la tierra que llaman Yucatán" (*Carta V*, 118), que se encuentra en las coordenadas Lat. 27º 60' N y Lon 114º 10' 59" O. En su viaje desde Tenochtitlán hasta Espíritu Santo, en dirección a Tabasco, Cortés, que sigue un itinerario de tierra firme, marcado sobre un mapa que le dieron los indios de Tabasco y de Xicalango, se da cuenta que, debido a la cantidad de ciénagas y esteros, debe construir un puente muy grande, pasado el cual, llega a un gran río, de nombre Guezalapa (*Carta V*, 118-119). Para pasar ese río debe construir balsas, además de las canoas necesarias para pasar el fardaje de una orilla a la otra. No le ayudan los indios del lugar que, acostumbrados a ir por el mar, no conocen las rutas terrestres y mencionan el pueblo de Ocumba sin poder indicar la ruta terrestre para llegar a él (*Carta V*, 119-120). Así llegan a otro gran río, el Chilapán, que da su nombre a la región, y durante su travesía se ahoga un esclavo y se pierde mucho fardaje (*Carta V*, 119-121). Llegados a Tapetitán, desde Chilapán, se encontraron al pie de una cordillera de sierras, donde se quedaron seis días. Los naturales habían quemado sus viviendas por orden del cacique de Zagoatán, y habían

huido a los montes. Para llegar al pueblo de Istapán, sin conocer la ruta, envía con un guía a 30 de caballo y 30 peones y les manda que al llegar a Istapán les envíen una carta con el itinerario, pues hasta que no reciba esa carta se quedará en Tapetitán (*Carta V*, 121). Pero, después de dos días de su partida y sin recibir noticias, Cortés decidió seguirles el rastro, a pesar de la dificultad que las ciénagas y esteros oponían a los viajeros. En medio de la desesperación, llegaron dos indios con el mensaje de los que habían llegado a Istapán. Después de Istapán la expedición sigue adelante hasta llegar a la provincia de Apaspolon, donde Cortés se entera de una conspiración organizada por Guatimocín, al que Cortés ahorca. En este pueblo de Apaspolon Cortés recibe ayuda en bastimentos y hombres que le ayudan a construir un puente y luego el señor le da las canoas necesarias para pasar el estero sobre el que se asienta el pueblo. Hay templos y grandes edificios; Cortés se entera por primera vez que este señor es un gran mercader y que entre sus mercancías, compra y vende esclavos. El señor de Apaspolon es el que manda en un territorio tan vasto que comprende las provincias que con el tiempo se constituirán en los países de Guatemala, Belize, Honduras y El Salvador. El texto comienza con la llegada de los mensajeros de Istapán:

> Y sin haber nuevas de la gente que había ido delante, y con harta perplejidad de lo que debía hacer porque volver atrás tenía por imposible, de lo de adelante ninguna certinidad tenía, y quiso Nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele socorrer, que estando aposentados en un campo, con harta tristeza de la gente pensando allí todos perecer sin remedio,[87] llegaron dos indios de los naturales desta ciudad con una carta de los españoles que habían ido delante, en que me hacían saber como habían llegado al pueblo de Istapán, y que cuando a él llegaron tenían todas las mujeres y haciendas, de la otra parte de un gran río que junto con el dicho pueblo pasaba, y en el pueblo estaban muchos hombres, creyendo que no podrían pasar un grande estero que estaba afuera del pueblo; y que como vieron que se habían echado a nado con los caballos por el arzón, comenzando a poner fuego al pueblo, se habían dado tanta prisa, que no les había dado lugar a que del todo lo quemasen; y que toda la gente se había echado al río y pasándole en muchas canoas que tenían y a nado, y que con la priesa se habían ahogado muchos dellos, y que habían tomado siete o ocho personas, entre las cuales había una que parecía principal, y que los tenían hasta que llegase. Fue tanta la alegría que toda la gente tuvo con esta carta, que no lo sabría decir a vuestra majestad; porque, como arriba he dicho, estaban todos casi desesperados de remedio (*Carta V*, 121).

En el pueblo de Zagoatán creen que Cortés venía a matarlos a todos. Siguen avanzando hasta llegar al río Tabasco que es el principal río de la región y, borde-

[87] Entre los muchos españoles que perecieron en esta expedición, se cuenta fray Juan de Tecto, uno de los tres primeros franciscanos que desembarcaron en la Nueva España, que, extenuado por las privaciones, se arrimó a un árbol y murió.

ando la costa con los carabelones que habían construido llegaron hasta la bahía de Asunción y pasaron a la provincia de Acalán, a unas 40 leguas de Istapán y aquí Cortés se queda durante ocho días tratando de convencer al cacique para que comunique con otros pueblos y los persuada a que no huyan ni quemen sus viviendas, pero los indios se rehusan a volver. Sin conocer el camino, en unos bosques inextricables y llenos de ciénagas, Cortés avanza con gran dificultad, siguiendo el mapa que le han dado los indios (*Carta V*, 122).

Aventura en Honduras

> Viendo que no venían, rogué a aquel que habían dicho que era el señor que me mostrase el camino para ir a Signatecpan, porque por allí había de pasar, según mi figura,[88] y está en este río arriba; dijéronme que ellos no sabían camino por tierra, sino por el río, porque allí se servían todos; pero que a tino me la darían por aquellos montes, que no sabían si acertarían. Díjeles que me mostrasen desde allí el paraje en que estaba, y marquélo lo mejor que pude, y mandé a los españoles con las canoas con el principal de Istapán que se fuesen el río arriba hasta el dicho pueblo de Signatecpan, y que trabajasen de asegurar la gente dél y de otro que habían de topar antes, que se llamaba Ozumazintlán, y que si yo llegase primero los esperaría, y que si no, que ellos me esperasen; y despachados éstos, me partí yo con aquellas guías por la tierra, y en saliendo del pueblo di en una gran ciénaga, que dura más de media legua, y con mucha rama y hierba que los indios nuestros amigos en ella echaron pudimos pasar, y luego dimos en un estero hondo, donde fue necesario hacer un puente por donde pasase el fardaje y las sillas, y los caballos pasaron a nado; y pasado este estero dimos en otra medio ciénaga, que dura bien una legua, que nunca abaja a los caballos de la rodilla abajo, y muchas veces de las cinchas; pero con ser algo tierra debajo, pasamos sin peligro hasta llegar al monte, por el cual anduve dos días abriendo camino por donde señalaban aquellas guías, hasta tanto que dijeron que iban desatinados, que no sabían adónde iban; y era la montaña de tal calidad, que a donde se ponían los pies en el suelo, y hacia arriba, la claridad del cielo no se veía otra cosa; tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subían en algunos no podían descubrir un tiro de cañón. Como los que iban delante con los guías abriendo el camino me enviaron a decir que andaban desatinados, que no sabían dónde estaban, hice repararla, y pasé yo a pie adelante, hasta llegar a ellos; y como vi el desatino que tenían, hice volver la gente atrás a una cienaguilla que habíamos pasado, adonde por causa del agua había alguna poca de hierba que comiesen los caballos, que había dos días que no la comían ni otra cosa, y allí estuvimos aquella noche, con harto trabajo de hambre, y poníamoslo mayor la poca esperanza que teníamos de acertar a poblado; tanto, que la gente estaba casi fuera de toda esperanza y más muertos que vivos. Hice sacar una aguja de marear que traía conmigo, por donde muchas veces me guiaba, aunque nunca nos habíamos visto en tan extrema necesidad como ésta; y por ella, acordándome del paraje en que habían señalado los indios que estaba el pueblo,

[88] O sea, el mapa.

hallé que corriendo al nordeste desde allí salíamos a dar al pueblo y muy cerca dél, y mandé a los que iban delante haciendo el camino que llevasen aquel aguja consigo y siguiesen aquel rumbo, sin se apartar dél, y así lo hicieron; y quiso Nuestro Señor que salieran tan ciertos, que a hora de vísperas fueron a dar medio a medio de unas casas de sus ídolos, que estaban en medio del pueblo, de que toda la gente hobo tanta alegría, que casi desatinados, corrieron todos al pueblo, y no mirando una gran ciénaga que estaba antes que en él entrasen, se sumieron en ella muchos caballos, que algunos dellos no salieron hasta otro día; aunque quiso Dios que ninguno peligró; y los que veníamos atrás, desechamos la ciénaga por otra parte, aunque no se pasó sin ser harto trabajo. Aquel pueblo de Signatecpan hallamos quemado hasta las mezquitas y casas de sus ídolos, y no hallamos en él gente ninguna, ni nueva de las canoas que habían venido de arriba. Hallóse en él mucho maíz, mucho más ganado que lo de atrás, y yuca y agro y buenos pastos para los caballos; porque en la ribera del río, que es muy hermoso, había muy buena hierba, y con este refrigerio se olvidó algo del trabajo pasado, aunque yo tuve siempre mucha pena por no saber de las canoas que había enviado el río arriba; y andando mirando el pueblo, hallé yo una saeta hincada en el suelo, donde conocí que las canoas habían llegado allí, porque todos los que venían en ellas eran ballesteros, y diome más pena creyendo que allí habían peleado con ellos y habían muerto, pues no parecían; y en unas canoas pequeñas que por allí se hallaron hice pasar de la otra parte del río, donde hallaron mucha copia de labranzas, y andando por ellas fueron a dar a una gran laguna, donde hallaron toda la gente del pueblo en canoas y en isletas; y en viendo a los cristianos, se vinieron a ellos muy seguros y sin entender lo que decían; me trujeron hasta treinta o cuarenta dellos; los cuales, después de haberlos hablado, me dijeron que ellos habían quemado su pueblo por inducimiento de aquel señor de Zagoatán, y se habían ido dél a aquellas lagunas por el temor que él les puso, y que después habían venido por allí ciertos cristianos de los de mi compañía en unas canoas, y con ellos algunos de los naturales de Istapán, y de los cuales habían sabido el buen tratamiento que yo a todos hacía, y que por eso le habían asegurado, y que los cristianos habían estado allí dos días esperándome, y como no venía, se habían ido el río arriba a otro pueblo que se llama Petenecte, y que con ellos se había ido un hermano del señor de aquel pueblo, con cuatro canoas cargadas de gente, para que si en el otro pueblo les quisiesen hacer algún daño ayudarlos, y que les habían dado mucho bastimento y todo lo que hobieron menester; holgué mucho desta nueva y diles crédito, por ver que se habían asegurado tanto y habían venido a mí de tan buena voluntad y roguéles que luego hiciesen venir una canoa con gente que fuese en busca de aquellos españoles, y que les llevasen una carta mía para que se volviesen luego allí, los cuales lo hicieron con harta diligencia; y yo les di una carta mía para los españoles, y otro día a hora de vísperas vinieron, y con ellos aquella gente del pueblo que habían llevado, y más otras cuatro canoas cargadas de gente y bastimento del pueblo de donde venían, y dijéronme lo que habían pasado el río arriba después de que de mí se habían apartado, que fue que llegaron a aquel pueblo que estaba antes déste, que se llama Uzumazintlán, que le habían hallado quemado y la gente dél ausentada, y que en llegando a ellos los de Istapán que con ellos traían los habían buscado y llamado, y habían venido muchos dellos muy seguros, y les habían dado bastimentos y todo lo que les pidieron, y así los habían dejado en su pueblo, y después

habían llegado a aquel de Ciguatecpan, y que asimismo le habían hallado despoblado y la gente de la otra parte del río; y que como los habían hablado los de Istapán, se habían todos alegrado y les habían hecho muy buen acogimiento y dado muy complidamente lo que hobieron menester; y me habían esperado allí dos días, y como no vine creyeron que había salido más alto, pues tanto tardaba; habían seguido adelante, y se habían ido con ellos aquella gente del pueblo y aquel hermano del señor, hasta el otro pueblo de Petenecte, que está de allí seis leguas, y que asimismo le habían hallado despoblado, aunque no quemado, y la gente de la otra parte del río, y que los de Istapán, y los de aquel pueblo los habían asegurado, y se vinieron con ellos aquella gente en cuatro canoas a verme, y me traían maíz y miel y cacao y un poco de oro, y que ellos habían enviado mensajeros a otros tres pueblos que les dijeron que están en el río arriba, y se llaman Zoazaevalco y Taltenango y Teutitán, y que creían que otro día vernían allí a hablarme; y así fue: que otro día vinieron por el río abajo hasta siete u ocho canoas, en que venía gente de todos aquellos pueblos, y me trajeron algunas cosas de bastimentos y un poquito de oro. A los unos y a los otros hablé muy largamente por hacerles entender que habían de creer en Dios y servir a vuestra majestad, y todos ellos se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y prometieron en todo tiempo hacer lo que les fuere mandado, y los de aquel pueblo de Signatecpan trajeron luego algunos de sus ídolos y en mi presencia los quebraron y quemaron, y vino allí el señor príncipe del pueblo que hasta entonces no había venido y me trujo un poquito de oro, y les di de lo que tenía a todos, de lo que quedaron muy contentos y seguros. Entre éstos había alguna diferencia preguntándoles yo por el camino que había de llevar para Acalan; porque los de aquel pueblo de Signatecpan decían que mi camino era por los pueblos que estaban el río arriba, y aun antes que estotros viniesen habían hecho abrir seis leguas de camino por tierra y hecho una puente en un río, por do pasásemos; y venidos estotros, dijeron que era muy gran rodeo y de muy mala tierra y despoblada, y que el derecho camino que yo había de llevar para Acalan era pasar el río por aquel pueblo, y por allí había una senda que solían traer los mercaderes por donde ellos me guiarían hasta Acalan.[89] Finalmente, se averiguó entre ellos ser éste el mejor camino, y yo había enviado antes un español con gente de los naturales de aquel pueblo de Signatecpan en una canoa por el agua, a la provincia de Acalan, a les hacer saber cómo yo iba y que se asegurasen y no tuviesen temor, y para que supiesen si los españoles que habían de ir con los bastimentos desde los bergantines eran llegados; y después envié otros cuatro españoles por tierra, con guías de aquellos que decían saber el camino, para que le viesen y me

[89] Sobre esta expedición de Cortés a Honduras, Scholes y Roys han escrito: "El propósito principal de la expedición de Cortés de 1524-1525 era reafirmar su autoridad sobre el area de Honduras, en virtud de la deslealtad de Cristóbal de Olid, enviado a ocupar la región en nombre del capitán a principios de 1524. Un segundo motivo, como se revela en la propia declaración de Cortés citada más adelante, era explorar y establecer jurisdicción sobre la extensa region no pacificada situada entre México y la costa del Caribe. Una cuestión importante a considerar en este punto, ya que tiene algo que ver con la ruta de la expedición del Usumacinta a Acalan, es el objetivo de Cortés en la costa oriental, cuando salió de Espíritu Santo en la segunda mitad de 1524"; véase France V. Scholes y Ralph L. Roys, *Los Chontales de Acalan-Tixchel*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 410.

informasen si había algún impedimento o dificultad en él, y que dello esperaría su respuesta; idos, fueme forzado partirme antes que me escribiesen, porque no se me acabasen los bastimentos que estaban recogidos por el camino, porque me decían que había cinco o seis días de despoblado; y comencé a pasar el río con mucho aparejo de canoas que había y por ser tan ancho y corriente se pasó con harto trabajo, y se ahogó un caballo y se perdieron algunas cosas de fardaje de los españoles; pasado, envié delante una compañía de peones con las guías para que abriesen el camino, y yo con la otra gente me fui detrás dellos; y después de haber andado tres días por unas montañas harto espesas, por una vereda bien angosta fui a dar a un gran estero, que tenía de ancho más de quinientos pasos, y trabajé de buscar paso por él abajo y arriba, y nunca lo hallé; y las guías me dijeron que era por demás buscarle si no subía veinte días de camino hasta las sierras (*Carta V*, 123-124).

El primer puente sobre el estero de Acalan

Púsome en tanto estrecho este estero o ancón, que sería imposible poderlo significar, porque pasar por él parescía imposible, a causa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo; y aunque las tuviéramos por el fardaje y gentes, los caballos no podían pasar, porque a la entrada y a la salida había muy grandes ciénagas y raíces de árboles que las rodean, y de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos; pues pensar de volver atrás era muy notorio perescer todos, por los malos caminos que habíamos pasado y las muchas aguas que hacía, que ya teníamos por cierto que las crecientes de los ríos se habían robado las puentes que dejamos hechas; pues tornarlas a hacer era muy dificultoso, porque ya toda la gente venía muy fatigada; también pensábamos que habíamos comido todos los bastimentos que había por el camino y que no hallaríamos qué comer, porque llevaba mucha gente y caballos; que demás de los españoles venían conmigo más de tres mil ánimas de los naturales; pues pasar adelante ya he dicho a vuestra majestad la dificultad que había, así que ningún seso de hombre bastaba para el remedio, si Dios, que es verdadero remedio y socorro de los afligidos y necesitados, no le pusiera; y hallé una canoíta pequeña en que habían pasado los españoles que yo envié delante a ver el camino, y con ella hice sondar todo el ancón y hallóme en todo él cuatro brazas de honduras, y hice atar unas lanzas para ver el suelo qué tal era, y hallóse que demás de la hondura del agua había otras dos brazas de lama y cieno; así, que eran seis brazas; y tomé por postrer remedio determinarme a hacer una puente en él; y mandé luego repartir la madera por sus medidas, que eran de a nueve y diez brazas, por lo que había de salir fuera del agua; la cual encargué que cortasen y trujesen aquellos señores de los indios que conmigo iban, a cada uno según la gente que tenía; y los españoles, y yo con ellos, comenzamos a hincar la madera con balsas y con aquella canoilla y otras dos que después se hallaron, y a todos paresció cosa imposible de acabar, y aun lo decían detrás de mí, diciendo que sería mejor dar la vuelta antes que la gente se fatigase y después, de hambre, no pudiesen volver; porque al fin aquella obra no se había de acabar y forzados nos habíamos de volver; y andaba desto tanto murmullo entre la gente que casi ya me lo osaban decir a mí; y como los veía tan desmayados, y en la verdad tenían razón, por ser la obra que emprendíamos de tal calidad y porque ya no comían otra

cosa que raíces de hierbas, mandéles que ellos no entendiesen en la puente y que yo la haría con los indios; y luego llamé a todos los señores dellos y les dije que mirasen en cuanta necesidad estábamos, y que forzado habíamos de pasar o perecer; que les rogaba mucho que ellos esforzasen a sus gentes para que aquella puente se acabase, y que pasada teníamos luego una muy gran provincia, que se decía Acalan, donde había mucha abundancia de bastimentos, y que allí pasaríamos, y que demás de los bastimentos de la tierra ya sabían ellos que había enviado a mandar que me trujesen de los navios de los bastimentos que llevaban, y que los habían de traer allí en canoas, y que allí ternían mucha abundancia de todo; y demás desto yo les prometí que vueltos a esta ciudad[90] serían de mí, en nombre de vuestra majestad, muy galardonados; y ellos me prometieron que la trabajarían, y así, comenzaron luego a repetirlo entre sí y diéronse tan buena prisa y maña en ello que en cuatro días la acabaron, de tal manera que pasaron por ella todos los caballos y gente, y tardará más de diez años que no se deshaga si a mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, y de otra manera sería dificultoso de deshacer, porque lleva más de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre y de nueve y de diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certífico a vuestra majestad que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la orden que éstos dieron de hacer esta puente, que es la cosa más extraña que nunca se ha visto.[91] Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del ancón, dimos luego en una ciénaga, que dura bien dos tiros de ballesta, la cosa más espantosa que jamás las gentes vieron; todos los caballos, desensillados, se sumían hasta las cinchas, sin parescer otra cosa, y querer forcejar y salir sumíanse más, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder pasar y escapar caballo ninguno, pero todavía comenzamos a trabajar y a ponelles haces de hierba y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen; remediábamos algo; y andando trabajando yendo y viniendo de una parte a la otra abrióse por medio un callejón de agua y cieno, que los caballos comenzaban algo a nadar, y con esto plugo a Nuestro Señor que salieron todos sin peligrar ninguno; aunque salieron tan trabajados y fatigados que casi no se podían tener en los pies. Dimos todos muchas gracias a Nuestro Señor por tan gran merced como nos había hecho; y estando en esto llegaron los españoles que yo había enviado a Acalan, con hasta ochenta indios de los naturales de aquella provincia, cargados de mantenimiento de maíz y aves, con que Dios sabe el alegría que todos hubimos, en especial que nos dijeron que toda la gente quedaba muy segura y pacífica y con voluntad de no se ausentar; y venían con aquellos indios de Acalan dos personas honradas, que dijeron venir de parte del señor de la provincia, que se llama Apaspolon, a me decir que él había holgado mucho con mi venida; que había muchos días que tenía noticia de mí por parte de mercaderes de Tabasco y Xicalango, y que holgaba de conocerme, y envióme con ellos un poco de oro; yo lo recibí con toda el alegría que pude, agradeciendo al señor la buena voluntad que mostraba al servicio de vuestra majestad, y les di algunas cosillas, y los torné a

[90] Probablemente Cortés se refiere a Espíritu Santo, desde donde había salido para la expedición a Honnduras.

[91] Cortés subraya la habilidad y fidelidad de sus aliados indios en completer una obra de gran pericia técnica y disciplina.

enviar con los españoles que con ellos habían venido, muy contentos. Fueron muy admirados de ver el edificio de la puente, y fue harta parte la seguridad que después en ellas hobo, porque según su tierra está entre lagunas y esteros, pudiera ser que se ausentaran por ellos; mas con ver aquella obra pensaron que ninguna cosa nos era imposible[92] (*Carta V*, 124-125).

Hacia Acalan y llegada a esa región de Honduras

También llegó en este tiempo un mensajero de Santiesteban del Puerto, que es el río de Pánuco, en que me traía cartas de las justicias della, y con él otros cuatro o cinco mensajeros, que me traían cartas desta ciudad y de la villa de Medellín y de la villa del Espíritu Santo, y hube mucho placer al saber que estaban buenos, aunque no supe del fator y veedor porque aun no eran llegados a esta ciudad. Este día, después de partidos los indios y españoles que iban delante a Acalan, me partí yo con toda la gente tras ellos, y dormí una noche en el monte, y otro día, poco más de mediodía, allegué a las estancias y labranzas de la provincia de Acalan, y antes de llegar al primer pueblo della, que se llama Tizatepelt, donde hallamos todos los naturales en sus casas muy reposados y seguros, y mucho bastimento, así para la gente como para los caballos; tanto, que satisfizo bien a la necesidad pasada. Aquí reposamos seis días, y me vino a ver un mancebo de buena disposición y bien acompañado, que dijo ser hijo del señor, y me traía cierto oro y aves, y ofreció su persona y tierra al servicio de vuestra majestad y dijo que su padre era ya muerto; yo mostré que me pesaba mucho de la muerte de su padre, aunque vi que no decía verdad, y le di un collar que yo tenía al cuello, de cuentas de Flandes, que estimó en mucho; y le dije que se fuese con Dios, y él estuvo dos días allí conmigo de su voluntad. Uno de los naturales de aquel pueblo, que se dijo ser señor dél, me dijo que muy cerca de allí estaba otro pueblo que también era suyo, donde había mejores aposentos y más copia de bastimentos, porque era mayor y de más gente; que me fuera allá aposentar, porque estaría más a mi placer; y yo le dije que me placía, y envió luego a mandar que abriesen el camino y que se aderezasen las posadas; lo cual se hizo todo muy bien, y nos fuimos a aquel pueblo, que está desde primero cinco leguas, donde asimismo hallamos toda la gente segura y en sus casas, y desambarazada cierta parte del pueblo, donde nos aposentamos; éste es muy hermoso pueblo; llámase Teutiiaccaa, tiene muy hermosas mezquitas, en especial dos, donde nos aposentamos y echamos fuera los ídolos, de que ellos no mostraron mucha pena, porque ya yo les había hablado y dado a entender el yerro en que estaban y cómo no había más de un solo Dios criador de todas las cosas, y todo lo demás que cerca desto se les pudo decir, aunque después al señor principal y a todos juntos les hablé más largo. Supe dellos que una destas dos casas o mezquitas, que era la más principal dellas, era dedicada a una diosa de que ellos tenían mucha fe y esperanza, y que a ésta no le sacrificaban sino doncellas vírgenes y muy hermosas, y que si no eran tales se irritaba mucho con ellos, y que por esto tenían siempre muy especial cuidado de las buscar tales que ella se satisfaciese, y las

[92] Es éste episodio del puente sobre la ciénaga, un ejemplo de la función civilizadora que Cortés concibió en la Nueva España. Obra concebida por españoles y completada por indios, en una prueba señera del Nuevo Occidente fundado por España en el Nuevo Mundo.

criaban desde niñas las que hallaban de buen gesto para este efecto: sobre esto también les dije lo que me pareció que convenía, de que paresció que quedaban algo satisfechos. El señor deste pueblo se mostró muy amigo y tuvo conmigo mucha conversación, y me dio muy larga cuenta y relación de los españoles que yo iba a buscar y del camino que había de llevar, y me dijo en muy gran secreto, rogándome que nadie supiese que él me había avisado, que Apaspolon, señor de toda aquella provincia era vivo y había mandado decir que era muerto, y que era verdad que aquel que me había venido a ver era su hijo y que él mandaba que me desviasen del camino derecho que había de llevar, porque no viese la tierra y los pueblos dellos, y que me avisaba dello porque me tenía buena voluntad y había recebido de mí buenas obras; pero me rogaba que desto se tuviese mucho secreto porque si se sabía que él me había avisado lo mandaría matar el señor y quemaría toda su tierra; yo se lo agradescí mucho y pagué su buena voluntad dándole algunas cosillas, y le prometí el secreto, como él me lo rogaba, y aún le prometí que el tiempo andando sería de mí, en nombre de vuestra majestad, muy gratificado. Luego hice llamar al hijo del señor que me había venido a ver, y le dije que me maravillaba mucho dél y de su padre haberse querido negar, sabiendo la buena voluntad que traía yo de le ver y hacer mucha honra y darle de lo que yo tenía, porque yo había recibido en su tierra buenas obras y deseaba mucho pagárselas; que yo sabía cierto que era vivo; que le rogaba mucho que él le fuese a llamar y trabajase con él que me viniese a ver, porque creyese cierto que él ganaría mucho: el hijo me dijo que era verdad que él era vivo, y que si él me lo había negado se lo mandó así, y que él iría y trabajaría mucho de lo traer; y que creía que vernía; porque él tenía ya gana de verme, pues conoscía que no venía a hacerles daño, antes les daba de lo que tenía, y que por haberse negado tenía alguna vergüenza de parecer ante mí. Yo le rogué que fuese y trabajase mucho de lo traer; y ansí lo hizo, que otro día vinieron ambos, y yo los recibí con mucho placer, y él me dio el descargo de haberse negado, que era de temor hasta saber mi voluntad, y que ya que la sabía, él deseaba mucho verme, y que era verdad que él mandaba que me guiasen por fuera de los pueblos; pero que agora que me rogaba que me fuese al pueblo principal donde él residía, porque allí había más aparejo de darme las cosas necesarias; y luego mandó abrir un camino muy ancho para allá y él se quedó conmigo, y otro día nos partimos y le mandé dar un caballo de los míos, y fue muy contento cabalgando en él hasta que llegamos al pueblo que se llama Izancanac,[93] el cual es muy grande y de muchas mezquitas y está en la ribera de un gran estero que atraviesa hasta el punto de términos de Xicalango y Tabasco. Alguna de la gente deste pueblo estaba ausentada, y algunos estaban en sus casas; tuvimos allí mucha copia de bastimentos, y el señor se estuvo conmigo dentro del aposento, aunque tenía su casa allí cerca y poblada. Todo el tiempo que yo allí estuve diome muy larga cuenta de los españoles que iba a buscar y hízome una figura en un paño del camino que había de llevar, y diome cierto oro y mujeres, sin le pedir ninguna cosa, porque hasta hoy ninguna cosa he pedido a los señores destas partes si ellos no me lo quisieron dar. Hablamos de pasar aquel estero, y antes dél estaba una gran ciénaga; y el dicho señor Apaspolon hizo hacer en ella una puente, y para este estero nos dio mucho aparejo de canoas, todo el que fue menester, y diome

[93] Cancanar, en Clavijero.

guías para el camino, y diome una canoa y guías para que llevasen al español que me había traído las cartas de Santiesteban del Puerto y a los otros indios de Méjico (sic) a las provincias de Xicalango y Tabasco, y con este español torné a escribir a las villas y a los tenientes que dejé en esta ciudad y a los navíos que estaban en Tabasco y a los españoles que habían de venir con los bastimentos diciendo a todos lo que habían de hacer; y despachado todo esto, le di al señor ciertas cosillas a que él se aficionó; y quedando muy contento, y toda la gente de su tierra muy segura, me partí de aquella provincia el primer domingo de Cuaresma del año de 25, y aqueste día no se hizo más jornada de pasar aquel estero, que no se hizo poco. Dile a este señor una nota, porque él me lo rogó, para que si por allí viniesen españoles supiesen que yo había pasado por allí y que él quedaba por mi amigo (*Carta V*, 125-126).

Una conspiración descubierta gracias a la brújula

Aquí en esta provincia acaeció un caso que es bien que vuestra majestad lo sepa, y es que un ciudadano honrado desta ciudad de Tenuxtitán, Mexicalcingo, y ahora se llama Cristóbal, vino a mi muy secretamente una noche y me trujo cierta figura en un papel de lo de su tierra, y queriéndome dar a entender lo que significaba, me dijo que Guatimucin, señor que fue desta ciudad de Tenuxtitán, a quien yo después que le gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo aquel camino con todos los demás señores que me paresció que eran parte para la seguridad y revuelta destas partes, e díjome aquel Cristóbal que aquel Guatimucín, señor que fue de Tezcuco, y Tetepanquecal, señor que fue de Tacuba, y un Tacatez, que a la sazón era en esta ciudad de Méjico (sic) en la parte de Tatelulco, habían hablado muchas veces y dado cuenta dello a este Mexicalcingo, diciendo cómo estaban desposeídos de sus tierras y señorío, y los mandaban los españoles y que sería bien que buscasen algún remedio para que ellos las tornasen a señorear y poseer, y que hablando en ello muchas veces en este camino les había parescido que era buen remedio tener manera como me matasen a mí y a los que conmigo iban, y después, y apellidando la gente de aquellas partes, hasta matar a Cristóbal de Olid y la gente que con él estaba, y enviar sus mensajeros a esta ciudad de Tenuxtitán para que matasen todos los españoles que en ella habían quedado porque les parescía que lo podían hacer muy ligeramente, siendo así que todos los que quedaban aquí eran de los que habían venido nuevamente, que no sabían las cosas de la guerra, y que acabando de hacer ellos lo que pensaban irían apellidando y juntando consigo toda la tierra por todas las villas y lugares donde hubiese españoles, hasta los matar y acabar a todos, y que hecho esto pornían en todos los puertos de la mar recias guarniciones de gente para que ningún navío que viniese se les escapase, de manera que no pudiese volver nueva a Castilla; y que así serían señores como antes lo eran, y que tenían ya hecho repartimiento de las tierras entre sí, y que a este Mexicalcingo, Cristóbal, le hacían señor de cierta provincia. Informado de su traición, di muchas gracias a Nuestro Señor por habérmela así revelado, y luego en amaneciendo prendí a todos aquellos señores, y los puse apartados el uno del otro, y les fui a preguntar cómo pasaba el negocio, y a los unos decía que los otros me lo habían dicho, porque no sabían unos de otros; así, que hubieron de confesar todos que era verdad que Guatimucín y Tetepanquecal

habían movido aquella cosa, y que los otros era verdad que lo habían oído, pero que nunca habían consentido en ello; y desta manera fueron ahorcados estos dos y a los otros solté porque no parescía que tenían más culpa de habelles oído, aunque aquélla bastaba para merecer la muerte; pero quedaron procesos abiertos para que cada vez que se vuelvan a ver puedan ser castigados, aunque creo que ellos quedan de tal manera espantados, porque nunca han sabido de quién lo supe, que no creo se tornarán a revolver, porque creen que lo supe de alguna arte; y así, piensan que ninguna cosa se me puede esconder; porque como han visto que para acertar aquel camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja, en especial cuando se acertó el camino de Zagoatezpan, han dicho a muchos españoles que por allí lo saqué, y aun a mí me han dicho algunos dellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para conozca sus buenas intenciones que me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí vería cómo ellos me tenían buena voluntad, pues por allí sabía todas las otras cosas; yo también les hice entender que así era la verdad y que en aquella aguja y carta de marear vía yo y sabía y se me descubrían todas las cosas (*Carta V*, 126-127).

La gran provincia de Acalan, la mayor en Honduras

Esta provincia de Acalan es muy gran cosa, porque hay en ella muchos pueblos y de mucha gente, y muchos dellos vieron los españoles de mi compañía, y es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel; hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes, y son ricos de esclavos y de las cosas que se tratan en la tierra; y está toda cercada de esteros, y todos ellos salen a la bahía o puerto que llaman de Términos, por donde en canoas tienen gran contratación en Xicalango y Tabasco, y aun créese, aunque no está sabido del todo la verdad, que atraviesan por allí a estotra mar; de manera que aquella tierra que llaman Yucatán queda hecha isla. Yo trabajaré de saber el secreto de esto, y haré todo dello a vuestra majestad verdadera relación. Según supe, no hay en ella otro señor principal sino el que es el más caudaloso mercader y que tiene más trato de sus navíos por la mar, que es este Apaspolon, de quien arriba he nombrado a vuestra majestad por señor principal. Y es la causa ser muy rico y de mucho trato de mercaderías, que hasta en el pueblo de Nito, de que adelante diré donde hallé ciertos españoles de la compañía de Gil González de Ávila,[94] tenía un barrio poblado de sus fatores, y

[94] *Aclaración histórica sobre esta expedición de Cortés*: Pedrarias de Ávila, llegado en Santa Marta, actual Colombia, en 1514, substituyó a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico en 1513 y gobernador del Darién. Después de asesinar a Balboa en 1519, Pedrarias empezó a explorar el Pacífico. Pascual de Andagoya dio noticia de un país llamado Birú o Perú. Gil González Dávila había construido algunos buques y había salido de Panamá en enero de 1522 hasta entrar en el territorio del cacique Nicarao, que daría el nombre a Nicaragua, donde exploró sus grandes lagos Nicaragua y Managua. En 1524 Cortés envió a Cristóbal de Olid, el cual fundó en Honduras el pueblo Triunfo de la Cruz y quiso alzarse contra Cortés que, enterado de la traición de Olid, envió a Francisco de las Casas que naufragó en la costa de Honduras y pidió clemencia al rebelde Olid. Gil González Dávila, que se enfrentó a Olid, fue derrotado y tomado prisionero por éste. Las Casas y González Dávila se pusieron de acuerdo y, para congraciarse con Cortés, asesinaron a Cristóbal de Olid. Las Casas fundó

con ellos un hermano suyo, que trataba sus mercaderías. Las que más por aquellas partes se tratan entre ellos son cacao, ropa de algodón, colores para teñir, otra cierta manera de tinta con que se tiñen todos los cuerpos para se defender del calor y del frío, tea para alumbrarse, resina de pino para los sahumerios de sus ídolos, esclavos, otras cuentas coloradas de caracoles, que tienen en mucho para el ornato de sus personas. En sus fiestas y placeres tratan algún oro, aunque todo mezclado con cobre y otras mezclas. A este Apaspolon y a muchas personas honradas de la provincia que me venían a ver les dije lo que a todos los otros del camino les había dicho acerca de sus ídolos, y de lo que debían creer y hacer para salvarse, y también lo que eran obligados al servicio de vuestra majestad; de lo uno y de lo otro paresció que recibieron contentamento, y quemaron muchos de sus ídolos en mi presencia, y dijeron que de allí adelante no los honrarían más y prometieron que siempre serían obedientes a cualquier cosa que en nombre de vuestra majestad le fuese mandado; y ansí, me despedí dellos y me partí, como arriba he dicho. Tres días antes que saliese desta provincia de Acalan envié cuatro españoles, con dos guías que me dio el señor della, para que fuesen a ver el camino que había de llevar a la provincia de Mazatlán, que en su lengua dellos se llama Quiacho, porque me dijeron que había mucho despoblado, y que había de dormir cuatro días en los montes antes que llegase a la dicha provincia, e enviélos para que viesen el camino y si había en él ríos o ciénagas que pasar, y mandé a toda la gente se apercibiese de bastimentos para seis días, porque no nos acaesciese otra necesidad como la pasada; los cuales se bastecieron muy cumplidamente, porque de todo tenían harta copia, y a cinco leguas andadas después de la pasada del estero topé los españoles que venían de ver el camino con las guías que habían llevado, y me dijeron que habían hallado muy buen camino, aunque cerrado de monte, pero que era llano, sin río ni ciénaga que nos estorbase y que habían llegado sin ser sentidos hasta unas labranzas de la dicha provincia, donde habían visto alguna gente; desde allí se habían vuelto sin ser vistos ni sentidos. Holgué mucho de aquella nueva, y de allí adelante mandé que fuesen seis peones sueltos con algunos indios de nuestros amigos una legua delante de los que iban abriendo el camino, para que si algún caminante topasen le asiesen, de manera que pudiésemos llegar a la provincia sin ser sentidos, porque tomásemos la gente antes que se ausentasen o quemasen los pueblos como lo habían hecho los de atrás; y aquel día, cerca de una legua del agua, hallaron dos indios naturales de la provincia de Acalan, que venían de la de Mazatlán, según dijeron de rescatar sal por ropa, y en algo paresció ser así verdad porque venían cargado de ropa; y trajéronlo ante mí, y yo les pregunté si de mi ida tenían noticia los de aquella provincia, y dijeron que no, antes estaban muy seguros; y yo les dije que se habían de volver conmigo y que no recibiesen pena dello, porque ninguna cosa de lo que traían se les perdería, antes yo les daría más, y que en llegando a la provincia de Mazatlán yo les daría licencia para que se volviesen porque yo era muy amigo de todos los de Acalan, porque del señor y de todos ellos había recebido buenas obras; y ellos mostraron buena voluntad de lo hacer, y así, volvieron guiándonos, y aun nos llevaron por otro camino y no por el que los españoles que yo envié primero habían ido abriendo; que aquél iba a dar a los

---

Ciudad Trujillo, en el actual departamento de Colón, en Honduras. Mientras tanto, Cortés, después del naufragio de Las Casas, había decidido encabezar su propia expedición para castigar a Olid.

pueblos y el otro iba a dar a ciertas labranzas; y aquel día dormimos asimismo en el monte y otro día los españoles que iban por corredores delante toparon cuatro indios de los naturales de Mazatlán con sus arcos y flechas, que estaban, según paresció, en el camino por escuchas, y como dieron sobre ellos, desembarazaron sus arcos y hirieron un indio de los míos, y como era el monte espeso no pudieron prender más de uno, el cual entregaron a tres indios de los míos, y los españoles siguieron el camino adelante, creyendo que había más de aquellos; y como los españoles se apartaron, volvieron los otros que habían huido, y según paresció se quedarían allí cerca metidos en el monte, y dando sobre los indios mis amigos, que tenían a su compañero preso, pelearon con ellos, y quitáronsele, y los nuestros, de corridos, siguieronlos por el monte y alcanzáronlos, y tornaron a pelear y hirieron a uno dellos en un brazo de una gran cuchillada y prendiéronle, y los otros huyeron, porque ya sentían venir gente de la nuestra. Cerca deste indio me informé si sabían de mi ida, y dijo que no; preguntéle que para qué estaban ellos allí por velas, y dijeron que ellos siempre lo acostumbraban así hacer, porque tenían guerra con muchos de los comarcanos, y que para asegurar a los labradores que iban a sus labranzas el señor mandaba siempre poner sus espías por los caminos, por no ser salteados; seguí mi camino a la más priesa que pude, porque este indio me dijo que estábamos cerca y porque sus compañeros no llegasen antes a dar mandado, y mandé a la gente que iba delante que en llegando a las primeras labranzas se detuviesen en el monte y no se mostrasen hasta que yo llegase, y cuando llegué era ya tarde, y dime mucha priesa, pensando llegar aquella noche al pueblo; y porque el fardaje venía algo derramado, mandé a un capitán que se quedase allí en aquellas labranzas con veinte de caballo y los recogiese y durmiese allí con ellos, y recogidos todos, que siguiesen mi rastro (*Carta V*, 127-128).

Llegada a Maztlán

Yo trabajé de andar por un caminillo algo seguido, aunque de monte muy cerrado, a pie, con el caballo de diestro, y todos los que me seguían de la misma manera, y fui por él hasta que, cerca la noche, di en una ciénaga que sin aderezarse no se podía pasar, y mandé que de mano en mano dijesen que se volviesen atrás; y así, nos volvimos a una cabañilla que atrás quedaba, y dormimos aquella noche en ella, sin tener agua que beber nosotros ni los caballos, y otro día por la mañana hice aderezar la ciénaga con mucha rama, y pasamos los caballos de diestro, aunque con trabajo, y a tres leguas de donde dormimos vimos un pueblo en un peñol, y pensando que no habíamos sido sentidos llegamos en mucho concierto hasta él, y estaba tan bien cercado que no hallábamos por donde entrar; en fin se halló entrada, y hallamosle despoblado y muy lleno de bastimentos de maíz y aves y miel y frisoles y de todos los bastimentos de la tierra, en mucha cantidad, y como fueron tomados de improviso, no lo pudieron alzar, y también como era frontero estaba muy bastecido. La manera deste pueblo es que está en un peñol alto, y por una parte le cerca una gran laguna, y por la otra un arroyo muy hondo que entra en la laguna, y no tiene sino solo una entrada llana, y todo él está cercado de un fosado hondo, y después del fosado un pretil de madera hasta los pechos de altura, y después deste pretil de madera una cerca de tablones muy gordos, de hasta dos estados en alto, con sus troneras en toda ella para tirar sus flechas, y a trechos de la cerca unas garitas que sobrepujaban sobre ella cer-

ca otro estado y medio, asimismo con sus troneras y muchas piedras encima para pelear desde arriba, y sus troneras también en lo alto, y de dentro de todas las casas del pueblo asimismo sus troneras y traveses a las calles, por tan buena orden y concierto que no podía ser mejor, digo, para propósito de las armas con las que ellos pelean. Aquí hice ir alguna gente por la tierra a buscar la del pueblo, y tomaron dos o tres indios, y con ellos envié al uno de aquellos mercaderes de Acalan, que había tomado en el camino, para que buscasen al señor y le dijesen que no hobiese miedo ninguno, sino que se volviese a su pueblo, porque yo no le venía a hacer enojo, antes le ayudaría en aquellas guerras que tenía y le dejaría su tierra muy pacífica y segura; y desde a dos días volvieron y trujeron a un tío del señor consigo, el cual gobernaba la tierra porque el señor era muchacho; y no vino el señor porque diz que tuvo temor, y a éste hablé y aseguré, y se fue conmigo hasta otro pueblo de la misma provincia que está siete leguas deste, que se llama Tiac, y tienen guerra con los deste pueblo, y está también cercado, como este otro, y es muy mayor, aunque no es tan fuerte, porque está en llano, pero tiene sus cercas y cavas y garitas más recias y más, y cercado cada barrio por sí, que son tres barrios, cada uno dellos cercado por sí, y una cerca que cerca a todos. A este pueblo había yo enviado dos capitanías de caballo y una de peones delante, y hallaron el pueblo despoblado y en él mucho bastimento, y cerca del pueblo tomaron siete u ocho hombres, de los cuales soltaron algunos, para que fuesen a hablar al señor y asegurar la gente; y hiciéronlo tan bien que antes que yo llegase habían ya venido mensajeros del señor y traído bastimentos y ropa, y después que yo vinieron otras dos veces a nos traer de comer y hablar, así de parte del señor deste pueblo como de otros cinco o seis que están en esta provincia, que son cada uno cabecera por sí, y todos ellos se ofrecieron por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, aunque jamás pude acabar con ellos que los señores me viniesen a ver; y como yo no tenía espacio para detenerme mucho, enviéles a decir que yo los recibía en nombre de vuestra alteza y les rogaba que me diesen guías para mi camino adelante, lo cual hicieron de muy buena voluntad, y me dieron una guía que sabía muy bien hasta el pueblo donde estaban los españoles y los había visto; y con esto me partí deste pueblo de Tiac, y fui a dormir a otro que se llama Yasuncabil, que es el postrero de la provincia, el cual asimismo estaba despoblado y cercado de la manera que los otros. Aquí había una muy hermosa casa del señor, aunque de paja. En este pueblo nos proveimos de todo lo que hobimos menester para el camino, porque nos dijo la guía que teníamos cinco días de despoblado hasta la provincia de Taica, por donde habíamos de pasar, y así era verdad; desde esta provincia de Mazatlán o Quiache despedí los mercaderes que había tomado en el camino y las guías que traía de la provincia de Acalan, y les di de lo que yo tenía, así para ellos como para que llevasen a su señor, y fueron muy contentos; también envié a su casa al señor del primer pueblo, que habá venido conmigo, y le di ciertas mujeres que los nuestros habían tomado por los montes, de las suyas, y otras cosillas, de que quedó muy contento (*Carta V*, 128-129).

Un recuerdo clásico: Cortés, como Eneas

Salido desta provincia de Mazatlán, seguí mi camino para la de Taica, y dormí a cuatro leguas en despoblado, que todo el camino lo era, y de grandes montañas y sierras, y aún hubo en él un mal puerto que por ser todas las peñas y piedras dél de

alabastro muy fino se puso nombre puerto de Alabastro, y al quinto día los corredores que llevaba delante con la guía asomaron a una muy gran laguna, que parescía brazo de mar, y aun así creo que lo es, aunque es dulce, según su grandeza y hondura y en una isleta que hay en ella vieron un pueblo el cual les dijo la guía ser el principal de aquella provincia de Taica, y que no teníamos remedio para pasar a él si no fuese en canoas, y quedaron allí los españoles corredores puestos en salto, y volvió uno dellos a hacerme saber lo que pasaba. Yo hice detener toda la gente, y pasé adelante a pie para ver aquella laguna y la disposición della, y cuando llegué a los corredores hallé que habían prendido un indio de los del pueblo, que había venido en una canoa chiquita con sus armas a descubrir el camino y ver si había alguna gente; y aunque venía descuidado de lo que le acaesció, se les fuera sino por un perro que tenían, que le alcanzó antes que se echase al agua; deste indio me informé y me dijo que ninguna cosa se sabía de mi venida; preguntéle si había paso para el pueblo, y dijo que no; pero dijo que cerca de allí, pasando un brazo pequeño de aquella laguna, había algunas labranzas y casas pobladas, donde creía, si llegásemos sin ser sentidos, hallaríamos algunas canoas; y luego envié a mandar a la gente que se viniesen tras mí, y yo con diez o doce peones ballesteros seguí a pie por donde el indio nos guió, y pasamos un gran rato de ciénagas y agua hasta la cinta, y otras veces más arriba, y llegué a unas labranzas, y con el mal camino, y aun porque muchas veces no podíamos ir sino descubiertos, no podimos dejar de ser sentidos y llegamos a tiempo que ya la gente se embarcaba en sus canoas y se hacían al largo de la laguna, y anduve con mucha priesa por la ribera de aquella laguna, dos tercios de legua de labranzas, y en todas habíamos sido sentidos e iban ya huyendo. Ya era tarde y seguir más era en vano. Reposé en aquellas labranzas y recogí toda la gente, y aposentéla al mejor recaudo que yo pude, porque me decía la guía de Mazatlán que aquélla era mucha gente y muy ejercitada en la guerra, a quien todas aquellas provincias comarcanas temían, y díjome que él quería ir en aquella canoíta en que había venido, que tornaría al pueblo que se parescía en la isleta, y está bien dos leguas de aquí hasta llegar a él, y que hablaría al señor, que él conocía muy bien, y se llama Capec, y le diría mi intención y causa de mi venida por aquellas tierras, pues él había venido conmigo y la sabía y la había visto, y creía que se aseguraría mucho y le daría crédito a lo que dijese, porque era dél muy conoscido y había estado muchas veces en su casa; y luego le di la canoa y el indio que la había traído con él, y le agradecí el ofrecimiento que me hacía, y le prometí que si lo hiciese bien que se lo gratificaría muy a su contento; y así, se fue, y a media noche volvió, y con él dos personas honradas del pueblo, que dijeron ser enviadas de su señor a me ver y se informar de lo que aquel mensajero mío les había dicho y saber de mí qué era lo que quería; yo los recibí muy bien y di algunas cosillas, y les dije que yo venía por aquellas tierras por mandado de vuestra majestad, a verlas y hablar a los señores naturales dellas algunas cosas cumplideras a su real servicio y bien dellos; que dijesen a su señor que le rogaba que, pospuesto todo temor, viniese adonde yo estaba, y que para más seguridad yo les quería dar un español que fuese allí con ellos y se quedase en rehenes en tanto que él venía, y con esto se fueron, y con ellos la guía y un español, y otro día de mañana vino el señor, y hasta treinta hombres con él, en cinco o seis canoas, y consigo el español que había enviado para los rehenes, y mostró venir muy alegre. Fue de mi muy bien recibido, y porque cuando llegó era hora de misa hice que se

dijese cantada y con mucha solemnidad, con los ministriles de chirimías y sacabuches que conmigo iban; la cual oyó con mucha atención y las ceremonias della, y acabada la misa vinieron allí aquellos religiosos que llevaba, y por ellos le fue hecho un sermón con la lengua, en manera que muy bien lo pudo entender, acerca de las cosas de nuestra fe, y dándole a entender por muchas razones cómo no había más de un solo Dios y el yerro de su seta, y según mostró y dijo satisfízose mucho y dijo que él quería luego destruir sus ídolos y creer en aquel Dios que nosotros le decíamos, y que quisiera mucho saber la manera que debía de tener para servirle y honrarle, y que si yo quisiese ir a su pueblo vería cómo en mi presencia los quemaba, y quería que le dejase en su pueblo aquella cruz que le decían que yo dejaba en todos los pueblos por donde yo había pasado. Después deste sermón yo le torné a hablar, haciéndole saber la grandeza de vuestra majestad, y que como él y todos los del mundo éramos sus súbditos y vasallos y le somos obligados a servir, y que a los que así lo hacían vuestra majestad les mandaría hacer muchas mercedes, y yo en su real nombre lo había hecho en estas partes así con todos los que a su real servicio se habían ofrecido y puesto debajo de su real yugo, y que así lo prometía a él; él me respondió que hasta entonces no había reconocido a nadie por señor ni había sabido que nadie lo debiese ser; que verdad era que había cinco o seis años que los de Tabasco, viniendo por allí por su tierra, le habían dicho cómo había pasado por allí un capitán con cierta gente de nuestra nación, y que los habían vencido tres veces en batalla, y que después les habían dicho que habían de ser vasallos de un gran señor, y todo lo que yo agora le decía; que le dijese si era todo uno. Yo le respondí que el capitán que los de Tabasco le dijeron que había pasado por su tierra, con quien ellos habían peleado, era yo; y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba, que es Marina,[95] la que yo siempre conmigo he traido porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres; y ella le habló y le certificó dello y cómo yo había ganado a Méjico (sic), y le dijo todas las tierras que yo tengo subjetas y puestas debajo del imperio de vuestra majestad, y mostró holgarse mucho en haberlo sabido, y dijo que él quería ser subjeto y vasallo de vuestra majestad, y que se ternía por dichoso de serlo de un tan gran señor como yo le decía que vuestra alteza lo es, y hizo traer aves y miel y un poco de oro y ciertas cuentas de caracoles coloradas, que ellos tienen en mucho, y diómelo, y yo asimesmo les di algunas cosas de las mías, de que mucho se contentó, y comió conmigo con mucho placer, y después de haber comido yo le dije cómo iba en busca de aquellos españoles que estaban en la costa de la mar, porque eran de mi compañía y yo los había enviado, y había muchos días que no sabía dellos, y por eso les venía a buscar; que le rogaba que él me dijese alguna nueva si sabía dellos; él me dijo que tenía mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde ellos estaban tenía él ciertos vasallos suyos, que le servían de labrar ciertos cacaguatales,[96] porque era aquella tierra muy buena dellos, y que déstos y de

[95] Durante esta expedición, y como de costumbre, Cortés se comunica con los naturales. En Honduras los indios hablan también quiché, de manera que doña Marina sigue funcionando como intérprete, facilitando al gran conquistador la exploración de esta región.

[96] "Cacaguatal", en América Central designa una plantación de cacao; véase José María Enguita Utrilla, "Voces Amerindias en las *Relaciones* de Hernán Cortés," p. 129, n. 7, en Pilar García Mou-

muchos mercaderes que cada día iban y venían de su tierra allá sabía siempre nuevas dellos, y que él me daría guía para que me llevasen adonde estaban; pero que me hacía saber que el camino era muy áspero, de sierras muy altas y de muchas peñas, que se había de ir por la mar, que no me fuera tan trabajoso. Yo le dije que ya él vía que para tanta gente como yo conmigo traía y para el fardaje y caballos que no bastarían navíos, que me era forzado ir por tierra; le rogué que me diese orden para pasar aquella laguna, y díjome que yendo por ella arriba hasta tres leguas se desechaba, y por la costa podía tomar al camino frontero de su pueblo, y que me rogaba mucho que ya que la gente se había de ir por acullá, que yo me fuese con él en las canoas a ver su pueblo y casa, y que vería quemar los ídolos y le haría hacer una cruz; y yo, por darle placer, aunque contra la voluntad de los de mi compañía, me entré con él en las canoas con hasta veinte hombres, los más dellos ballesteros, y me fui a su pueblo con él todo aquel día, holgando, y ya que era casi noche me despedí dél, y me dio guía, y me entré en las canoas, y me salí a dormir a tierra, donde hallé ya mucha de la gente de mi compañía que había bajado la laguna, y dormimos allí aquella noche. En este pueblo, digo en aquella labranza, quedó un caballo que se hincó un palo por el pie y no pudo andar; prometióme el señor de lo curar; no sé lo que hará. Otro día, después de recogida mi gente, me partí por donde las guías me llevaron, y a obra de media legua del aposento di en un poco de llano y cabaña, y después torné a dar en otro montecillo, que duró obra de legua y media, y torné a salir a unos muy hermosos llanos, y en saliendo a ellos envié muy delante ciertos de caballo y algunos peones, porque si alguna gente hobiese por el campo la tomasen, porque nos dijeron los guías que aquella noche llegaríamos a un pueblo, y en estos llanos se hallaron muchos gamos y alanceamos a caballo diez y ocho dellos, y con el sol y con haber muchos días que los caballos no corrían, murieron dos caballos y estuvieron muchos en harto peligro. Hecha nuestra montería, seguimos el camino adelante, y a poco rato hallé algunos de los corredores que iban adelante parados, y tenían cuatro indios cazadores que habían tomado, y traían muerto un león y ciertas iguanas, que son unos grandes lagartos que hay en las islas, y déstos me informé si sabían de mí en su pueblo, y dijeron que no, y mostráronmelo a su vista, que al parecer no podía estar de una legua arriba, y dime mucha priesa por llegar allá, creyendo que no habría embarazo alguno en el camino, y cuando pensé que llegaba a entrar en el pueblo y vi a la gente andar por él fui a dar sobre un gran estero de agua muy hondo, y así me detuve y comencélos a llamar, y vinieron dos indios en una canoa y traían hasta una docena de gallinas, y llegaron así cerca de mí, que estaba dentro del agua hasta la cincha del caballo, y detuviéronse, que nunca quisieron llegar afuera; y allí estuve con ellos hablando gran rato asegurándolos, y jamás quisieron llegarse a mí, antes comenzaron a volverse al pueblo en su canoa, y un español que estaba a caballo junto conmigo puso las piernas en el agua y fue a nado tras ellos, y de temor desampararon la canoa, y llegaron de presto otros peones nadadores, y tomáronlos. Ya toda la gente que habíamos visto en el pueblo se habían ido dél, y pregunté a aquellos indios por dónde podíamos pasar, y mostráronme un camino que rodeando una legua arriba se desecaba el estero, y por allí fuimos

---

ton, editor, *El español de América 1992*, Madrid, CSIC, Instituto de la Lengua Española, Anejos de la Revista de Filología Española, 2003.

aquella noche a dormir al pueblo, que hay desde donde partimos aquel día ocho leguas grandes; llámase este pueblo Checan, y el señor dél Amohan; aquí estuve cuatro días por bastecerme para seis días, que me dijeron los guías había de despoblado, y por esperar si viniera el señor del pueblo, que le envié a llamar y asegurar con aquellos indios que había tomado, y nunca él ni ellos vinieron; pasados estos días y recogido el más bastimento que por allí se pudo haber, me partí y llevé la primera jornada de muy buena tierra, llana y alegre, sin monte sino algunos pedazos; y andadas seis leguas, al pie de unas sierras y junto a un río se halló una gran casa, y junto a ella otras dos o tres pequeñas, y alrededor algunas labranzas, y dijéronme las guías que aquella casa era de Amohan, señor de Checan, y que la tenía allí para venta, porque pasaban por allí muchos mercaderes. Allí estuve un día, sin el que llegué, porque era fiesta y por dar lugar a los que iban delante abriendo el camino, y se hizo en aquel río una muy hermosa pesquería, que atajamos en él mucha cantidad de sabogas, y las tomamos todas, sin írsenos una de las que metimos en el atajo; y otro día me partí, y llevé la jornada de harto áspero camino de sierras y montes, y así anduve siete leguas o más de harto mal camino, y salí a unos llanos muy hermosos sin montes, sino algunos pinares. Duráronnos estos llanos otras dos leguas, y en ellos matamos siete venados, y comimos en un arroyo muy fresco que se hacía al cabo destos llanos, y después de haber comido comenzamos a subir un portezuelo, aunque pequeño, harto áspero, que de diestro subían los caballos con trabajo y en la bajada dél hubo hasta media legua de llano, y luego comenzamos a subir otro, que en subida y bajada tuvo bien dos leguas y media, tan áspero y malo que ningún caballo quedó que no se desherrase, y dormí a la bajada dél en un arroyo, y allí estuve otro día casi hasta hora de vísperas, esperando que se herrasen los caballos, y aunque había dos herradores y más de diez que ayudaban a echar clavos, no se pudieron aquel día herrar todos; y yo me fui aquel día a dormir tres leguas adelante, y quedaron allí muchos españoles, así para herrar sus caballos como por esperar el fardaje, que por haber sido el camino malo y haberse pasado con mucha agua que llovía no habían podido llegar. Otro día me partí de allí porque las guías me dijeron que cerca estaba una casería que se llama Asuncapin, que es del señor de Taica, y que llegaríamos allí temprano a dormir; y después de haber andado cuatro o cinco leguas llegamos a la dicha casería y la hallamos sin gente, y allí me aposenté dos días, por esperar todo el fardaje y por recoger algún bastimento, y después me partí, y fui a dormir a otra casería que se llama Taxuytel, que está cinco leguas de estotra, y es de Amohan, señor de Checan, donde había muchos cacaguetales y algún maíz aunque poco y verde; aquí me dijeron los guías y el principal desta casería, que se hubo él y su mujer y un su hijo antes que huyesen, que habíamos de pasar unas muy altas y agrias sierras, todas despobladas, hasta llegar a otras caserías, que son de Canec, señor de Taica, que se llama Tenciz, y no reposamos aquí mucho; que luego otro día nos partimos y habiendo andado seis leguas de tierra llana comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa del mundo más maravillosa de ver y pasar; pues querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni lo podría entender, sino que sepa vuestra majestad que en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar doce días, digo en llegar los postreros al cabo dél, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados que no pensamos aprovecharnos de ninguno, y ansí murieron de las heridas y

del trabajo de aquel puerto sesenta y ocho caballos, y los que escaparon estuvieron más de tres meses en tornar en sí (*Carta V*, 129-131).

Es notable en este fragmento sobre la exploración de Honduras el encuentro entre Cortés y el cacique hondureño Capec que le refiere al capitán español lo que había aprendido hacía unos cinco o seis años, de unos viajeros de Tabasco que le habían comunicado que un capitán español los había derrotado tres veces. Se da en esta instancia un episodio que tiene antecedentes en la *Odisea* y en la *Eneida*, donde Virgilio, inspirándose en Homero, concibe el episodio de la llegada de Eneas a Cartago en cuyo palacio real ve pintada su huida de Troya en llamas.[97]

Llegada a la provincia de Tahuytal

En todo este tiempo que pasamos este puerto jamás cesó de llover de noche y de día, y eran las sierras de tal calidad que no se detenía en ella agua para poder beber, y padescimos mucha necesidad de sed, y los más de los caballos murieron por esta falta, y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche hacíamos para nos meter, que dellos cogíamos agua en calderas y otras vasijas, que como llovía tanto había para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningún hombre ni caballo de aquellas sierras. En este camino cayó un sobrino mío y se quebró una pierna en tres o cuatro partes, que demás del trabajo que él rescibió nos acrescentó el de todos por sacarle de aquellas sierras, que fue harto dificultoso. Para remedio de nuestro trabajo hallamos, una legua antes de llegar a Tenciz, un muy gran río, que con las muchas aguas iba tan crecido y recio que era imposible pasarlo, y los españoles que fueron delante habían subido el río arriba y hallaron un vado, el más maravilloso que hasta hoy se ha oído decir ni se puede pensar, y es que por aquella parte se tiende el río más de dos tercios de legua porque unas peñas muy grandes que se ponen delante le hacen tender, y hay entre estas peñas angosturas por donde pasa el río, la cosa más espantosa, de recia, que puede ser, y déstas hay muchas que por otra parte no se puede pasar el río sino por entre aquellas peñas y allí cortábamos árboles grandes que se atravesaban de una peña a otra, y por allí pasábamos con tanto peligro, asidos por unos bejucos que también se ataban de una parte a otra, que a resbalar un poquito era imposible escaparse quien cayese. Había destos pasos hasta veinte y tantos, de que se estuvo en pasar el río dos días por este vado, y los caballos pasaron a nado por abajo, que iba algo más mansa el agua, y estuvieron tres días muchos en llegar a Tenciz, que no había, como digo, más de una legua, porque venían tan mal tratados de las sierras que casi los llevaban a cuestas, y no podían ir. Yo llegué a estas caserías de Tenciz víspera de Pascua de Resurrección, a 15 días del año de 1525, y mucha de la gente no llegó tres días adelante, digo los que tenían caballos, que se detuvieron por ellos, y dos días antes que yo llegase habían llegado los españoles, que habían llevado la delantera, y hallaron gente en tres o cuatro casas de aquéllas, y tomaron veinte y tantas personas, porque estaban muy descuidadas de mi venida, y a aquéllos pre-

[97] *Eneida*, I.

gunté si había algunos bastimentos, y dijeron que no, ni se pudieron hallar por toda la tierra, lo que nos puso en harta más necesidad que traíamos porque había diez días que no comíamos sino cuescos de palmas y palmitos, y aun déstos se comían pocos porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos; pero díjome un principal de aquellas caserías que a una jornada de allí el río arriba, que lo habíamos de tornar a pasar por donde lo habíamos pasado, había mucha población de una provincia que se llama Tahuytal, y que allí había mucha abundancia de bastimentos de maíz y cacao y gallinas, y que él me daría quien me guiase allá; luego proveí que fuese allá un capitán con treinta peones y más de mil indios de los que iban conmigo, y quiso Nuestro Señor que hallaron mucha abundancia de maíz y hallaron la tierra despoblada de gente, y de allí nos remediamos, aunque por ser tan lejos nos proveíamos con trabajo. Desde estas estancias envié con una guía de los naturales dellas ciertos españoles ballesteros que fuesen a mirar el camino que habían de llevar hasta una provincia que se llama Acuculín, y que llegase a una aldea de la dicha provincia, que está diez leguas de donde yo quedé y seis de la cabecera de la provincia, que se llama, como dije, Acuculin, y el señor della Acahuilguin y llegaron sin ser sentidos, y de una casa tomaron siete hombres y una mujer y volviéronse y dijeron que el camino era hasta donde ellos habían llegado algo trabajoso, pero que les había parecido muy bueno en comparación de los que habían pasado (*Carta V*, 131-132).

Llegada a la provincia de Acuculin

Destos indios que trujeron estos españoles me informé de los cristianos que iba a buscar, y entre ellos venía uno natural de la provincia de Aculan, que dijo que era mercader y tenía una casa de asiento de mercadería en el pueblo donde residían los españoles que yo iba a buscar, que se llama pueblo Nito, donde había mucha contratación de mercaderes de todas partes, y que los mercaderes naturales de Aculan tenían en él un barrio por sí, y con ello estaba un hermano de Apaspolon, señor de Aculan, y que los cristianos los habían salteado de noche y les habían tomado el pueblo y quitádoles las mercaderías que en él tenían, que eran en mucha cantidad, porque había mercaderes de muchas partes, y que desde entonces que podía haber cerca de un año, todos se habían ido por las provincias, y que él y ciertos mercaderes de Aculan habían pedido licencia a Acahuilguin, señor de Acuculin, para poblar en su tierra, y habían hecho en cierta parte que él les señaló un pueblezuelo, donde vivían, y desde allí contrataban, aunque ya el trato estaba muy perdido después que aquellos españoles allí habían venido, porque era por allí el paso y no osaban pasar por ellos, y que él me guiaría hasta donde estaban, pero que habíamos de pasar allá junto a ellos un gran brazo de mar y antes de llegar allí, muchas sierras y malas, y que había desde allí diez jornadas. Holgué mucho con tener tan buena guía y hícele mucha honra y habláronle las guías que llevaba de Mazatlán y Taica, diciéndoles cuán bien tratados habían sido de mí y cuán amigo era yo de Apaspolon, su señor, y con esto parescía que él se aseguró más, y fiándome de su seguridad le mandé soltar a él y a los que con él habían traído, y con su confianza hice que se volviesen de allí las guías que traía y les di algunas cosillas para ellos y para sus señores, y les agradescí su trabajo, y se fueron muy contentos. Luego envié cuatro de aquellos de Acuculin con otros dos de los de

aquellas caserías de Tenciz para que fuesen a hablar al señor de Acuculin y le asegurasen por que no se ausentase, y tras ellos envié a los que iban abriendo el camino, y yo me partí desde ahí a dos días, por la necesidad de los bastimentos, aunque teníamos harta de reposar, en especial por amor a los caballos; pero llevando los más dellos de diestro, nos fuimos, y aquella noche amaneció ido el que había de ser guía y los que con él quedaron, de que Dios sabe lo que sentí, por haber despachado las otras. Seguí mi camino, y fui a dormir a un monte cinco leguas de allí, donde se pasaron harto malos pasos y aun se dejarretó otro caballo que había quedado sano, que hasta hoy no lo está, y otro día anduve seis leguas y pasé dos ríos; el uno se pasó por un árbol que estaba caído, que atravesaba de la una parte a la otra, con que hecimos sobre él con que pasase la gente para que no cayesen, y los caballos lo pasaron a nado, y se ahogaron en él dos yeguas; y el otro se pasó en unas canoas, y los caballos también a nado, y fui a dormir a una población pequeña de hasta quince casas, todas nuevas, y supe que aquéllas eran las de los mercaderes de Aculan que habían salido del pueblo donde los cristianos estaban.[98] Allí estuve yo un día, esperando recoger la gente y fardaje, y envié delante dos capitanías de caballos y una de peones al pueblo de Acuculin, y escribiéronme cómo lo habían hallado despoblado y en una casa grande que es del señor habían hallado dos hombres, que les dijeron que estaban allí por el mandado del señor, esperando a que yo llegase para se lo ir a hacer saber, porque él había sabido de mi venida de aquellos mensajeros que yo le había enviado desde Tenciz, y que él holgaba de verme, y vernía en sabiendo que yo era llegado, y que se había ido el uno dellos a llamar al señor y a traer algún bastimento, y el otro había quedado. Escribiéronme también que habían hallado cacao en los árboles, pero que no habían hallado maíz; pero que había un razonable pasto para los caballos. Como yo llegué a Acuculin, pregunté si había venido el señor o vuelto el mensajero, y dijéronme que no, y hablé al que había quedado, preguntándole cómo no habían venido; respondióme que no sabía y que él también estaba esperando dello; pero que podría ser que hobiese aguardado a saber que yo fuese venido y que agora que ya lo sabía vendría. Esperé dos días, y como no vino, tornéle a hablar, y díjome que él no sabía qué era la causa de no haber venido, pero que le diese algunos españoles que fuesen con él, que él sabía dónde estaba y que lo llamarían; y luego fueron con él diez españoles y llevólos bien cinco leguas de allí por unos montes, hasta unas chozas que hallaron vacías, donde, según dijeron los españoles, parescía bien que había estado gente poco había, y que aquella noche se les fue la guía y se volvieron; quedé del todo sin guía, que fue harta causa de doblarnos los trabajos, y envié cuadrillas de gente, así españoles como indios, por toda la provincia, y anduvieron por todas las partes della más de ocho días, y jamás podieron hallar gente ni rastro della si no fueron unas mujeres, que hicieron poco fruto a nuestro propósito, porque ni ellas sabían camino ni dar razón ni gente de la provincia, y una dellas dijo que sabía un pueblo dos jornadas de allí, que se llamaba Chianteca, y que allí se hallaría gente que les diese razón de aquellos españoles que buscábamos, porque había en el dicho pueblo muchos mercaderes y personas que trataban en muchas partes; y ansí, envié luego gente, y a esta mujer por guía, y aunque era el pueblo

[98] Es el pueblo que los mercaderes de Nito fundaron, después que los españoles de Olid los habían asaltado.

dos jornadas buenas de donde yo estaba y todo despoblado y mal camino, los naturales dél estaban ya avisados de mi venida, y no se pudo tomar tampoco guía (*Carta V*, 132).

Llegada a la provincia de Taniha, al pueblo de Nito

Quiso Nuestro Señor que estando ya casi sin esperanza, por estar sin guía y porque de la aguja no nos podíamos aprovechar por estar metidos entre las más espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese, mas del que hasta allí habíamos llevado, que se halló por unos montes un muchacho de hasta quince años, que preguntado, dijo que él nos guiaría hasta unas estancias de Taniha que es otra provincia que llevaba yo en mi memoria que había de pasar; las cuales estancias dijo estar dos jornadas de allí, y con esta guía me partí, y en dos días llegué a aquellas estancias, donde los corredores que iban delante tomaron un indio viejo, y éste nos guió hasta los pueblos de Taniha, que están otras dos jornadas adelante, y en estos pueblos se tomaron cuatro indios, y luego como les pregunté me dieron muy cierta nueva de los españoles que buscaba, diciendo que los había visto y que estaban dos jornadas de allí en el mismo pueblo que yo llevaba en mi memoria, que se llama Nito, que por ser pueblo de mucho trato de mercaderes se tenía dél mucha noticia en muchas partes, y así me la dieron dél en la provincia de Aculan, de que ya a vuestra majestad he hecho mención, y aun trujéronme dos mujeres de las naturales del dicho pueblo Nito, donde estaban los españoles; las cuales me dieron más entera noticia, porque dijeron que al tiempo que los cristianos tomaron aquel pueblo ellas estaban en él, y como los saltearon de noche, las habían tomado entre otras muchas que allí tomaron, y que habían servido a ciertos cristianos dellos, los cuales nombraban por sus nombres. No podré significar a vuestra majestad la mucha alegría que yo y todos los de mi compañía tuvimos con las nuevas que los naturales de Taniha nos dieron, por hallarnos ya tan cerca del fin de tan dudosa jornada como la que traíamos era, que aunque en aquellas cuatro jornadas que desde Acuculin allí trujimos se pasaron innumerables trabajos, porque fueron todas sin camino y de muy ásperas sierras y despeñaderos, donde se despeñaron algunos de los caballos que nos quedaron, y un primo mío que se dice Juan de Ávalos rodó él y su caballo una sierra abajo, donde se quebró un brazo, y si no fuera por las platas de un arnés que llevaba vestido, que le defendieron de las piedras, se hiciera pedazos, y fue harto trabajoso de tornar a sacar arriba, y otros muchos trabajos, que serían largos de contar, que aquí se nos ofrecieron, en especial de hambre, porque aunque traía algunos puercos de los que saqué de México, que aún no eran acabados, había más de ocho días, cuando a Taniha llegamos, que no comíamos pan sino palmitos cocidos con la carne, y sin sal, porque había muchos días que nos había faltado y algunos cuescos de palmas; y tampoco hallamos en estos pueblos de Taniha cosa alguna de comer, porque estaba tan cerca de los españoles estaban despoblados mucho había, creyendo que habían de venir a ellos, aunque desto podían estar bien seguros, según yo hallé a los españoles. Con las nuevas de hallarnos tan cerca olvidamos todos estos trabajos pasados, y púsonos esfuerzo para sufrir los presentes, que no eran de menos condición, en especial el de el hambre, que era el mayor, porque aun de aquellos palmitos sin sal no teníamos abasto porque se cortaban con

mucha dificultad de unas palmas muy gordas y altas, que en todo un día dos hombres tenían que hacer en cortar uno y, cortado, le comían en media hora. Estos indios que nos dieron las nuevas de los españoles me dijeron que hasta llegar allá había dos jornadas de mal camino y que junto con el dicho pueblo de Nito, donde los españoles estaban, estaba un muy gran río que no se podía pasar sin canoas, porque era tan ancho que no era posible pasarse a nado. Luego despaché quince españoles de los de mi compañía, a pie, con una de aquellas guías, para que viesen el camino y el río y mandéles que trabajasen de haber alguna lengua de aquellos españoles sin ser sentidos, para me informar qué gente era, si era de la que yo había enviado con Cristóbal de Olid o Francisco de las Casas, o de la de Gil González de Avila; y así fueron, y el indio los guió hasta el dicho río, donde tomaron una canoa de unos mercaderes, y tomada, estuvieron allí dos días escondidos, y al cabo de este tiempo salió del pueblo de los españoles que estaba de la otra parte del río una canoa con cuatro españoles que andaban pescando, a los cuales tomaron sin se le ir ninguno y sin ser sentidos en el pueblo, los cuales me trujeron y me informé dellos y supe que aquella gente que allí estaba eran de los de Gil González de Ávila, y que estaban todos enfermos y casi muertos de hambre, y luego despaché dos criados míos en la canoa que aquellos españoles traían, para que fuesen al pueblo de los españoles con una carta mía en que les hacía saber de mi venida y que yo me iba a poner al paso del río, y que les rogaba mucho allí me enviasen todo el aderezo de barcas y canoas, en que pasase; e yo me fui luego con toda mi compañía al dicho paso del río, que estuve tres días en llegar a él, y allí vino a mí un Diego Nieto, que dijo estar allí por justicia; me trujo una barca y una canoa, en que yo con diez o doce pasé aquella noche al pueblo, y aun me vi en harto trabajo, porque nos tomó un viento al pasar, y como el río es muy ancho allí en la boca de la mar, por donde lo pasamos estuvimos en mucho peligro de perdernos, y plugo a Nuestro Señor de sacarnos a puerto. Otro día hice aderzar otra barca que allí estaba y buscar más canoas y atarlas de dos en dos, y con este aderezo pasó toda la gente y caballos en cinco o seis días. La gente de españoles que yo allí hallé fueron hasta sesenta hombres y veinte mujeres que el capitán Gil González de Ávila allí había dejado, los cuales les hallé tales que era la mayor compasión del mundo de lo ver, y de ver las alegrías que con mi venida hicieron, porque, en la verdad, si yo no llegara fuera imposible escapar ninguno dellos; porque además de ser pocos y desarmados y sin caballos estaban muy enfermos y llagados y muertos de hambre, porque se les acababan los bastimentos que habían traído de las islas y alguno que habían habido en aquel pueblo cuando lo tomaron a los naturales dél; y acabados no tenían remedio de donde haber otros, porque no estaban para irlos a buscar por la tierra, y ya que los tuvieran, estaban en tal parte asentados que por ninguna tenían salida, digo que ellos supiesen ni pudiesen hallar, según se halló después con dificultad; y la poca posibilidad que en ellos había para salir a ninguna parte, porque a media legua de donde estaban poblados jamás habían salido por tierra, y vista la gran necesidad de aquella gente, determiné de buscar algún remedio para los sostener en tanto que le hallaba para poderlos enviar a las islas, donde se aviasen; porque de todos ellos no había ocho para poder quedar en la tierra ya que se hobiese de poblar; y luego, de la gente que yo truje envié por muchas partes por la mar en dos barcas que allí tenían y en cinco o seis canoas, y la primera salida que se hizo fue a una boca de un río que se llama Yasa, que está diez leguas de este

pueblo, donde yo hallé estos cristianos hacia el camino por donde había venido, porque yo tenía noticia que allí había pueblos y muchos bastimentos; y fue esta gente, y llegaron al dicho río, y subieron por él seis leguas arriba, y dieron en unas labranzas asaz grandes, y los naturales de la tierra sintiéronlos venir y alzaron los bastimentos que tenían en unas caserías que por aquellas estancias había, y sus mujeres e hijos y haciendas, y ellos se abscondieron en los montes; y como los españoles allegaron por aquellas caserías, dicen que les hizo una grande agua, y recogiéronse a una gran casa que allí había, y como descuidados y mojados, todos se desarmaron y aun muchos se desnudaron para enjuagar sus ropas y calentarse a fuegos que habían hecho; y estando así descuidados, los naturales de la tierra dieron sobre ellos, y como los tomaron desapercibidos hirieron muchos dellos, de tal manera que les fue forzado tornarse a embarcar y venir de donde yo estaba sin más recaudo del que habían llevado. Y como vinieron Dios sabe lo que yo sentí, así por verlos heridos y aun algunos dellos peligrosos, y por el favor que a los indios quedaría, como por el poco remedio que trujeron para la gran necesidad en que estábamos. Luego a la hora, en las mesmas barcas y canoas torné a embarcar como capitán con más gente, así de españoles como de los naturales de México que conmigo fueron, y porque no pudo ir toda la gente en las dichas barcas híceles pasar de la otra parte de aquel gran río que está cabe este pueblo, y mandé que se fuesen por toda la costa y que las barcas y canoas se fuesen tierra a tierra junto con ellos para pasar ancones y ríos, que hay muchos, y así fueron y llegaron a la boca del dicho río donde primero habían herido los otros españoles, y volviéronse sin hacer cosa ninguna ni traer recaudo de bastimento más de tomar cuatro indios que iban en una canoa por la mar; y preguntados cómo se venían ansí, dijeron que con las muchas aguas que hacía venía el río tan furioso, que jamás habían podido subir por él arriba una legua, y que creyendo que amansara habían estado esperando la baja ocho días sin ningún bastimento ni fuego, mas de frutas de árboles silvestres, de que algunos vinieron tales que fue menester harto remedio para escaparlos. Vídeme aquí de harto aprieto y necesidad; que si no fuera por unos pocos de puercos que me habían quedado del camino, que comíamos con harta regla y sin pan ni sal, todos nos quedáramos aislados; pregunté con la lengua a aquellos indios que habían tomado en la canoa si sabían ellos por allí a alguna parte donde pudiésemos ir a tomar bastimentos, prometiéndoles que si me encaminasen donde los hobiese que les pondría en libertad, y demás les daría muchas cosas, y uno dellos dijo que él era mercader y todos los otros sus esclavos, y que él había ido por allí de mercaduría muchas veces con sus navíos, y que él sabía un estero que atravesaba desde allí hasta un gran río, por donde en tiempo que hacía tormentas y no podían navegar por la mar todos los mercaderes atravesaban, y que en aquel río había muy grandes poblaciones y de gente muy rica y abastada de bastimentos, y que él los guiaría a ciertos pueblos donde muy complidamente pudiesen cargar de todos los bastimentos que quisiesen, y por que no fuese cierto que él no mentía, que le llevase atado con una cadena, para que si no fuese así yo le mandase dar la pena que mereciese; y luego hice aderezar las barcas y canoas y metí en ellas toda cuanta gente sana en mi compañía había, y enviélos con aquella guía, y fueron, y a cabo de diez días volvieron de la manera que habían ido, diciendo que la guía los había metido por una ciénaga donde las barcas ni canoas no podían navegar, y que habían hecho todo lo posible por pasar y que jamás habían hallado remedio. Pregunté

a la guía cómo me había burlado; respondióme que no había, sino que aquellos españoles con quien yo le envié no habían querido pasar adelante; que ya estaban muy cerca de atravesar a la mar adonde el río subía, y aun muchos de los españoles confesaron que habían oído muy claro el ruido de la mar, y que no podía estar muy lejos de donde ellos habían llegado. No se puede decir lo que sentí al verme tan sin remedio, que casi estaba sin esperanza dél, y con pensamiento que nadie podía escapar de cuantos allí estábamos, sino morir de hambre; y estando en esta perplejidad, Dios Nuestro Señor, que de remediar semejantes necesidades siempre tiene cargo, en especial a mi inmérito, que tantas veces me ha remediado y socorrido en ellas por andar yo en el real servicio de vuestra majestad, aportó allí un navío que venía de las islas harto sin sospecha de hallarme, el cual traía hasta treinta hombres sin la gente que navegaba el dicho navío, y trece caballos y setenta y tantos puercos y doce hitas de carne salada, y pan hasta treinta cargas de lo de las islas. Dimos todos muchas gracias a Nuestro Señor, que en tanta necesidad nos había socorrido, y compré todos aquellos bastimentos y el navío, que me costó todo cuatro mil pesos, y ya me había dado priesa a adobar una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida y a hacer un bergantín de otros que allí había quebrados, y cuando este navío vino ya la carabela estaba adobada, aunque al bergantín no creo que pudiéramos dar fin si no viniera aquel navío, porque vino en él hombre que, aunque no era carpintero, tuvo para ello harta buena manera; y andado por la tierra por unas y otras partes se halló una vereda por unas muy ásperas sierras, que a diez y ocho leguas de allí fue a salir a cierta población que se dice Leguela, donde se hallaron muchos bastimentos; pero como estaba tan lejos y de tan mal camino, era imposible proveernos dellos (*Carta V*, 132-134).

Muerte de Cristóbal de Olid

De ciertos indios que se tomaron allí en Leguela se supo que Naco es el pueblo donde estuvieron Francisco de las Casas y Cristóbal de Olid y Gil González de Ávila, y donde el dicho Cristóbal de Olid murió, como ya a vuestra majestad tengo hecha relación y adelante diré; también de ello yo tuve noticia por aquellos españoles que hallé en aquel pueblito, y luego hice abrir el camino y envié un capitán con toda la gente y caballos; que en mi compañía no quedaron sino los enfermos y los criados de mi casa y algunas personas que se quisieron quedar conmigo para ir por la mar, y mandé a aquel capitán que se fuese hasta el dicho pueblo de Naco y que trabajase en apaciguar la gente de aquella provincia, porque quedó algo alborotada del tiempo que allí estuvieron aquellos capitanes, y que llegado, luego enviase diez o doce de caballo y otros tantos ballesteros a la bahía de Sant Andrés,[99]

[99] La bahía de Sant Andrés, que al presente hace parte de un archipiélago del mismo nombre y pertenece a Colombia, está en frente de la costa nicaraguense entre latitud 12º 35’ 37” y 14º 42’ norte. Entre 1524 y 1526, Cortés recorrió parte del territorio que había sido teatro de la conquista de Gil González de Ávila, que, entre 1522 y 1524, exploró y conquistó Nicaragua y Honduras. De acuerdo con Francisco de las Casas, enviado por Cortés a Honduras, para supervisar la actuación de Cristóbal de Olid, de Ávila acusó a Olid de traición y, después de un proceso sumario, lo condenó a muerte, haciéndolo degollar en 1524. La expedición de Cortés llegó a Guatemala y Honduras. La bahía de Sant Andrés mencionada varias veces por Cortés debió ser originalmente una designación de una

que está veinte leguas del dicho pueblo; porque yo me partiría por la mar con aquellos navíos, y con ellos todos aquellos enfermos y gente que conmigo quedaron, y me iría a la dicha bahía y puerto de Sant Andrés, y que si yo llegase primero esperaría allí la gente que él había de enviar, y que les mandase que si ellos llegasen primero también me esperasen, para que les dijese lo que habían de hacer (*Carta V*, 134-135).

Descubrimiento del Polochic[100] *y salvación de los sobrevivientes*

Después de partida esta gente y acabado el bergantín, quise meterme con la gente en los navíos para navegar, y hallé que aunque teníamos algún bastimento de carne que no lo teníamos de pan, y que era gran inconveniente meterme en la mar con tanta gente enferma; porque si algún día los tiempos nos detuviesen, sería perecer todos de hambre en lugar de buscar remedio; y buscando manera para le hallar, me dijo el que estaba por capitán de aquella gente que cuando luego allí habían venido que vinieron docientos hombres y que traían un muy buen bergantín y cuatro navíos, que eran todos los que Gil González había traído, y que con el dicho bergantín y con los barcos de los navíos habían subido aquel gran río arriba, y que habían hallado en él dos golfos grandes, todos de agua dulce, y alrededor dellos muchos pueblos y de muchos bastimentos, y que habían llegado hasta el cabo de aquellos golfos, que eran catorce leguas el río arriba, y que había tornado a se angostar el río, y que venía tan furioso que en seis días que quisieron subir por él arriba, no había podido subir sino cuatro leguas, y que todavía era muy hondable, y que no habían sabido el secreto dél, y que allí creía él que había bastimentos de maíz hartos; pero que yo tenía poca gente para ir allá, porque cuando ellos habían ido habían saltado ochenta hombres en un pueblo, y aun que lo habían tomado sin ser sentidos; pero que después se habían juntado y peleado con ellos, y hécholos embarcar por fuerza, y les habían herido cierta gente. Yo, viendo la extraña necesidad en que estaba y que era más peligroso meterme en la mar sin bastimentos que no irlos a buscar por tierra, pospuesto todo, me determiné de subir aquel río arriba, porque, demás de no poder buscar otra cosa sino buscar de comer para aquella gente, pudiera ser que Dios Nuestro Señor fuera servido que de allí se supiera algún secreto en que yo pudiera servir a vuestra majestad; y hice luego contar la gente que tenía para poder ir conmigo, y hallé hasta cuarenta españoles, aunque no todos muy sueltos, pero todos podían servir para quedar en guarda de los navíos cuando yo saltase en tierra; y con esta gente y con hasta cincuenta indios que conmigo habían quedado de los de Méjico (sic), me metí en el bergantín, que

---

ensenada o golfo en el Golfo de Honduras, designación caída en desuso por la más conocida del archipiélago colombiano. Más adelante en esta *Carta V* Cortés consigna la locación de la villa de la Natividad de Nuestra Señora en proximidad de la bahía de Sant Andrés, confirmando que esta bahía debió estar ubicada sobre la costa hondureña, en proximidad del actual Puerto Cortés, antiguamente llamado Puerto Caballos. Sobre la muerte de Cristóbal de Olid, más adelante en esta *Carta V* Cortés amplía el relato ya anticipado.

[100] Este río, que Cortés llama Apolochic y que en Guatemala se llama Polochic, tiene 194 km de largo y corre en dirección este, al norte del borde con Honduras; el Polochic cruza un valle profundo antes de echarse en el lago Izabel, localizado en latitud 15º 28' N. y desemboca en el mar Caribe.

ya tenía acabado, y en dos barcos y cuatro canoas, y dejé en aquel pueblo un despensero mío que tuviese cargo de dar de comer a aquellos enfermos que allí quedaban; y así seguí mi camino el río arriba con harto trabajo, por la gran corriente dél, y en dos noches y un día salí al primero de los dos golfos que arriba se hacen, que está hasta tres leguas de donde partí, el cual cogerá doce leguas, y en todo este golfo no hay población alguna, porque en torno dél es todo anegado; y navegué un día por este golfo hasta llegar a otra angostura que el río hizo, y entré por ella, y otro día por la mañana llegué al otro golfo, que era la cosa más hermosa del mundo de ver que entre las más áspera y agras sierras que puede ser estaba un mar tan grande que boja y tiene en su contorno más de treinta leguas, y fui por la una costa dél, hasta que ya casi noche se halló una entrada de camino, y a dos tercios de legua fui a dar en un pueblo, donde, según paresció, había sido sentido y estaba todo despoblado y sin cosa ninguna. Hallamos en el campo mucho maíz verde; y así que comimos aquella noche y otro día de mañana, viendo que allí no nos podíamos proveer de lo que veníamos a buscar, cargamos de aquel maíz verde para comer, y volvimos a las barcas, sin haber reencuentro ninguno ni ver gente de los naturales de la tierra; y embarcados, atravesé de la otra parte del golfo, y el camino nos tomó un poco de tiempo, que atravesamos con trabajo, y se perdió una canoa, aunque la gente fue socorrida con una barca, que no se ahogó sino un indio; y tomamos la tierra ya muy tarde, cerca de noche, y no podíamos saltar en ella hasta otro día por la mañana, que con las barcas y canoas subimos por un riatillo pequeño que allí estaba, y quedando el bergantín fuera fui a dar en un camino, y allí salté con treinta hombres y con todos los indios, y mandé volver las barcas y canoas al bergantín, e yo seguí aquel camino, y luego a un cuarto de legua de donde desembarqué, di en un pueblo que según pareció, había muchos días que estaba despoblado, porque las casas estaban todas llenas de hierba, aunque tenían muy buenas huertas de caguatales y otros árboles de fruta, y anduve por el pueblo buscando si había camino que saliese a alguna parte, y hallé uno muy cerrado, que parescía que había muchos tiempos que no se seguía; y como no hallé otro seguí por él, y anduve aquel día cinco leguas por unos montes, que casi todos los subíamos con manos y pies, según era cerrado, y fui a dar a una labranza de maizales, adonde, en una casita que en ella había, se tomaron tres mujeres y un hombre, cuya debía ser aquella labranza. Éstas nos guiaron a otra labranza, donde se tomaron otras dos mujeres, y guiáronnos por un camino hasta nos llevar adonde estaba otra gran labranza, y en medio della hasta cuarenta casillas muy pequeñas, que nuevamente parescían ser hechas, y según paresció fuimos sentidos antes que llegásemos, y toda la gente era huida por los montes; mas como se tomaron así de improviso no pudieron recoger tanto de lo que tenían que no nos dejasen algo, en especial gallinas, palomas, perdices, y faisanes, que tenían en jaulas, aunque maíz seco y sal no la hallamos. Allí estuve aquella noche, que remediamos alguna necesidad de el hambre que traíamos, porque hallamos maíz verde, con que comimos estas aves; y habiendo más de dos horas que estábamos dentro en aquel pueblezuelo, vinieron dos indios de los que vivían en él, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron tomados por las velas que yo tenía; y preguntados si sabían de algún pueblo por allí cerca, dijeron que sí, y que ellos me llevarían allá otro día, pero que habíamos de llegar ya casi noche. Otro día de mañana nos partimos con aquellos guías y nos llevaron por otro camino más malo que el del día

pasado; porque, demás de ser tan cerrado como él, a tiro de ballesta pasábamos un río, que iba a dar en aquel golfo, y deste gran ayuntamiento de aguas que bajan de todas aquellas sierras se hacen aquellos golfos y ciénagas, y sale aquel río tan poderoso a la mar, como a vuestra majestad he dicho; y así, continuando nuestro camino, anduvimos siete leguas sin llegar a poblado, en que se pasaron cuarenta y cinco ríos caudales, sin muchos arroyos que no se contaron, y en el camino se tomaron tres mujeres, que venían de aquel pueblo donde nos llevaba la guía, cargadas de maíz, las cuales nos certificaron que la guía nos decía verdad. E ya que el sol se quería poner, o era puesto, sentimos cierto ruido de gente y unos atabales, y pregunté a aquellas mujeres que qué era aquello y dijéronme que era cierta fiesta que hacían aquel día, y hice poner toda la gente en el monte lo mejor y más secretamente que yo pude, y puse mis escuchas casi junto al pueblo, y otras por el camino, por que si viniese algún indio lo tomasen; y así estuve toda aquella noche con la mayor agua que nunca se vido y con la mayor pestilencia de mosquitos que se podía pensar; y era tal el monte, y el camino, y la noche tan oscura y tempestuosa, que dos o tres veces quise salir para ir a dar en el pueblo, y jamás acerté a dar en el camino aunque estaríamos tan cerca del pueblo que casi oíamos hablar la gente dél; y así fue forzado esperar a que amaneciese, y fuimos tan a buen tiempo, que los tomamos a todos durmiendo.Yo había mandado que nadie entrase en casa ni diese voz, sino que cercásemos estas casas más principales, en especial la del señor, y una grande atarazana en que nos habían dicho aquellas guías que dormía toda la gente de guerra; y quiso Dios y nuestra dicha que la primera casa con que fuimos a topar fue aquella donde estaba la gente de guerra; y como hacía ya claro que todo se veía, uno de los de mi compañía, que vido tanta gente y armas, parecióle que era bien, según nosotros éramos pocos, y a él le parecían los contrarios muchos, aunque estaban durmiendo, que debía de invocar algún auxilio; e así comenzó a grandes voces a decir "Santiago, Santiago"; a las cuales los indios recordaron, y dellos acertaron a tomar las armas y dellos no; y como la casa donde estaban no tenía pared ninguna por ninguna parte, sino sobre postes armado el tejado, salían por donde querían, porque no la pudimos cercar toda; y certifico a vuestra majestad que si aquél no diera aquellas voces todos se prendieran sin se nos ir uno, que fuera la más hermosa cabalgada que nunca se vido en estas partes, y aun pudiera ser causa de mi venida a aquellas partes, y asegurándolos, y viendo que no les hacíamos mal, antes los soltábamos teniéndolos presos, pudiera ser que se hiciera mucho fruto; y así fue al revés. Prendimos hasta quince hombres y hasta veinte mujeres, y murieron otros diez o doce que no se dejaron prender, entre los cuales murió el señor sin ser conocido, hasta que después de muerto me lo mostraron los presos. Tampoco en este pueblo hallamos cosa que nos aprovechase; porque aunque hallábamos maíz verde, no era el bastimento que veníamos a buscar. En este pueblo estuve dos días por que la gente descansase, y pregunté a los indios que allí se prendieron si sabían de algún pueblo adonde hobiese bastimento de maíz seco, y dijéronme que sí, que ellos sabían un pueblo que se llamaba Chacujal, que era muy gran pueblo y muy antiguo y que era muy abastecido de todo género de bastimentos; y después de haberme estado aquí dos días, partíme, guiándome aquellos indios, para el pueblo que dijeron, y anduve aquel día seis leguas grandes, también de mal camino y de muchos ríos, y llegué a unas muy grandes labranzas, y dijéronme las guías que aquéllas eran del pueblo donde íbamos, y fuimos por

ellas bien dos leguas por el monte, por no ser sentidos, y tomáronse de leñadores y otros labradores que andaban por aquellos montes a caza ocho hombres, que venían muy seguros a dar sobre nosotros; y como yo llevaba siempre mis corredores delante, tomáronlos sin se ir ninguno; y ya que se quería poner el sol, dijéronme las guías que me detuviese, porque ya estábamos muy cerca del pueblo; y así lo hice, que estuve en un monte hasta que fue tres horas de la noche, y luego comencé a caminar, y fue a dar en un río que le pasamos a los pechos, e iba tan recio que fue harto peligroso pasar, sino que con ir asidos todos unos a los otros pasamos sin que nadie peligrase; y en pasando el río, me dijeron las guías que el pueblo estaba ya junto, y hice parar toda la gente, y fui con dos compañías hasta que llegué a ver las casas del pueblo, y aun oírles hablar, y parescióme que la gente estaba sosegada y que no éramos sentidos, y volvíme a la gente y hícelos que reposasen, y puse seis hombres a vista del pueblo de la una parte y de la otra del camino, y volvíme a reposar donde la gente estaba; e ya que me recostaba sobre unas pajas, vino una de las escuchas que tenía puestas y díjome que por el camino venía mucha gente con armas, y que venían hablando y como gente descuidada de nuestra venida; e apercibí la gente lo más paso que yo pude; y como el trecho de allí al pueblo era poco, vinieron a dar sobre las escuchas, y como las sintieron soltaron una rociada de flechas y hicieron mandado al pueblo; y así, se fueron retirando y peleando hasta que entramos en el pueblo, y como hacía oscuro, luego desaparecieron por entre las calles, y yo no consentí desmandar la gente porque era de noche y también porque creí que habíamos sido sentidos y que tenían alguna celada; y con mi gente junta salí a una gran plaza donde ellos tenían sus mezquitas y oratorios, y como vimos las mezquitas y los aposentos alrededor dellas a la forma y manera de Culúa, púsonos más espanto del que traíamos, porque hasta allí, después que pasamos de Aculan, no las habíamos visto de aquella manera; e hubo muchos votos de los de mi compañía en que decían que luego nos tornásemos a salir del pueblo y pasásemos aquella noche el río antes que los del pueblo nos sintiesen que éramos pocos y nos tomasen aquel paso; y en verdad no era muy mal consejo, porque todo era razón de temer, según lo que habíamos visto del pueblo; y así estuvimos recogidos en aquella gran plaza gran rato, que nunca sentimos rumor de gente, y a mí me pareció que no debíamos salir del pueblo de aquella manera; porque quizá los indios, viendo que nos deteníamos, ternían más temor, y que si nos viesen volver conocerían nuestra flaqueza y nos sería más peligroso; y así plugo a Nuestro Señor que fue, y después de haber estado en aquella plaza muy gran rato, recogíme con la gente a una gran sala de aquellas, y envié algunos que anduviesen por el pueblo, por ver si sentían algo, y nunca sintieron rumor; antes entraron en muchas de las casas dél, porque en todas había lumbre, donde hallaron mucha copia de bastimentos, y volvieron muy contentos y alegres, y así estuvieron allí aquella noche al mejor recaudo que fue posible. Luego que fue de día se buscó todo el pueblo, que era muy bien trazado, y las casas muy juntas y muy buenas, y hallóse en todas ellas mucho algodón hilado y por hilar y ropa hecha de la que ellos usan, buena, e mucha copia de maíz seco y cacao y frísoles, ají y sal, y muchas gallinas y faisanes en jaulas, y perdices y perros de los que crían para comer, que son asaz buenos, y todo género de bastimentos; tanto, que si tuviéramos los navíos donde lo pudiéramos meter en ellos, me tuviera yo por harto bien bastecido para muchos días; pero para aprovechar dellos habíamoslos de llevar veinte leguas

a cuestas, y estábamos tales que nosotros sin otra carga tuviéramos bien que hacer en volver al navío si allí no descansáramos algunos días. Aquel día envié un indio natural de aquel pueblo de los que habíamos prendido por aquellas labranzas, que paresció algo principal, según el hábito en que fue tomado, porque se tomó andando a caza con su arco y flechas, y su persona a su manera bien aderezada, y hablé-le con una lengua que llevaba, y díjele que fuese a buscar al señor y gente de aquel pueblo y que les dijese de mi parte que yo no venía a les hacer enojo ninguno, antes a les hablar cosas que a ellos mucho les convenía; y que viniesen el señor o alguna persona honrada del pueblo y que sabrían la causa de mi venida, y que fuesen ciertos que si viniesen se les seguiría mucho provecho, y por el contrario mucho daño; y así, le despaché con una carta mía, porque se aseguraban mucho con ellas en estas partes, aunque fue contra la voluntad de algunos de los de mi compañía, diciendo que no era buen consejo enviarle, porque manifestaría la poca gente que éramos, y que aquel pueblo era recio y de mucha gente, según paresció de las casas dél; y que podía ser que sabido cuán pocos éramos viniesen sobre nosotros, que juntasen consigo gentes de otros pueblos; e yo bien vi que tenían razón; mas con deseo de hallar alguna manera para nos poder proveer de bastimentos, creyendo que si aquella gente venía de paz me darían manera para llevar algunos, pospuse todo lo que se me pudiere ofrecer, porque en la verdad no era menos peligroso el que esperábamos de hambre si no llevábamos bastimentos que el que se nos podía recrecer de venir los indios sobre nosotros, y por esto todavía despaché el indio, y quedó que volvería otro día, porque sabía dónde podría estar el señor y toda la gente. Otro día después que se partió, que era el plazo a que había de venir, andando dos españoles rodeando el pueblo y descubriendo el campo hallaron la carta que le había dado puesta en el camino en un palo, donde teníamos por cierto que no terníamos respuesta, y así fue: que nunca vino el indio, él ni otra persona, puesto que estuvimos en aquel pueblo diez y ocho días descansando y buscando algún remedio, para llevar de aquellos bastimentos; y pensando en esto me paresció que sería bien seguir el río de aquel pueblo abajo para ver si entraba en el otro grande que entra en aquellos golfos dulces adonde dejé el bergantín y barcas y canoas, y preguntélo a aquellos indios que tenía presos, y dijeron que sí, aunque no los entendíamos bien, ni ellos a nosotros, porque son de lengua diferente de los que hemos visto. Por señas y por algunas palabras que de aquella lengua entendía, les rogué que dos dellos fuesen con diez españoles a mostrarles la salida de aquel río, y ellos dijeron que era muy cerca y que aquel día vovlerían, y así fue: que plugo a Nuestro Señor que, habiendo andado dos leguas por unas huertas muy hermosas de caguatales y otras frutas, dieron en el río grande y dijeron que aquél era el que salía a los golfos donde se había dejado el bergantín y barcas y canoas, y nombráronle por su nombre, que se llama Apolochic; y preguntéles en cuántos días iría desde allí en canoas hasta llegar a los golfos; dijéronme que en cinco días, y luego despaché dos españoles con una guía de aquéllos para que fuesen fuera de camino, porque la guía se me ofresció de los llevar así hasta el bergantín; y mandéles que el bergantín y barcas y canoas llegasen a la boca de aquel gran río, y que trabajasen con la una canoa y barca de subir el río arriba hasta donde salía el otro río; y despachados éstos hice hacer cuatro balsas de madera y cañas muy grandes; cada una llevaba cuarenta hanegas de maíz y diez hombres, sin otras muchas cosas de frísoles y ají y cacao, que cada uno de los españoles echaba en ellas;

y echas ya las balsas, que pasaron bien ocho días en hacellas, y puesto el bastimento para llevar, llegaron los españoles que había enviado al bergantín, los cuales me dijeron que había seis días que comenzaron a subir el río arriba y que no habían podido llegar la barca arriba, y que la dejaron cinco leguas de allí con diez españoles que la guardasen, y que con la canoa tampoco habían podido llegar porque venían muy cansados de remar, pero que quedaba una legua de allí escondida; y que viniendo el río arriba les habían salido algunos indios y peleado con ellos, anque habían sido pocos; pero que creían que para la vuelta que se habían de juntar a esperallos. Hice ir luego gente que subiese la canoa a do estaban las balsas, y puesto en ella todo el bastimento que habíamos recogido metí la gente que era menester para guiarnos con unas palancas grandes, para amparar de árboles que había en el río asaz peligrosos, y a la gente que quedó señalé un capitán y mandé que se fuesen por el camino que habíamos traído, y si llegasen primero que yo esperasen ellos donde habíamos desembarcado, e que yo iría allí a tomarlos, y que si yo llegase primero yo los esperaría; e yo metime en aquella canoa con las balsas con sólo dos ballesteros, que no tenía más. Aunque era el camino peligroso por la gran corriente y ferocidad del río, como porque se tenía por cierto que los indios habían de esperar al paso, quise yo ir allí porque hubiese mejor recaudo; y encomendándome a Dios me dejé el río abajo ir, y llevábamos tal andar que en tres horas llegamos donde había quedado la barca, y aun quisimos echar alguna carga en ella por aliviar las balsas. Era tanta la corriente que jamás pudieron parar, e yo metime en la barca, y mandé que la canoa, bien equipada de remeros, fuese siempre delante de las balsas para descubrir si hobiese indios en canoas y para avisar de algunos malos pasos, e yo quedé en la barca atrás de todos, aguardando a que pasasen todas las balsas delante, para que si alguna necesidad se les ofreciese los pudiese socorrer de arriba para abajo, mejor que de abajo para arriba; e ya que quería ponerse el sol la una de las balsas dio en un palo que estaba debajo del agua y trastornóla un poco, y la furia del agua la sacó, aunque perdió la mitad de la carga; e yendo nuestro camino tres horas ya de la noche, oí adelante gran grita de indios, y por no dejar las balsas atrás no me adelanté a ver qué era, y dende a un poco cesó y no se oyó más. A otro rato tornéla a oír y parescióme más cerca, y cesó, y tampoco pude saber qué cosa era, porque la canoa y las tres balsas iban delante, e yo quedaba con la balsa que no andaba tanto; e yendo ya algo descuidados, porque había rato que la grita no sonaba, yo me quité la celada que llevaba e me recosté sobre la mano, porque iba con gran calentura. E yendo así tomónos una furia de una vuelta del río, que por fuerza, sin poderlo resistir, dio con la barca y balsa en tierra, y, según paresció, allí habían sido dadas las gritas que habíamos oído; porque como los indios sabían el río, como criados en él, e nos traían espiados e sabían que forzado la corriente nos había de echar allí, estaban muchos dellos esperándonos a aquel paso, y como la canoa y balsas que iban delante habían dado donde nosotros después dimos, habíanlos flechado y herido a casi todos, auqnue con saber que veníamos atrás no se hobieron con ellos tan reciamente como después con nosotros, y nunca la canoa nos pudo avisar porque no pudo volver con la corriente; y como nosotros dimos en tierra, alzan muy gran alarido y echan tanta cantidad de flechas y piedras, que nos hirieron a todos, y a mí me hirieron en la cabeza, que no llevaba otra cosa desarmada, y quiso Nuestro Señor que allí era una barranca alta y hacía el río gran hondura, y a esta causa no fuimos tomados,

porque algunos que se quisieron arrojar a saltar en la balsa y barca con nosotros no les fue bien: que como era noche oscura, cayeron al agua, y creo que escaparon pocos. Fuimos tan presto apartados dellos, con la corriente, que en poco rato casi no los oíamos; y ansí anduvimos casi toda aquella noche, sin hallar mas reencuentros sino algunas gritillas que unas veces nos daban de lejos y otras desde las barrancas del río; porque está todo de la una parte y de la otra poblado y de muy hermosas heredades de huertas de cacao y de otras frutas; y cuando amaneció estábamos hasta cinco leguas de la boca del río que sale al golfo, donde nos estaba esperando el bergantín, y llegamos aquel día casi a mediodía; de manera que en un día entero y una noche anduvimos veinte leguas grandes por aquel río abajo; y queriendo descargar las balsas para echar los bastimentos en el bergantín, hallamos que todo lo más dello venía mojado; y viendo que si no se enjugaba se perdería todo y nuestro trabajo sería perdido, y no teníamos donde buscar otro remedio, hice escoger todo lo enjuto y metílo en el bergantín, y lo mojado echarlo en las dos barcas y dos canoas, y enviélo a más andar al pueblo para que lo enjugasen, porque en todo aquel golfo no había dónde, por ser todo anegado; y así se fueron, y mandéles que luego volviesen las barcas y canoas a ayudarme a llevar la gente, porque el bergantín y una canoa que quedaba no podían llevar toda la gente; y partidas las barcas y canoas yo me hice a la vela y me fui adonde había de esperar la gente que venía por tierra, y esperéla tres días, y a cabo déstos llegaron muy buenos, excepto un español que dijeron haber comido en el camino ciertas hierbas y murió casi súpitamente; trujeron un indio que tomaron en aquel pueblo donde yo les dejé, que venía descuidado, y porque era diferente de los de aquella tierra así en lengua como en hábito le pregunté casi por señas, y porque entre los indios presos se halló uno que le entendía, y dijo ser natural de Teculutlán; y como yo oí el nombre del pueblo, parescióme que lo había oído decir otras veces; y desque llegué al pueblo miré ciertas memorias que yo tenía y hallé ser verdad que le había oído nombrar, y paresció por allí no haber de traviesa de donde yo llegué a la otra mar del Sur, adonde yo tengo a Pedro de Albarado, sino setenta y ocho leguas. Porque por aquellas memorias me parescía haber estado españoles de la compañía de Pedro de Albarado en aquel pueblo de Teculutlán, y aun el indio así lo afirmaba, holgué mucho de saber aquella traviesa.[101] Venida toda la gente, porque las barcas no venían allí, gastamos aquel poco de bastimento que había quedado enjuto, e metimos todos en el bergantín con harto trabajo, que no cabíamos, con pensamiento de atravesar al pueblo donde primero habíamos saltado, porque los maizales habíamos dejado muy granados, y había ya más de veinte y cinco días, y de razón habíamos de hallar mucho dello seco para podernos aprovechar; y así fue, y yendo una mañana en mitad del golfo, vimos las barcas que venían, y fuímonos todos juntos allí; y en saltando en tierra, fue toda la gente, españoles como indios nuestros amigos, y más de cuarenta indios de los presos, al pueblo, y hallaron muy buenos maizales, y muchos dellos secos, y no hallaron quien se lo defendiese, y cristianos e indios hicieron aquel día cada tres caminos, porque era muy cerca, con que cargué el bergantín y barcas y fuime con ello al pueblo, y dejé allí toda la gen-

[101] Después de la conquista de Tenochtitlán y de su reconstrucción, Cortés se dedicó a explorar la costa occidental, con miras a hallar el pasaje al Pacífico, como afirma en la *Carta IV*, 112 y reitera aquí, con la referencia a la expedición a Guatemala de Pedro de Alvarado.

te acarreando maíz, y enviéles luego las dos barcas, y otra que había aportado allí de un navío que se había perdido en la costa viniendo a esta Nueva España, y cuatro canoas, y en ellas se vino toda la gente y trajeron mucho maíz; y fue éste tan gran remedio, que dio bien el fruto del trabajo que costó, porque a faltarnos, todos pereciéramos de hambre, sin tener ningún remedio. Hice luego meter todos aquellos bastimentos en los navíos, y metíme en ellos con toda la gente que en aquel pueblo había de la de Gil González [de Ávila], que habían quedado conmigo de mi compañía, y me hice a la vela a… días del mes de…,[102] y fuime al puerto de la bahía de Sant Andrés, echando primero en una punta toda la gente que pudo andar, con dos caballos que yo había dejado para llevar conmigo en los navíos, para que se fuesen por tierra al dicho puerto y bahía, adonde había de hallar o esperar a la gente que había de venir de Naco,[103] porque ya se había andado aquel camino, y en los navíos no podíamos ir sino a mucho peligro porque íbamos muy abalumbados, y envié por la costa una barca para que los pasase ciertos ríos que había en el camino,[104] y yo llegué a dicho puerto, y hallé que la gente que había de venir de Naco había dos días que era llegada; de los cuales supe que todos los demás estaban buenos y que tenían mucho maíz y ají y muchas frutas de la tierra, excepto que no tenían carne ni sal, que había dos meses que no sabían qué cosa era; yo estuve en este puerto veinte días proveyendo de dar orden en lo que aquella gente que estaba en Naco había de hacer, y buscando algún asiento para poblar en aquel puerto, porque es el mejor que hay en toda la costa descubierta desta Tierra Firme, digo desde las Perlas hasta la Florida; y quiso Dios que le hallé bueno y a propósito, y hice buscar ciertos arroyos, y aunque con poco aderezo, se encontró a una y a dos leguas del asiento del pueblo buena muestra de oro; y por esto y por ser el puerto tan hermoso y por tener tan buenas comarcas y tan poblado, parescióme que vuestra majestad sería muy servido en que se poblase, y luego envié a Naco, donde la gente estaba, a saber si había algunos que allí quisiesen quedar por vecinos; y como la tierra es buena, halláronse hasta cincuenta y aun algunos y los más de los vecinos que habían ido en mi compañía; y así, en nombre de vuestra majestad fundé allí una villa que, por ser el día en que se empezó a talar el asiento, de la Natividad de Nuestra Señora, le puse a la villa aquel nombre, y señalé alcaldes y regidores, y dejéles clérigos y ornamentos y todo lo necesario para celebrar, y dejé oficiales mecánicos, así como herrero con muy buena fragua, y carpintero y calafate y barbero y sastre; quedaron entre estos vecinos veinte de caballo y algunos ballesteros; dejéles también cierta artillería y pólvora. Cuando a aquel pueblo llegué y supe de aquellos españoles que habían venido de Naco que los naturales de

[102] Considerando que Cortés se refiere, un poco más adelante, a la fundación de la villa de la Natividad de Nuestra Señora en honor del día del nacimiento de la Virgen María, o sea el 8 de septiembre, podemos calcular que el mes de esta fecha sea el de agosto, a mediados del mes y el año debe ser 1525, pues más adelante en esta misma carta, se refiere a la fecha de abril de 1526.

[103] Naco, hoy cerca de San Pedro, en el noreste de Honduras, cerca del límite con Guatemala, borde que en tiempos de Cortés no existía pues toda la region pertenecía a la Nueva España. Las divisiones administrativas coloniales vinieron luego y, con las guerras de independencia, desde 1821, los límites territoriales de las repúblicas de América Central se han modificado.

[104] Uno de esos ríos es el Polochic, que ya hemos descrito, y cuya boca termina en el mar Caribe, al sureste de Guatemala.

> aquel pueblo y de los otros a él comarcanos estaban todos alborotados y fuera de sus casas por las sierras y montes, que no se querían asegurar, aunque habían hablado a algunos dellos, por el temor que tenían de los daños que habían recebido de la gente [que] Gil González y Cristóbal de Olid llevaron, escribí al capitán que allí estaba que trabajase mucho de haber algunos dellos, de cualquier manera que fuese, y me los enviase para que yo los hablase y asegurase; y así lo hizo, que me envió ciertas personas que tomó en una entrada que hizo, e yo les hablé e aseguré mucho, y hice que les hablasen algunas personas principales de los de aquí de Méjico (sic), que yo conmigo llevé, e les hicieron saber quién yo era y lo que había hecho en su tierra y el buen tratamiento que de mí todos recebían después que fueron mis amigos, y cómo eran amparados y mantenidos en justicia ellos y sus haciendas e hijos y de vuestra majestad, y otras muchas cosas que les dijeron, de que se aseguraron mucho; aunque todavía me dijeron que tenían temor que no sería verdad lo que les decían, porque aquellos capitanes que antes de mí habían ido les habían dicho aquellas palabras y otras que después les habían mentido y les habían llevado las mujeres que ellos daban para que les hiciesen pan, y los hombres que les traían para que les llevasen sus cargas, y que así creían que haría yo; pero todavía, con la seguridad de aquellos de Méjico (sic) les dieron y la lengua que yo conmigo traía, y como les vieron a ellos bien tratados y alegres de nuestra compañía, se aseguraron algún tanto, y los envié para que hablasen a los señores y gente de los pueblos, y de ahí a pocos días me escribió el capitán que ya había[n] venido de paz algunos de los pueblos comarcanos, en especial los más principales, que son aquel de Naco, donde están aposentados, y Quimistlán e Sula y Cholome, que el que menos déstos tiene por más de dos mil casas, sin otras aldeas que cada uno tiene subjectas a sí, e que habían dicho que luego vernía toda la tierra de paz, porque ya ellos les habían enviado mensajeros asegurándolos y haciéndoles saber cómo yo estaba en la tierra, y todo lo que yo les había dicho e habían oído a los naturales de Méjico (sic), y que deseaban mucho que yo fuese allá, porque yendo yo se aseguraría más la gente; lo cual yo hiciera de buena voluntad, sino que me era muy necesario pasar adelante a dar orden en lo que en este capítulo siguiente a vuestra majestad haré relación (*Carta V*, 135-139).

En esta sección de la Carta V, Cortés, al oír el nombre del pueblo de Teculutlán, declara que fue a ver unas notas sobre el mismo, porque estaba seguro que ya lo había visto. Así pudo calcular la distancia que de allí le separaba de su lugarteniente Pedro de Alvarado, que en esos momentos se encontraba en Guatemala, al noroeste, a unas setenta y ocho leguas, sobre el océano Pacífico. Esta carta, más que otras, contiene descripciones de navegaciones en ríos inexplorados, como el Polochic, en una región al norte de Honduras; la corriente rápida de este río hace que las cuatro balsas en que Cortes trae víveres y pertrechos y sobre las que navegan sus cuarenta hombres, distribuidos en grupos de diez por balsa, tengan dificultad en salvar los escollos que sobresalen en el lecho del río y los gruesos troncos de árboles que flotan con gran rapidez en las aguas. Para hacer esta navegación más peligrosa, y a pesar de la obscuridad de la noche, los indios hostiles disparan flechas

con sus arcos y piedras con sus hondas, hiriendo a todos los tripulantes de las balsas, incluyendo a Cortés que distraídamente se ha quitado el casco por padecer fiebre. El peligro es aún mayor cuando las balsas llegan a un codo del río donde la corriente las arrastra contra la orilla, pues allí los indios, que están al asecho allí, tratan de arrancar a los tripulantes de las balsas, pero, gracias a la obscuridad, cuando saltan en el agua la corriente se los lleva. Varios episodios de esta exploración en Honduras describen por primera vez para el público europeo el hombre blanco que se enfrenta a los elementos que en el nuevo mundo adquirieron proporciones no experimentadas antes, como los ríos caudalosos con corrientes rápidas que atravesaban territorios hostiles, donde el hombre estaba expuesto a ser blanco de las saetas y las hondas de los indios. Cortés, además de una narración histórica fundacional, nos ha dejado muchas páginas que se leen aún hoy con placer y suspense, por las aventuras de los conquistadores. Su obra se debe considerar entre los iniciadores de un género de literatura de aventuras que floreció sobre todo en los siglos XVIII y XIX y que, en tiempos más modernos, la industria cinematográfica hollywoodiana ha enriquecido con las historias de la conquista del oeste norteamericano. Otro aspecto importante de esta carta es la atención que Cortés dedica a la fundación de la villa de la Natividad de Nuestra Señora, cerca del río Polochic. Después de consultar con su gente, Cortés los reúne, hombres, mujeres, europeos e indios, y, actuando en la mejor tradición de los pioneros que enriquecen las historias del género de aventuras, nos cuenta: "señalé alcaldes y regidores y dejéles clérigos y ornamentos y todo lo necesario para celebrar, y dejé oficiales mecánicos, así como herreros con muy buena fragua, y carpintero y calafate y barbero y sastre; quedaron entre estos vecinos veinte de caballo y algunos ballesteros y dejéles tambiés cierta artillería y pólvora".

La saga de Cristóbal de Olid y la conquista de Honduras

> Cuando yo, invictísimo César, llegué a aquel pueblo de Nito, donde hallé aquella gente de Gil González perdida, supe dellos que Francisco de las Casas, a quien yo envié a saber de Cristóbal de Olid, como ya a vuestra majestad por otras le he hecho saber, hasta dejado sesenta leguas de allí la costa abajo, en un puerto que los pilotos llaman de las Honduras, ciertos españoles y que cierto estaban allí poblados, y luego que llegué a este pueblo y bahía de Sant Andrés, donde en nombre de vuestra majestad está fundada la villa de la Natividad de Nuestra Señora, en tanto que yo me detenía en dar orden en la población y fundamento della, y en dar asimismo orden al capitán y gente que estaba en Naco de lo que habían de hacer para la pacificación y seguridad de aquellos pueblos, envié al navío que yo compré, para que fuese al dicho puerto de Honduras a saber de aquella gente y volviese con la nueva que hallase; e ya que en las cosas de allí yo había dado orden, llegó el dicho navío de vuelta, y vinieron en él el procurador del pueblo y un regidor

que rogaron mucho que yo fuese a remediarlos porque tenían muy extrema necesidad, a causa que el capitán que Francisco de las Casas les había dejado, y un alcalde, que él asimismo dejó nombrados, se habían alzado con un navío y llevádoles, de ciento e diez hombres, los cincuenta que eran, e a los que habían quedado les habían llevado las armas y herraje y todo cuanto tenían, e que temían cada día que los indios los matasen, o de morirse de hambre por no lo poder buscar, y que un navío que un vecino de la isla Española, que se dice el bachiller Pedro Moreno, traía aportó allí, e le rogaron que les proveyese, e que no había querido, como sabría más largamente después que fuese al dicho su pueblo; y por remediar esto me torné a embarcar en los dichos navíos con todos aquellos dolientes, aunque ya algunos eran muertos, para los enviar dende allí, como después los envié, a las islas y a esta Nueva España, metí conmigo algunos criados míos, y mandé que por tierra se viniesen veinte de caballo y diez ballesteros, porque supe que había buen camino, aunque había algunos ríos de pasar, y estuve en llegar nueve días, porque tuve algunos contrastes de tiempo; y echando el ancla en el dicho puerto de Honduras, salté en una barca con dos frailes de la orden de Sant Francisco, que conmigo siempre he traído, y con hasta diez criados míos, y fui a tierra, e ya toda la gente del pueblo estaba en la plaza esperándome, y como llegué cerca, entraron todos en el agua, y me sacaron de la barca en peso, mostrando mucha alegría con mi venida, y juntos nos unimos al pueblo y a la iglesia que allí tenían: y después de haber dado gracias a Nuestro Señor me rogaron que me sentase, porque me querían dar cuenta de todas las cosas pasadas, porque creían que yo ternía enojo dellos por alguna mala relación que me hobiesen hecho, y que querían hacerme saber la verdad antes que por aquella los juzgase; y yo lo hice como me lo rogaron; y comenzada la relación por un clérigo que allí tenían, a quien dieron la mano que hablase, propuso en la manera que se sigue:

"Señor: ya sabéis cómo desde la Nueva España enviaron a todos o los más de los que aquí estamos con Cristóbal de Olid, vuestro capitán, a poblar en nombre de su majestad estas partes, y a todos nos mandastes que obedesciésemos a el dicho Cristóbal de Olid en todo lo que nos mandase, como a vuestra persona, y así salimos con él para ir a la isla de Cuba a acabar de tomar algunos bastimentos y caballos que nos faltaban, y llegados a La Habana, que es un puerto de la dicha isla, se carteó con Diego Velázquez, y con los oficiales de su majestad que en aquella isla residen, y le enviaron alguna gente, y después de bastecidos de todo lo que hobimos menester, que nos lo dio muy cumplidamente Alonso de Contreras, vuestro criado, nos partimos y seguimos nuestro viaje. Dejadas algunas cosas que nos acaecieron en el camino, que serían largas de contar, llegamos a esta costa, catorce leguas abajo del puerto de Caballos, y luego como saltamos en tierra, el dicho capitán Cristóbal de Olid tomó la posesión della por vuestra merced, en nombre de su majestad, y fundó en ella una villa con los alcaldes y regidores que de allá venían, y hizo ciertos autos así en la posesión como en la población de la villa, todos en nombre de vuestra merced, y como su capitán y teniente, y de allí a algunos días juntóse con aquellos criados de Diego Velázquez que con él vinieron, y hizo allá ciertas formas, en que luego se mostró fuera de la obediencia de vuestra merced; y aunque a algunos nos paresció mal, o a los más, no le osábamos contradecir porque amenazaban con la horca; antes dimos consentimiento a todo lo que él quiso, y aun ciertos criados y parientes de vuestra merced que con él vinieron hicie-

ron lo mesmo, porque no osaron hacer otra cosa ni les cumplía; y hecho esto, porque supo que cierta gente del capitán Gil González de Ávila había de ir donde él estaba, que lo supo de seis hombres mensajeros que le prendió, se fue a poner en un paso de un río por donde habían de pasar, para los prender, y estuvo allí algunos días esperándolos; y como no venían dejó allí recaudo con un maestro de campo, y él volvió al pueblo, y comenzó a aderezar dos carabelas que allí tenía, y metió en ellas artillería y munición para ir sobre un pueblo de españoles que el dicho capitán Gil González tenía poblado, la costa arriba; y estando aderezando su partida llegó Francisco de las Casas con dos navíos; y como supiera que era él, mandó que le tirasen con el artillería que tenía en las naos; y puesto que el dicho Francisco de las Casas alzó banderas de paz y daba voces diciendo que era de vuestra merced, todavía mandó que no cesasen de tiralle, y surto, le tiraron diez o doce tiros, en que el uno dio por un costado del navío, que pasó de la otra parte; y como el dicho Francisco de las Casas conosció su mala intención y paresció ser verdad la sospecha que dél se tenía, y echó las barcas fuera de los navíos, e gente en ellas, y comenzó a jugar con su artillería, y tomó los dos navíos que estaban en el puerto, con toda la artillería que tenían, y la gente salióse huyendo a tierra; y tomados los navíos, luego el dicho Cristóbal de Olid comenzó a mover partidos con él, no con voluntad de cumplir nada, sino por detenelle hasta que viniese la gente que había dejado aguardando para prender a los de Gil González, creyendo de engañar al dicho Francisco de las Casas; y el dicho Francisco de las Casas, con buena voluntad hizo todo lo que él quería; y así, estuvo con él en los tratos, sin concluir cosa, hasta que vino un tiempo muy recio; y como allí no era puerto, sino costa brava, dio con el navío del dicho Francisco de las Casas a la costa, y ahogáronse treinta y tantos hombres y perdióse cuanto traían. Él y todos los demás escaparon en carnes y tan maltratados de la mar que no se podían tener, y Cristóbal de Olid los prendió a todos, y antes que entrasen en el pueblo los hizo jurar sobre unos Evangelios que le obedecerían y ternían por su capitán y nunca serían contra él. Estando en esto, vino la nueva cómo su maestre de campo había prendido cincuenta y siete hombres que íban con un alcalde mayor del dicho Gil González de Ávila, y que después los habían tornado a soltar, y ellos se habían ido por una parte y él por otras; desto recibió mucho enojo, y luego se fue la tierra adentro a aquel pueblo de Naco, que ya otra vez él había estado en él, y llevó consigo al dicho Francisco de las Casas y a algunos que con él prendió, y otros dejó allí en aquella villa con un su lugarteniente e un alcalde, e muchas veces el dicho Francisco de las Casas le rogó en presencia de todos que le dejase ir adonde vuestra merced estaba, a darle cuenta de lo que había acaescido, o que pues no le dejaba, que le hobiese a buen recaudo y que no se fiase dél, e nunca jamás le quiso dar licencia. Después de algunos días supo que el capitán Gil González de Ávila estaba con poca gente en un puerto que se dice Cholome, y envió allá cierta gente, y dieron sobre él de noche, y prendiéronle a él y los que con él estaban, y trajéronselos presos, y allí los tuvo a ambos capitanes muchos días sin los querer soltar, aunque muchas veces se lo rogaron, e hizo jurar a toda la gente del dicho Gil González que le ternían por capitán, de la manera que había hecho a los de Francisco de las Casas; y muchas veces, después de preso el dicho Gil González, le tornó a decir el dicho Francisco de las Casas en presencia de todos que los soltase, si no, que se guardase dellos, que lo habían de matar, y nunca jamás quiso; hasta que, viendo ya

su tiranía tan conoscida, estando una noche hablando en una sala todos tres, y mucha gente con ellos, sobre ciertas cosas, le asió por la barba, y con un cuchillo de escribanías, que otra arma no tenía, con que se andaba cortando las uñas paseándose, le dio una cuchillada diciendo: "Ya no es tiempo de sufrir más este tirano." Y luego saltó con él el dicho Gil González y otros criados de vuestra merced, y tomaron las armas a la gente que tenían de su guarda y a él le dieron ciertas heridas, y al capitán de la guardia y al alférez y al maestro de campo y otras gentes que acudieron de su parte los prendieron luego y tomaron las armas, sin haber ninguna muerte, y el dicho Cristóbal de Olid, con el ruido, se escapó huyendo y se escondió, y en dos horas los dos capitanes tenían apaciguada la gente y presos a los principales de sus secuaces, y hicieron dar un pregón que quien supiese de Cristóbal de Olid lo viniese a decir, so pena de muerte; y luego supieron dónde estaba, y le prendieron y pusieron a buen recaudo, y otro día por la mañana, hecho su proceso contra él, ambos los capitanes juntamente los sentenciaron a muerte, la cual ejecutaron en su persona cortándole la cabeza, y luego quedó toda la gente muy contenta viéndose en libertad, y mandaron pregonar que los que quisiesen quedar a poblar la tierra lo dijesen, y los que quisiesen irse fuera della, asimismo; y halláronse ciento y diez hombres que dijeron que querían poblar, y los demás todos dijeron que se querían ir con Francisco de las Casas y Gil González, que iban adonde vuestra merced estaba; y había entre éstos veinte de caballo, y desta gente fuimos los que en esta villa estamos, y luego el dicho Francisco de las Casas nos dio todo lo que hobimos menester, y nos señaló un capitán, y nos mandó venir a esta costa y que en ella poblásemos por vuestra merced en nombre de su majestad, y señaló alcaldes y regidores y escribano y procurador del concejo de la villa, y alguacil, y mandónos que se nombrase la villa de Trujillo, y prometiónos y dio su fe como caballero que él haría que vuestra merced nos proveyese muy brevemente de más gente y armas y caballos y bastimentos y todo lo necesario para apaciguar la tierra, y dionos dos lenguas, una india y un cristiano, que muy bien la sabían; y así, partimos dél para venir a hacer lo que él nos mandó; y para que más brevemente vuestra merced lo supiese, despachó un bergantín porque por la mar llegaría más aína la nueva y vuestra merced nos proveería más presto y llegados al puerto de Sant Andrés o de Caballos, hallamos allí una carabela que había venido de las islas, y porque allí en aquel puerto no nos pareció que había aparejo para poblar y teníamos noticia deste puerto, fletamos la dicha carabela para traer en ella el fardaje, y metímoslo todo, y metióse con ello el capitán, y con él cuarenta hombres, y quedamos por tierra todos los de caballo y la otra gente, sin traer más de sendas camisas, por venir más livianos y desembarazados por si algo nos acaeciese por el camino; y el capitán dio su poder a uno de los alcaldes, que es el que aquí está, a quien mandó que obedeciésemos en su ausencia, porque el otro alcalde se iba con él en la carabela; y así, nos partimos los unos de los otros para nos venir a juntar a este puerto, y por el camino se nos ofrecieron algunos reencuentros con los naturales de la tierra, y nos mataron dos españoles y algunos de los indios que traíamos de nuestro servicio. Llegados a este puerto harto destrozados y desherrados los caballos, pero alegres creyendo hallar al capitán y nuestro fardaje y armas, que habíamos enviado en la carabela, e no hallamos cosa ninguna; que nos fue harta fatiga, por vernos así desnudos y sin armas y sin herraje, que todo nos lo había llevado el capitán en la carabela, y estuvimos con harta perplejidad, no sabiendo qué

nos hacer. En fin acordamos esperar el remedio de vuestra merced, porque le teníamos por muy cierto, y luego asentamos nuestra villa, y se tomó la posesión de la tierra por vuestra merced en nombre de su majestad, y así se asentó por auto, como vuestra merced lo verá, ante el escribano del cabildo, y desde ahí a cinco o seis días amanesció en este puerto una carabela surta bien dos leguas de aquí, y luego fue el alguacil en una canoa allá a saber qué carabela era, y trájonos nueva cómo era un bachiller Pedro Moreno, vecino de la isla Española, que venía, por mandato de los jueces que en la dicha isla residen, a estas partes a entender en ciertas cosas entre Cristóbal de Olid y Gil González, y que traía muchos bastimentos y armas en aquella carabela, y que todo era de su majestad. Fuimos todos muy alegres con esta nueva, y dimos muchas gracias a Nuestro Señor, creyendo que éramos remediados de nuestra necesidad, y luego fue allá el alcaide y los regidores y algunos de los vecinos para les rogar que nos proveyese y contarle nuestra necesidad; y como allá llegaron púsose su gente armada en la carabela, y no consintió que ninguno entrase dentro; y cuando mucho se acabó con él, fue que entrasen cuatro o cinco sin armas, y así entraron, y ante todas cosas le dijeron cómo estaban aquí poblados por vuestra merced en nombre de su majestad, y que a causa de habérsenos ido en una carabela el capitán con todo lo que teníamos estábamos con muy gran necesidad, así de bastimentos, armas, herrajes, como de vestidos y otras cosas, y que pues Dios le había traído allí para nuestro remedio y lo que tenía era de su majestad, que le rogábamos y pedíamos nos proveyese, porque en ello se serviría su majestad, y demás nosotros nos obligaríamos a pagar todo lo que nos diese; y él nos respondió que él no venía a proveernos ni nos daba cosa de lo que traía si no se lo pagásemos luego en oro o le diésemos esclavos de la tierra en precio. Y dos mercaderes que en el navío venían, y un Gaspar Troche, vecino de la isla de San Juan, le dijeron que nos diese todo lo que le pediésemos y que ellos se obligarían de lo pagar al plazo que quisiese, hasta en cinco o seis mil castellanos, pues sabía que eran abonados para lo pagar, y que ellos querían hacer esto, porque en ello servían a su majestad, y tenían por cierto que vuestra merced se lo pagaría, demás de agradecérselo; e ni por esto nunca jamás quiso darnos la menor cosa del mundo; antes nos dijo que nos fuésemos con Dios, que él se quería ir; y así, nos echó fuera de la carabela, y echó fuera tras nosotros a un Juan Ruano que traía consigo, el cual había sido el principal movedor de la traición de Cristóbal de Olid, y que habló secretamente al alcaide y a los regidores y a algunos de nosotros, y nos dijo que si hiciésemos lo que él nos dijese que él haría que el bachiller nos diese todo lo que hobiésemos menester, y aun que haría con los jueces que residen en la Española que no pagásemos nada de lo que él nos diese, y que él volvería a la Española y haría a los dichos jueces que nos proveyesen de gente, caballos, armas y bastimentos y de todo lo necesario, y que volvería el dicho bachiller muy presto con todo esto y con poder de los dichos jueces para ser nuestro capitán; y preguntado qué era lo que habíamos de hacer, dijo que ante todas las cosas reponer los oficios reales que tenía el alcaide y los regidores y tesorero y contador y veedor que habían quedado en nombre de vuestra merced, y pedir al dicho bachiller que nos diese por capitán al dicho Juan Ruano, y que queríamos estar por los jueces y no por vuestra merced; y que todos formásemos este pedimento y jurásemos de obedecer y tener al dicho Juan Ruano por nuestro capitán y que si alguna gente o mandado de vuestra merced viniese que no le obedeciésemos, y que si en algo se

pusiese que lo resistiésemos con mano armada. Nosotros le respondimos que no se podía hacer porque habíamos jurado otra cosa, y que nosotros por su majestad estábamos y por vuestra merced en su nombre, como su capitán y gobernador, y que no haríamos otra cosa. El dicho Juan Ruano nos tornó a decir que terminásemos de lo hacer o dejarnos morir, que de otra manera que el bachiller no nos daría ni un jarro de agua, y que supiésemos cierto que en sabiendo que no lo queríamos hacer se iría y nos dejaría así perdidos; por eso, que mirásemos bien en ello. Y así, nos juntamos, y constreñidos de gran necesidad acordamos de hacer todo lo que él quisiese, por no morirnos o que los indios no nos matasen, estando, como estábamos, desarmados; y respondimos al dicho Juan Ruano que nosotros éramos contentos de hacer todo lo que él decía; y con esto se fue a la carabela, y salió el dicho bachiller en tierra con mucha gente armada, y el dicho Juan Ruano ordenó el pedimento para que le pidiésemos por nuestro capitán, y todos o los más lo firmamos y le juramos, y el alcaide y regidores, tesorero y contador y veedor dejaron sus oficios, y quitó el nombre a la villa y le puso la villa de la Ascensión, y hizo ciertos autos como quedábamos por los jueces y no por vuestra merced, y luego nos dio todo cuanto le pedimos, y hizo una entrada, y trujimos cierta gente, los cuales se herraron por esclavos y él se los llevó; y aunque no quiso que se pagase dellos quinto a su majestad y mandó que para los derechos reales no hobiese tesorero ni contador ni veedor, sino que el dicho Juan Ruano, que nos dejó por capitán, lo tomase todo en sí, sin otro libro ni cuenta ni razón; y así, se fue, dejándonos por capitán al dicho Juan Ruano, y dejándonos cierta forma de requerimiento que hiciese si alguna gente de vuestra merced aquí viniese, y prometiónos que muy presto volvería con mucho poder que nadie bastase a resistille; y después dél ido, viendo nosotros que lo hecho no convenía a servicio de su majestad y que era dar causa a más escándalos de los pasados, prendimos al dicho Juan Ruano y lo enviamos a las islas, y el alcaide y regidores tornaron a usar sus oficios como de primero; y así hemos estado y estamos por vuestra merced en nombre de vuestra majestad; y os pedimos, señor, que las cosas pasadas con Cristóbal de Olid nos perdonéis, porque también fuimos forzados como estotra."

Yo les respondí que las cosas pasadas con Cristóbal de Olid yo se las perdonaba en nombre de vuestra majestad, y que en lo que agora habían hecho no tenían culpa, pues por necesidad habían sido constreñidos; y que de aquí adelante no fuesen autores de semejantes novedades ni escándalos, porque dello vuestra majestad se deserviría y ellos serían castigados por todo. Y porque más cierto creyesen que las cosas pasadas yo olvidaba y que jamás ternía memoria dellas, antes en nombre de vuestra majestad los ayudaría y favorescería en lo que pudiese, haciendo ellos lo que deben como leales vasallos de vuestra majestad, que yo en su real nombre les confirmaba los oficios de alcaldías y regimientos que Francisco de las Casas, en mi nombre, como mi teniente, les había dado: de que ellos quedaron muy contentos, y aun harto sin temor que les serían demandadas sus culpas. Y porque me certificaron que aquel bachiller Moreno vernía muy presto con mucha gente y despachos de aquellos jueces que residen en la isla Española, por entonces no me quise apartar del puerto para entrar la tierra adentro; pero informado de los vecinos, supe de ciertos pueblos de los naturales de la tierra, que están a seis y a siete leguas desta villa, y dijéronme que habían habido con ellos ciertos reencuentros yendo a buscar de comer, y que algunos dellos

> parescía que si tuvieran lengua con que se entender con ellos se apaciguaran, porque por señas habían conoscido dellos buena voluntad: aunque ellos no les habían hecho buenas obras, antes, salteándolos, les habían tomado ciertas mujeres y muchachos, las cuales aquel bachiller Moreno había herrado por esclavos y llevádolos en su navío; de que Dios sabe cuánto me pesó, porque conoscí el gran daño que de allí se seguiría; y en los navíos que envié allá lo escrebí a aquellos jueces, y les envié muy larga probanza de todo lo que aquel bachiller en esta villa había hecho, y con ella una carta de justicia, requiriéndole de parte de vuestra majestad me enviasen aquí aquel bachiller preso y a buen recaudo, y con él a todos los naturales desta tierra que había llevado por escalvos, pues había sido de hecho contra todo derecho como verían por la probanza que dello les enviaba. No sé lo que harán sobre ello; lo que me respondieren haré saber a vuestra majestad (*Carta V*, 139-142).

En esta sección Cortés cita a un clérigo de la villa del Nacimiento de Nuestra Señora que da una relación detallada de la rebelión de Cristóbal de Olid y de su muerte, a manos de Francisco de las Casas y Gil González de Ávila y del papel que el gobernador de Cuba Diego Velázquez había tenido en la rebelión de Olid contra Cortés. Después de la muerte de Olid, Fraqncisco de Las Casas y Gil González ayudan a unos ciento diez hombres a fundar la villa de Trujillo, para los cuales el capitán designado decide cargar el bastimento y las armas en la carabela, con unos cuarenta hombres y, después de concordar cita en un puerto, donde deberá surgir la villa de Trujillo, sale al mar sin mantener su palabra. Los sobrevivientes de la expedición de Olid temen perecer de hambre, o a manos de los indios, por no poderse defender. En esta situación desesperada llega una carabela, al mando del bachiller Pedro Moreno. Pero en vez de socorrer a los sobrevivientes extenuados y enfermos, Moreno les impone como capitán un tal Ruano, hombre cruel y tiránico, que se aprovecha de los sobrevivientes, obligándolos a ser sus esclavos y a cazar indios para llevarlos a Moreno. Cansados de esa nueva tiranía, los sobrevivientes prenden a Ruano y lo envían en grillos a las islas. Cortés, se apiada de ellos y envía varios barcos a buscar bastimentos y pertrechos para los sobrevivientes de Trujillo, salvando también esa nueva colonia en Honduras.

Apología de la expedición a Honduras de 1524 a 1526

> Pasados dos días después que llegué a este puerto y villa de Trujillo envié un español que entiende la lengua, y con él tres indios de los naturales de Culúa, a aquellos pueblos que los vecinos me habían dicho, e informé bien al español e indios de lo que habían de decir a los señores y naturales de los dichos pueblos, en especial hacerles saber cómo era yo el que era venido a estas partes, porque a causa del mucho trato en muchas dellas tienen de mí noticia y de las cosas de Méjico (sic), por vía de mercaderes; y a los primeros pueblos que fueron fue uno que se

dice Champagua y a otro que se dice Papayeca, que están siete leguas de aquella villa, e dos leguas al uno del otro. Son pueblos muy principales, según después ha parescido; porque el de Papayeca tiene diez y ocho pueblos subjectos y el de Champagua diez; y quiso Nuestro Señor, que tiene especial cuidado, según cada día vemos por experiencia, de hacer las cosas de vuestra majestad, que oyeron la embajada con mucha atención, y enviaron con aquellos mensajeros otros suyos para que viesen más por entero si era verdad lo que aquellos les habían dicho; y venidos, yo los rescebí muy bien y di algunas cosillas, y los torné a hablar con la lengua que yo conmigo llevé. Porque la de Culúa y ésta es casi una,[105] excepto que difieren en alguna pronunciación y en algunos vocablos, y les torné a certificar lo que de mi parte se les había dicho, y les dije otras cosas que me paresció convenían para su seguración, y les rogué mucho que dijesen a sus señores que me viniesen a ver; y con esto se despidieron de mí muy contentos. Y dende a cinco días vino de parte de los de Champagua una persona principal, que se dice Montamal, señor, según paresció, de un pueblo de los subjetos a la dicha Champagua, que se llama Telica; y de parte de los de Papayeca vino otro señor de otro pueblo subjecto, que se llama Cocoatl, su pueblo, Coabata, y trujeron algún bastimento de maíz y aves y algunas frutas; y dijeron que ellos venían de parte de sus señores a que yo les dijese lo que yo quería y la causa de mi venida a aquella su tierra; y que ellos no venían a verme porque tenían mucho temor que los llevasen en los navíos, como habían hecho a cierta gente que los cristianos que primero allí fueron los habían tomado. Yo les dije cuánto a mí me había pesado de aquel hecho; pero que fuesen ciertos que de ahí adelante no le sería hecho agravio; antes yo enviaría a buscar aquellos que los habían llevado y se los haría volver. ¡Plega a Dios que aquellos licenciados no me hagan caer en falta, que gran temor tengo que no me los han de enviar! Antes han de tener forma para disculpar al dicho bachiller Moreno, que los llevó: porque no creo yo que él hizo por acá que no fuese por instrucción dellos y por su mandado. En respuesta de lo que aquellos mensajeros me preguntaron acerca de la causa de mi ida en aquella tierra, les dije que ya yo creía que ellos tenían noticia cómo había ocho años que yo había venido a la provincia de Culúa, y cómo Muteczuma, señor que a la sazón era de la gran ciudad de Tenuxtitlán y de toda aquella tierra, informado por mí cómo yo era enviado por vuestra majestad, a quien todo el universo es subjecto, para ver y visitar estas partes en el real nombre de vuestra excelencia, luego me había recebido muy bien y reconoscido lo que a vuestra grandeza debía, y que así lo habían hecho todos los otros señores de la tierra; y todas las otras cosas que hacían al caso que acá me habían acaescido, y que porque yo traje mandado de vuestra majestad que viese y visitase toda la tierra, sin dejar cosa alguna, y hiciese en ella pueblos de cristianos para que les hiciesen entender la orden que habían de tener, así para la conservación de sus

[105] O sea, el náhuatl. En Honduras Cortés halló que la lengua más difundida era el náhuatl. Hoy la región comprende al oeste y sobre el océano Pacífico, El Salvador, pero en tiempos de la exploración de Cortés, entre 1524 y 1526, esa distinction no existía. En este largo relato contenido en la Carta V, Cortés incluye la fundación del Puerto Cortés, antiguamente Puerto Caballos, en Honduras, en cuya proximidad desembarcó Cristóbal de Olid y allí fundó una villa. Más al este, sobre la misma costa del mar Caribe, Francisco de las Casas fundó, después de la muerte de Olid, la villa de Trujillo, en nombre de Cortés.

personas y haciendas como para la salvación de sus ánimas; y que ésta era la causa de mi ida y que fuesen ciertos que della se le había de seguir mucho provecho y ningún daño; y que los que fuesen obedientes a los mandamientos reales de vuestra majestad habían de ser muy bien tratados y mantenidos en justicia, y los que fuesen rebeldes serían castigados; y otras muchas cosas que les dije a este propósito. Y por no dar a vuestra majestad importunidad con largas escripturas, y porque no son de mucha calidad, no las relato aquí. A estos mensajeros di algunas cosillas que ellos estiman, aunque entre nosotros son de poco prescio, y fueron muy alegres; y luego volvieron con bastimentos y gente para talar el sitio del pueblo, que era una gran montaña, porque yo se lo rogué cuando se fueron. Aunque los señores por entonces no vinieron a verme, yo disimulé con ellos, haciendo que no se me daba nada, y roguéles que ellos enviasen mensajeros a todos los pueblos comarcanos haciéndoles saber lo que yo les había dicho, y que les rogasen de mi parte que me viniesen a ayudar a hacer aquel pueblo, e así lo hicieron: que en pocos días vinieron de quince o diez y seis pueblos, digo señoríos, por sí, y todos con muestra de buena voluntad se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y trujeron gente para ayudar a talar el pueblo y bastimentos, con que nos mantuvimos hasta que vino socorro de los navíos que yo envié a las islas. En este tiempo despaché los tres navíos y otro que después vino, que asimismo compré, y con ellos todos aquellos dolientes que habían quedado vivos; el uno vino a los puertos desta Nueva España, y escrebí en él largo a los oficiales de vuestra majestad que yo dejé en mi lugar, y a todos los concejos, dándoles cuenta de lo que yo por allá había hecho y de la necesidad que había de detenerme yo algún tiempo por aquellas partes, y rogándoles y encargándoles mucho lo que les había quedado a cargo, y dándoles mi parecer de algunas cosas que convenía; y mandé a este navío que se viniese por la isla de Cozumel, que está en el camino, y trujese de allí ciertos españoles que un Valenzuela, que se había alzado con un navío y robado el pueblo que primero fundó Cristóbal de Olid, allí había dejado aislados, que tenía información que eran más de sesenta personas; el otro navío, que a la postre compré en la cala, envié a la isla de Cuba, a la villa de la Trinidad, a que cargase de carne y caballos y gente y se viniese con la más brevedad que fuese posible; el otro envié a la isla de Jamaica a que hiciese lo mismo; el carabelón o bergantín que yo hice envié a la isla Española, y en él un criado mío, con quien escrebí a vuestra majestad y a aquellos licenciados que en la dicha villa residen; y según después paresció, ninguno destos navíos hizo el viaje que llevó mandado, porque el que iba a Cuba, a la Trinidad, aportó a Guaniguanico, y hubo de ir cinquenta leguas por tierra a la villa de La Habana a buscar carga; y cuando éste vino, que fue el primero, que trujo nueva cómo el navío que venía a esta Nueva España había tomado la gente de Cozumel, y que después había dado al través en la isla de Cuba, en la punta que se llama de San Antón o de Corrientes, y que se había perdido cuanto llevaban y se había ahogado un primo mío que se decía Juan de Ávalos, que tenía por capitán dél, y los dos frailes franciscanos que habían ido conmigo, que también venían dentro, y treinta y tantas personas otras, que me llevó por copia; y las que habían salido a tierra habían andado perdidos por los montes sin saber adónde iban, y de hambre se habían muerto casi todos; que de ochenta y tantas personas no habían quedado vivos sino quince, que a dicha aportaron a aquel puerto de Guaniguanico, donde estaba surto aquel navío mío; que allí había una estancia de un vecino de La

Habana, donde cargó mi navío, porque había muchos bastimentos, y allí se remediaron aquellos que quedaron vivos. El otro navío que iba a la Jamaica, y el que iba a la Española, aportaron a la Trinidad, en la isla de Cuba, y allí hallaron el licenciado Alonso de Zuazo, que yo dejé por justicia mayor y por uno de los que dejé en la gobernación desta Nueva España, y hallaron un navío en el dicho puerto, que aquellos licenciados que residen en la isla Española, enviaban a esta Nueva España a certificar de la nueva que allí se decía de mi muerte; y como el navío supo de mí, mudó su viaje, porque traía treinta y dos caballos y algunas cosas de la pineta, y otros bastimentos, creyendo venderlos mejor donde yo estaba; y en este navío me escribió el dicho licenciado Alonso de Zuazo cómo en esta Nueva España había muy grandes escándalos y alborotos entre los oficiales de vuestra majestad, y que habían echado fama que yo era muerto, y se habían pregonado por gobernadores los dos dellos y hecho que los jurasen por tales, y que habían prendido al dicho licenciado Alonso de Zuazo; y que los otros dos oficiales y a Rodrigo de Paz, a quien yo dejé mi casa y hacienda, la cual habían saqueado, y quitado las justicias que yo dejé y puesto otras de su mano, y otras muchas cosas que, por ser largas y porque envío la misma carta original a vuestra majestad donde las mandará ver, no las expreso aquí. Ya puede vuestra majestad considerar lo que yo sentí destas nuevas, en especial en saber el pago que aquéllos daban a mis servicios, dándome por galardón saquearme la casa, aunque fuera verdad que yo fuera muerto; que aunque quieran decir o dar por color que yo debía a vuestra majestad sesenta y tantos mil pesos de oro, no ignoran ellos que no los debo, antes se me deben más de ciento y cincuenta mil otros, que he gastado, e no mal gastado, en servicio de vuestra majestad.[106] Luego pensé en el remedio, y parescióme por una parte que yo debía meterme en aquel navío y venir a remediarlo y castigar tan grande atrevimiento; porque ya por acá todos piensan, en viéndose ausentes con un cargo, que si no hacen befa no portan penacho; que también otro capitán que el gobernador Pedro Arias envió allí a Nicaragua está también alzado de su obediencia, como adelante daré a vuestra excelencia más larga cuenta desto; por otra parte dolíame el ánima dejar aquella tierra en el estado e coyuntura que la dejaba, porque era perderse totalmente, y tengo por muy cierto que en ella vuestra majestad ha de ser muy servido y ha de ser otra Culúa; porque tengo noticias de muy grandes y ricas provincias y de grandes señores en ellas, de mucha manera y servicio, en especial de una que llaman Hueitapalan, y en otra lengua Xucutaco, que ha seis años que tengo noticia della, y por todo este camino he venido en su rastro, y tuve por nueva muy cierta que está ocho o diez jornadas de aquella via de Trujillo, que puede ser cincuenta o sesenta leguas, y désta hay tan grandes nuevas que es cosa de admiración lo que della se dice, que aunque falten los dos tercios hace mucha ventaja a esta de Méjico (sic) en riqueza e iguálale en grandeza de pueblos y mul-

[106] Posiblemente, la infeliz expedición a Guatemala y Honduras, con tantas pérdida en vidas humanas y medios, sin una ventaja inmediata aparente, como hubiera sido el descubrimiento de grandes riquezas a las que el gobierno español se había acostumbrado con la conquista de la Nueva España, y consecuencias imprevisibles de episodios de insubordinación, de los que el de Cristóbal de Olid fue el más grave, debió pesar en la decisión del emperador de enviar un juez de residencia, el licenciado Ponce de León, de cuya muerte Cortés, aún inocente, se sintió indirectamente responsible y por cuyas sospechas y acusaciones debió defenderse, como veremos más adelante en esta *Carta V*.

titud de gente y policía della.[107] Estando en esta perplejidad, consideré que ninguna cosa puede ser bien hecha ni guiada si no es por mano del Hacedor y Movedor de todas, y hice decir misas y hacer procesiones y otros sacrificios, suplicando a Dios me encaminase en aquello en que él más se sirviese; y después de hecho esto por algunos días parescióme que todavía debía posponer todas las cosas e ir a remediar a aquellos daños; y dejé en aquella villa hasta treinta y cinco de caballo y cincuenta peones, y con ellos por mi lugarteniente a un primo mío que se dice Hernando de Saavedra, hermano del Juan de Ávalos que murió en la nao que venía a esta ciudad; y después de dejarle instrucción y la mejor orden que yo pude de lo que había de hacer, y después de haber hablado a algunos de los señores naturales de aquella tierra, que ya habían venido a verme, me embarqué en el dicho navío con los criados de mi casa, y envié a mandar a la gente que estaba en Naco que se fuesen por tierra por el camino que fue Francisco de las Casas, que es por la costa del sur, a salir adonde está Pedro de Albarado, porque ya estaba el camino muy sabido y seguro y era gente harta para pasar por donde quisieran; y envié también a la otra villa de la Natividad de Nuestra Señora instrucción de lo que habían de hacer, y embarcado con buen tiempo, teniendo ya la postrera ancla a pique, calmó el tiempo de manera que no pude salir, y otro día por la mañana fueme nueva al navío que entre la gente que dejaba en aquella villa había ciertas murmuraciones de que se esperaban escándalos siendo yo ausente, y por esto y porque no hacía tiempo para navegar torné a saltar en tierra y hobe mi información, y con castigar algunos movedores quedó muy pacífico. Estuve dos días en tierra, que no hubo tiempo para salir del puerto, y al tercero día vino muy buen tiempo, y terminé a embarcar y hacer a la vela, y yendo dos leguas de donde partí, que doblaba ya una punta que el puerto hace muy larga, quebróseme la entena mayor, y fue forzado volver al puerto a aderezarla; estuve otros tres días aderezándola, y partíme con muy buen tiempo otra vez, y anduve con él dos noches y un día, y habiendo andado cincuenta leguas y más dionos tan recio tiempo de Norte, muy contrario, que nos quebró el mástil de trinquete por los tamboretes, y fue forzado con harto trabajo volver al puerto, donde llegados, dimos todos muchas gracias a Dios, porque pensamos perdernos, e yo y toda la gente veníamos tan maltratados de la mar que nos fue necesario tomar algún reposo, y en tanto que el tiempo se abonanzaba y el navío se aderezaba salí en tierra con toda la gente, y viendo que habiendo salido tres veces a la mar con buen tiempo me había vuelto, pensé que no era Dios servido que aquella tierra se dejase así, y aun pensélo porque algunos de los indios que habían quedado de paz estaban algo alborotados, y torné de nuevo a encomendarlo a Dios y hacer procesiones y decir misas, y asentóseme que con enviar yo aquel navío en que yo había de venir a esta Nueva España, y en él mi poder para Francisco de las Casas, mi primo, escribir a los concejos y a los oficiales de vuestra majestad reprehendiéndoles su yerro, y enviando algunas personas principales de los indios que conmigo fueron, para que los que acá quedaron creyesen que no era yo muerto, como acá se había publicado, se apaciguaría todo y daría fin a lo que allá tenía comenzado, y así lo proveí, aunque no proveí muchas cosas que proveyera si supiera a aquella sazón la pérdida del navío que había enviado primero, y dejélo porque en él lo había proveído todo muy cumplidamente y

[107] Cortés se refiriría aquí, muy probablemente, al Perú y al imperio de los Incas.

tenía por cierto que ya estaba muchos días había, en especial el despacho de los navíos de la mar del Sur, que había despachado en aquel navío como convenía. Después de haber despachado este navío para esta Nueva España, porque yo quedé muy malo de la mar, y hasta agora lo estoy, no pude entrar la tierra adentro, y también por esperar a los navíos que habían de venir de las islas, y proveer otras cosas que convenía, envié al teniente que allí dejaba, con treinta de caballo y otros tantos peones, que entrasen en la tierra adentro, y fueron hasta treinta y cinco leguas de aquella villa por un muy hermoso valle poblado de muchos y muy grandes pueblos, abundoso de todas las cosas que en la tierra hay; muy aparejado para criar en toda ella todo género de ganado y plantar todas y cualesquier plantas de nuestra nación, y sin haber reencuentro con los naturales de la tierra, sino hablándoles con la lengua y con los naturales de la tierra, que ya teníamos por amigos, los atrajeron todo de paz, y vinieron ante mí más de veinte señores de pueblos principales, y con muestra de buena voluntad se ofrescieron por súbditos de vuestra alteza, prometiendo de ser obedientes a sus reales mandamientos, y así lo han hecho y hacen hasta agora; que después acá, hasta que yo me partí, nunca había faltado gente dellos en mi compañía, y casi cada día iban unos y venían otros, y traían bastimentos y servían en todo lo que se les mandaba; plega a Nuestro Señor de los conservar y llegar al fin que vuestra majestad desea; e yo así tengo por fe que será; porque de tan buen principio no se puede esperar mal fin sino por culpa de los que tenemos el cargo.[108] La provincia de Papayeca y la de Champagua, que dije que fueron las primeras que se ofrecieron al servicio de vuestra majestad y por nuestros amigos, fueron las que cuando yo me embarqué hallé alborotadas, y como yo me volví, tuvieron algún temor, y enviéles mensajeros asegurándoles; y algunos de los de Champagua vinieron, aunque no los señores, y siempre tuvieron despoblados sus pueblos de mujeres e hijos y haciendas; aunque en ellos había algunos hombres que venían allí a servir, híceles muchos requerimientos sobre que se viniesen a sus pueblos, y jamás quisieron, diciendo hoy mas mañana; y tuve manera como hube a las manos los señores, que son tres, que el uno se llama Chicohuytl, y el otro Poto, y el otro Mondoreto; y habidos, prendílos y diles cierto término, dentro del cual les mandé que poblasen sus pueblos y no estuviesen en las sierras, con apercebimiento que no lo haciendo serían castigados como rebeldes; y así, los poblaron, y los solté, y están muy pacíficos y seguros, y sirven muy bien. Los de Papayeca jamás quisieron parescer, en especial los señores, y toda la gente tenían en los montes consigo, despoblados sus pueblos; y puesto que muchas veces fueron requeridos, jamás quisieron ser obedientes; envié allá una capitanía de gente de caballo y de pie y muchos de los indios consigo naturales de aquella tierra, y saltearon una noche a uno de aquellos señores, que son dos, que se llama Pizacura, y prendiéronle, y preguntado por qué había sido malo y no quería ser obediente dijo que ya se hobiera venido, sino que el otro su compañero, que se llama Mazatl, era más parte con la comunidad, y que éste no consentía; pero que le soltasen a él, y que él trabajaría de espialle para que le prendiesen; y que si le ahorcasen, que luego la gente estaría pacífica y se vernían todos a sus pueblos, porque él los recogería no teniendo contradicción; y así, le soltaron, y fue causa de mayor daño, según ha parescido después. Ciertos indios nuestros amigos, de los

[108] Rara autocrítica de un conquistador tan celebrado y admirado.

naturales de aquella tierra, espiaron al dicho Mazatl, y guiaron a ciertos españoles donde estaba, y fue preso; notificáronle lo que su compañero Pizacura había dicho dél, y mandósele que dentro de cierto término trujese la gente a poblar en sus pueblos y no estuviesen por las sierras, jamás se pudo acabar con él. Hízose contra él proceso, y sentencióse a muerte, la cual se ejecutó en su persona. Ha sido gran ejemplo para los demás; porque luego algunos pueblos que estaban así algo levantados se vinieron a sus casas, y no hay pueblo que no esté muy seguro con sus hijos y mujeres y haciendas, excepto este de Papayeca, que jamás se ha querido asegurar. Después que se soltó aquel Pizacura se hizo proceso contra ellos, y hízoseles guerra y prendiéronse hasta cien personas, que se dieron por esclavos, y entre ellos se prendió el Pizacura, el cual no quise sentenciar a muerte, puesto que por el proceso que contra él estaba hecho se pudiera hacer; antes le traje conmigo a esta ciudad con otros dos señores de otros pueblos que también habían andado algo levantados, con intención que viesen las cosas desta Nueva España y tornarlos a enviar para que allá notificasen la manera que se tenía con los naturales de acá y cómo servían, para que ellos lo hiciesen así; y este Pizacura murió de enfermedad, y los dos que están buenos, los enviaré haciendo oportunidad. Con la prisión déste y de otro mancebo que paresció ser el señor natural, y con el castigo de haber hecho esclavos aquellas ciento y tantas personas que se prendieron, se aseguró toda aquella provincia, y cuando yo de allá partí quedaban todos los pueblos della poblados y muy seguros y repartidos en los españoles, y servían de muy buena voluntad al parescer. A esta sazón llegó a aquella villa de Trujillo un capitán con hasta veinte hombres de los que yo había dejado en Naco con Gonzalo de Sandoval, y de los de la compañía de Francisco Hernández, capitán que Pedro Arias Dávila, gobernador de vuestra majestad, envió a la provincia de Nicaragua, de los cuales supe cómo al dicho pueblo de Naco había llegado un capitán del dicho Francisco Hernández, con hasta cuarenta hombres de pie y de caballo, que venía a aquel puerto de la bahía de Sant Andrés a buscar al bachiller Pedro Moreno, que los jueces que residen en la isla Española habían enviado a aquellas partes, como ya tengo hecha relación a vuestra majestad; el cual, según paresce, había escripto al dicho Francisco Hernández para que se rebelase de la obediencia de su gobernador ni darla a los dichos jueces que en la dicha isla residen, según paresció por ciertas cartas que traían; y luego los torné a despachar, y con ellos escribí al dicho Francisco Hernández y a toda la gente que con él estaba en general, y particularmente a algunos de los capitanes de su compañía que ya conoscía, reprendiéndoles la fealdad que en aquello hacían, y cómo aquel bachiller los había engañado, y certificándoles cuánto dello sería vuestra majestad servido, y otras cosas que me paresció convenía escribirlas para los apartar de aquel camino errado que llevaban, y porque algunas de las causas que daban para abonar su propósito eran decir que estaban tan lejos de donde el dicho Pedro Arias de Ávila estaba que para ser proveídos de las cosas necesarias recebían mucho trabajo y costa, y aun no podían ser proveídos, y siempre estaban con mucha necesidad de las cosas y provisiones de España; y que por aquellos puertos que yo tenía poblados en nombre de vuestra majestad lo podían ser más fácilmente, e que el dicho bachiller les había escripto que él dejaba toda aquella tierra poblada por los dichos jueces e había de volver luego con mucha gente y bastimentos. Le escrebí que yo dejaría mandado en aquellos pueblos que se les diesen todas las cosas que hobiesen menester

porque allí enviasen, y que se tuviese con ellos toda contratación y buena amistad, pues los unos y los otros éramos y somos vasallos de vuestra majestad y estábamos en su real servicio, y que esto se había de entender estando ellos en obediencia de su gobernador, como eran obligados, y no de otra manera; y porque me dijeron que de la cosa que al presente más necesidad tenían era de herraje para los caballos y de herramientas para buscar minas, les di dos acémilas mías cargadas de herraje y herramientas, e los envié; después que llegaron donde estaba Hernando de Sandoval les dio otras dos acémilas mías cargadas también de herraje, que yo allí tenía. Y después de partidos éstos vinieron a mí ciertos naturales de la provincia de Huilacho, que es sesenta y cinco leguas de aquella villa de Trujillo, de quien días había que yo tenía mensajeros, e se habían ofrescido por vasallos de vuestra majestad, e me hicieron saber cómo a su tierra habían llegado veinte de caballo y cuarenta peones, con muchos indios de otras provincias, que traían por amigos, de los cuales habían recebido y recebían muchos agravios y daños, tomándoles sus mujeres e hijos y haciendas, y que me rogaban los remediase, pues ellos se habían ofrescido por mis amigos e yo les había prometido que los ampararía y defendería de quien mal les hiciese; y luego me envió Hernando de Sandoval, mi primo, a quien yo dejé por teniente en aquellas partes, que estaba a la sazón pacificando aquella provincia de Papayeca, dos hombre de aquella gente de que los indios se vinieron a quejar, y venían por mandado de su capitán en busca de aquel pueblo de Trujillo, porque los indios les dijeron que estaba cerca y que podían venir sin temor, porque toda la tierra estaba en paz; y déstos supe que aquella gente era de la del dicho Francisco Hernández, y que venían en busca de aquel puerto, y que venía por su capitán un Grabiel (sic) de Rojas; luego despaché con estos hombres y con los indios que se habían venido a quejar un alguacil con un mandamiento mío para el dicho Grabiel de Rojas, para que luego saliese de la dicha provincia e volviese a los naturales todos los indios e indias e otras cosas que les hobiese tomado, y demás desto le escribí una carta para que si alguna cosa hobiese menester me lo hiciese saber, porque se lo proveería de muy buena voluntad si yo la tuviese; el cual, visto mi mandamiento y carta, lo hizo luego, y los naturales de la dicha provincia quedaron muy contentos, aunque después me tornaron a decir los dichos indios que venido el alguacil que yo envié les habían llevado algunos. Con este capitán torné otra vez a escribir al dicho Francisco Hernández, ofresciéndole todo lo que yo allí tuviese de que él y su gente tuviesen necesidad, porque dello creí vuestra majestad era muy servido, y encargándole todavía la obediencia de su gobernador. No sé lo que después acá ha subcedido, aunque supe del alguacil que yo envié y de los que con él fueron que estando todos juntos le había llegado una carta al dicho Grabiel de Rojas de Francisco Hernández, su capitán, en que le rogaba que a mucha priesa se fuese a juntar con él, porque entre la gente que con él había quedado había mucha discordia y se le habían alzado dos capitanes, el uno que se decía Soto y el otro Andrés Garabito, los cuales diz que se le habían alzado porque supieron la mudanza que él quería hacer contra su gobernador. Ello quedaba ya de manera que ya no puede ser sino que resulte mucho daño, así en los españoles como en los naturales de la tierra; de donde vuestra majestad puede considerar el daño que se sigue destos bullicios y cuánta necesidad hay de castigo en los que los mueven y causan (*Carta V*, 142-146).

Con gran sorpresa, Cortés se entera que en la Nueva España le dan por muerto y que ya se preparan a substituirle en el gobierno. Decide enviar un navío a la Nueva España para comunicar que está vivo aún y que está organizando la región que acaba de explorar. Reconoce, con gran humildad, que la responsabilidad de las revueltas muchas veces recae sobre el que gobierna: "porque de tan buen principio no se puede esperar mal fin sino por culpa de los que tenemos el cargo", frase lapidaria que demuestra su honestidad intelectual y su humildad. Al referirse a la costa del Pacífico observa su cercanía a la Nueva España y su vecindad con regiones que son más ricas que la misma Nueva España. Se supone que Cortés podría haber oído de las riquezas del Perú: "que es cosa de admiración lo que della [la tierra que se asoma sobre el Pacífico] se dice, que aunque falten los dos tercios hace mucha ventaja a esta de Méjico en riqueza e iguálale en grandeza de pueblos y multitud de gente y policía della".

Cortés renuncia a ir a Nicaragua para pacificar a Utlatlán y Guatemala

> Yo quise luego ir a Nicaragua, creyendo poner en ello algún remedio, porque vuestra majestad fuera muy servido si se pudiera hacer, y estándolo aderezando, y aun abriendo ya el camino de un puerto que hay algo áspero, llegó al puerto de aquella villa de Trujillo el navío que yo había enviado a esta Nueva España, y en él un primo mío, fraile de la Orden de Sant Francisco, que se dice fray Diego Altamirano, de quien supe, y de las cartas que me llevó, los muchos desasosiegos, escándalos y alborotos que entre los oficiales de vuestra majestad que yo había dejado en mi lugar se habían ofrecido y aún había, y la mucha necesidad que había de venir yo a los remediar, y a esta causa cesó mi ida a Nicaragua y mi vuelta por la costa del Sur, donde creo Dios y vuestra majestad fueran muy servidos, a causa de las muchas y grandes provincias que en el camino hay, que puesto que algunas dellas están de paz, quedarían más reformadas en el servicio de vuestra majestad con mi ida por ellas, mayormente aquella de Utlatán y Guatemala, donde siempre ha residido Pedro de Albarado, que después que se rebelaron por cierto mal tratamiento, jamás se han apaciguado, antes han hecho y hacen mucho daño a los españoles que allí están y en los amigos sus comarcanos, porque es la tierra áspera y de mucha gente, y muy belicosa y ardid en la guerra, y han inventado muchos géneros de matar los caballos, donde han muerto muchos; de tal manera, que aunque siempre el dicho Pedro de Albarado les ha hecho y hace la guerra con más de docientos de caballo e quinientos peones y más de cinco mil indios amigos, y aun de diez algunas veces nunca ha podido ni puede atraerlos al servicio de vuestra majestad, antes de cada día se fortalescen más y se reforman de gentes que a ellos se llegan, y creo yo, siendo Nuestro Señor servido, que si yo por allí viniera, que por amor o por otra manera los atrajera a lo bueno, porque algunas provincias que se rebelaran por los malos tratamientos que en mi ausencia recibieron, y fueron contra ellos más de ciento y tantos de caballo y trecientos peones, y por el capitán veedor que en aquel tiempo gobernaba, y mucha artillería y mucho número de indios amigos, no pudieron con ellos, antes les mataron diez o doce hombres espa-

ñoles y muchos indios y se quedó como antes; y venido yo, con un mensajero que les envié, donde supieron mi venida, sin ninguna dilación vinieron a mí las personas principales de aquella provincia que se dice Coatlán, y me dijeron la causa de su alzamiento, que fue harto justa, porque el que los tenía encomendados había quemado ocho señores principales, que los cinco murieron luego y los otros dende a pocos días; y puesto que pidieron justicia, no les fue hecha; e yo los consolé de manera que fueron contentos, y están hoy pacíficos y sirven como antes que yo me fuese, sin guerra ni riesgo alguno; y así creo que hicieran los otros pueblos que estaban desta condición en la provincia de Coazacoalco; en sabiendo mi venida a la tierra, sin yo les enviar mensajeros, se apaciguaran. Ya, muy católico señor, hice a vuestra majestad relación de ciertas isletas que están frontero de aquel puerto de Honduras, que llaman los Guanajos, que algunas dellas están despobladas a causa de las armadas que han hecho de las islas, y llevado muchos naturales dellas por esclavos, y en algunas dellas había quedado alguna gente, y supe que de la isla de Cuba y de la de Jamaica nuevamente habían armado para ellas, para las acabar, solar y destruir, y para remedio envié una carabela que buscase por las dichas islas el armada y los requeriese de parte de vuestra majestad que no entrasen en ellas ni hiciesen daño a los naturales, porque yo pensaba apaciguarlos y atraerlos al servicio de vuestra majestad; porque por medio de algunos que se habían pasado a vivir a la tierra firme yo tenía inteligencia con ellos, la cual dicha carabela topó en una de las dichas islas, que se dice Huitila, otra de la dicha armada, de que era un capitán Rodrigo de Merlo, y el capitán de mi carabela le atrajo con la suya y con toda la gente que había tomado en aquellas islas allí donde yo estaba, la cual dicha gente yo luego hice llevar a las islas donde los había tomado, y no procedí contra el capitán porque mostró licencia para ello del gobernador de la isla de Cuba, por virtud de la que ellos tienen de los jueces que residen en la isla Española; y así, los envié, sin que recibiesen otro daño más de tomarles la gente que habían tomado de las dichas islas y el capitán y los más que venían en su compañía se quedaron por vecinos en aquellas villas, paresciéndoles bien la tierra. Conosciendo los señores de aquestas islas la buena obra que de mí habían recebido, e informados de los que en la Tierra Firme estaban del buen tratamiento que se les hacía, vinieron a mí a me dar las gracias de aquel beneficio, y se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y pidieron que los mandasen en qué sirviesen, e yo les mandé en nombre de vuestra majestad que al presente en sus tierras hiciesen muchas labranzas, porque, la verdad, ellos no pueden servir en otra cosa; y así, se fueron, y llevaron para cada isla un mandamiento mío para que notificasen a las personas que por allí viniesen, por donde les aseguré en nombre de vuestra majestad que no recibirían daño; y pidiéronme que les diese un español que estuviese en cada isla con ellos, y por la brevedad de mi partida no se pudo proveer; pero dejé mandado al teniente Hernando de Saavedra que lo proveyese. Luego me metí en aquel navío que me trajo la nueva de las cosas desta tierra, y en él y en otros dos que yo allí tenía se metió alguna gente de los que yo había llevado en mi compañía, que fueron hasta veinte personas con nuestros caballos, porque los demás dellos quedaron por vecinos en aquellas villas, y los otros estaban esperándome en el camino, creyendo que había de ir por tierra, a los cuales envié a mandar que se viniesen ellos, diciéndoles mi partida y la causa della; hasta agora no son llegados, pero tengo nueva cómo vienen. Dada orden en aquellas villas que en nombre de vuestra ma-

jestad dejé pobladas, con harto dolor y pena de no poder acabar de dejarlas tal cual yo pensaba e convenía, a 25 días de mes de abril [de 1526] hice mi camino por la mar con aquellos tres navíos, y traje tan buen tiempo que en cuatro días llegué hasta ciento y cincuenta leguas del puerto de Chalchicuela, y allí me dio un vendaval muy recio, que no me dejó pasar adelante; y creyendo que amansara, me tuve a la mar un día y una noche, y fue tanto el tiempo, que me deshacía los navíos, y fue forzado arribar a la isla de Cuba, y en seis días tomé el puerto de La Habana, donde salté en tierra y me holgué con los vecinos de aquel pueblo, porque había entre ellos muchos mis amigos del tiempo que yo viví en aquella isla; y porque los navíos que llevaba recibieron algún detrimento del tiempo que nos tomó en la mar, fue necesario recorrerlos y a esta causa me detuve allí diez días, y aun por abreviar mi camino compré un navío que hallé en el dicho puerto dando carena y dejé allí el en que yo iba, porque hacía mucha agua; luego otro día como llegué a aquel puerto, entró en él un navío que iba desta Nueva España, y al segundo día entró, y el tercero día otro, de los cuales supe cómo la tierra estaba muy pacífica y segura y en toda tranquilidad y sosiego después de la muerte del fator y veedor, aunque me dijeron que había habido algunos bullicios, y que se habían castigado los movedores dellos, de que holgué mucho, porque había recebido mucha pena de la vuelta que hice del camino, teniendo algún deasosiego; y de allí escrebí a vuestra majestad, aunque breve, y me partí a 16 días del mes de mayo [de 1526], y traje conmigo hasta treinta personas de los naturales desta tierra que llevaban aquellos navíos, que de acá fueron abscondidamente, y en ocho días llegué al puerto de Calchicuela, y no pude entrar en el puerto a causa de mudarse el tiempo, y surgí dos leguas dél, ya casi noche, y con un bergantín que topé perdido por la mar, y en la barca de mi navío, salí aquella noche a tierra, y fui a pie a la villa de Medellin, que está cuatro leguas de donde yo desembarqué, sin ser sentido de nadie de los del pueblo, y fui a la iglesia a dar gracias a Nuestro Señor, y luego fue sabido, y los vecinos se regocijaron conmigo e yo con ellos, e aquella noche despaché mensajeros, así a esta ciudad como a todas las villas de la tierra, haciéndoles saber mi venida y proveyendo algunas cosas que me paresció convenían al servicio de vuestra sacra majestad y al bien de la tierra; y por descansar del trabajo del camino estuve en aquella villa once días, donde me vinieron a ver muchos señores de pueblos y otras personas naturales de los destas partes, que mostraron holgarse con mi venida; y de allí me partí para esta ciudad, y estuve en el camino quince días, y por todo él fue visitado de muchas gentes de los naturales, que hartos dellos venían de más de ochenta leguas, porque todos tenían sus mensajeros por postas para saber de mi venida, como ya la esperaban; y así, vinieron en poco tiempo muchos y de muchas partes y muy lejos a verme, los cuales todos lloraban conmigo, y me decían palabras tan vivas y lastimeras, contándome sus trabajos que en mi ausencia habían padescido, por los malos tratamientos que se les había hecho, y que quebraban el corazón a todos los que los oían; y aunque de todas las cosas que me dijeron sería dificultoso dar a vuestra majestad copia, pero algunas harto dignas de notar pudiera escribir, que dejo por ser de *ore proprio* (*Carta V*, 146-148).

Llegada de Ponce de León, juez pesquisidor, su muerte y la posición de Cortés

Llegado a esta ciudad, los vecinos españoles y naturales della y de toda la tierra, que aquí se juntaron, me recibieron con tanta alegría y regocijo como si yo fuera su propio padre, y el tesorero y contador de vuestra majestad salieron a me recebir con mucha gente de pie e de caballo en ordenanza, mostrando la misma voluntad que todos, e así me fui derecho a la casa y monasterio de Sant Francisco, a dar gracias a Nuestro Señor por me haber sacado de tantos y tan grandes peligros y trabajos y haberme traído a tanto sosiego y descanso, y por ver la tierra que tan en trabajo estaba puesta en tanto sosiego y conformidad, y allí estuve seis días con los frailes, hasta dar cuenta a Dios de mis culpas; y dos días antes que de allí saliese me llegó un mensajero de la villa de Medellín, que me hizo saber que al puerto della eran llegados ciertos navíos, y que se decía que en ellos venía un pesquisidor o juez por mandado de vuestra majestad, y que no sabía otra cosa; e yo creí que debía ser que sabiendo vuestra católica majestad los desasosiegos y comunidad en que los oficiales de vuestra alteza, a quien yo dejé la tierra la habían puesto, y no siendo cierto de mi venida a ella, había mandado proveer sobre este caso, de que Dios sabe cuánto holgué, porque tenía yo mucha pena de ser juez en esta causa; porque como injuriado y destruido por estos tiranos, me parescía que cualquier cosa que en ello proveyese podía ser juzgada por los malos a pasión, que es la cosa que yo más aborrezco, puesto que, según mis obras, no pudiera ser yo con ellos tan apasionado que no sobrara a todo mucho merescimiento en sus culpas; y con esta nueva despaché a mucha priesa un mensajero al puerto a saber lo cierto, y envié a mandar al teniente y justicias de aquella villa de Medellín que, de cualquiera manera que aquel juez viniese, viniendo por mandado de vuestra majestad, fuese muy bien recebido y servido y aposentado en una casa que yo en aquella villa tengo, donde mandé que a él y a todos los suyos se les hiciese todo servicio, aunque después, según paresció, él no lo quiso recebir. Otro día, que fue de Sant Juan, como despaché este mensajero, llegó otro estando corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas, y me trajo una carta de dicho juez y otra de vuestra sacra majestad, por las cuales supe a lo que venía y cómo vuestra católica majestad era servido de me mandar tomar residencia del tiempo que vuestra majestad ha sido servido que yo tenga el cargo de la gobernación desta tierra; y de verdad yo holgué mucho, así por la inmensa merced que vuestra majestad sacra me hizo en querer ser informado de mis servicios y culpas, como por la benignidad con que vuestra alteza en su carta me hacía saber su real intención y voluntad de me hacer mercedes; y por lo uno y lo otro cien mil veces los reales pies de vuestra católica majestad beso, y plega a Nuestro Señor sea servido de me hacer tanto bien que yo alguna parte desta tan insigne merced pueda servir, y que vuestra majestad católica para esto conozca mi deseo; porque conosciéndolo, no pienso que sea chica paga. En la carta que Luis Ponce, juez de residencia, me escribió me hacía saber que a la hora se partía para esta ciudad, y porque para venir a ella hay dos caminos principales y en su carta no me hacía saber por cuál dellos había de venir, luego despaché por ambos criados míos para que le viniesen sirviendo y acompañando y mostrando la tierra; y fue tanta la priesa que en este camino se dio el dicho Luis Ponce, que, aunque yo proveí esto con harta brevedad, le toparon ya veinte leguas

desta ciudad; y puesto que con mis mensajeros diz que mostró holgarse mucho, no quiso recebir dellos ningún servicio; y aunque me pesó de no lo recebir, porque diz que dello traía necesidad, por la priesa de su camino, por otra parte holgué dello, porque paresció de hombre justo y que quería usar de su oficio con toda rectitud, y pues venía a tomarme a mi residencia, no quería dar causa a que dél se tuviese sospecha, y llegó a dos leguas desta ciudad a dormir una noche, e yo hice aderezar para le recibir otro día por la mañana, y envióme a decir que no saliese de mañana porque él se quería estar allí hasta comer; que le enviase un capellán que allí le dijese misa, e yo así lo hice; pero temiendo lo que fue, que era excusarse del recibimiento, estuve sobre aviso; y él madrugó tanto, que aunque yo me di harta priesa le tomé ya dentro en la ciudad, y así nos fuimos hasta el monasterio de Sant Francisco, donde oímos misa; y acabada, le dije si quería allí presentar sus provisiones que lo hiciese, porque allí estaba todo el cabildo de la ciudad conmigo y el tesorero y contador de vuestra majestad; y no las quiso presentar, diciendo que otro día las presentaría; e así fue, que otro día por la mañana nos juntamos en la iglesia mayor de la ciudad el cabildo della e los dichos oficiales e yo, y allí las presentó, e por mí y por todos fueron tomadas, besadas y puestas sobre nuestras cabezas como provisiones de nuestro rey y señor natural y obedecidas y cumplidas en todo y por todo, según que vuestra majestad sacra por ellas nos lo enviaba a mandar, y a la hora le fueron entregadas todas las varas de la justicia y hechos todos los otros cumplimientos necesarios, según que más larga e cumplidamente lo envió vuestra majestad católica, por ser del escribano del cabildo ante quien pasó, y luego fue pregonada públicamente en la plaza desta ciudad mi residencia, y estuve en ella diez y siete días sin que se me pusiese demanda alguna, y en este tiempo el dicho Luis Ponce, juez de residencia, adolesció, y todos cuantos en el armada que él vino vinieron; de la cual enfermedad quiso Nuestro Señor que muriese él y más de treinta otros de los que en la armada vinieron, entre los cuales murieron dos frailes de la Orden de Santo Domingo que con él vinieron, y hasta hoy hay muchas personas enfermas y de mucho peligro de muerte, porque ha parescido casi pestilencia la que trajeron consigo; porque aun a algunos de los que acá estaban se pegó, y murieron dos personajes de la misma enfermedad, y hay otros muchos que aún no han convalescido della. Luego que el dicho Luis Ponce pasó desta vida, hecho su enterramiento con aquella honra y autoridad que a persona enviada por vuestra majestad requería hacerse, el cabildo desta ciudad y los procuradores de todas las villas que aquí se hallaron me pidieron y requirieron de parte de vuestra majestad católica que tomase en mí el cargo de la gobernación y justicia, según que antes lo tenía por mandado de vuestra majestad y por sus reales provisiones, dándome por ello causa y poniéndome inconvenientes que se siguirían no lo aceptando, según que vuestra sacra majestad lo mandaba ver, por la copia que de todo envío; e yo les respondí excusándome dello, como asimismo parescerá por la dicha copia, e después se me han hecho otros requerimientos sobre ello y puesto otros inconvenientes más recios que se podrían seguir si yo no lo aceptase; y de todo me he defendido hasta agora, y no lo he hecho, aunque se me ha figurado que hay en ello algún inconveniente; pero deseando que vuestra majestad sea muy cierto de mi limpieza y fidelidad en su real servicio, teniéndolo por principal, porque sin tenerse de mí este concepto no querría bienes en este mundo, más antes no vivir en él, helo pospuesto todo por este fin, y antes he sostenido con

todas mis fuerzas en el cargo a un Marcos de Aguilar, a quien el dicho licenciado Luis Ponce tenía por su alcalde mayor, y le he pedido y requerido proceda en mi residencia hasta el fin della; y no lo ha querido hacer, diciendo que no tiene poder para ello, de que he recebido asaz pena porque deseo sin comparación, y no sin causa, que vuestra majestad sacra sea verdaderamente informado de mis servicios y culpas, porque tengo por fe, y no sin mérito, que por ellas me ha de mandar vuestra majestad católica muy grandes y crecidas mercedes, no habiendo respecto a lo poco que mi pequeña vasija puede contener, sino a lo mucho que vuestra celsitud es obligado a dar a quien tan bien y con tanta fidelidad sirve como yo le he servido; a la cual humildemente suplico con toda la instancia a mi posible no permita que esto quede debajo de simulación, sino que muy clara y manifiestamente se publique lo malo o bueno de mis servicios; porque, como sea caso de honra, que por alcanzalla yo tantos trabajos he padescido y mi persona a tantos peligros he puesto, no quiera Dios, ni vuestra majestad, por su reverencia, permita ni consienta, que basten lenguas de invidiosos, malos y apasionados a me la hacer perder; y no quiero ni suplico a vuestra majestad sacra, en pago de mis servicios, me haga otra merced sino ésta, porque nunca plega a Dios que sin ella yo viva. Según lo que yo he sentido, muy católico príncipe, puesto que desde el principio que comencé a entender en esta negociación yo he tenido muchos, diversos y poderosos émulos y contrarios, no ha podido tanto su maldad que la notoriedad de mi fidelidad y servicios no la hayan supeditado; y como ya, desesperados de todo remedio, han buscado dos por los cuales, según paresce, han puesto alguna niebla o oscuridad ante los ojos de vuestra grandeza, por donde le han movido del católico y santo propósito que siempre de vuestra excelencia se ha conoscido a me remunerar y pagar mis servicios. El uno es acusarme ante vuestra potencia de crimine lesae majestatis, diciendo yo no había de obedescer sus reales mandamientos, y que yo no tengo esta tierra en su poderoso nombre, sino en tiránica e inefable forma, dando para ello algunas depravadas y diabólicas razones, juzgadas por falsas y no verdaderas conjeturas; los cuales, si las verdaderas obras miraran y justos jueces fueran, muy a lo contrario lo debieran significar; porque hasta hoy no se ha visto ni verá en cuanto yo viviere que ante mí o a mi noticia haya venido carta u otro mandamiento de vuestra majestad que no haya sido, es y sea obedecido y cumplido, sin faltar en él cosa alguna, y agora se ha manifestado más clara y abiertamente su maldad de los que esto han querido decir; porque si así fuera no me fuera yo seiscientas leguas desta ciudad, por tierra inhabitada y caminos peligrosos, y dejara la tierra a los oficiales de vuestra majestad, como de razón se había de creer ser las personas que habían de tener más celo al real servicio de vuestra alteza, aunque sus obras no correspondieron al crédito que yo dellos tuve. El otro es que han querido decir que yo tengo en esta tierra mucha parte, o la mayor, de los naturales della, de que me sirvo y aprovecho, de donde se ha habido mucha suma y cantidad de oro y plata, que tengo atesorado, y que he gastado de las rentas de vuestra majestad católica sesenta y tantos mil pesos de oro sin haber necesidad de los gastar, y que no he enviado tanta suma de oro a vuestra excelencia cuanta de sus reales rentas se ha habido, y que lo detengo con formas y maneras exquisitas, cuyo efecto yo no puedo alcanzar. Bien creo que, pues lo han oído decir, que le habrán dado algún color; mas no puede ser tal, según lo que yo de mí confío, que muy pequeño toque no descubra lo falso; y cuanto a lo que dicen de tener yo mucha parte de la

tierra, así lo confieso y que ha cabido harta suma y cantidad de oro; pero digo que no ha sido tanta que haya bastado para que yo deje de ser pobre y estar adeudado en más de quinientos mil pesos de oro, sin tener un castellano de que pagarlo, porque si mucho ha habido, muy mucho más he gastado, y no en comprar mayorazgos ni otras rentas para mí, sino en dilatar por estas partes el señorío y patrimonio real de vuestra alteza, conquistando y ganando con ello y con poner mi persona a muchos trabajos, riesgos y peligros, muchos reinos y señoríos para vuestra excelencia, los cuales no podrán encubrir ni agazapar los malos con sus serpentinas lenguas: que mirándose mis libros se hallarán en ellos más de trecientos mil pesos de oro que se han gastado de mi casa en estas conquistas; y acabando lo que yo tenía, gasté los sesenta mil pesos de oro de vuestra majestad, y no en comerlos yo, ni entraron en mi poder, sino darlos por mis libramientos para los gastos y expensas desta conquista; y si aprovecharon o no, vean los casos, que están muy manifiestos; pues en lo que dicen de no enviar las rentas a vuestra majestad, muy manifiesto está ser la verdad en contrario, porque en este poco tiempo que yo estoy en esta tierra, pienso, y así es la verdad, que della se ha enviado a vuestra majestad más servicio e interese que de todas las islas y Tierra Firme que ha treinta y tantos años que están descubiertas y pobladas,[109] las cuales costaron a los católicos reyes, vuestros abuelos, muchas expensas y gastos, lo que ha cesado en ésta; y no solamente se ha enviado lo que a vuestra majestad de sus reales servicios ha pertenecido, mas aun de lo mío y de los que me han ayudado, sin lo que acá hemos gastado en su real servicio, hemos enviado alguna copia; porque luego que envié la primera relación a vuestra majestad con Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, no solamente envié el quinto que a vuestra majestad perteneció de lo hasta entonces habido, mas aun todo cuanto se hubo, porque me paresció ser así justo, por ser las primicias, pues de todo lo que en esta ciudad se hubo siendo vivo Muteczuma, señor della, del oro se dio el quinto a vuestra majestad, digo de lo que se fundió, que le pertenescieron treinta y tantos mil castellanos, y aunque las joyas también se habían de partir y dar a la gente sus partes, ellos e yo holgamos que no se diesen, sino que todas se enviasen a vuestra majestad, que fueron en número de más de quinientos mil pesos de oro; aunque lo uno y lo otro se perdió porque nos lo tomaron cuando nos echaron desta ciudad por el levantamiento que en ella hubo con la venida de Narváez a esta tierra, lo cual, aunque fue por mis pecados, no fue por mi negligencia. Cuando después se conquistó y redujo al real servicio de vuestra alteza, no menos se hizo que, sacado el quinto para vuestra majestad del oro que se fundió, yo hice que todas las joyas que mis compañeros tuvieron a bien que sin partir se quedasen para vuestra alteza, que no fueron de menos valor y precio que las que primero teníamos; y así, con mucha brevedad y recaudo las despaché todas, con treinta y tres mil pesos de oro en barras, y con ellos a Julián Alderete, que a la sazón era tesorero de vuestra majestad, y las tomaron los franceses. Tampoco fue mía la culpa, sino de aquellos que no proveyeron el armada que fue por ello a las islas de las Azores, como debieran para cosa de tanta importancia. Al tiempo que yo me partí desta ciudad para el golfo de las Higueras asimismo se enviaron a vuestra excelencia sesenta mil pesos de oro con

[109] Eran ya treinta y cuatro años desde 1492, en que descubrió Colón las islas, y veinte y ocho años desde 1498, en que el Almirante habia descubierto la Tierra Firme.

Diego de Ocampo y Francisco de Montejo, y no se envió más aún por parescerme a mí, y aun a los oficiales de vuestra majestad católica, que con enviar tanto junto aun excedíamos y pervertíamos la orden que vuestra majestad tiene mandado dar en estas partes en el llevar del oro; pero atrevímonos por la necesidad que supimos que vuestra sacra majestad tenía; y con esto envié yo asimismo a vuestra grandeza con Diego de Soto, criado mío, todo cuanto yo tenía, sin me quedar un peso de oro, que fue un tiro de plata, que me costó la plata y hechura y otros gastos dél más de treinta y cinco mil pesos de oro; también ciertas joyas que yo tenía de oro y piedras, las cuales envié, no por su valor ni precio, aunque no era muy pequeño para mí, sino porque habían llevado los franceses las que primero envié, y pesóme en el ánima que vuestra majestad sacra no las hubiese visto; y para que viese la muestra, y por ello, como desecho, considerase lo que sería lo principal, envié aquello que yo tenía; así que, pues yo con tan limpio celo y voluntad quise servir a vuestra majestad católica con lo que yo tenía, no sé qué razón hay de creer que yo detuviese lo de vuestra alteza. También me han dicho los oficiales que en mi ausencia han enviado cierta cantidad de oro; y por manera que nunca se ha cesado de enviar todas las veces que para ello ha habido oportunidad. También me han dicho, muy poderoso señor, que a vuestra majestad sacra han informado que yo tengo en esta tierra docientos cuentos de renta de las provincias que tengo señaladas para mí; y porque mi deseo no es ni ha sido otro sino que vuestra católica majestad sepa muy de cierto mi voluntad a su real servicio y se satisfaga muy de hecho de mí que siempre le he dicho y diré verdad, no siendo cosa que yo pudiese hacer con que mejor esto se manifestase que con hacer desta tan crecida renta servicio a vuestra majestad, y hacerse hían a mi propósito muchas cosas, en especial que vuestra alteza perdiese ya esta sospecha, que tan pública por acá está que vuestra majestad de mí tiene; por tanto, a vuestra majestad suplico reciba en servicio todo cuanto yo acá tengo, y en esos reinos me haga merced de los veinte cuentos de renta, y quedarle han los ciento y ochenta, e yo serviré en la real presencia de vuestra majestad, donde nadie pienso me hará ventaja ni tampoco podrá encubrir mis servicios, y aun por lo de acá pienso será vuestra majestad sacra que no sea menos ni de menos calidad el servicio que allá haré en avisar de lo que se debe proveer para que estas partes se conserven y los naturales dellas se vengan en conoscimiento de nuestra fe, y vuestra majestad tenga acá perpetuamente muchas y muy crescidas rentas, y que siempre vayan en crecimiento, y no en diminución, como han hecho las de las islas y Tierra Firme por falta de buena gobernación, y de ser los Católicos Reyes, padres y abuelos de vuestra excelencia, avisados con celo de su servicio, y no de particulares intereses, como siempre lo han hecho los que en las cosas destas partes a sus altezas y a vuestra majestad han informado, o que fue ganarlas y haberlas sostenido hasta agora, habiendo tenido para ello tantos obstáculos y embarazos, por donde no poco se ha dejado de acrecentar en ellas; y dos cosas me hace desear que vuestra majestad sacra me haga tanta merced que se sirva de mí en su real presencia; y la una y más principal, el satisfacer a su vuestra majestad y a todo el mundo de mi lealtad y fidelidad en su real servicio, porque esto tengo en más que todos los otros intereses que en este mundo se me pueden seguir, porque por cobrar nombre de servidor de vuestra majestad y de su imperial y real corona me he puesto a tantos y tan grandes peligros y he sufrido trabajos tan sin comparación, y no por cobdicia de tesoros; que si esto me hubiera movido,

pues he tenido hartos, digo para un escudero como yo no los hubiera gastado ni pospuesto por conseguir este otro fin, teniéndolo por más principal; aunque mis pecados no han querido darme lugar a ello, ni pienso que ya en este caso yo me podría satisfacer si vuestra majestad no me hiciese esta tan inmensa merced que le suplico, y porque no parezca que pido a vuestra excelencia mucho porque no se me conceda, aunque todo cabría, y aún es poco para yo venir sin afrenta, habiendo yo tenido en estas partes en el real nombre de vuestra majestad el cargo de la gobernació dellas y haber en tanta cantidad por estas partes dilatado el patrimonio y señorío real de vuestra majestad, poniendo debajo de su principal yugo tantas provincias pobladas de tantas y tan nobles villas y ciudades, y quitando tantas idolatrías y ofensas como en ellas a Nuestro Criador se han hecho, y traído a muchos de los naturales a su conoscimiento y plantado en ellas nuestra santa fe católica en tal manera que, si estorbo no hay de los que mal sienten destas cosas y su celo no es enderezado a este fin, en muy breve tiempo se puede tener en estas partes por muy cierto se levantará una nueva iglesia, donde más que todas las del mundo Dios Nuestro Señor será servido y honrado; digo que siendo vuestra majestad servido de me hacer merced de mandar dar en esos reinos diez cuentos de renta, e que yo en ellos le vaya a servir, no será para mí pequeña merced, con dejar todo cuanto acá tengo, porque desta manera satisficiera mi deseo, que es servir a vuestra majestad en su real presencia, y vuestra celsitud asimismo se satisfaría de mi lealtad y sería de mí muy servido; la otra, tener por muy cierto que, informado vuestra católica majestad de mí de las cosas desta tierra, y aun de las islas, se proveería en ellas muy más cierto lo que conviniese al servicio de Dios Nuestro Señor y de vuestra majestad, porque se me daría crédito diciéndolo desde allá, lo que no se me dará aunque de acá lo escriba; porque todo se atribuirá, como hasta aquí se ha atribuido, a ser dicho con pasión de mi interese, y no de celo, que como vasallo de vuestra sacra majestad debo a su real servicio. Y porque es tanto el deseo de besar los reales pies de vuestra majestad y servirle en su real presencia, que no lo sabría significar. Si vuestra grandeza no fuere servido o no tuviere oportunidad de me hacer merced de lo que a vuestra majestad suplico para me mantener en esos reinos y servirle como yo deseo, sea que vuestra celsitud me haga merced de me dejar en esta tierra lo que agora tengo en ella, o lo que en mi nombre a vuestra majestad se suplicare, haciéndome merced dello de juro y de heredad para mí y mis herederos, con que yo no vaya a esos reinos a pedir por Dios que me den de comer; y con esto recibiré muy señalada merced. Vuestra merced me mande enviar licencia para que yo me vaya a cumplir este mi tan crecido deseo, que bien sé y confío en mis servicios y en la católica conciencia de vuestra majestad sacra que siéndoles manifiestos y la limpieza de la intención con que los he hecho no permitirá que viva pobre; y harta causa se me había ofrescido con la venida deste juez de residencia para cumplir este mi deseo, y aun comencélo a poner por obra sino que dos cosas me lo estorbaron: la una, hallarme sin dinero para poder gastar en mi camino, a causa de haberme robado y saqueado mi casa, como vuestra sacra majestad ya creo dello está informado; y lo otro, temiendo con mi ausencia entre los naturales desta tierra no hobiese algún levantamiento o bullicio, y aun entre los españoles; porque por el ejemplo de lo pasado se podía muy bien juzgar lo por venir (*Carta V*, 148-151).

Últimas exploraciones: el pasaje a la ruta de la Especiería

Estando, muy católico señor, haciendo este despacho para vuestra sacra majestad me llegó un mensajero de la mar del Sur con una carta en que me hacían saber que en aquella costa, cerca de un pueblo que se dice Tecoantepeque, había llegado un navío que, según paresció por otra que se me trajo del capitán del dicho navío, la cual envío a vuestra majestad, es la armada que vuestra majestad sacra mandó ir a las islas de Maluco con el capitán Loaisa; y porque en la carta que escribió el capitán deste navío verá vuestra majestad el suceso de su viaje, no daré dello a vuestra celsitud cuenta mas de hacer saber a vuestra excelencia lo que sobre ello proveí, y es que a la hora despaché con mucha priesa una persona de recaudo para que fuese adonde el dicho navío llegó, y si el capitán dél luego se quisiera tornar, le diese todas las cosas necesarias a su camino, sin le faltar nada, y se informase dél de su camino y viaje muy complidamente, por manera que de todo trajese muy larga y particular relación, para que yo la enviase a vuestra majestad, porque por esta vía vuestra alteza fuese más brevemente informado; y si el navío trajese alguna necesidad de reparo, envié también un piloto para que lo trajese al puerto de Zacatula,[110] donde yo tengo tres navíos muy a punto para se partir a descubrir por aquellas partes y costas, para que allí se remedie y se haga lo que más conveniere al servicio de vuestra majestad y bien del dicho viaje; en habiendo la información deste navío, la enviaré luego a vuestra majestad, para que de todo sea informado y envié a mandar lo que fuere su real servicio. Mis navíos de la mar del Sur están, como a vuestra majestad he dicho, muy a punto para hacer su camino, porque luego como llegué a esta ciudad comencé a dar priesa en su despacho, y ya fueron partidos, sino por esperar a ciertas armas y artillería y munición que me trujeron desos reinos, para lo poner en los dichos navíos, porque vayan a mejor recaudo, e yo espero en Nuestro Señor que en ventura de vuestra majestad tengo de hacer en este viaje un muy gran servicio; porque ya que no se descubra estrecho, yo pienso dar por aquí camino para la Especería, que en cada un año vuestra majestad sepa lo que en toda aquella tierra se hiciere; y si vuestra majestad fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca deste descubrimiento, yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especería y otras islas, si hobiere arca de Maluco y Malaca y la China, y aun de dar tal orden que vuestra majestad, no haya la Especería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor natural; porque yo me ofrezco, con el dicho aditamento, de enviar a ellas tal armada, o ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble y haga en ellas fortalezas y las bastezca de pertrechos y artillería de tal manera que a todos los príncipes de aquellas partes, y aun a otros, se puedan defender, y si vuestra majestad fuere servido que yo entienda en esta negociación, concediéndome lo pedido, creo será dello muy

[110] Zacatollán en el mapa de Clavijero que, por otra parte, en su *Historia Antigua de México*, se refiere a esta ciudad y provincia como Zacatula. Es el área al sur de Colima, sobre el Pacífico, y de la que Cortés refiere en la *Carta IV* (97), en ocasión de la entrada en Colima de un capitán español sin autorización, que provoca la reacción de los naturales que matan a tres españoles y a varios indios aliados.

servido, y ofrezco que si como he dicho no fuere, vuestra majestad me mande castigar como a quien a su rey no dice verdad. También después que vine he proveido enviar por tierra y por la mar a poblar el río de Tabasco, que es el que dicen de Grijalva, y conquistar muchas provincias que están en sus comarcas, de que Dios Nuestro Señor y vuestra majestad serán muy servidos, y los navíos que van y vienen a estas partes reciben mucho provecho en poblarse aquel puerto y apaciguarse aquella costa, porque allí han dado muchos navíos al través, y por estar la gente indómita han muerto todos los españoles que iban en los navíos. También envío a la provincia de los Zapotecas, de que ya vuestra majestad está informado, tres capitanías de gente que entren en ella por tres partes, para que con más brevedad den fin a aquella demanda, que cierto será muy provechosa, por el daño que los naturales de aquella provincia hacen en los otros naturales que están pacíficos, y por tener, como tienen, ocupada la más rica tierra de minas que hay en esta Nueva España, de donde, conquistándose, vuestra majestad recebirá mucho servicio. También tengo enhilado ya harta parte de gente allegada para ir a poblar el río de Palmas, que es en la costa del Norte abajo del de Panuco, hacia la Florida, porque tengo información que es muy buena tierra y es puerto; no creo que menos allí Dios Nuestro Señor y vuestra majestad serán servidos que en toda las otras partes, porque yo tengo muy gran nueva de aquella tierra. Entre la costa del Norte y la provincia de Michuacán hay cierta gente y población que llaman Chichimecas; son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas provincias; también envío agora sesenta de caballo y docientos peones, con muchos de los naturales nuestros amigos, a saber el secreto de aquella provincia y gentes. Llevan mandado por instrucción que si hallaren en ellos alguna aptitud o habilidad para vivir como estotros viven, y venir en conoscimiento de nuestra fe, y reconoscer el servicio que a vuestra majestad deben, los apaciguar y traer al yugo de vuestra majestad y pueblen entre ellos en la parte que mejor les paresciere; y si no lo hallaren como arriba digo y no quisieren ser obedientes, les hagan guerra y los tomen por esclavos, porque no haya cosa superflua en toda la tierra ni que deje de servir ni reconoscer a vuestra majestad, y trayendo estos bárbaros por esclavos, que casi son gente salvaje, será vuestra majestad servido y los españoles aprovechados, porque sacarán oro en las minas, y aun en nuestra conversación podrá ser que algunos se salven. Entre esta gente he sabido que hay cierta parte muy poblada de muchos y muy grandes pueblos y que la gente dellos viven a la manera de los de acá, y aun algunos destos pueblos se han visto por españoles; tengo por muy cierto que poblarán aquella tierra, porque hay grandes nuevas della de riqueza de plata. Cuando yo, muy poderoso señor, partí desta ciudad para el golfo de las Higueras, dos meses antes que partiese, despaché un capitán a la villa de Colimán, que está en la mar del Sur ciento y cuatro leguas desta ciudad, al cual mandé que siguiese desde aquella villa a la costa del Sur abajo hasta ciento y cincuenta o docientas leguas, no a más efecto de saber el secreto de aquella costa y si en ella había puertos; el cual dicho capitán fue, como yo le mandé, hasta ciento y treinta leguas la tierra adentro, y me trajo relación de muchos puertos que halló en la costa, que no fue poco bien para la falta que dellos hay en todo lo descubierto hasta allí, y de muchos pueblos y muy grandes, y de mucha gente y muy diestra en la guerra, con los cuales hobo ciertos recuentros, y apaciguó muchos dellos, y no pasó más adelante porque llevaba poca gente y porque halló hierba, y entre la relación que trajo me

dio noticia de un muy gran río, que los naturales dijeron que había diez jornadas de donde el llegó, del cual y de los pobladores dél le dijeron muchas cosas extrañas. Le torno a enviar con más copia de gente y aparejo de guerra para que vaya a saber el secreto de aquel río, y según el anchura y grandeza que dél señalan no terná en mucho ser estrecho; en viniendo haré relación a vuestra majestad de lo que dél supiere. Todos estos capitanes destas entradas están agora para partir casi a una. Plega a Nuestro Señor de los guiar como él se sirva; que yo, aunque vuestra majestad más me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir; que no es posible que por tiempo vuestra majestad no conozca mis servicios; y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo y con saber que a todo el mundo tengo satisfecho y le son notorios mis servicios y lealtad con que los hago; y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino éste.

Invictísimo César, Dios Nuestro Señor la vida y muy poderoso estado de vuestra sacra majestad conserve y augmente por largos tiempos, como vuestra majestad desea. De la ciudad de Tenuxtitán, a 3 de setiembre de 1526 años (*Carta V*, 151-153).

Comentario a la Carta V

Esta última carta es fundamental para entender el carácter épico de la conquista de la Nueva España, en que el eje literario es la reconquista de Tenochtitlán, a pesar de la irrresponsabilidad de varios personajes que quisieron malograr la obra de Cortés, sobre todo el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, enemigo jurado de Cortés, y su protector, el Obispo Juan Rodríguez de Fonseca, factótum del Consejo de Indias y censor de la Casa de Contratación, lo cual le daba la facultad de decidir sobre bastimentos y pertrechos que los conquistadores necesitaban en sus actividades diarias en los distintos teatros del Nuevo Mundo. La personalidad de Hernán Cortés, que hemos aprendido a admirar a lo largo de los años que van desde su llegada a la Tierra Firme hasta la aventura en Honduras, en esta última carta adquiere una dimensión heroica, que le acerca al Cid Campeador y en quien probablemente el conquistador se podría haber inspirado para mantener su fe y obediencia hacia un emperador que no parece haberle demonstrado a Cortés el reconocimiento que se hubiera merecido. No es el caso de recordar la grave interferencia de Pánfilo de Narváez, que provoca la revuelta de los aztecas de Tenochtitlán y la consiguiente destrucción de la ciudad con la pérdida de tesoros artísticos inestimables, consumidos por las llamas, como en una nueva Troya.[111] Pero a Narváez se

[111] Del pasaje siguiente de la *Carta II*, se entiende la gravedad con que Cortés consideró la acción de Narváez y su dependencia directa del gobernador de Cuba Velázquez: "Y sabido esto, acordé de enviar un religioso, que yo truje en mi compañía con una carta mía y otra de alcaldes y regidores de la villa de la Veracruz, que estaban conmigo en la dicha ciudad; las cuales iban dirigidas al capitán y gente que a aquel puerto había llegado, haciéndose saber muy por extenso lo que en esta tierra me había sucedido, y cómo tenía muchas ciudades y villas y fortalezas ganadas y conquistadas, y pacífi-

refiere Cortés en esta carta, para hacerle recordar al distraído emperador que el juez pesquisidor, Juan Ponce, que debía preparar el procedimiento de residencia de Cortés, era sólo el episodio más reciente de una desconfianza injustificada ante la fidelidad y dedicación desinteresada de Cortés, dispuesto a sufrir una nueva humillación, ante la que se resignaba con cristiana virtud, no sin defender su obra. Las dificultades y peligros en que se vio Cortés en el bienio 1524 a 1526, nacen del alzamiento de su capitán Cristóbal de Olid, que Cortés había enviado a Honduras para pacificar la región y explorar la costa del mar del Sur, con vista a una exploración sistemática de las dos costas, la del mar del Norte y la del mar del Sur. Pero al no recibir noticias de Olid, Cortés, que se había enterado de unos alborotos entre los indios de la región donde había ido Olid, decidió enviar otro capitán, Francisco de Las Casas, que, llegado a la costa hondureña, había naufragado y, a pesar de haberse enterado de la traición de Olid, no había podido hacer nada, pues se encontraba a la merced de Olid. En la misma región, otro conquistador, Gil González de Ávila, ya desde 1522 había estado explorando Nicaragua. En el mismo período, Pedro de Alvarado había sido enviado por Cortés para explorar la costa del mar del Sur. La falta de noticias de Olid y de Las Casas junto con los rumores y las quejas que llegaban a sus oídos sobre violencias perpetradas por españoles en la misma región donde sus capitanes estaban obrando, persuadió a Cortés a ir a Honduras y cerciorarse de la situación. Es probable que Cortés haya enviado mensajeros, pues hacía parte de su modus operandi el de enviar mensajes a sus subordinados para obtener información sobre su estado y condición. Es más que probable que tanto

---

cas y sujetas al real servicio de vuestra majestad, y preso al señor principal de todas estas partes, y cómo estaba en aquella gran ciudad, y la cualidad della, y el oro y joyas que para vuestra alteza tenía, y cómo había enviado relación desta tierra a vuestra majestad. Y que les pedía por merced me ficiesen saber quién eran, y si eran vasallos naturales de los reinos y señoríos de vuestra alteza, me escribiesen si venían a esta tierra por su real mandado, o a poblar y estar en ella, o si pasaban adelante, o habían de volver atrás, o si traían alguna necesidad, que yo les haría proveer de todo lo que a mí posible fuera. E que si eran de fuera de los reinos de vuestra alteza, asimismo me hiciesen saber si traían alguna necesidad, porque también lo remediaría pudiendo. Donde no, que le requería de parte de vuestra majestad que luego se fuesen de sus tierras y no saltasen en ellas; con apercibimiento que así no lo ficiesen iría contra ellos con todo el poder que yo tuviese, así de españoles como de naturales de la tierra, y los prendería o mataría como extranjeros que se querían entremeter en los reinos de mi rey y señor. E partido el dicho religioso con el dicho despacho, dende en cinco días llegaron a la ciudad de Temixtitán veinte españoles de los que en la villa de la Veracruz tenía, los cuales me traían un clérigo y otros dos legos que habían tomado en la dicha villa; de los cuales supe cómo la armada y gente que en el dicho puerto estaba era de Diego Velázquez, que venía por su mandado, y que venía por capitán della un Pánfilo de Narváez, vecino de la isla Fernandina. E que traían ochenta de caballo y muchos tiros de pólvora y ochocientos peones, entre los cuales dijeron que había ochenta escopeteros y ciento veinte ballesteros, y que venía y se nombraba por capitán general y teniente de gobernador de todas estas partes por el dicho Diego Velázquez" (*Carta II*, 36).

Las Casas como Olid se enteraron de la llegada inminente de Cortés, lo cual contribuyó a hacer precipitar la situación. Cuando Las Casas conoció a González de Ávila y los dos se dieron cuenta que Olid era un rebelde y que Cortés lo castigaría, le tomaron preso y, después de un proceso sumario, le cortaron la cabeza. Cuando Cortés, después de un viaje lleno de peligros y dificultades, llegó a Trujillo, el fuerte fundado por Las Casas en Honduras, se enteró de la muerte de Olid. Recogió los sobrevivientes de los tres capitanes, muchos de ellos agonizantes por las heridas recibidas en los encuentros con los indios hostiles y debilitados por falta de alimentos y de agua, y organizó la vuelta hacia la salvación, construyendo un bergantín con los restos de navíos destrozados y comprando un barco para transportar los heridos y enfermos. El bachiller Pedro Moreno había llegado de la isla Española y pretendía imponer su autoridad, exigiendo el pago del agua y de la comida para los necesitados sobrevivientes. Al enterarse que éstos no tenían sino los harapos que malamente los cubría, exigió que le entregasen unos indios como esclavos, lo que éstos debieron hacer para sobrevivir. Es un detalle que Cortés consigna para justificar su decisión de renunciar a la exploración de Nicaragua para castigar a los españoles que, como Moreno, se dedican a cazar esclavos, decisión que alargó el tiempo de su campaña. Vuelto a Tenochtitlán, Cortés organiza las expediciones marítimas y terrestres para averiguar si hay un pasaje, sea al norte o al sur, que permita abrir rutas marítimas entre la Nueva España con los países asiáticos productores de especias. Se describen en esta parte de la carta, los puertos de Zagatula, sobre el Pacífico y de la Veracruz, sobre el Golfo de México, ambos dotados de astilleros donde se construyen los navíos que deberán llevar las tripulaciones de exploradores en búsqueda de nuevas rutas. La *Carta V* se cierra con la imagen de Cortés que, a pesar de la incomprensión de sus enemigos en España y América, pone su talento y experiencia al servicio del emperador, una actitud no muy distinta de la del Cid Campeador que, injustamente perseguido por su rey, se mantuvo fiel hasta entregarle el fruto de sus obras.[112]

[112] Las referencias bibliográfgicas de esta sección del estudio se hallarán en la sección dedicada a Bernal Díaz del Castillo, el otro conquistador que integra la segunda sección de esta primera parte que se publicará como Textos Fundacionales de América VI, en el próximo número de *Cuadernos para Investigación de la Literature Hispánica*.

INDICE

INTRODUCCIÓN 193
La conquista de un paraíso botánico 194
Las Cartas de relación de Cortés 202

Primera carta 203
Apología de un alzamiento 204

Segunda carta: primeras noticias sobre Moctezuma 212
Selección de textos de la Segunda carta 218
La partida para Tenochtitlán se demora 218
Descripción de Tlaxcala 220
Descripción de Cholula 221
Descubrimiento de minas de oro 222
Residencia del emperador Carlos V 223
Descubrimiento de ríos y puertos 223
Diplomacia de Cortés 224
Discurso de Moctezuma 226
La búsqueda del Tesoro de Moctezuma 226
Descripción de Tenochtitlán 228
Llegada de la armada de Narváez 232
Narváez solivianta a los indios y Cortés le sale al encuentro 235
Cortés prende a Narváez 237
Guerra de Tenochtitlán y muerte de Moctezuma 239
La noche triste 243
Llegada a Tlaxcala 244
Plan para dar el asalto final a Tenochtitlán 246
Comentario a la Segunda carta 248

Selección de textos de la Tercera carta 250
Concentración de fuerzas 251
Los trece bergantines 255
La batalla de Iztapalapa 257
Transporte de bergantines de Tlaxcala a Texcaco 259
Avance hacia Tenochtitlán 260

Rendición de pueblos 262
Más pueblos se rinden 264
Destrucción de Xochimilco 267
Tlacopán y Chinantla, etapas del cerco 268
Lanzamiento de los bergantines en el lago Texcoco 271
Trece bergantines contra quinientas canoas 273
Cerco de Tenochtitlán 274
La batalla campal 278
Derrota en el Mercado de Tenochtitlán 281
Ofensiva final 287
Caída de Tenochtitlán 289

Selección de textos de la Cuarta carta 292
Llegada de Cristóbal de Tapia 293
Exploración del Oeste e intrigas contra Cortés 293
Exploración del Pacífico y más oposición contra Cortés 300

Selección de textos de la Quinta carta 305
Aventura en Honduras 307
Primer Puente sobre el estero de Acalan 310
Hacia Acalan y llegada a Honduras 312
Conspiración descubierta gracias a la brújula 314
La gran provincia de Acalan 315
Llegada a Maztlán 317
Un recuerdo clásico: Cortés como Eneas 318
Llegada a Tahuytal 323
Llegada a Acuculin 324
Llegada a Taniha, al pueblo de Nito 326
Muerte de Cristóbal de Olid 329
Descubrimiento del Polochic y salvación de sobrevivientes 330
Cristóbal de Olid y la conquista de Honduras 339
Apología de la expedición a Honduras de 1524 a 1526 345
Cortés renuncia a ir a Nicaragua para pacificar Utlatlán y Guatemala 353
Llegada de Ponce de León, juez de residencia 356
El pasaje a la ruta de las especierías 362
Comentario a la Carta V 364